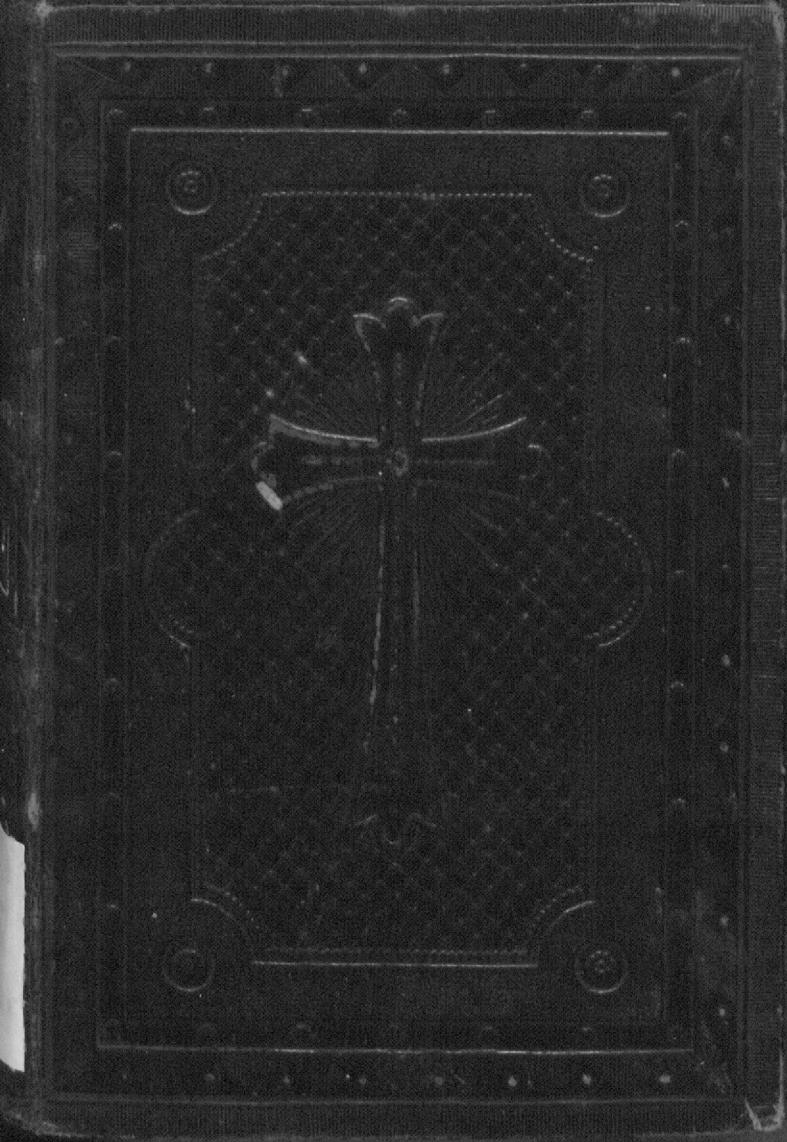




VIDA
DE
SANTO DOMINGO
de Guzmán.



BOGA. SC.

ST^o DOMINGO

POR EL B. ANGÉLICO DE FIEZOLI.

VIDA
DE
SANTO DOMINGO
DE GUZMÁN,

ESCRITA EN FRANCÉS

por el Rdo. Padre Fray E. D. Lacordaire,
de la Orden de los Hermanos Predicadores.

TRADUCIDA AL ESPAÑOL.

Tercera edicion, notablemente corregida.


Con licencia.


BARCELONA.
PONS Y COMP.º, EDITORES CATÓLICOS.

Calle de Petritxol, número 9.

1883.

T. 1115105

R. 151390

Imprenta de los Sucesores de N. Ramirez



APROBACION DE LA ÓRDEN.

Por comision del Reverendísimo Padre Angel Ancarini, maestro general de toda la Orden de los Hermanos Predicadores, habiendo examinado un libro que lleva por título: VIDA DE SANTO DOMINGO, *por el Reverendo Padre fray Enrique Domingo Lacordaire*, no he hallado en él nada contrario á la fé y á la moral de Jesucristo, sinó ántes bien he reconocido en él un gran mérito de pureza en el estilo y de rectitud en las ideas, al mismo tiempo que admiraba la elocuencia de oro, y la santa uncion que caracterizan tan particularmente la índole propia del escritor, por todo lo cual creo que, publicando este libro, se hará una cosa agradable á todos, especialmente á la Francia, donde tan útil y floreciente brilló algun dia la Orden de santo Domingo.

Roma, Santa María de la Minerva, 23 de Julio de 1840.

FRAY TOMÁS JACINTO CIPOLETTI,

Antiguo maestro general de la Orden de los Hermanos Predicadores, teólogo de la Casanata, consultor de la Congregacion del Indice, y de la de los Obispos y Regulares.

EL TRADUCTOR.

Al tiempo mismo en que, inmediatamente despues de la publicacion de este libro me ocupaba yo en traducirlo con toda la prisa compatible con el debido esmero en esta clase de trabajos, se estaba traduciendo el mismo á todas las principales lenguas de Europa, y muy pronto sin duda se publicará en ellas. He referido este hecho, de cuya autenticidad puedo responder, como un testimonio del vivísimo interés que la aparicion de esta obra ha excitado en todos los países cultos, y verdaderamente que no podia ser de otra suerte. La importancia de la obra, el conocido mérito del autor, y en particular, los últimos acontecimientos de la vida de éste, su viaje á Roma, su profesion en un convento de dominicos, su proyecto anunciado por él de restablecer en Francia esta Órden célebre, todo hacia que el público deseara vehementemente ver este libro. Aunque no en un todo por las mismas razones, creemos

que será recibido con el mismo interés por nuestros lectores.

El P. Lacordaire cuenta en el día cuarenta y un años. Poco despues de la revolucion de Julio, en 1830, tomó á su cargo, en compañía del famoso abate Lamennais, con quien no tardó en romper todo trato y comunicacion, la redaccion del periódico *El Porvenir*, é hizo su primer viaje á Roma: luego predicó las conferencias en el colegio Estanislao de París, que metieron mucho ruido, no ménos que las que despues se le confiaron en la catedral, cuyo púlpito le abrió la cuaresma de 1836. De entónces data su gran celebridad como orador. El ilustrísimo difunto arzobispo de París, el señor Quelen, pagó en el púlpito de su catedral este tributo de aprecio al P. Lacordaire: «Alabarémoslo (al Señor) ante todas cosas por »haber suscitado expresamente para vosotros »un nuevo profeta, cuya palabra, áun más »amiga que elocuente, ha sabido conmover »hasta en lo más profundo de vuestras entra- »ñas, la fibra de los sentimientos cristianos..... »Pronto va á dejarnos ese amado predicador, »á pesar de nuestras vivas y reiteradas instan- »cias. Va á la ciudad eterna..... Esperamos »que volverá á nosotros más perfecto todavía, »porque siempre en la soledad y en el retiro se »han formado los grandes hombres y los gran- »des santos (1).»

(1) *Esquisses des Orateurs sacrés contemporains*, pág. 50.

El P. Lacordaire, como ya hemos dicho, ha concebido y lleva adelante con rara perseverancia el proyecto de restablecer la Orden de santo Domingo en el país donde la planteó este santo español; y á este fin ha publicado una *Memoria á favor del restablecimiento en Francia de los Hermanos Predicadores*, y sobre todo, ha tomado el hábito de la expresada Orden, «que
»hemos preferido, dice en su citada Memoria,
»porque es la que se ajusta mejor á nuestra
»naturaleza, á nuestra índole y á nuestro ob-
»jeto: á nuestra naturaleza, por su gobierno: á
»nuestra índole, por sus doctrinas; á nuestro
»objeto, por sus medios de accion, que son
»principalmente la predicacion y la ciencia di-
»vina.»

Dos años hace que el P. Lacordaire salió para Roma, con la resolucion de pronunciar los votos monásticos: oigámoselo contar á él mismo: «Salí de Francia el 7 de Marzo de 1839
»con dos compañeros (1): íbamos á Roma á to-
»mar el hábito de Hermano Predicador, y á so-
»meternos al año de noviciado que precede á
»los votos. Trascurrido este año, nos arrodilla-
»mos, dos franceses únicamente (2), á los piés
»de Nuestra Señora de la Quercia, y por pri-
»mera vez, al cabo de cincuenta años, santo
»Domingo vió á la Francia en el banquete de

(1) M. Bontaud, sacerdote, y M. Requedat, lego y ex-San Simoniano.

(2) Lacordaire y Requedat.

»su familia. En el dia habitamos el convento de santa Sabina, en el monte Aventino. . . .
»Allí pasaremos algunos años, si Dios quiere, no para alejar la hora del combate, sinó para prepararnos gravemente á una mision difícil, y volver á Francia llevando, además de nuestros derechos de ciudadanos, los derechos que resultan siempre de un celo probado por el tiempo. Sin duda nos es duro vivir separados de nuestra patria, y faltar al bien que podríamos hacer en ella; pero el que pedia á Abraham la sangre de su único hijo, ha hecho del renunciamiento á un bien inmediato la condicion de un bien mayor: es preciso que alguno siembre, para que alguno recoja (1).»
El P. Lacordaire acaba de pasar sobre un mes en París, de donde hace pocos dias salió para regresar á su convento, llevando consigo ocho jóvenes, en quienes las palabras y el ejemplo del ilustre religioso, han engendrado la resolucion de consagrarse á la vida del claustro en la Orden de santo Domingo.

(1) Estas palabras están sacadas del Prefacio que ha puesto el autor á la Vida de santo Domingo, y que no traducimos porque ningun interés puede ofrecer á nuestros lectores. — N. D. T.

VIDA

DE

SANTO DOMINGO DE GUZMÁN.

CAPÍTULO I.

Situacion de la Iglesia á últimos del siglo XII.

El siglo duodécimo de la era cristiana empezó bajo magníficos auspicios. La fé y la opinion, estrechamente enlazadas, gobernaban juntas el Occidente, formando de una multitud de pueblos libres y obedientes una sola familia. En la cúspide del orden social estaba sentado el sumo Pontífice en un trono, de donde descendia la majestad á auxiliar el mandato, coartado á veces por la debilidad de la naturaleza humana; y la justicia á sostener la obediencia, hecha intolerable por los excesos del poder. Vicario á la vez de Dios y de los hombres, con el brazo derecho en Jesucristo, y con la izquierda sobre la Europa, el soberano Pontífice impelia á las generaciones por caminos rectos, y tenia en sí mismo el re-

curso de una debilidad personal infinita contra los abusos de la plenitud de su autoridad. Jamás la fé, la razon y la justicia se habian unido sobre más elevado pedestal; jamás la restauracion de la unidad de las desgarradas entrañas del género humano habia parecido más probable ni más próxima. El estandarte cristiano ondeaba ya en Jerusalén sobre el sepulcro del Salvador de los hombres, y convidaba á la Iglesia griega á una reconciliacion gloriosa con la Iglesia latina. Vencido el islamismo en España, y arrojado de las costas de Italia, veíase atacado en el corazon de su imperio; y veinte pueblos, marchando de consuno á las fronteras de la humanidad regenerada, para defender el Evangelio de Jesucristo contra la brutalidad de la ignorancia y el orgullo de la fuerza, prometian á la Europa el término de aquellas sangrientas emigraciones, cuyo foco era el Asia. ¿Quién podia adivinar dónde terminarian los caminos triunfales que acababa de abrir la caballería cristiana? ¿Quién podia prever lo mucho que iba á engrandecerse el mundo, dirigido por un Pontificado, que habia sabido crear en el interior una tan vasta unidad, é imprimir en el exterior un movimiento tan colosal?

Pero el siglo duodécimo no anocheció como habia amanecido; y cuando llegada la tarde declinó hácia el ocaso para hundirse en la eternidad, pareció que la Iglesia declinaba tambien con él, oprimida la frente de un triste porvenir. La cruz de Jesucristo no brillaba ya en los minaretes de Jerusalén; nuestros caballeros, vencidos por Saladino, quedábanles apenas algunos piés de tierra en Siria; la Iglesia griega, léjos de reconciliar-

se con la Iglesia romana, se habia confirmado en su cisma por la ingratitud y deslealtad de los suyos para con los cruzados. Para los cristianos el Oriente estaba perdido. La historia ha mostrado luego las consecuencias de aquel desastre: la caída de Constantinopla y la ocupacion de una parte del territorio europeo por los Otomanos; millones de cristianos gimiendo en la más dura servidumbre bajo su dominio, y amenazando con el resto de la cristiandad hasta los tiempos de Luis XIV; tres siglos de incursiones por los tártaros hasta el centro de Europa; la Rusia, adoptando el cisma griego, y pronta á desbordarse por el Occidente para destruir en él toda fé y toda libertad; la Europa, tan turbada por la decadencia de las razas musulmanas, como lo habia sido por su prepotencia y la reparticion del Asia, tan difícil como lo habia sido ántes su conquista: hé ahí las deplorables consecuencias de esos desastres desarrolladas por la historia. Montaigne ha dicho, *que hay derrotas triunfantes preferibles á victorias*; y en efecto, puede decirse, que el malogro del plan de Gregorio VII y de sus sucesores con respecto al Oriente, reveló mejor su géñio que lo que hubiera hecho el más glorioso cumplimiento de sus designios.

El interior de la Iglesia no se presentaba ménos triste. En vano se esforzó San Bernardo por el restablecimiento de la sana disciplina, pues sus desvelos sirvieron de poco contra el desbordamiento de la simonía, del fausto y de la avaricia en el clero; el origen de todos estos males, que con tanta elocuencia pintó el mismo San Bernardo, era la riqueza de la Iglesia objeto de la uni-

versal codicia. A las violentas investiduras, por el báculo y el anillo, habia sucedido una usurpacion sorda, una miserable y rastrera simonia. «¡Oh vanagloria! exclama Pedro de Blois; ¡Oh ciega ambicion! ¡oh sed insaciable de honores mundanos! ¡oh deseo de dignidades, que es el gusano roedor de los corazones y el naufragio de las almas! ¿De dónde nos ha venido esta peste? ¿Cómo se ha alentado esa execrable presuncion, que impele á solicitar dignidades á los indignos, tanto más empeñados en obtenerlas cuanto ménos las merecen? Por todas las puertas, sin cuidarse de su alma ni de su cuerpo, precipítanse esos insensatos sobre la cátedra pastoral; convertida por ellos en cátedra emponzoñada y para todos en causa de perdicion!» (1) Treinta años antes, decia San Bernardo con amarga ironía: «Niños de la escuela, jóvenes adolescentes son promovidos á las dignidades eclesiásticas á causa del lustre de su cuna, y de debajo de la férula pasan al gobierno del clero, más satisfechos á veces de verse libres de los azotes, que de haber obtenido un mando; más envanecidos por libertarse de un dominio, que con el adquirido.» (2) Tal era la desgracia de la Iglesia. Vémosla convertir á Jesucristo naciones infieles, á costa de su sangre suavizar sus costumbres, dar forma á su inteligencia, desmontar sus selvas, poblar las ciudades y los yermos de casas de oracion; luego, cuando veinte generaciones de santos habian atraído sobre aquellos piadosos lu-

(1) Carta al cardenal Octaviano.

(2) Carta XLII, á Enrique, arzobispo de Sens.

gares las bendiciones del cielo y de la tierra, entonces, en lugar del rico, que, impulsado por Dios, iba allí á llorar sus culpas; en lugar del pobre, que contentó de Dios, doblaba en ellos sus fuertes rodillas con el deseo de ser más pobre todavía; en lugar de santos, herederos de santos, vemos aparecer solamente en ellos al pobre, que desea ser rico; al rico, que quiere llegar á ser poderoso; á almas vulgares, que ni siquiera conocen sus deseos. Manos que no ha bendecido una intencion pura, se apoderan con amaños del báculo episcopal ó abacial; el mundo tiene el placer de ver á sus favoritos gobernar la Iglesia de Dios, y tornar el amable yugo de Jesucristo en dominio secular. Los claustros resuenan con los ladridos de las traillas de perros y el relincho de los caballos. ¿Quién discernirá las vocaciones verdaderas de las falsas? ¿Quién tendrá la ciencia para ello? ¿Quién se ocupará ni aún tendrá tiempo de pensar en ella? Ya nadie procura indagar como las almas han sido engendradas para Jesucristo, sinó solo de saber su nacimiento segun la carne. La oracion, la humildad, la penitencia y la abnegacion, huyen como timidas avecillas perseguidas en su nido; las sepulturas de los santos son extranjas en su propia casa.

Hé ahí el miserable estado á que la ambicion sacrilega habia reducido á un considerable número de iglesias y de monasterios de Occidente á fines del siglo doce; y en muchos lugares donde el mal no era tan profundo, era sin embargo muy grande. La santa Sede, aunque turbada por los cismas que contra ella habia fomentado y sostenido el emperador Federico I, no habia cesado de

aplicar remedios á tan graves desórdenes: en cincuenta y seis años les opuso tres concilios ecuménicos, pero sin poder realizar, más que imperfectamente, una reforma, de la cual tan dignos eran, no obstante, los ilustres prelados que casi sin interrupcion nacia de las cenizas de Gregorio VII.

Un dia, allá por los años de 1160, un rico vecinode Lyon, llamado Pedro Valdo, vió á su lado á uno de sus compatriotas herido del rayo; este accidente le hizo reflexionar: repartió sus bienes entre los pobres, y se consagró exclusivamente al servicio de Dios. Como la reforma de la Iglesia era el gran negocio que ocupaba entónces todas las cabezas, fácil le fué creer, por su misma abnegacion, que estaba llamado á tan santo objeto, y reunir, como lo hizo, cierto número de hombres, á quienes persuadió que abrazasen con él una vida apostólica. ¡Cuán poco se diferencian los pensamientos que producen los grandes hombres de los que no producen más que perturbadores públicos! Pedro Valdo, con más virtud y talento, hubiera sido un santo Domingo ó un san Francisco de Asis; pero sucumbió á una tentacion que, en todos tiempos, ha perdido á hombres de una inteligencia bastante elevada.—Creyó imposible salvar á la Iglesia por la Iglesia misma; declaró que la verdadera esposa de Jesucristo habia prevaricado bajo el reinado de Constantino, aceptando el veneno de las posesiones temporales: que la gran prostituta descrita en el Apocalipsis era la Iglesia romana, la madre y maestra de todos los errores; que los prelados eran Escribas, Fariseos los religiosos; que el sumo Pontífice y

todos los obispos eran homicidas; que el clero no debia cobrar diezmos, ni poseer tierras; que dotar á las iglesias y á los conventos era un pecado; y que todos los clérigos, así el secular como el regular, debian ganar su vida con el trabajo de sus manos, á ejemplo de los apóstoles; en fin, que él, Pedro Valdo, iba á restablecer sobre sus cimientos primitivos la verdadera sociedad de los hijos de Dios. Omito los errores secundarios que necesariamente debian emanar de los primeros. Toda la fuerza de los Valdenses consistia en su ataque directo contra la Iglesia, y en el contraste real ó aparente de sus costumbres con las costumbres poco arregladas del clero de su tiempo. Arnaldo de Brescia, muerto en Roma en una hoguera, habia sido su precursor; y aunque resalta mucho más en la historia la fisonomía personal de aquel temerario que la de Pedro Valdo, éste tuvo la ventaja de venir en pos de él, cuando el escándalo estaba maduro; y así, alcanzó una influencia grande y peligrosísima, como que fué el verdadero patriarca de las herejías occidentales, y les dió uno de los grandes caracteres que las distinguen de las herejías griegas, esto es, un carácter más práctico que metafísico.

A favor de las mismas circunstancias que protegian á los Valdenses, habiase introducido en Alemania y en Italia una herejía venida de Oriente, y llegado á establecer sus reales en el mediodia de la Francia. Aquella herejía, siempre combatida y nunca aniquilada, arrancaba de fines del tercer siglo. Formóse en las fronteras de la Persia y del imperio Romano, con la mezcla de

las ideas cristianas y de la antigua doctrina persa, que atribuía el misterio de este mundo á la lucha de dos principios coeternos, uno bueno y otro malo. Eran entónces muy comunes estas especies de alianzas entre religiones y filosofías diversas; los entendimientos limitados propenden naturalmente á querer unir lo que es incompatible. Un persa, llamado Manes, dió su última forma á la monstruosa mezcolanza de que vamos hablando. Méenos feliz que otros heresiarcas, nunca pudo su secta llegar al estado de sociedad pública, es decir, tener templos, un sacerdocio y un pueblo reconocidos: las leyes de los emperadores, á quienes sostenía la opinion, la persiguieron con infatigable perseverancia, y esto fué lo que prolongó su vida. El estado de sociedad pública es una prueba á la que el error no resiste nunca sinó por poco tiempo; y es tanto más breve este tiempo cuanto el error estriba sobre cimientos más contradictorios, y acarrea consecuencias más inmorales. Los Maniqueos, rechazados de la vista del sol, se refugiaron en las tinieblas, y formularon una sociedad secreta, único estado que permite al error perpetuarse por mucho tiempo. La ventaja de estas asociaciones misteriosas consiste méenos en la facilidad de sustraerse á las leyes, que la de sustraerse al fallo de la razon pública. Nada impide á algunos hombres unidos por dogmas los más perversos y prácticas las más ridículas, reclutar en la sombra á los nécios, atraer con el halago de las iniciaciones á las inteligencias aventureras, persuadirlas por medio de una enseñanza sin exámen, apoderarse de ellas, presentándoles un objeto grande y lejano,

cuyo profundo culto se han trasmitido (así se les hace creer á lo ménos) cien generaciones; en fin, sujetarlas por las tendencias bajas del corazon del hombre, consagrando sus pasiones sobre altares desconocidos al resto de la humanidad. Hasta nuestros dias, hay sociedad secreta que no cuenta acaso tres iniciados, y que, por una sucesion invisible, asciende hasta la caverna de Trofonio, ó hasta los subterráneos de los templos de Egipto. Estos hombres, henchidos del orgullo que les inspira el ser los conservadores de tan raro depósito, cruzan imperturbables la carrera de la vida, con un profundo desprecio de los adelantos que el tiempo conquista á las sociedades, juzgando de todo por la doctrina privilegiada que les ha tocado en suerte, y solamente cuidadosos por engendrar un alma que á su muerte sea la heredera de su tenebrosa felicidad. Estos son los judios del error. Así vivieron los Maniqueos, apareciendo aquí y allá en la historia, como esos mónstruos que en el fondo del Océano siguen caminos ignorados, y que á veces levantan su cabeza secular por encima de las olas. Pero, en su aparicion en el siglo duodécimo, hubo esta circunstancia singular, que por primera vez llegaron á un principio de sociedad pública. ¡Espectáculo inaudito en verdad! Aquellos sectarios, que el Bajo-Imperio habia tenido constantemente á sus piés, se establecian abiertamente en Francia á la vista de los obispos, que eran bastante poderosos para obligar al mismo emperador á respetar la ley divina y la voluntad de las naciones cristianas. Nada revela con mas seguridad la sorda reaccion que trabajaba las entrañas de la Eu-

ropa. Raimundo VI, conde de Tolosa, estaba al frente de los Maniqueos de Francia, llamados vulgarmente *Albigenses*. Era este Raimundo VI sobrino segundo del otro Raimundo, conde de San Gil, cuyo nombre va enlazado á los mas famosos de la primera cruzada, á los nombres de Godofredo de Bullon, de los Balduinos, de los Robertos, de los Hugos y de los Boemundos. Aquel desgraciado abdicó la herencia de gloria y de virtud que le habian trasmitido sus abuelos, para constituirse jefe de la más detestable herejía que abortó el Oriente, subyugado á la par por los misterios propios de los Maniqueos, y por la máscara valdense, que habian tomado para mejor entrar en los pensamientos del Occidente.

Y aun no era esto todo. La enseñanza de las escuelas católicas, que renacia despues de un largo interregno, se desarrollaba con el influjo de la filosofía aristotélica, y la tendencia de este movimiento era hacer prevalecer la razon sobre la fé en la exposicion de los dogmas cristianos. Abelardo, célebre aún más por sus culpas que por sus errores, fué una de las víctimas de aquel espíritu aplicado á la teología. San Bernardo acusóle de trasformar la fé, fundada en la palabra de Dios, en una mera opinion, basada sobre principios y conclusiones del órden humano; pero si bien obtuvo una victoria fácil, honrada por la sumision real de su adversario y por un raro ejemplo de reconciliacion, el mal habia ya seguido su pernicioso curso. ¡Es tan difícil en todos tiempos resistir á ciertos impulsos cuya fuerza viene de léjos y de arriba! La época griega habia quedado en la memoria de las personas instrui-

das, cómo el punto más elevado á que llegará jamás la inteligencia humana. El cristianismo no habia tenido tiempo ni sosiego para crear una literatura que pudiera compararse á aquélla, ni para formar una filosofía propia y una ciencia. Sin duda, el gérmen de todas estas cosas existia ya en los escritos de los Padres de la Iglesia; pero era mucho más cómodo aceptar un cuerpo filosófico y científico ya formado. Aceptóse, pues, á Aristóteles como al representante de la sabiduría antigua; pero, desgraciadamente, Aristóteles y el Evangelio no siempre estaban de acuerdo: de aquí resultaron tres partidos: El uno sacrificaba la filosofía á Jesucristo, en virtud de estas palabras: *No tienes más que un solo maestro, que es Cristo* (1). El otro sacrificaba á Jesucristo en las aras del filósofo, fundado en que siendo la razon la luz primitiva del hombre, ésta debia conservar siempre la primacía. El tercero admitia dos líneas de verdad, y que puede ser falso en la una lo que puede ser verdadero en la otra.

Resumiendo: el cisma y la herejía, favorecidos por el mal estado de la disciplina eclesiástica y por la resurreccion de las ciencias paganas, socavaban en Occidente la obra de Jesucristo, mientras que el malaventurado éxito de las cruzadas consumaba su ruina en Oriente, y abria á los Bárbaros las puertas de la cristiandad. Los sumos Pontífices, es cierto, resistian con heroica virtud á los peligros cada dia mayores de esta situacion tan difícil: domaban al emperador Federico I; animaban á los pueblos á nuevas cruzadas; con-

(1) San Mateo, 23, 10.

gregaban concilios contra el error y la corrupcion; vigilaban la pureza de la doctrina en las escuelas; estrechaban en sus manos poderosas la alianza de la fé y de la opinion europea; y del fecundo jugo de aquel viejo tronco pontificio veíase nacer á Inocencio III. Pero nadie puede sostener por sí solo el peso de las cosas divinas y humanas: los hombres más grandes necesitan mil fuerzas que cooperen con ellos, y las que la Providencia habia concedido á los tiempos pasados parecia que flaqueaban bajo el peso del porvenir. La obra de Clodoveo, de S. Benito, de Carlomagno y de Gregorio VII, en pié todavía, y viva con las reliquias de su génio, llamaba en su auxilio una nueva efusion del Espíritu Santo, en quien únicamente está la inmortalidad. En estos momentos supremos es cuando se debe estar atento á los consejos de Dios. La Europa, trescientos años despues, abandonará al error para sacar un dia del error mismo triunfos, cuyo secreto empezamos ya á entrever; pero entónces le plugo ayudar á su Iglesia por la vía directa de la misericordia. Miró Jesucristo sus manos y sus piés desgarrados por nosotros, y de aquella mirada amorosa nacieron dos hombres, Santo Domingo y San Francisco de Asis. La historia de estos dos hombres, tan semejantes y tan diversos entre sí, nunca deberia separarse; pero lo que Dios crea en una sola vez, una sola pluma no es capaz de escribirlo. Mucho será ya para nosotros si logramos dar alguna idea del patriarca Santo Domingo á los que no han estudiado su vida.

CAPÍTULO II.

Génesis de Santo Domingo (1).

En un hermoso valle de Castilla la Vieja, que baña el Duero con sus aguas, á igual distancia casi de Aranda y de Osma, hay una pobre aldea llamada en el lenguaje del país, Calaruega, y Calaroga en el lenguaje culto de muchos historiadores: allí nació Santo Domingo, en el año 1170 de la era cristiana. Debió la vida, despues de Dios, á Félix de Guzmán y á Juana de Aza. Tenian estos piadosos señores una habitacion en Calaruega en la que vió la luz primera santo Domingo, y que hasta nuestros dias no ha perecido del todo. En ella fundó, en 1266, Alfonso el Sábio, rey de Castilla, de acuerdo con su mujer, sus hijos y los principales grandes de España, un monasterio de religiosas dominicas. Se observan en este monasterio algunas estancias más antiguas que el cuerpo del edificio, y ajenas de la arquitectura de un convento; una almenada torre de la edad media, en la cual están embutidas las armas de los Guzmanes, una fuente que lleva su nombre, y otros

(1) El lector hallará al fin del tomo la lista de los autores contemporáneos de donde he sacado los hechos que componen la vida de Santo Domingo: cuando los copio textualmente es solamente cuando los nombro al márgen. Para la verificación, que es muy fácil, se puede recurrir al tomo 4 de los *Anales de la Orden de los Hermanos Predicadores*, por el P. Machi. Su trabajo, emprendido por Orden del P. Bremond, maestro general de la Orden, é impreso en Roma, en 1756, es el más completo que existe sobre la vida de Santo Domingo.

muchos vestigios que el pueblo, órgano constante de la tradicion, llama el *Palacio de los Guzmanes*. A pocas leguas de allí, en el castillo de Guzman, tenia su solar la rama castellana de esta ilustre familia: el lugar de su sepultura, igualmente próximo á Calaruega, estaba en Gumiel de Izan, en la capilla de una iglesia perteneciente á la Orden del Cister. A aquella capilla fueron llevados, despues de su muerte, Félix de Guzmán y Juana de Aza; y diéronles sepultura bajo dos distintas bóvedas, el uno junto á la otra; pero la misma veneracion de que eran objeto no tardó en separarlos. Hacia el año 1318, el infante de Castilla, D. Juan Manuel, trasladó el cuerpo de Juana de Aza al convento de los dominicos de Peña-fiel, que él habia fundado: Félix quedó solo en el sepulcro de sus abuelos, para ser fiel testigo del esplendor de la sangre que habia trasmitido á santo Domingo; y Juana fué á reunirse con la posteridad espiritual de su hijo para gozar de la gloria que habia adquirido; prefiriendo á la fecundidad de la carne y de la sangre, la fecundidad que viene de Jesucristo (1).

Señaló el nacimiento de santo Domingo un célebre augurio: su madre vió en sueños al fruto de sus entrañas, bajo la forma de un perro, que llevaba en las fauces una tea ardiendo, y que se

(1) Véase una disertacion latina del P. Bremond, titulada: *De Guzmanæ stirpe sancti Dominici*, Romæ, 1740. Los continuadores de los *Hechos de los santos*, de Rolando, pusieron en duda si realmente Santo Domingo era oriundo de la casa de Guzman, á lo que el P. Bremond les respondió en esta obra. Los monumentos de que abunda han decidido por via de la critica una cuestion que lo estaba ya por una tradicion inmemorial.

escapaba de su seno en actitud de ir á pegar fuego á toda la tierra. Este presagio, cuyo sentido era muy oscuro, la tenia sobremanera inquieta, motivando el que fuera con frecuencia á rezar sobre la tumba de Santo Domingo de Silos, antiguo abad de un monasterio de este nombre, que no distaba mucho de Calaruega; y reconocida á los consuelos que en ella habia obtenido, dió al niño, que habia sido el objeto de sus oraciones, el nombre de Domingo. Este niño era el tercero que salia de su bendito vientre. El primogénito, Antonio, consagró su vida al servicio de los pobres, honrando con su ardiente caridad el sacerdocio de que estaba investido; el segundo, Manós, murió bajo el hábito de Hermano Predicador.

Cuando Domingo fué presentado á la iglesia para ser bautizado, un nuevo prodigio manifestó la grandeza de su predestinacion. Su madrina, á quien no designan los historiadores más que llamándola una noble señora, vió en sueños una radiante estrella sobre la frente del bautizado; en el rostro de Domingo quedó siempre algun vestigio de ella; y se ha observado como un rasgo singular de su fisonomía, que vagueaba por su frente cierto resplandor que le atraia el corazon de cuantos lo miraban. El vaso de mármol blanco en que lo lavaron con el agua santa, fué llevado, en 1605, al convento de los Hermanos Predicadores de Valladolid por orden de Felipe III, quien quiso que fuese en él bautizado su hijo. Actualmente se halla en el convento de Santo Domingo de Madrid, y en él han sido reengendrados muchos infantes de España en Jesucristo, nuestro muy amado Señor.

No mamó Domingo una leche mercenaria. De-seosa su madre de que en las venas de su hijo no corriera otra sangre que la suya, le amamantó á unos pechos, de donde no podia beber más que un casto sustento, y junto á unos labios de que no podia oir sinó palabras verdaderas. Todo lo más que el niño santo podia temer en aquella solicitud maternal era, la involuntaria suavidad de sus envolturas, y aquella abundancia de desvelos que no siempre sabe contener la más cristiana ternura; pero la gracia que moraba en él se reveló temprano contra este yugo. Apenas á merced de su voluntad pudo mover sus tiernos miembros, salia de su cuna en secreto, y se echaba en el duro suelo: no parecia sinó que conocia ya la miseria de los hombres, la diferencia de su suerte acá abajo, y que, prevenido de amor hácia ellos, padecia á la idea de tener una cama mejor que el último de sus hermanos; ó bien que, iniciado en los secretos de la cuna de Jesucristo, queria hacerse un lecho semejante al suyo. Nada mas se sabe de los seis primeros años de su vida.

Apenas cumplidos siete años, salió de la casa paterna, y fué enviado á Gumiel de Izan, á casa de un tio suyo, que era arcipreste en aquella iglesia. Allí, cerca de la sepultura de sus abuelos y bajo la doble autoridad de la sangre y del sacerdocio, pasó Domingo la segunda parte de su infancia. «Antes de que el mundo,» dice un historiador, «hubiese contaminado á aquel niño, fué »confiado como Samuel, á las lecciones de la »Iglesia, á fin de que se posesionase de su corazón, tierno todavía, una saludable disciplina; y

»sucedió, en efecto, que, apoyado en aquella sólida base, crecía en edad y en talento, elevándose cada día, por un feliz progreso, á una virtud mas alta (1).»

La universidad de Palencia, en el reino de Leon, única que entónces poseía España, fué la tercera escuela en que se formó Domingo. A ella fué á la edad de quince años, y se halló abandonado á sí mismo por primera vez de su vida, lejos del dichoso valle donde, á la sombra de las torres de Calaruega, y de Gumiel de Izan, habia dejado todos aquellos dulces recuerdos que llaman el alma al país natal. Residió diez años en Palencia, de los cuales consagró los seis primeros al estudio de las letras y de la filosofía, cual se enseñaban entónces.

«Pero,» dice un historiador, «el angelical mancebo Domingo, aunque penetraba en las ciencias humanas con facilidad, no las miraba con entusiasmo; buscaba vanamente en ellas la sabiduría de Dios, que es Jesucristo. En efecto, ninguno de los filósofos se la ha comunicado á los hombres; ni tampoco la ha conocido ninguno de los príncipes de este mundo. Esta es la razón por qué temeroso de consumir en inútiles trabajos la flor y la fuerza de su juventud, y para apagar la sed que lo devoraba, fué á beber en los profundos manantiales de la teología. Invocando é implorando á Jesucristo, que es la sabiduría del Padre, abrió su corazón á la verdadera sabiduría, sus oídos á los doctores de las

(1) Constantino de Orvieto, *Vida de Santo Domingo*, número 3.

»Santas Escrituras; y le pareció tan dulce aquella
»palabra divina, la recibió con tanta ansia y con
»tan ardientes deseos, que, por espacio de cuatro
»años que dedicó á su estudio, pasaba las noches
»casi sin dormir, dando á las letras el tiempo del
»descanso. A fin de beber en aquel rio de la sa-
»biduría con una castidad más digna aún de ella,
»pasó diez años absteniéndose de vino. Era cosa
»maravillosa y dulce de ver aquel hombre cuya
»juventud revelaban sus cortos años, pero que
»parecia un anciano por la madurez de su con-
»versacion y la templanza de sus costumbres. Su-
»perior á los placeres de su edad, buscaba sola-
»mente la justicia: atento á no perder un instan-
»te, preferia á estudios sin objeto el seno de su
»madre la Iglesia, el descanso sagrado de sus ta-
»bernáculos; y toda su vida se deslizaba entre
»una devoción y un trabajo, igualmente asiduos.
»Dios le premió aquel ferviente amor con que
»observaba sus mandamientos, inspirándole el
»espíritu de sabiduría é inteligencia, que le ha-
»cia resolver sin dificultad las más árduas cues-
»tiones (1).

Dos curiosos recuerdos nos han quedado de aquellos diez años de su residencia en Palencia. Durante un hambre que desolaba á España, Domingo, no contento con dar á los pobres cuanto poseía, hasta sus vestidos, vendió tambien sus libros anotados de su puño, para distribuirles su importe; y como algunos se admirasen de que se privase de los medios de estudiar, pronunció es-

(1) Thierry de Apoldia, *Vida de Santo Domingo*, cap. I, n. 47 y 48.

tas palabras, las primeras que salidas de su boca han pasado á la posteridad: «¿Y habia yo de estudiar sobre pieles muertas (1), cuando hay hombres que se están muriendo de hambre (2)?» Su ejemplo excitó á los maestros y á los discipulos de la universidad á acudir generosamente en auxilio de los desgraciados. En otra ocasion, viendole á una mujer llorar amargamente porque su hermano era cautivo de los Moros, y no podia pagar su rescate, le ofreció venderse por rescatarle; pero Dios no lo permitió, porque lo reservaba para la redencion espiritual de un gran número de hombres.

Si á fines de otoño pasa el viajero por un pais despojado de todas sus cosechas, encuentra á veces, pendiente de los árboles, algun fruto escapado á la mano del labrador; y estos restos de una fertilidad que ha desaparecido, le bastan para juzgar los desconocidos campos que va cruzando. De esta suerte la Providencia, dejando la juventud de su siervo Domingo en la sombra de lo pasado, ha querido, sin embargo, que la historia conservase algunos rasgos de ella, barruntos, si bien incompletos, tiernos de un alma en que la pureza, la gracia, la inteligencia, la verdad y todas las virtudes, eran el efecto de un amor á Dios y á los hombres, maduro ántes de tiempo.

Frisaba Domingo en los veinticinco años, y

(1) Entonces se escribia en España sobre pergamino; el uso del papel fué muy posterior á aquella fecha. N. del T.

(2) *Actas de Bolonia*, deposicion del hermano Estéban, núm. 1.

Dios no le habia manifestado todavia lo que de él deseaba. Para el mundano, la vida no es más que un espacio, que hay que atravesar lo más lentamente que se pueda por el camino más llano; pero no la considera así el cristiano, porque sabe que todo hombre es vicario de Jesucristo para trabajar en la redencion de la humanidad por el sacrificio de sí mismo, y que, en el plan de esta grande obra, cada cual tiene un puesto señalado de toda eternidad, que puede, á su arbitrio, aceptar ó rehusar. Sabe que si voluntariamente desierta del puesto que le ofrecia la Providencia en la milicia de las criaturas útiles, otro será favorecido con ese puesto, y él, extráfuga, será abandonado á su propia direccion en la ancha y corta via del egoismo. Estos pensamientos ocupan al cristiano á quien no le está revelada todavía su predestinacion; y convencido de que desear cumplirla es el medio más seguro de conocerla, cualquiera que sea, está pronto á todo lo que Dios quiera. No desprecia de la república cristiana ninguna de las funciones necesarias, porque en todas pueden hallarse tres cosas, de las que depende su valor real: la voluntad de Dios, que las impone; el bien que resulta de su fiel ejercicio; y el celo del corazon á quien está encomendado su desempeño; hasta cree firmemente, que las posiciones en la sociedad ménos honoríficas, son las más gloriosas á veces; y que no cae nunca más rectamente del cielo la corona de los santos que sobre una frente pobre, encanecida en la humildad probada en un duro servicio. Poco le importa, pues, al cristiano el puesto que le señalará Dios; bástale saber cuál es su volun-

tad; y Dios habia preparado al jóven Domingo un mediador digno suyo, que debía manifestarle, no solamente su vocacion, sinó tambien abrirle las puertas de su carrera futura, y por caminos imprevistos conducirle al teatro donde le esperaba la Providencia.

Entre los medios de reforma á que recurrian los que pugnaban por restaurar la disciplina eclesiástica, habia uno que los soberanos Pontífices recomendaban particularmente: hablo del establecimiento de la vida comun en el clero. Así habian vivido los Apóstoles; y San Agustin, su imitador, habia dejado, sobre esta materia, la famosa regla que lleva su nombre. La vida en comunidad es la vida de familia y la vida de amor llevada á su más alto grado de perfeccion; y es imposible practicarla fielmente sin que inspire á los que se consagran á ella los sentimientos de fraternidad, de pobreza, de paciencia y de abnegacion, que son como el alma del cristianismo. Hacia poco más ó ménos un siglo y medio, que se daba el nombre de canónigos regulares á los sacerdotes que se sometian á este género de vida. No formaban éstos un solo cuerpo regido por un mismo jefe, ántes bien cada casa tenia su prior, que dependia directamente del obispo. Es preciso exceptuar, sin embargo, la Orden de los Canónigos regulares de Premonstato, fundada en 1120 por san Norberto. Deseoso Martin de Bazan, obispo de Osma, de contribuir á la restauracion de la Iglesia, acababa por entónces de convertir en canónigos regulares á los canónigos de su catedral; y sabiendo que habia en la Universidad de Palencia un mozo de raro mérito, oriundo de

su diócesis, concibió la esperanza de asociarlo á su cabildo, igualmente que á sus proyectos de reforma. Encomendó el negocio al hombre que habia sido su principal apoyo en la difícil obra que acababa de llevar á cabo, hombre ilustre ya entónces por su estirpe, su talento, su sabiduría y la venerable belleza de su vida; pero, que más adelante, añadió á estas cualidades comunes á otros, un título que le era propio exclusivo. Seis siglos hace, que el español D. Diego de Acevedo yace tendido bajo una losa que ni siquiera he visto, y sin embargo, nunca pronuncio su nombre sinó con un profundo respeto que me conmueve hasta lo más profundo de mi alma, porque aquel hombre fué el mediador elegido por Dios para iluminar y conducir al patriarca de una familia de que soy hijo; y cuando con mi mente sigo la larga cadena de mis abuelos espirituales, le encuentro entre santo Domingo y Jesucristo.

Las primeras conferencias de D. Diego con el jóven Guzman no nos las ha conservado la historia, pero es fácil adivinarlas por su resultado. A los veinticinco años, un alma generosa no trata sinó de dar su vida: nada más pide al cielo y á la tierra que una gran causa que servir con una grande abnegacion; el amor es más ardiente en la edad juvenil. Y si esto es así en un alma que no debe su temple sinó á una feliz índole, ¿cuánto más lo será de una alma, en que el cristianismo y la naturaleza corren juntos, como dos rios vírgenes de los que ni siquiera se ha derramado una gota en vanas pasiones? Fácilmente me represento, pues, la conferencia de D. Diego con el noble estudiante de Palencia. D. Diego le enseñó

en pocas palabras lo que no se aprende en los libros ni en las Universidades; el estado de continua lucha del bien y del mal en el mundo, las profundas llagas abiertas á la Iglesia, la natural direccion de los negocios; y en fin, todo lo que forma el nudo secreto de un siglo. Domingo, iniciado en el conocimiento de los males de su tiempo por un hombre que los comprendia, conoció sin duda la necesidad de llevar el tributo de su cuerpo y de su alma á la cristiandad doliente. Vió de una sola ojeada su puesto y su obligacion; y viólos en el sacerdocio, segun el orden de Melquisedech, siguiendo las pisadas de Jesucristo, único Salvador del mundo, fuente única de toda verdad, de todo bien, de toda gracia, de toda paz de todo sacrificio; y cuyos enemigos, cualquiera que sea el nombre que tomen, son los eternos enemigos del linaje humano. Vió que este divino sacerdocio, envilecido por no pocas manos indignas de la consagracion, tenia necesidad de ser restaurado á los ojos de Dios y de los pueblos, y que no podia serlo sinó por medio de la resurreccion de las virtudes apostólicas en los hombres adornados con él y encargados de su precioso depósito. Y siendo el primer paso para toda renovacion dar ejemplo de lo que se quiere ver hacer á los demás, el heredero de los Guzmanes consagró su vida á Dios en el Cabildo reformado de Osma, bajo la direccion de D. Diego, que era su prior.

«Entónces,» dice el bienaventurado Jordan de Sajonia, «empezó á aparecer entre los canónigos, »sus hermanos, como una antorcha que arde, el »primero por la santidad, el último de todos por

»la humildad de su corazon, esparciendo al derredor de sí un olor que daba la vida, y esparcía un perfume semejante al del incienso en los dias de verano. Admiran sus hermanos una piedad tan sublime, y lo eligen por su superior, para que, colocado en mayor altura, fueran sus ejemplos mas visibles y más eficaces. Pero Domingo, como un olivo que retoña, como un ciprés que crece, pasaba dia y noche en la iglesia, dedicado sin descanso á la oracion, y mostrándose fuera del claustro muy rara vez, á fin de no perder tiempo para la contemplacion. Dios le habia concedido la gracia de llorar por los pecadores, por los desgraciados y los afligidos; llevaba los males del prójimo en el santuario de la compasion; y aquel doloroso amor, apretándole el corazon, brotaba en lágrimas. Tenia la costumbre, rara vez interrumpida, de pasar la noche orando, y de conversar con Dios cerrada la puerta: entonces solian oirse salir de sus entrañas voces doloridas y como rugidos que no podia contener. La súplica que dirigia á Dios con más frecuencia y más especialmente era, que le diera una verdadera caridad, un amor capaz de arrostrarlo todo con júbilo por la salvacion de los hombres, persuadido de que no seria verdaderamente un miembro de Jesucristo sinó cuando se consagra-se todo entero, segun sus fuerzas, á ganar almas, á ejemplo del Salvador de todos, que se inmoló sin reserva por redimirnos. Leia un libro que lleva por título *Conferencias de los Padres*, que traia juntamente de los vicios y de la perfeccion espiritual, y se afanaba, leyéndolo, por conocer y seguir todos los senderos del bien.

»Este libro, con el auxilio de la gracia, elevóle á
»una difícil pureza de conciencia, á una abundante luz en la contemplacion, y á un altísimo
»grado de perfeccion (1).»

Aunque Domingo debia ser de corta vida, no se apresuraba la Providencia en realizar sus planes sobre su siervo: por espacio de nueve años dejólo en Osma, preparándose para la mision todavía desconocida que debia cumplir. En este intervalo, durante 1201, D. Diego de Acevedo sucedió en la silla episcopal á Martin de Bazano. Casi por la misma época, empezó Domingo á anunciar al pueblo la palabra de Dios, pero sin alejarse mucho de Osma; y probablemente continuó este ministerio, sobre el cual carecemos de datos, hasta 1203, momento solemne en que, saliendo de España, se encaminó, sin saberlo, á la edad de treinta y cuatro años, hácia el lugar de sus destinos.

Aquí concluye el génesis de santo Domingo, es decir, la série de hechos que formaron su cuerpo y su alma, y le prepararon al fin providencial que debia libremente llenar. Todos los hombres tienen su génesis particular, proporcionado á su servicio futuro en el mundo, y cuyo conocimiento puede solo explicar lo que son. La amistad nos abre esas sinuosidades profundas, en donde están sepultados los misterios de lo pasado y del porvenir: la confesion nos los revela tambien, pero con otro objeto; la historia procura descender á ellos á fin de coger, por decirlo así, los sucesos hasta en su mismo manantial, y reunir

(1) *Vida de Santo Domingo*, cap. I, núm. 8 y sig.

en la mano del que crea los gérmenes, y deposita en ellos el bien bajo innumerables formas el hilo de todos ellos. Domingo, llamado por Dios para fundar una nueva Orden, que edificará á la Iglesia con la pobreza, la predicacion y la ciencia divina, tuvo un génesis cuya analogía con esta predestinacion está patente. Nace de una familia ilustre, porque la pobreza voluntaria es más notable en el que desprecia un caudal y una nobleza adquiridos; nace en España, fuera del país que será el teatro de su apostolado, porque el abandonar su patria por ir á llevar la luz á naciones de las cuales ni siquiera conoce la lengua, es para el apóstol uno de los más grandes sacrificios; pasa los diez primeros años de su juventud en el seno de una universidad, á fin de adquirirla ella la ciencia necesaria para el ministerio evangélico, y trasmitir á su Orden el brillo de las letras. Por espacio de otros nueve años se doblega á las prácticas de la vida en comunidad, á fin de conocer sus recursos, sus dificultades y sus virtudes, y de no imponer un día á sus hermanos otro yugo que el que habrá él mismo llevado mucho tiempo. Desde la cuna, Dios le da el instinto y la gracia de la sujecion del cuerpo á una vida dura, porque ¿cómo soportará el apóstol la fatiga de los viajes, el calor, el frio, el hambre, la cárcel, los golpes y la miseria, si desde la niñez no ha sometido su cuerpo al más rígido aprendizaje? Dios le inspira tambien una afición precoz y ardiente á la oracion, porque ella es el acto omnipotente que pone á disposicion del hombre las fuerzas del cielo. El cielo es inaccesible á la violencia; la oracion le hace descen-

der hasta nosotros. Pero Domingo recibe, sobre todo, el don, sin el cual los otros nada valen, el don de una inmensa caridad, que le apremia noche y día á sacrificarse por la salvacion de sus hermanos, y le hace sensible á todas las aflicciones, hasta el punto de arrancarle copiosas lágrimas. En fin, Dios, para iniciarlo en los misterios de su siglo, le envia un hombre de privilegiado temple, que llega á ser su amigo, su obispo, y, como veremos, su introductor en Francia y en Roma. Estos hechos, poco numerosos, pero seguidos y profundos, se entrelazan lentamente en un círculo de treinta y cuatro años, y Domingo llega sin mancilla formado por ellos á la más hermosa virilidad que puede desear un hombre que conoce á Dios.

CAPÍTULO III.

Llegada de Santo Domingo á Francia.—Su primer viaje á Roma.—Entrevista en Montpellier.

Por aquel tiempo, Alfonso VIII, rey de Castilla, tuvo la idea de casar á su hijo con una princesa de Dinamarca, y eligió para ajustar las bodas al obispo de Osma, quien partió á fines del año 1203 para el norte de Alemania, llevando consigo á Domingo. A su paso por el Langüedoc, ambos fueron testigos de los espantosos progresos que hacia la secta de los Albigenses, y sus corazones se sintieron oprimidos de una amarga afliccion. Llegado que hubieron á Tolosa, donde

no debian detenerse más que una noche, Domingo echó de ver que su patron era hereje, y aunque con tan poco tiempo para disponer, no quiso que su tránsito fuese inútil al hombre extraviado que los hospedaba. Jesucristo habia dicho á los apóstoles: *Cuando entreis en una casa, saludadla diciendo: Paz sea en esta casa. Y si la casa lo merece, vuestra paz descenderá sobre ella; y si no la merece, vuestra paz volverá sobre vosotros* (1). Los santos que siempre tienen presentes todas las palabras de Jesucristo, y que conocen la eficacia de una bendicion dada aún á quien la ignora, se consideran como enviados de Dios á toda criatura á quien encuentran, y procuran no dejarla sin haber depositado en su seno algun germen de misericordia. No se contentó Domingo con pedir á Dios en secreto por su huesped infiel, sinó que pasó la noche hablándole; y fué tanto lo que labró en el corazon del hereje la imprevista elocuencia de aquel extranjero, que volvió á la fé ántes de que despuntara el dia. Entónces efectuóse otra maravilla. Conmovido Domingo por la conquista que acababa de hacer para la verdad, y por el triste espectáculo de los estragos del error, tuvo por primera vez la idea de crear un Órden consagrada á la defensa de la Iglesia por medio de la predicacion de la divina palabra: esta súbita inspiracion se apoderó de él, y ya nunca le abandonó; de manera, que ya le estaba descubierto el secreto de su futura carrera cuando salió de Francia, como si esta nacion, celosa de no haber producido

(1) San Mateo; x, 12, 15.

aquel grande hombre, hubiese obtenido de Dios que no pisara en vanò su suelo, y que ella fuese á lo ménos la que le diese el consejo decisivo de su vida.

Llegaron D. Diego y Domingo, despues de mil fatigas, al término de su viaje; y habiendo hallado dispuesta la corte de Dinamarca á la alianza que deseaba Castilla, volvieron en seguida con estas nuevas al rey Alfonso; y se pusieron de nuevo en camino y con más pompa, para conducir á España á la princesa; pero murió ésta en el intervalo; y desembarazado ya de su comision, despachó D. Diego un correo al rey, y se encaminó hácia Roma.

No habia entónces cristiano que consintiese en morir sin haber humedecido con sus lábios los umbrales de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo: hasta los mismos pobres iban á visitar sus lejanas reliquias, y á recibir la benedicion del Vicario de Jesucristo. Por lo ménos una vez, D. Diego y Domingo se arrodillaron juntos sobre aquel sepulcro que gobierna el mundo, y al levantar su frente del polvo, tuvieron una segunda satisfaccion, la más grande que un cristiano puede gozar en la tierra, la de ver en el trono pontificio á un hombre digno de ocuparlo, á Inocencio III. Por lo demás ¿cuáles fueron los sentimientos de que llenó sus almas el espectáculo de la ciudad universal? La historia calla sobre ei particular. Los que llevando en sí la uncion del cristianismo y la gracia de la juventud van á Roma por primera vez, conocen los sentimientos que inspira: los demás difícilmente lo comprenderian, y á mi me gusta la sobriedad

de aquellos antiguos historiadores, que donde acaba el poder de la palabra, dejaban de hablar.

Habíase propuesto el obispo de Osma pedir una merced al soberano Pontífice: tenia resuelto abdicar el episcopado, y consagrar lo restante de su vida á predicar la fé á los Cumanos; tribu bárbara acampada en los confines de la Hungría, célebre por la ferocidad de sus costumbres. Inocencio III rehusó acceder á este heroico deseo; y aunque insistió D.Diego para que le fuese permitido á lo menos, conservando su obispado, ir á evangelizar á los infieles, persistió el Papa en su negativa, y mandóle que regresase á su diócesis. Los dos peregrinos pasaron otra vez los Alpes en la primavera del año 1205, con la intencion de restituirse inmediatamente á España; pero cedieron al piadoso deseo de visitar al paso uno de los más célebres monasterios de la cristiandad; y dando un largo rodeo, fueron á llamar á la puerta de la abadía del Cister, habitada todavia por la sombra de San Bernardo. Si en aquel monasterio no habia ya la misma pobreza, aún quedaban en él restos de virtud bastante bellos para que cautivaran el corazon del obispo de Osma, quien manifestó á los religiosos el placer que tendria en vestir su ilustre hábito: fuéle otorgado, no sin alguna dificultad, y consolóse un poco bajo aquellas libreas monásticas del dolor que habia tenido en no poder ser un pobre misionero entre los Bárbaros. Domingo se abstuvo de imitar en esto á su amigo, pero llevó del Cister mucho aprecio y afecto á los religiosos que lo poblaban. Despues de una breve residencia en la abadía, se

pusieron ambos nuevamente en camino, y costeando, como es probable, las orillas del Saona y del Ródano, llegaron á los arrabales de Montpellier.

Estaban á la sazón reunidos bajo las murallas de Montpellier tres hombres, que en aquella época hicieron gran papel en los negocios de la Iglesia: Arnaldo, abad del Cister; Raul y Pedro de Castelnau, monjes de la misma orden. El Papa Inocencio III los habia nombrado legados apostólicos en las provincias de Aix, de Arles y de Narbona, con plenos poderes para hacer todo aquello que para la represion de la herejía conceptuasen útil; pero su legacion, que duraba hacia ya más de un año, habia sido infructuosa. El conde de Tolosa, señor de aquellas provincias, sostenia abiertamente en ellas á los herejes: los obispos, cual por cobardía, cual por indiferencia, cual porque era hereje, se negaban á ayudar á los legados; el clero habia incurrido en el desprecio de los pueblos; «hasta tal punto,» observa Guillermo de Puy Laurens, «que el nombre de eclesiástico era ya proverbial como el de judío; y que en vez de decir: primero consentiria en ser judío que en hacer eso, muchos decian: primero consentiria en ser eclesiástico, etc.—» Cuando los clérigos se presentaban en público, tenian cuidado para disimular su tonsura, que hacian lo más pequeña posible, de echarse sobre la frente los cabellos de atrás. Rara vez los caballeros destinaban sus hijos á la clericalura, contentándose con presentar á los hijos de sus dependientes á las iglesias cuyos diezmos percibian, y los obispos conferian las órdenes á

«quien podian (1).» Inocencio no habia disimulado la gravedad del mal á sus legados, á los cuales escribia en una carta de 31 de Mayo de 1204: «Aquellos á quienes San Pedro ha llamado á participar de sus desvelos para custodiar al pueblo de Israel, no velan ya su rebaño por la noche; ántes, por el contrario, duermen, y tienen sus manos retiradas del combate, mientras que Israel pelea con Madian. El pastor ha degenerado en mercenario; ya no apacienta el rebaño, sinó que se paga á sí mismo; busca la leche y la lana de las ovejas; deja en libertad á los lobos que entren en el aprisco, y no se opone, como una muralla, á los enemigos de la casa del Señor. Como un mercenario que es, huye delante de la perversidad que podria destruir, y la protege con su traicion. Casi todos han abandonado la causa de Dios, y muchos entre los restantes le son inútiles (2).»

Los tres legados eran hombres de ardiente fe y de gran caracter; pero, abandonados de todos, no habían podido obrar ni por vía de autoridad ni por vía de persuacion. Ningun obispo de aquellas provincias habia querido unirse á ellos para exhortar al conde Raimundo VI, á acordarse de la gloria de sus mayores: no habian tenido mejor resultado sus conferencias con los herejes, oponiéndoles siempre éstos la lamentable vida del clero, y recordándoles estas palabras del Señor: *Por sus frutos los conoceréis* (3). A pesar del

(1) *Crónica*, en el prólogo.

(2) Carta de Inocencio III, lib. VIII carta LXXV.

(3) San Mateo VII, 16.

vigoroso temple de sus almas, estaban abatidos, y conocian amargamente que hay cargas imposibles de sobrellevar por un hombre solo, cuando acumuladas las culpas, han dado á las pasiones demasiadas armas contra la verdad. Bajo el peso de esta impresion deliberaban en Montpellier. Su opinion unánime era, dar una cuenta exacta del estado de las cosas al soberano Pontífice, y devolverle al mismo tiempo un cargo, que no podian desempeñar con fruto ni con honra; pero lo que no ofrece esperanza para los hombres, la ofrece para Dios. Hacia treinta años que la Providencia estaba preparando una respuesta á las quejas de sus siervos y á las injurias de sus enemigos, y la hora en que debia darla ya era llegada. En el momento en que los legados tomaban tan tristes resoluciones, supieron que don Diego de Acevedo, obispo de Osma, acababa de llegar á Montpellier; le enviaron á llamar inmediatamente, y sin perder un instante pasó don Diego á verse con ellos.

Dejemos hablar aquí al bienaventurado Jordan de Sajonia: «Los legados le reciben con singulares muestras de distincion y le piden consejo, sabiendo que era un hombre santo, de alto espíritu y lleno de zelo por la fé. Dotado D. Diego de rara circunspeccion é introducido en los caminos de Dios, empieza por informarse de los usos y costumbres de los herejes. Observa que atraian á su secta á los incautos por vias persuasivas, por medio de la predicacion y de las apariencias de la santidad, al paso que los legados se rodeaban de un grande y fastuoso aparato de criados, de caballos y de trajes. Entón-

«ces les dijo:—No es esa, hermanos míos, la
«senda que debeis seguir; no se atrae con pala-
«bras á esos hombres que se apoyan en ejemplos.
«Con el simulacro de la pobreza y de la austeri-
«dad evangélicas, seducen ellos á las almas sen-
«cillas; presentándoles un espectáculo contrario
«edificareis poco, destruireis mucho, y jamás
«hablareis á su corazon. Oponed el ejemplo al
«ejemplo; oponed la verdadera religion á una
«fingida santidad; solo con una magnífica humil-
«dad se triunfa del mentido fausto de los falsos
«apóstoles. De esa suerte se vió precisado Pablo
«á mostrar su virtud, sus austeridades y los con-
«tinuos peligros de su vida, á los que se engreían
«contra él con el mérito de sus trabajos. Los le-
«gados le dijeron: Excelente padre, ¿qué nos
«aconsejais?—Haced lo que yo voy á hacer, les
«respondió; y al punto, apoderándose de él el
«espíritu de Dios, llamó á toda su comitiva, y le
«dió orden de volver á Osma con sus acémilas y
«con todo el tren de que iba acompañado: única-
«mente conservó á su lado un corto número de
«eclesiásticos, y declaró que era su intencion de-
«tenerse en aquel país para consagrarse con ac-
«tividad al servicio de la fé. Conservó tambien,
«junto á su persona al su-prior Domingo, á quien
«estimaba grandemente, y á quien profesaba sin-
«gular afecto: y aquí, depuesto el título de su-
«prior, el primer fundador de la Orden de Predi-
«cadores, empezó á llamarse *Fray Domingo*, hom-
«bre verdaderamente del Señor por la inocencia
«de su vida y por el celo con que guardaba sus
«mandamientos. Los legados, en vista del conse-
«jo y del ejemplo que acababa de darles el obispo

»de Osma, siguieron al punto uno y otro: des-
»pidieron sus equipajes y sus criados, y no con-
»servando más que los libros necesarios para la
»controversia, se marcharon á pié, en un estado
»de pobreza voluntaria, y bajo la direccion del
»virtuoso prelado, á predicar la verdadera
»fé (1).»

¡Con qué arte y con qué paciencia habia Dios preparado este desenlace! En las orillas de un rio español, reciben con abundancia el espíritu de Dios dos hombres de diferente edad: encuéntranse un dia, atraídos uno hácia otro por el perfume de sus virtudes, como dos árboles preciosos que crecen en un mismo bosque; se buscan y se inclinan para tocarse. Cuando una amistad continuada ha confundido sus dias y sus pensamientos, una voluntad imprevista los saca de su país, los lleva por Europa, desde el Pirineo hasta el mar Báltico, desde el Tiber á las colinas de la Borgoña, y llegan sin haber pensado en ello cabalmente para dar á hombres abatidos, á pesar de su corazon magnánimo, un consejo, que muda la faz de las cosas, salva el honor de la Iglesia, y le prepara para un cercano porvenir legiones de apóstoles. Los enemigos de la Iglesia no han leído nunca su historia con atencion, pues, de otro modo, hubieran observado en ella la invencible fecundidad de sus recursos y la oportunidad maravillosa de esta fecundidad. La Iglesia es parecida á aquel gigante, hijo de la tierra, que recibía nuevas fuerzas de cada caída: vuelve por la desgracia á las virtudes de su cuna

(1) *Vida de Santo Domingo*, cap. I, n. 16 y sig.

y recobra su natural poderio, perdiendo el poderío postizo que le prestaba el mundo. El mundo no puede quitarle más que lo que de él ha recibido, es decir, la riqueza, el lustre de la sangre, una parte en el gobierno temporal, privilegios de honor y de proteccion: vestiduras tejidas por una mano impura, túnica de Deyanira, que la Iglesia no debe llevar sobre su carne sagrada, sinó por encima del sayo de su pobreza nativa. Si el oro, léjos de ser el instrumento de la caridad y el ornato de la verdad, altera la una y la otra, preciso es que perezca, y entónces el mundo, despojando á la Iglesia, no hace más que devolverle la ropa nupcial que le dió su divino Esposo, y que nadie puede arrebatarse. Porque ¿cómo privar de la desnudez á quien la quiere? ¿Cómo quitar la pobreza á quien de la pobreza hace su tesoro? Dios ha puesto en el despojo voluntario la fuerza de su Iglesia, y ninguna mano mortal puede penetrar en este abismo para tomar en él cosa alguna. Por eso, los perseguidores hábiles han procurado ménos despojar á la Iglesia que corromperla. En la profundidad del mal este es el último grado; y todo se perderia con este ardid, si Dios alguna vez permitiera que la corrupcion fuese universal; pero la corrupcion engendra la vida, y la conciencia renace de sus mismas ruinas:—círculo vicioso cuyo secreto posee Dios, y por el cual todo lo domina.

¿Qué habia de más desesperado, en 1205, que el estado religioso del Languedoc? El príncipe era un hereje entusiasta; la mayor parte de los barones favorecian la herejía; los obispos descuidaban enteramente sus deberes; y algunos de

ellos, como el obispo de Tolosa y el arzobispo de Auch, estaban manchados con crímenes públicos; el clero había perdido el aprecio; los católicos fieles eran en corto número; el error insultaba con el espectáculo de una virtud facticia á los desórdenes de la Iglesia; y el desaliento habia penetrado aún en aquellos mismos, que abrigan una fé incontrastable en un corazon casto y fuerte. Pero dos cristianos que pasan, bastan para mudar todo: ellos reanimarán el valor de los legados de la Santa Sede, confundirán á los herejes con un apostolado pobre y austero, sostendrán á las almas vacilantes, consolarán á las almas firmes; sacarán de su apatía al episcopado; un grande obispo ascenderá á la silla de Tolosa; y si no es decisivo el resultado, siempre bastará para mostrar de que lado están la razon, la rectitud, el celo y la certidumbre de una causa divina.

CAPÍTULO IV.

Apostolado de Santo Domingo, desde la entrevista de Montpellier hasta el principio de la guerra de los Albigenses.

—Fundacion del convento de Nuestra Señora de Prouille.

Ejecutóse sin dilacion lo que acababa de quedar acordado entre los legados apostólicos y el obispo de Osma. El abad del Cister partió para la Borgoña, donde debia presidir el capítulo general de su Orden, y prometió traer consigo cierto número de jornaleros evangélicos. Los otros dos legados, don Diego, Domingo, y al-

gunos sacerdotes españoles tomaron á pié el camino de Narbona y de Tolosa. Deteníanse en las ciudades y en las aldeas del tránsito, según el espíritu de Dios se lo inspiraba, ó las circunstancias exteriores les hacían juzgar de que su predicación sería útil. Cuando resolvían evangelizar en algún punto, quedábanse en él un espacio de tiempo proporcionado á la importancia del lugar y á la impresión que producían. Predicaban en las iglesias á los católicos, y tenían conferencias con los herejes en casas particulares. El uso de estas conferencias asciende á una remota antigüedad: S. Pablo las tenía frecuentemente con los Judíos, S. Agustín con los Donatistas y los Maniqueos de África. En efecto, si una de las causas del error es la obstinación de la voluntad, la ignorancia es tal vez su causa más general. La mayor parte de los hombres no repelen la verdad sino porque no la conocen;—porque se la representan bajo imágenes que nada tienen de real. Una de las obligaciones del apostolado es, pues, exponer la verdadera fé con claridad, descartando de ella las opiniones particulares que la oscurecen, y dejando al entendimiento del hombre toda la libertad que la palabra de Dios y la Iglesia, su intérprete, le han dado. Pero no es posible esta exposición, sino en cuanto atrae á los que necesitan de ella; y solamente es completa en cuanto se les cede el derecho de discutirla, como la Iglesia se reserva el de discutir su propia doctrina. Este es el fin á que tienden las conferencias, honroso palenque donde hombres de buena fé llaman á otros hombres

que tambien lo son, donde la palabra es un arma igual para todos, y el único juez la conciencia.

Pero si la costumbre de las conferencias es antigua, hubo, sin embargo, en las que entónces se celebraron con los Albigenses, algo de nuevo y atrevido; los católicos no temieron muchas veces elegir á sus mismos adversarios por árbitros de la discusion, y remitirse á su juicio. Suplicaban que presidiesen la asamblea á algunos de los herejes mas notables, declarando de antemano, que aceptarían su decision, sobre el valor de las cosas que por ambas partes se dijeran. Esta heroica confianza les fué muy ventajosa: muchas veces tuvieron el consuelo de no haber presumido demasiado del corazon del hombre, y adquirieron una señalada prueba de todos los recursos que abriga para el bien.

Una de las primeras aldeas en que se detuvieron fué Caraman, no léjos de Tolosa. Anunciaron en ella la verdad por espacio de ocho dias, y con tan felices resultados, que los vecinos querian expulsar á los herejes, y acompañaron á nuestros misioneros hasta gran distancia cuando prosiguieron su camino. Beziers los retuvo quince dias. Allí disminuyó aquel pequeño ejército con la retirada del legado Pedro de Castelnau, á quien rogaron sus amigos que se alejase, á causa del particular odio con que lo miraban los herejes. Hicieron una tercera parada en Carcasona, otra en Verfeuil, en las cercanías de Tolosa, otra en Fanjeaux, pequeño pueblo situado en una altura entre Carcasona y Pamiers.

Esta última ciudad es célebre por un hecho mi-

lagroso de que fué testigo, y que refiere en estos términos el bienaventurado Jordan de Sajonia: »Sucedió que en Fanjeaux hubo una gran conferencia á la vista de una multitud de fieles y de »infieles convocados á ella. Los católicos habian »preparado varias memorias que contenian razones y autoridades en apoyo de su fé; pero, después de comparadas unas con otras, prefirieron »la que habia escrito el bienaventurado hombre »de Dios, Domingo, y resolvieron oponerla á la »memoria que por su parte presentaban los herejes. Tres árbitros fueron elegidos de comun »acuerdo, para decidir cuál fuese el partido que »alegaba mejores razones, y cuya fé era, por consiguiente, más sólida. Después de mucho discutir, »no pudiendo entenderse aquellos tres árbitros »para tomar una decision, ocurrióseles la idea de »echar á la lumbre las dos memorias, á fin de que »si las llamas perdonaban á alguna de ellas, resultase una certeza de que aquella contenia la »verdadera doctrina. Encendieron, pues, una hoguera, y echaron en ella los dos volúmenes:—al »punto es devorado el de los herejes; y el otro, »que habia escrito el bienaventurado hombre de »Dios, Domingo, no solo queda intacto, sinó que »es repelido á gran distancia por las llamas, en »presencia de toda la asamblea. Echanle á la lumbre segunda y tercera vez, y otras tantas veces »manifiesta la repeticion del mismo milagro donde está la verdadera fé, y cual era la santidad »del escritor (1)»

El recuerdo de este prodigio, de que hacen

(1) *Vida de Santo Domingo*, cap. I. n. 20.

mencion los historiadores, se conservaba tradicionalmente en Fanjeaux; y en 1325, los vecinos de esta aldea obtuvieron licencia del rey Carlos el Hermoso, para comprar la casa en que habia pasado el hecho, y construir en ella una capilla, que los soberanos Pontífices *han enriquecido con muchas indulgencias*. En Monreal ocurrió, más adelante, otro milagro semejante, pero en secreto, entre los herejes reunidos una noche para examinar una memoria del siervo de Dios. Todos ellos se propusieron ocultar aquel prodigio, más lo hizo público uno que se convirtió.

Entre tanto observó Domingo, que una de las causas del incremento que tomaba la herejía era la destreza con que los herejes se apoderaban de la educacion de las doncellas nobles, cuando sus familias eran demasiado pobres para darles una educacion proporcionada á su clase. En la presencia de Dios pensó en los medios de poner coto á aquella seduccion, y creyó que lo lograria fundando un monasterio destinado á recoger á las jóvenes católicas, á quienes el nacimiento y la pobreza exponian á las redes del error. Habia en Prouille, aldea situada en una llanura entre Fanjeaux y Monreal, en la falda de los Pirineos, una iglesia dedicada á la Santisima Virgen, célebre desde tiempos antiguos por la veneracion de los pueblos. Domingo era particularmente devoto de Nuestra Señora de Prouille, en cuya iglesia habia muchas veces orado en sus peregrinaciones apostólicas. Ya subiese ó ya bajase los primeros cerros de los Pirineos, le aparecia á la entrada del Langüedoc como un faro de esperanza y de consuelo el humilde santuario de Prouille; allí, al

lado de la iglesia, fué, pues, donde fundó su monasterio, con el consentimiento y apoyo del obispo Foulques, exaltado rocientemente á la silla episcopal de Tolosa. Foulques, monje del Cister, conocido por la pureza de su vida y el ardor de su fé, mereció á los católicos de Tolosa ser elegido por su obispo, despues que su predecesor, Raimundo de Rabenstens fué, en virtud de un decreto del soberano Pontífice, depuesto del episcopado. Su elevacion á tan importante dignidad causó un júbilo universal en la Iglesia; y cuando el legado Pedro de Castelnau, que estaba gravemente enfermo, recibió esta nueva, incorporóse en su lecho y cruzó las manos para dar gracias á Dios. No tardó Foulques en ser el amigo de Domingo y de don Diego, y en prueba de ello, favoreció, con todo su poder, la ereccion del monasterio de Prouille, concediéndole, primero, el usufructo, y más tarde, la propiedad, de la iglesia de Santa Maria, junto á la cual, como queda dicho, lo habia construido Domingo. Habiale precedido en esta generosa proteccion Berenguer, arzobispo de Narbona, dando á las religiosas cuatro meses despues de su clausura, la iglesia de San Martin de Limoux, con todas las rentas á ella anejas. Más adelante, hicieron tan grandes donaciones á Prouille el conde Simon de Monfort y otros católicos de distincion, que llegó á ser una floreciente y célebre casa, y siempre pareció gozar de una gracia especial. La guerra civil y religiosa que poco despues estalló, acercóse solamente á sus muros para respetarlos; y miéntras que eran despojadas las iglesias, destruidos los monasterios, y la herejía armada se veia muchas veces

victoriosa, unas pobres vírgenes indefensas oraban tranquilamente en Prouille á la sombra juvenil de su claustro. Y es porque las primeras obras de los santos tienen una virginidad que conmueve el corazón de Dios, y el que protege á la humilde florecilla del rigor de la tempestad, vela sobre la cuna de las grandes cosas.

No se sabe precisamente cuales fueron el hábito y las reglas de las hermanas de Prouille en aquellos primeros tiempos. Tenian á su frente una priora, pero bajo la autoridad de Domingo, que conservó la administracion espiritual y temporal del monasterio, á fin de no separar á aquellas amadas hijas del futuro instituto que meditaba, y fuesen el primer ramo que pensaba plantar. Pero, no permitiéndole residir en Prouille sus tareas apostólicas, encomendó la administracion temporal á un vecino de Pamiers, que se le habia agregado, y que se llamaba Guillermo Claret. Tambien llamó á participar de la administracion espiritual á uno ó dos eclesiásticos, franceses ó españoles, cuyos nombres la historia no ha conservado. Una porcion del monasterio, fuera de la clausura, contenia el alojamiento de Domingo y de sus coadjutores, á fin de que aquella habitacion, distinta bajo un mismo techo, fuese una fianza de la unidad que algun dia existiria entre los religiosos dominicos y las religiosas dominicas, dos vástagos emanados del mismo tronco. Terminados todos los preparativos, el 27 de Diciembre de 1206, dia de San Juan Evangelista, Domingo tuvo el placer de abrir las puertas de Ntra. Sra. de Prouille á mu-

chas matronas y doncellas que deseaban consagrarse en sus manos á Dios.

Tales fueron en un principio los institutos dominicanos, que empezaron por un asilo á favor de la triple debilidad del sexo, de la cuna y de la pobreza, así como la redencion del mundo empezó en el seno de una Virgen pobre é hija de David. La solitaria y modesta Ntra. Sra. de Prouille, aguardó todavía mucho tiempo al pié de las montañas á los Hermanos y á las Hermanas que debian dársele sin medida, y llevar su nombre hasta los confines de la tierra. Hija primogénita de un Padre, que lentamente se elevaba bajo la paciente direccion de Dios, ella tambien crecia en silencio, honrada con la amistad de muchos grandes hombres, y como mecida sobre sus rodillas. Domingo, que despues de la entrevista de Montpellier, habia dejado el título de su-prior de Osma por tomar el de Fray Domingo, añadió entónces á esta humilde y dulce calificacion la de prior de Prouille, de modo que desde entónces fué llamado *Fray Domingo, prior de Prouille*.

Algun tiempo despues de esta fundacion, habiendo predicado Domingo en Fanjeaux, y quedándose en la iglesia á orar, segun su costumbre, fueron á echarse á sus piés nueve señoras nobles, diciéndole: «Siervo de Dios, acudid en nuestra ayuda. Si lo que hoy habeis predicado es verdadero, mucho tiempo hace que el error obceca nuestro entendimiento, porque hemos creido hasta ahora, y los hemos amado con todo nuestro corazon, á esos á quienes llamais herejes, y á quienes nosotras llamamos *buenos hombres*. Ya no sabemos que pensar ahora. Siervo de Dios,

»tened, pues, compasion de nosotras, y pedid al
»Señor vuestro Dios, que nos dé á conocer la fé
»en la cual vivamos, muramos y seamos salva-
»das.» Quedó Domingo un buen rato en oracion,
»y en seguida les dijo: «Tened paciencia y aguar-
»dad sin temor; creo que el Señor, que no desea
»la perdicion de nadie, va á mostraros al que
»hasta ahora habeis servido.» Y con efecto, vieron
de repente, bajo la forma de un animal inmundo,
el espíritu de error y de ódio, y Domingo les dijo
tranquilizándolas: «Por esta figura que Dios ha
»hecho aparecer á vuestra vista, podeis juzgar
»quién es aquel á quien adorabais siguiendo á
»los herejes (1).» Aquellas señoras, dando gracias
á Dios, se convirtieron al punto y firmemente á
la fé católica, y aún varias de ellas se consagra-
ron á Dios en el monasterio de Prouille.

En la primavera del año 1207, hubo en Monreal una conferencia entre los Albigenses y los Católicos. Eligieron éstos cuatro árbitros de entre sus adversarios, á quienes entregaron ambas partes sendas memorias sobre las cuestiones controvertidas: quince dias duró la discusion publica, al cabo de los cuales se retiraron los árbitros sin querer fallar, pues si bien su conciencia les hacia conocer la superioridad de los católicos, no tenían el valor suficiente para declararse contra su partido. Sin embargo, ciento cincuenta hombres volvieron al gremio de la Iglesia, abjurando la herejia. El legado Pedro de Castelnau asistió á aquella conferencia. Pronto llegaron tambien á Monreal el abad del Cister, otros doce abades de

(1) El P. Humberto, *Vida de Santo Domingo*, n. 44,

la misma Orden, y como hasta veinte religiosos, todos hombres de valor, instruidos en las cosas divinas, y de una santidad de vida digna de la mision que iban á desempeñar. Inmediatamente despues de concluido el capítulo general habian salido del Cister, y se habian puesto en camino, sin llevar consigo nada más que lo estrictamente necesario, con arreglo á la recomendacion del obispo de Osma. Este refuerzo exaltó el aliento de los católicos; al cabo de dos laboriosos años veian en fin el fruto de sus sudores, y que no en vano habian contado con la asistencia prometida á todos los que trabajan por Dios en la sinceridad de su celo. La provincia de Narbona habia sido evangelizada de uno á otro confin; se habian obtenido importantes y numerosas conversiones; habia sido humillado el orgullo de los herejes por virtudes superiores á sus fuerzas; y atentos los pueblos á este movimiento, podian comprender, que la Iglesia católica no estaba en la sepultura. El episcopado habia recobrado su dignidad en la persona de Foulques; Navarro, obispo de Couserans, le imitaba; y salian de su letargo aquellos de entre sus cólegas que no habian sido más que débiles. La ereccion del monasterio de Prouille habia alentado á la nobleza pobre y católica; pero el más grande resultado era haber reunido á tantos hombres, eminentes por sus virtudes, su sabiduría y su carácter, en un pensamiento comun, el del apostolado, y haber dado á este apostolado naciente una consistencia inesperada. Sin embargo, faltaba todavía la unidad á estos elementos regidos por cuatro diferentes autoridades,—la de los legados, la de los abades del

Cister y la de los Españoles, por lo cual se trataba con frecuencia de la necesidad de establecer una Orden religiosa cuyo especial oficio fuera la predicacion; y la llegada de los Cisterienses á Monreal, confirmando todo lo que se habia hecho, avivó más el deseo de fundar dicha Orden. El obispo de Osma era, en el fondo, el verdadero jefe de la empresa, bien que en su calidad de mero obispo fuese inferior á los legados, y que como extranjero, dependia de los prelados franceses en su accion espiritual. Pero con sus consejos habia dado un grande impulso en el momento en que todo parecia perdido; era el primero que habia puesto manos á la obra, sin volver nunca la vista atrás; hasta habia conquistado el afecto de los herejes, quienes decian de él: «que era imposible que semejante hombre no hubiese sido predestinado á la vida, y que sin duda no lo habia enviado Dios entre ellos sinó para enseñarles la verdadera doctrina (1).» En fin, aquella fuerza secreta que coloca á los hombres en su puesto, lo habia elevado sobre todos. Pensó, pues, en volver á España para arreglar las cosas de su diócesis, reunir recursos á favor del convento de Prouille, que los necesitaba, regresar á Francia con nuevos obreros, y sacar partido del estado á que habian llegado las cosas. Tomada esta resolucion, púsose en camino á pié para España.

Al entrar en Pamiers, hallóse don Diego con el obispo de Tolosa, con el de Couserans y con un gran número de abades de diferentes monaste-

(1) El B. Jordan de Sajonia, *Vida de Santo Domingo*, cap. I n. 1.

rios que habian acudido á saludarle, noticiosos de su partida. Su presencia dió ocasion á una célebre disputa con los Valdenses, que dominaban en Pamiers, bajo la proteccion del conde de Foix, quien convidó sucesivamente á los herejes y á los católicos á comer, y ofrecióles su palacio para celebrar la conferencia. Los católicos eligieron por árbitro á uno de sus más declarados adversarios, que pertenecía á la primera nobleza de la ciudad. El resultado superó con mucho á sus esperanzas: Arnaldo de Campranham, el árbitro designado, falló á favor de los católicos y abjuró la herejía: otro hereje de distincion, Durando de Huesca, no contento con convertirse á la verdadera fé, abrazó la vida religiosa en Cataluña, adonde se habia retirado, y fué el padre de una nueva congregacion bajo el nombre de *Pobres católicos*. Estas dos abjuraciones, que no fueron las únicas, produjeron una sensacion vivísima en la ciudad de Pamiers, y atrajeron á los católicos grandes muestras de júbilo y de aprecio de parte del pueblo. Despues de este triunfo, que coronaba dignamente su apostolado, despidióse D. Diego de todos los que se habian reunido para agasajarlo á su salida de Francia. Se ignora si Domingo le acompañó hasta aquel momento, ó si tal vez se separarian en Prouille, y sus ojos se verian por última vez bajo su amado techo; porque Dios, en sus impenetrables consejos, habia decidido, que aquella mirada no se renovase ya más entre ellos acá en la tierra.

Cruzó D. Diego, siempre á pié, los Pirineos y el Aragon: volvió á ver á Osma, sentóse en su silla, huérfana de él por espacio de tres años, y

ya se preparaba á dejar su patria de nuevo, cuando le llamó Dios á la mansion permanente de los ángeles y de los hombres. Su cuerpo fué sepultado en una iglesia de su ciudad episcopal, bajo esta sencilla inscripcion: *Aquí yace Diego de Acevedo, obispo de Osma: murió en la éra de 1245* (1). Esta muerte, con tan poco fausto anunciada á la posteridad, produjo, sin embargo, un efecto que reveló claramente el fin de un grande hombre: —apénas llegó su noticia allende los Pirineos, disipóse la obra heroica cuyos elementos habia reunido el venerable obispo. Los abades y los religiosos del Cister se volvieron á sus monasterios: la mayor parte de los Españoles que, bajo la direccion de Domingo, habia dejado don Diego, regresaron á España; de los tres legados, Raoul acababa de morir; Arnaldo no se habia mostrado más que un momento; y Pedro de Castelnau se hallaba en Provenza, en visperas de perecer bajo los golpes de un asesino. Solo quedaba un hombre con el antiguo pensamiento de Tolosa y de Montpellier, jóven todavía, extranjero, sin jurisdiccion, que no se habia presentado mas que en segunda línea, y que no podia ocupar de repente el puesto de un hombre como Acevedo, en quien el episcopado, la antigüedad y la fama sostenian el genio y la virtud. Cuanto pudo hacer Domingo fué no sucumbir al terrible peso de aquella pérdida, y permanecer firme, privado de semejante amigo. Ocho años de afanes necesitó para llenar el vacío que habia dejado, y nunca hom-

(1) La Era de España habia empezado treinta y ocho años ántes que la Era cristiana.

bre alguno marchó con más ardor hácia su término para alcanzarlo luego con más maravillosa rapidez.

Numerosos milagros honraron la sepultura de Acevedo. Más tarde, en la misma iglesia en que yacian sus despojos, se erigió una capilla á Santo Domingo, y la piedad los reunió, trasladando el cuerpo del uno debajo de la imagen del otro; pero, como si Domingo no hubiera podido tolerar ver á sus piés al que habia sido su mediador en la tierra, una mano respetuosa separó del tronco la venerable cabeza y la dió al convento de los Hermanos Predicadores de Málaga.

A pesar de estos homenajes tributados á su virtud, la memoria de Acevedo no ha igualado á su mérito: como la Francia no le vió sinó de paso, y España tambien le vió harto poco, murió sin haber consumado cosa alguna: Dios le habia destinado no más que á ser el precursor de un hombre más santo todavía y más extraordinario que él; difícil mision, que supone un corazon perfectamente desinteresado. Acevedo cumplió esta mision con la misma sencillez que atravesaba á pié los Pirineos; nunca se acordó de sí propio; pero la posteridad de Santo Domingo le conserva un recuerdo tan vivo como profunda fué su humildad; y yo, por mi parte, no me separo ahora de él sinó con la piedad de un hijo que acaba de cerrar los ojos á su padre.

Todo quedó pues en dispersion con la muerte del obispo de Osma: Domingo se vió casi solo; los dos ó tres cooperadores, que no lo abandonaron, solo estaban ligados á él por su buena voluntad, y de un momento á otro podian dejarle. Y como

si esto no bastara, pronto la soledad dejó de ser la única desgracia de su situacion: una guerra terrible vino á acrecentar su amargura y sus dificultades.

El legado Pedro de Castelnau habia dicho muchas veces, que la religion no volveria á florecer en el Langüedoc sinó despues que la sangre de un mártir hubiese regado aquella tierra; y rogaba á Dios encarecidamente que le concediese la gracia de ser él la víctima: Dios accedió á sus votos. Acababa de ir á San Gil á instancias del conde de Tolosa, á quien habia excomulgado años ántes, y que deseaba, segun decia, reconciliarse sinceramente con la Iglesia. El abad del Cister se habia agregado á su colega para asistir á aquella entrevista, á la que ambos les conducia un vivo deseo de la paz; pero el conde no hizo más que burlarse de ellos, y pareció que su designio no habia sido otro que obtener por el terror que le alzasen la excomunion, pues amenazó de muerte á los legados si osaban salir de San Gil sin absolverle. Despreciaron Castelnau y el abad las amenazas, y se retiraron con una escolta que les dieron los magistrados de la ciudad. Aquella noche la pasaron en la orilla del Ródano y á la mañana siguiente, habiendo despedido á todos los que les acompañaban, se disponian á pasar el rio, cuando se les acercaron dos hombres, uno de los cuales clavó su lanza en el cuerpo de Pedro de Castelnau. El legado, herido de muerte, dijo á su asesino: «Dios os perdone, como os perdono yo de todo corazon» (1). Repitió estas palabras

(1) Pedro de Vaulx-Cernay, *Historia de los Albigenses*, cap. VIII.

varias veces, tuvo aún tiempo para exhortar á sus compañeros á servir á la Iglesia sin temor y sin tregua, y exhaló el postrer suspiro. Su cuerpo fué llevado á la abadiade San Gil: su muerte ocurrió en 15 de Enero de 1208.

Este asesinato fué la señal de una guerra, en la que Domingo no tomó parte alguna, y que no fué para él más que un manantial de tribulaciones en el ejercicio de su apostolado; mas como los sucesos de estos disturbios están enlazados á los de su vida, es necesario bosquejar aquí su historia.

CAPÍTULO V.

Guerra de los Albigenses (1).

La guerra es el acto en virtud del cual un pueblo resiste á la injusticia á costa de su sangre: donde quiera que hay injusticia hay causa legítima de guerra, hasta tanto que se repara aquélla. La guerra es, por lo tanto, despues de la religion, el primero de los deberes humanos: si la una enseña el derecho, la otra lo defiende; porque si la una es la palabra de Dios, la guerra es su brazo. *Santo, Santo, Santo es el Señor, el Dios de los ejér-*

(1) Los principales historiadores contemporáneos de la guerra de los Albigenses son: Pedro de Vaulx-Cernay, monje del Cister, y Guillermo de Puy-Laurens, capellan del conde Raimundo VII. La coleccion de las *Cartas de Inocencio III* contiene noticias preciosas sobre este suceso. Puede consultarse tambien la *Historia general del Languedoc*, por los Benedictinos de San Mauro, y la *Historia del Papa Inocencio III y de sus contemporáneos*, por Hurter, presidente del consistorio de S. Schaffhouse.

bitos,—es decir, el Dios de la justicia, el Dios que envia al fuerte en auxilio del débil oprimido; el Dios que derriba las dominaciones soberbias, que crea á *Ciro* contra Babilonia, rompe á favor de los pueblos las puertas de bronce, convierte al verdugo en soldado, y al soldado en victima. Pero la guerra, como las cosas mas santas, puede convertirse contra su objeto, y llegar á ser el instrumento de los opresores, y esta es la razon porque es preciso conocer cuál fué su objeto, para juzgar de su valor en un caso particular. Toda guerra de libertad es sagrada; toda guerra de opresion es maldita.

Hasta el tiempo de las cruzadas, la defensa del territorio y del gobierno de cada pueblo ocupó casi exclusivamente y dió nuevo temple á la santidad del acero: el soldado moria en las fronteras de la pátria, y este nombre era el más grande que en el momento de las batallas inspiraba á su corazon; pero cuando Gregorio VII hubo despertado la idea de la república cristiana en la mente de sus contemporáneos, el horizonte de la abnegacion se dilató con el amor fraternal entre los hijos de la Iglesia. La Europa, confederada por la fé, comprendió que todo pueblo católico oprimido, cualquiera que fuese su opresor, tenia derecho á su asistencia, y que podia llevar la mano á la empuñadura de su espada. Nació la caballeria; la guerra llegó á ser no solo un servicio cristiano, sinó tambien un servicio monástico; y se vió á batallones de monjes cubrir con el cilicio y el broquel los puestos avanzados del Occidente. Fué evidente para toda alma bautizada, que era la servidora del derecho contra la fuerza; y que,

como á hijo de Dios, que oye la menor queja de sus infortunio. debia estar pronta al primer grito de amargura. Así como un cazador en pié y armado escucha junto al tronco de un árbol de qué lado sopla el viento, así la Europa en aquellos tiempos, con la lanza en la mano y el pié en el estribo escuchaba atentamente de qué lado venia el rumor de la injuria. Ora descendiese del trono, ora de un simple castillo, ya fuese preciso cruzar los mares para alcanzarla, ó no echar más que una carrera á caballo, el tiempo, el lugar, el peligro, la dignidad, no arredraban á nadie. No se calculaba si habia provecho ó pérdida: la sangre se da generosamente ó no se da. La conciencia la paga en la tierra y Dios en el cielo.

Entre los poderes débiles que la caballeria cristiana habia tomado bajo su amparo, habia uno que era sagrado entre todos, el poder desvalido de la Iglesia. Como la Iglesia carecia de soldados y baluartes para defenderse, siempre habia estado á merced de los perseguidores: desde el momento en que un príncipe quería hacerle daño, lo podia todo contra ella. Pero cuando se formó la caballeria, ésta tomó la ciudad de Dios bajo su proteccion; primeramente, porque la ciudad de Dios es débil, y luego porque la causa de su libertad era la causa misma del linaje humano. A título de oprimida, la Iglesia tenia derecho como cualquiera otro á la asistencia del caballero; á título de institucion fundada por Jesucristo, para perpetuar la obra de la emancipacion terrena y de la eterna salvacion de los hombres, la Iglesia era la madre, la esposa, la hermana de cualquiera que hubiese heredado con noble sangre noble es-

pada. Yo creo que nadie en el dia sea incapaz de apreciar este orden de sentimientos; la gloria de nuestro siglo, entre muchas miserias, consiste en conocer, que hay intereses más altos y universales que los de familia ó nacion: la simpatía de los pueblos traspasa nuevamente sus fronteras, y la voz de los oprimidos vuelve á hallar un eco en el mundo. ¿Quién no acompañara con sus votos, ya que no con su persona, á un ejército de caballeros, cruzando la Europa para acudir en auxilio de la Polonia? ¿Quien, aún entre los incrédulos, no cuenta entre los crímenes que afligen á esa nacion ilustre la violencia hecha á su culto, el destierro de sus sacerdotes y de sus obispos, el saqueo de los monasterios, el robo de las iglesias, el martirio de las conciencias? Si la prision arbitraria del arzobispo de Colonia ha hecho en la Europa moderna una tan viva impresion, ¿qué debió sentir la Europa del siglo XIII, al saber que un embajador apostólico acababa de ser muerto de una lanzada á traicion?

No era este, por otra parte, el primer acto opresivo de que la cristiandad tenia que pedir satisfaccion al conde de Tolosa: ya de muchos años atrás, para los católicos no existia seguridad alguna en los paises sujetos á su dominio. Los monasterios eran talados, saqueadas las iglesias, y muchas de ellas, asilos de paz, trasformadas en fortalezas; habia arrojado de sus sillas á los obispos de Carpentras y de Vaison; un católico no podia obtener de él justicia contra un hereje: todas las tentativas del error tenian asegurada su proteccion; y era para él la religion objeto de aquel insolente desprecio que por sí solo es ya en un

príncipe un acto de tiranía. Cierta dia en que el obispo de Orange fué á suplicarle que respetase los lugares sagrados, y se abstuviese por lo ménos los domingos y dias festivos de cometer las tropelias de que entónces era víctima la provincia de Arles, cogió de la mano derecha al prelado y le dijo: «Juro por esta mano de no hacer caso alguno del domingo ni de los dias festivos, y de no dar nunca cuartel ni á las personas ni á las cosas eclesiásticas (1).»

La Francia estaba entónces infestada de aventureros, que, reunidos en numerosas cuadrillas, cometian por donde quiera todo linaje de robos y asesinatos; y cuando eran perseguidos por Felipe Augusto, hallaban en las tierras del conde de Tolosa, su vasallo, una segura impunidad, debida al ardor con que cooperaban á sus intentos, con sus latrocinios y sus sacrílegas crueldades. Robaban de los tabernáculos los vasos sagrados; profanaban el cuerpo de Jesucristo; arrancaban á las imágenes de los santos sus ornamentos, para vestir con ellos á mujeres perdidas: arrasaban iglesias, azotaban y apaleaban á los sacerdotes; y á muchos les desollaron vivos. Esta execrable traicion del príncipe dejaba sin defensa á sus súbditos contra una persecucion de asesinos; y cuando despues de tantos crímenes, de que era autor ó cómplice, recibió el conde de Tolosa entre sus amigos y llenó de favores al asesino de Pedro de Castelnau, colmose, por decirlo así, la medida: su tiranía había llegado ya á aquel momento en que se hunde por sus propios excesos.

(1) *Cartas de Inocencio III*, lib. x, carta LXIX.

Sin embargo, sería un grande error creer, que le era fácil á la cristiandad obtener reparacion del conde de Tolosa; su posicion era formidable, como lo probó el resultado. Raimundo VI murió victorioso de sus enemigos despues de catorce años de guerra, trasmitiendo á su hijo, que lo disfrutó hasta su muerte, el patrimonio de sus mayores; y no se incorporó este gran feudo á la corona de Francia sinó á consecuencia del casamiento de un hermano de San Luis con la hija única del conde Raimundo VII. La fuerza de aquella casa era debida á muchas causas, pues estaba profundamente arraigada en el país por su antigüedad, y muy recomendada al amor de los pueblos por una merecida ilustracion. La herejía, ya casi general, había formado entre el príncipe y sus vasallos un nuevo vínculo, que, separándolos del resto de la cristiandad, daba á sus relaciones el nervio de una liga religiosa; los vasallos, cualquiera que fuera su estado, participaban de los errores de su señor feudal; y la codicia de los bienes del clero añadía en ellos á la comunidad de las ideas las de los intereses. Los pocos católicos que perseveraban no eran ni bastante fervientes, ni bastante numerosos para debilitar mucho el tan bien ajustado haz, cuyo nudo era el conde de Tolosa, Tenia éste, además, por fieles aliados de su causa, á los condes de Foix y de Cominges, al vizconde de Bearne, al rey de Aragon, D. Pedro II, con cuya hermana estaba casado; y ningun cuidado le daba la Guyena, poseida por los ingleses. Felipe Augusto, su soberano, ocupado en sus estados por sus desavenencias con los ingleses y con el imperio, no podía

ser el jefe de la cruzada; y sin este jefe, el único temible, el ejército de los cruzados, compuesto de mal unidas cuadrillas, solo podía prometerse efímeras victorias, y una disolución natural más pronta todavía que los reveses. Dueño de toda la línea de los Pirineos, teniendo el Aragon á su espalda para sostenerle, á derecha é izquierda dos mares inofensivos, á su alrededor una multitud de plazas de armas defendidas por vasallos leales, tenia el conde Raimundo mil probabilidades de ser superior á sus enemigos. Era, pues, la guerra de los Albigenses negocio gravísimo, en el que las dificultades morales superaban aún á las dificultades estratégicas, —porque ¿qué hacer de aquel país una vez ocupado? Pronto veremos el exquisito y generoso juicio de Inocencio III, previendo que habia allí un abismo, y á un gran capitán, victorioso al principio, caer bajo el peso de sus aflicciones ántes de sucumbir á la muerte del soldado.

Apenas Inocencio III supo el asesinato de Pedro de Castelnau, escribió una carta á los ricos-hombres, condes, barones y caballeros de las provincias de Narbona, Arles, Embrun, Aix y Viena, en la cual, despues de pintar elocuentemente la muerte de su legado, declaraba excomulgado al conde de Tolosa, exentos de sus juramentos de obediencia á sus vasallos, y su persona y sus tierras privadas del agua y del fuego. Pero previendo el caso en que el conde se arrepintiese de sus crímenes, dejábale una puerta abierta para reconciliarse con la Iglesia. Esta carta lleva la fecha de diez de marzo de 1208. El soberano Pontífice escribió casi en los mismos

términos á los arzobispos y á los obispos de las mismas provincias, al arzobispo de Lyon, al de Tours y al rey de Francia (1): agregó al abad del Cister, el único de sus legados que había sobrevivido, á Navarro, obispo de Conserans, y á Hugo obispo de Riez, y encargó particularmente al abad del Cister que con sus religiosos predicase la cruzada. En lo restante de aquel año y en la primavera del siguiente se hicieron todos los preparativos de guerra.

Aterrado en vista de lo que pasaba, y sabedor de que los obispos de la provincia de Narbona habian enviado en diputacion al Papa á sus colegas de Tolosa y de Conserans para informarlo por menor de las calamidades de sus iglesias, envió á Roma por su parte el Conde Raimundo al arzobispo de Auch y al antiguo obispo de Tolosa, Rabenstens; encargados de quejarse amargamente del abad del Cister, y de decir al soberano Pontífice, que su señor estaba pronto á someterse y dar á la Santa Sede plena satisfaccion si le concedia legados más equitativos. Consintió en ello Inocencio III, é hizo salir para Francia al notario apostólico Milon, hombre de consumada prudencia, con la mision especial de examinar y de juzgar la causa del conde. Milon convocó en Valencia del Delfinado una asamblea de obispos, en la que Raimundo, que estaba presente, aceptó las condiciones de paz que le fueron propuestas, y que eran las siguientes:— Que echaría á los herejes de sus estados, destituiría á los judíos de todo empleo público, repara-

(1) Lib. xi, cartas xxvi, xxvii y xxviii.

ria los daños que habia causado á los monasterios y á las iglesias, restableceria en sus sillas á los obispos de Carpentras y de Vaison, velaria por la seguridad de los caminos, no exigiria impuestos contrarios á los antiguos usos del pais, y limpiaria sus dominios de las cuadrillas armadas que lo infestaban. En prenda de su sinceridad, entregó Raimundo en manos del legado el condado de Melgueil, y siete ciudades de Provenza que le pertenecian, bajo la condicion de perder su soberanía si faltaba á lo pactado. Acordose que su reconciliacion solemne con la Iglesia se verificaria en San Gil, segun las formas usadas en aquellos tiempos. Si hubiera procedido de buena fé el conde de Tolosa, léjos de rebajarlo á los ojos de sus contemporáneos y de la posteridad, la penitencia pública á que se sometia hubiera sido un título al respeto de todos los cristianos. En nada menoscabó su gloria Teodosio por haber suspendido sus pasos á la voz imperiosa de San Ambrosio en la puerta de la catedral de Milán: el crimen es lo único que deshonra; la expiacion voluntaria, sobre todo en un soberano, es un homenaje tributado á Dios y á la humanidad, que rehabilita al que es capaz de él, y lo hace participe del invencible honor que existe en Jesús crucificado. Tal vez el orgullo no comprenderá lo que digo; pero ¡qué importa! Mucho tiempo há que la cruz es señora del mundo, sin que el orgullo haya todavia adivinado el motivo. Dejemos á ese ciego de nacimiento, y repitamos á quien puede oirlas, las palabras de Aquel que conquistó el cieló y la tierra con un suplicio aceptado voluntariamente: *El que se ensalzare será humillado; el que se humi-*

llare será ensalzado (1), Por consiguiente, si el conde de Tolosa hubiera procedido de buena fé, la penitencia á que se habia sometido le hubiera restablecido completamente en la opinion pública: los hombres desgraciados nunca conocerán bastante el poder del arma que tienen en sus manos. Pero el conde de Tolosa no procedia de buena fé; la política solamente le habia arrancado promesas que no tenia voluntad de cumplir; y cuando en las puertas de la abadía de San Gil, despues de haber jurado sobre las reliquias de los Santos y sobre el cuerpo mismo del Señor, que cumpliria lo que habia prometido, presentó á la disciplina del legado sus espaldas desnudas, no hacia más que representar una indigna escena de perjurio y de ignominia. Lo que ni el último trance hubiera debido sufrir, sufrialo aquel hombre sin haber desenvainado la espada. Una circunstancia memorable vino á agravar su castigo y á darle un gran carácter: era tal el gentio cuando quiso salir de la iglesia que no pudo dar un paso; abriéronle una salida secreta por los subterráneos consagrados á las sepulturas, y pasó desnudo y azotado por delante del sepulcro de Pedro de Castelnau.

Pocos dias despues de esta escena, que se verificó el 18 de Junio de 1209, fué el legado Milon á reunirse en Lyon con el ejército de los cruzados, á cuya cabeza estaban el duque de Borgoña, los condes de Nevers, de San Pablo, de Bar, de Monfort, otros muchos señores de cuenta y algunos prelados. Inocencio III habia mandado, en

(1) San Mateo, 23, 12.

caso de que se absolviese al conde de Tolosa, que se respetase su dominio directo; pero que se marchase contra sus vasallos y aliados para obtener su sumision. Avanzó, pues, el ejército hacia el Langüedoc, y apenas hubo llegado á Valencia, cuando el conde Raimundo salió en persona á recibirlo, cruzado como los demás. Sitiaron á Beziers, que tomado por asalto de improviso, fué victima del furor de los soldados, sin distincion de edad, de sexo, ni aun de religion. Los legados, en sus cartas al soberano Pontífice, calcularon en cerca de veinte mil el número de los muertos. Esta carniceria, que no se previó ni se hizo de intento, es uno de los sucesos que han dado á la guerra de los Albigenses un colorido tan negro, que ningun historiador será poderoso á borrar. La toma de Carcasona siguió de cerca á la de Beziers; los habitantes se rindieron, y obtuvieron el perdon de la vida, pero la ciudad fué con premeditado acuerdo abandonada al saqueo. Dificil era abrir peor una guerra la más santa en su principio.

Hasta entónces la cruzada no habia tenido por alma y por jefe más que al abad del Cister; pero despues de los triunfos de Beziers y de Carcasona, los cruzados, de los cuales muchos pensaban ya en retirarse, creyeron útil elegir un jefe militar. Remitióse su eleccion á un consejo compuesto del abad del Cister, de dos obispos y de cuatro caballeros, quienes á nadie juzgaron más digno del mando que al conde Simon de Monfort. Descendia este ilustre guerrero de la casa de Hainaut, era hijo de Simon III, conde de Monfort y de Evreux, y de una hija de Roberto, conde de

Leicester, y estaba casado con Alix de Montmorency, mujer heroica como su apellido. Era imposible hallar un capitán más audaz ni más religioso caballero que el conde de Monfort; y si hubiera unido á las eminentes prendas que resplandecian en su persona un mejor fondo de desinterés y de suavidad, no hubiera sobrepujado su gloria ninguno de los cruzados de Oriente. Apenas le fué otorgado el mando general, cuando se vió abandonado de todos; el conde de Nevers, el de Tolosa y el duque de Borgoña se retiraron uno despues de otro, dejando con Monfort unos treinta caballeros y un corto número de soldados. Cambio de fortuna harto comun en aquella clase de expediciones, á las que cada cual asistia libremente y renunciaba del mismo modo.

No me propongo trazar, como debe suponerse, más que el carácter general de la guerra y de las negociaciones, hilo difícil de seguir, porque dos planes se disputaban su direccion, el del abad del Cister, y el del Papa.

El plan del abad del Cister, de acuerdo con los principales obispos del Langüedoc y de los países vecinos, era acabar absolutamente con el poder de la casa de Tolosa. Este plan á la vez era injusto é impolitico,—injusto, porque si Raimundo VI habia provocado su ruina, y era imposible fiarse en él para lo venidero, no podia decirse lo mismo de su hijo, niño de doce años, que no era cómplice de los crímenes de su padre, ni incapáz de educacion cristiana bajo una tutela desinteresada; impolitico, porque era mezclar á la cuestion religiosa, sobre la cual estaba de acuerdo la cristiandad, una cuestion de fami-

lia que podia dividirla; era tambien dar un colorido de ambicion á una guerra emprendida por más puros motivos. Es verdad que el abad del Cister tuvo la rara dicha de encontrar un hombre el más á propósito para su plan en el conde de Monfort, y acaso su misma conducta fué lo que le inspiró, ó por lo ménos le afianzó en la idea de aniquilar la casa de Tolosa. Pero las cualidades guerreras del conde de Monfort para los dependientes y los vasallos de esta casa, no eran más que las cualidades de un enemigo; y el abad del Cister, que queria ir aprisa, por temor de no poder siempre disponer de las fuerzas de una cruzada, hubiera debido saber, que el tiempo, del que se desconfiaba, era necesario para sustituir una familia nueva en el gobierno de un país á una familia antigua; hubiera debido arreararle el temor de convertir una guerra católica en una guerra personal entre los Raimundos y los Monfort. Al abuso que hizo de su autoridad para sostener un plan desacertado, se deben las faltas y las violencias que quitaron á la cruzada contra los Albigenses el carácter de santidad que tenia bajo otros conceptos.

Inocencio III era hombre de un temple muy distinto que el abad del Cister; estaba, por otra parte, sentado en aquella Sede privilegiada, que, á más de la eterna asistencia del Espíritu Santo, tiene la ventaja de ser, por efecto de su misma elevacion, extraña á las pasiones que dejan sentirse hasta en las mejores causas. Al paso que un celo inconsiderado quiere con harta frecuencia perder á los hombres con los errores, la autoridad papal ha puesto siempre todo su conato en

salvar á los hombres condenando los errores. Inocencio III no tenia ningun deseo de despo-
seer á la casa de Tolosa, y aún abrigaba esperan-
zas de reanimar sentimientos dignos de sus abue-
los en el anciano Raimundo. En las cartas de ex-
comunión que contra él habia fulminado, pres-
cribió formalmente el caso de su arrepentimien-
to; y en seguida, despues de los hechos de San
Gil, se habia apresurado á intimar la órden de
que no se atentase á sus dominios. Pero el Papa
no tenia en Francia á nadie que coadyuvase á
sus generosas intenciones; no pudo luchar contra
la fuerza de los sucesos, y sus vanos esfuerzos
solo sirvieron para honrar su memoria. El mis-
mo conde Raimundo, abandonando el pacífico
sistema que al principio habia adoptado, contri-
buyó al triunfo de los enemigos de su familia,
y fué preciso que una mano suprema intervinie-
se en el asunto para cambiar de repente la faz de
las cosas.

Aunque le habia quedado poca gente á Mon-
fort, no por eso habia dejado de seguir adelante,
tomando ciudades, perdiéndolas y recobrándolas,
mientras que el conde de Tolosa, confiado en su
reconciliación con la Iglesia, no parecia curarse
de la ruina de sus aliados y de sus vasallos; pero
vino á sacarlo de su seguridad un concilio cele-
brado en Aviñon, por los metropolitanos de Vie-
na, de Arles, de Embrun y de Aix, bajo la presi-
dencia de los dos legados Hugo y Milon. El con-
cilio, que se abrió el 16 de setiembre de 1209, le
concedia un plazo de seis semanas para cumplir
las promesas que habia hecho en San Gil, sin
cuyo cumplimiento seria excomulgado. Recibido

que hubo estas nuevas, partió Raimundo para Roma, y admitido á la audiencia del Santo Padre, que lo recibió con muestras de afecto, quejoso del rigor que usaban con él los legados, presentó los testimonios auténticos de muchas iglesias á las que habia indemnizado, y se declaró pronto á ejecutar lo restante de sus juramentos; solicitando tambien justificarse del asesinato de Pedro de Castelnau, y de las relaciones que se le acusaba de tener con los herejes. Estimulole el Papa á perseverar en tan buenos sentimientos, y mandó que se reuniese en Francia un nuevo concilio de obispos para oír su justificacion, con la cláusula expresa de que si resultaba culpado, se reservase la sentencia á la Santa Sede. Raimundo, despues de su salida de Roma, visitó la corte del emperador y la del Rey de Francia, con la esperanza de obtener de ellos algun apoyo; pero fué en vano; tuvo, pues, que presentarse al concilio á que se habia remitido su causa, y que debia celebrarse en San Gil, hácia mediados de setiembre de 1210. Quiso en él justificarse de las dos acusaciones, de inteligencia con los herejes, y complicidad en la muerte de Pedro de Castelnau; mas el concilio rehusó oírlo sobre ambos puntos: limitándose á pedirle que cumpliese su palabra: limpiando sus estados de los herejes y gente perdida de que estaban infestados. Fuese que Raimundo no pudiese satisfacer esta exigencia, fuese que no tuviese voluntad para hacerlo, ello es que volvió á Tolosa, persuadido de que era excusado el artificio, y de que nada tenia ya que esperar más que de la suerte de las armas. Sin embargo, se abstuvo de excomulgarlo el concilio, porque

el soberano Pontífice se habia reservado la sentencia, é Inocencio III se contentó con escribirle una carta vehemente y afectuosa, en la que le exhortaba, sin amenaza alguna, á cumplir lo que él mismo, espontáneamente, habia prometido (1).

El rey de Aragon intervino por su parte para impedir un rompimiento definitivo, y con este motivo celebráronse dos conferencias durante el invierno de 1211, una en Narbona y otra en Montpellier. En la primera, el conde de Tolosa desechó abiertamente las condiciones que ya le habian sido propuestas en San Gil; en la segunda empezó por aparentar que consentia en ellas, y luego se retiró de repente sin despedirse. Irritado el rey de Aragon en vista de esta conducta, desposó á su hijo, de edad de tres años, con una hija del conde de Monfort, que tenia la misma edad, y puso al niño en manos del conde para que se criase bajo su direccion: mas no tardó en arrepentirse, y casó su hermana con el hijo único de Raimundo, estrechando con esta alianza los vínculos ya harto estrechos que le unian á la causa de la herejía.

En fin, el abad del Cister fulmina la excomunion, y envia un diputado al Papa para obtener que la confirme, lo cual efectivamente consigue. Prepárase Raimundo á la guerra, asegurándose de la fidelidad de sus vasallos y del auxilio de varios señores, particularmente de los condes de Foix y de Cominges; rechaza á Monfort, que se habia presentado bajo las murallas de Tolosa, y

(1) Libro XIII, carta LXXXVIII.

el ejército albigense va á acamparse delante de Castelnaudary, cuyo sitio les obliga á levantar una sangrienta batalla. La victoria sonríe á los cruzados: toman ciudades sobre ciudades. Invaden el territorio de Foix y de Cominges, y Raimundo tiene que pasar á España á implorar el auxilio de rey del Aragon.

Lo que entonces sucedió muestra cuán indeciso y trabajado por distintos pareceres estaba el Papa. Antes de recurrir á las armas para proteger á su cuñado, creyó conveniente el rey de Aragon probar todavía el medio de las negociaciones: y envió una embajada al soberano Pontífice para quejarse juntamente del conde de Monfort, que se apoderaba de los feudos dependientes de su corona, y de los legados apostólicos, que absolutamente se negaban á admitir á penitencia pública al conde de Tolosa. Prevenido por estas quejas, reconvino Inocencio III á sus legados, y les mandó congregar una asamblea compuesta de obispos y de señores del país, para entender en los medios de asentar la paz (1). Dió orden al conde de Monfort de que restituyese al rey de Aragon y á sus vasallos los feudos de que les habia despojado, «no fuese, decia, que se llegase á creer, que habia peleado más bien por sus intereses que por la causa de la fé (2).» Resolvió, en fin, suspender la cruzada, intencion que manifestó en una carta particularmente dirigida al abad del Cister, nombrado recientemente arzobispo de Narbona (3).

(1) Libro xv, carta cccxii.

(2) Libro xv, carta cccxiii.

(3) Libro xv, carta cccxv.

Pero miéntras llegaban á su destino estas cartas, fechadas á principios del año 1215, habíase reunido un concilio en Lavaur, á petición del rey de Aragon, quien, en una circular escrita, habia suplicado á los legados y á los obispos que devolviesen á los condes de Tolosa, de Cominges y de Foix, igualmente que al vizconde de Bearne, las tierras que les habian usurpado, y que los restableciesen en la comunión de la Iglesia, á costa de cualquiera satisfaccion que exigiesen: en caso de repulsa, en lo relativo al anciano Raimundo, solicitaba el rey la justicia del concilio para el hijo. El Concilio decidió, que no se debia ya admitir al conde de Tolosa á ninguna justificacion, porque habia violado constantemente su palabra; pero que serian recibidos á penitencia apenas lo solicitasen, los condes de Poix y de Cominges y el vizconde de Bearne. El rey de Aragon, juzgando por esta respuesta, que habia una conspiracion decidida contra la casa de Tolosa, declaró categóricamente, que apelaba á la clemencia de la Santa Sede, del inexorable rigor de los legados y de los obispos, y que tomaba bajo su real proteccion al conde Raimundo y á su hijo. Este príncipe no podia ser sospechoso de herejía; habia sometido su reino á la Iglesia romana en calidad de feudo apostólico, y habia servido valerosamente á la cristiandad contra los moros de España. El peso de su nombre y de su espada lo ponía, pues, todo en peligro; por eso el concilio de Lavaur se apresuró á despachar cuatro diputados al soberano Pontífice, con una carta cuyo objeto era persuadirle, que la causa católica estaba perdida, si no se privaba para

siempre de sus estados al conde de Tolosa y á sus herederos. Los arzobispos de Arles, de Aix y de Burdeos; los obispos de Magalona, de Carpentras, de Orange, de Saint-Paul-Trois-Châteaux, de Cavaillon, de Vaison, de Bazas, de Beziers y de Perigueux, escribieron al Santo Padre en el mismo sentido. Inocencio III se quejó de haber sido engañado por el rey de Aragon; escribióle que desistiese de su empresa, que ajustase una tregua con el conde de Monfort, y aguardase la llegada de un cardenal que iba á enviar al Pirineo (1). Pero ya no habia remedio; el rey estaba en Cataluña y en Aragon reuniendo un ejército, y pasando de nuevo los Pirineos, fué á reunir sus tropas á las de los condes de Tolosa, de Foix y de Cominges.

Hallábase Monfort en Fanjeaux cuando supo que el ejército confederado, con una fuerza de cuarenta mil infantes y dos mil caballos se adelantaba hácia Maurel, plaza importante situada sobre el Garona, á tres leguas más arriba de Tolosa. Fué aquel el momento sublime de su vida; no tenia entónces el conde á su servicio más que unos ochocientos caballos y un corto número de peones; pero, con todo, se puso inmediatamente en marcha para Maurel, una mañana, acompañado de sus hombres de armas, y de los obispos de Tolosa, de Nimes, de Uzés, de Lodeve, de Beziers, de Agde, de Cominges, y de tres abades cistercienses. Llegando el mismo dia al monasterio de Bolbona, que pertenecia á la Orden del Cister, entró en la iglesia, hizo oracion largo ra-

(1) Libro xvi, carta XLVIII.

to, y habiendo depuesto su espada sobre el altar, la volvió á tomar diciendo á Dios: «Oh Señor, que me habeis elegido, aunque indigno, para hacer la guerra en vuestro nombre; hoy tomo mi espada sobre vuestro altar á fin de recibir mis armas de Vos, pues que por Vos voy á pelear (1).» En seguida salió para Saverdun, donde pasó la noche; al día siguiente se confesó, escribió su testamento, y lo envió al abad de Bolbona, con súplica de que en el caso de perecer, lo transmitiese al soberano Pontífice. Aquella noche pasó el Garona por un puente sin que le molestase el enemigo, y se halló espaldas de las torres de Maurel defendidas por unos treinta caballeros; esto era el miércoles 12 de Setiembre de 1213.

Antes de entrar en la ciudad, se le agregaron los obispos, que le habian dejado un momento para ir al campo de los enemigos á solicitar la paz; pero el rey de Aragon les respondió, que no merecia la pena de que un rey y unos obispos entrasen en confereneia por un puñado de gladiadores. A pesar del malogro de esta tentativa, cuando despuntó la mañana, los obispos encargaron á un religioso que fuese á prevenir al rey, de que ellos y todas las Órdenes eclesiásticas irian descalzos á conjurarle que tomase mejores resoluciones. ¡Cuánto no debió lamentar entonces el conde de Tolosa sus perjurios y sus humillaciones estériles! ¡Cuánto no debió acusarse por no haber recurrido desde el origen á una guerra leal y gloriosa, en vez de dejar arrollar á sus

(1) Pedro de Vaulx-Cernay, *Historia de los Albigenses*, cap. LXXI.

amigos y deshonorar su causa! Pero se engañaba si creía que la guerra debía serle ménos funesta que el artificio. Dios leía en el corazon de aquel príncipe y no compadecía su suerte.

Disponíanse ya los obispos á salir de Maurel, en hábito de suplicantes, cuando se precipitó hácia las puertas de la ciudad un tropel de ginetes enemigos. Monfort dió entónces á los suyos la órden de formarse en batalla en la parte baja de la ciudad; púsose él tambien su coraza, despues de haber hecho oracion en una iglesia, donde ofrecia el santo sacrificio el obispo de Uzés; y habiendo vuelto á ella despues de armarse de punta en blanco, al doblar la rodilla, se rompieron las correas que sujetaban la parte baja de su armadura; tambien se observó que en el momento en que ponía el pié en el estribo, levantó la cabeza su caballo y lo hirió en el rostro. Estos presagios no alteraron el corazon del caballero, aunque por lo comun son sensibles á ellos los hombres de su temple; bajó á reunirse con sus tropas, seguido de Foulques, obispo de Tolosa, que llevaba en las manos un Crucifijo, y todos los ginetes echaron pié á tierra para adorar á su Salvador y besar su santa imágen; viendo, empero, el obispo de Cominges, que se pasaba el tiempo, tomó el Crucifijo de manos de Foulques, y en pocas palabras arengó al ejército desde una altura y lo bendijo. Entónces todos los eclesiásticos que estaban presentes se retiraron á la iglesia á hacer oracion, y Monfort, al frente de ochocientos caballos, sin infanteria, salió de la ciudad.

El frente de los confederados extendíase en una llanura al occidente de la ciudad. Monfort,

que habia salido por una puerta opuesta, como si hubiera querido huir, dividió su gente en tres escuadrones y marchó derecho al centro del enemigo. Su esperanza, despues de la que ponía en Dios, era cortar de parte á parte las líneas confederadas, sembrar en ellas el desórden y el espanto con la osadía de su ataque, y aprovecharse de todos aquellos azares que el ojo de los grandes capitanes descubre en el horror de una sorpresa. Esto fué, cabalmente, lo que sucedió. El primer escuadron rompió la vanguardia enemiga; el segundo penetró hasta las últimas filas donde estaba el rey de Aragon rodeado de la flor de los suyos; y Monfort, que con el tercero lo seguia de cerca, acometió por el flanco á los Aragoneses ya desordenados. Indecisa estuvo entónces por algunos momentos la fortuna, y el tiempo era precioso, porque los batallones, arremetidos tan felizmente, estaban más bien confusos que rotos, y podian envolver por la espalda á Monfort y aniquilarle. Un golpe que derribó sin vida al rey de Aragon, decidió del éxito de la jornada; el grito y la fuga de los Aragoneses dan la señal de una dispersion general. Pronto, atraidos por los clamores de la victoria, los obispos, que en el colmo de la angustia estaban implorando al Señor en la iglesia de Maurel, prosternados unos sobre el pavimento, otros alzando las manos al cielo, son atraidos á la muralla por los vitores del ejército, y ven toda la llanura cubierta de fugitivos, bajo la terrible espada de los cruzados. Un puñado de enemigos, que intentaba tomar por asalto la ciudad, arroja las armas y es destruido en su fuga. Volvia Monfort, entre tanto, de perseguir á los

vencidos, y al cruzar el campo de batalla, encuentra tendido en el suelo el cadáver del rey de Aragon, ya enteramente desnudo: apéase de su caballo, y besa llorando los sangrientos despojos de aquel príncipe desventurado. Era Pedro II, rey de Aragon, bizarro caballero, querido de sus vasallos, católico sincero y digno de mejor muerte: los vínculos que unian á sus dos hermanas con los dos Raimundos, le habian impulsado á sostener una causa que, en su opinion, no era ya la de herejía, sinó la de la justicia y del parentesco, y á ella sucumbió por un secreto juicio de Dios, tal vez por haber despreciado las súplicas de los obispos, y abusado en su corazon de una victoria que miraba como segura. Monfort, despues de haberle dado sepultura, entró descalzo en Maurel, subió á la iglesia á dar gracias á Dios por su proteccion, y dió á los pobres el caballo y la armadura con que habia peleado. Aquella batalla memorable, fruto de una conciencia que se creia segura de lidiar por la causa de Dios, figurará siempre entre los más bellos actos de fé que hayan obrado los hombres en la tierra.

Hallábase entre tanto Domingo en Maurel, con los siete obispos que hemos nombrado, y los tres abades cistercienses. Han escrito algunos historiadores modernos, que marchó á la cabeza de los combatientes con la cruz en la mano; y aún se enseñaba en Tolosa, en la casa de la Inquisicion, un Crucifijo asaeteado, que se decia ser el que en la batalla de Maurel llevaba consigo; pero los historiadores sus contemporáneos nada de esto dicen, ántes, por el contrario, aseguran que Domingo se quedó en la ciudad orando juntamen-

te con los obispos y los religiosos. Bernardo de Guidonis, uno de los autores de su Vida, que habitó en la Inquisicion de Tolosa desde 1308 hasta 1322, no hace mención alguna del Crucifijo que más adelante se enseñaba en ella.

Terrible golpe dió á los intereses del conde de Tolosa la derrota de Maurel. Sus aliados y los habitantes de su capital ofrecieron su sumision al Soberano Pontífice, quien encargó al cardenal Pedro de Benavente que los reconciliase con la Iglesia, y que obligase al conde de Monfort á enviar á España al nuevo rey de Aragon, niño de corta edad, á quien guardaba en rehenes desde que habia sido prometido en esponsales á su hija. En el invierno de 1214, desempeñó el cardenal ambas misiones, y aún dió, cosa notable, la absolucion al conde de Tolosa; pero este acto de misericordia no sirvió al vencido para mejorar sus intereses temporales. En el mes de diciembre siguiente, reuniose un concilio en Montpellier para decidir á quién debia pertenecer la soberanía del país conquistado; y aunque su resolucion fué unánime á favor del conde de Monfort, cuya brillante y vencedora espada habia decidido del destino de la guerra, el Soberano Pontífice, en una carta de 17 de abril de 1215 (1), declaró: que Monfort no haria más que retener su conquista hasta que pronunciase una sentencia definitiva el concilio ecuménico de Latrán, á quien habia reservado esta cuestion, lo cual era un último esfuerzo de Inocencio III á favor de la casa de Tolosa. El conde Raimundo, abandonado de todos,

(1) Véanse los concilios de Labbe, tomo XIII, pág. 888.

se habia retirado con su hijo á la corte del rey de Inglaterra.

El dia 11 de noviembre de 1215, al levantarse el sol sobre los Apeninos, alumbró en la solitaria iglesia de S. Juan de Latrán la más augusta asamblea del mundo. Veíanse allí sentados setenta y un primados y metropolitano, cuatrocientos doce obispos, más de ochocientos abades y priores de monasterios, una multitud de procuradores de abades y de obispos ausentes; los embajadores del rey de los Romanos, del emperador de Constantinopla, de los reyes de Francia, de Inglaterra, de Hungría, de Aragon, de Jerusalén y de Chipre; los diputados de una innumerable muchedumbre de príncipes, de ciudades y de señores, y sobre todos, la venerable figura de Inocencio III. Hacíase notar entre los asistentes el abad del Cister, arzobispo de Narbona; el conde Simon de Monfort, estaba representado por su hermano, Guy de Monfort; los dos Raimundos habian acudido en persona, como igualmente los condes de Foix y de Cominges. En el dia señalado para juzgar aquella gran causa de la cruzada albigense, entraron en la asamblea los dos Raimundos con los condes de Foix y de Cominges, y prosternáronse los cuatro al pié del trono apostólico. Puestos luego en pié, expusieron cómo habian sido despojados á pesar de su entera sumision á la Iglesia romana, y de la absolucion que el legado Pedro de Benavente les habia dado. Un cardenal tomó la palabra con mucha energía y elocuencia á su favor: lo mismo hicieron el abad de S. Tiberio y el chantre de la iglesia de Lyon: este último, sobre todo, se expresó en tales términos, que el

Pontífice Máximo pareció conmovido; pero la mayor parte de los obispos, con especialidad los franceses, se pronunciaron contra los suplicantes, protestando que el catolicismo padecería grandes quebrantos en el Langüedoc si se les restituían sus posesiones, y que sería inútil toda la sangre derramada por aquella causa. Declaró, pues, el concilio al conde Raimundo VI, destituido de sus feudos, que quedaron definitivamente trasladados al conde de Monfort, y le señaló una pension de cuatrocientos marcos de plata, á condicion de que residiría fuera de sus antiguos dominios: su esposa Leonor debía conservar los bienes que formaban su dote; y el marquesado de Provenza quedaba reservado al jóven Raimundo, su hijo, para serle entregado á su mayor edad, si permanecía fiel á la Iglesia. En cuanto á los condes de Foix y de Comínges, su causa se remitió á más maduro exámen. Es digno de notarse, que el marquesado de Provenza, destinado al jóven Raimundo, se componia de las ciudades que su padre habia condonado á la santa Sede, caso de que llegase á faltar á los convenios de San Gil. Muchas veces habian propuesto al Soberano Pontífice que las reuniese al dominio apostólico; pero él nunca quiso consentir en ello, y solo se prevaleió de los derechos que habia adquirido para conservarlas á la casa de Tolosa.

Terminado el concilio, el jóven Raimundo, que por su noble conducta se habia granjeado el aprecio de todos, fué á despedirse del Papa, á quien no ocultó que se creia injustamente privado del patrimonio de sus mayores; añadiendo con cándida y respetuosa entereza, que aprovecharia

cuantas ocasiones se le presentasen de recuperar con gloria lo que habia perdido sin culpa. Enterrecido Inocencio III, en vista de la desgracia, de la inocencia y del valor de aquel mozo de diez y ocho años, le dió esta bendicion profética: «Hijo mio, ¡ojalá que en todas vuestras acciones empezeis bien y acabeis mejor todavía (1)!»

Monfort, investido por Felipe Augusto de los títulos de duque de Narbona y de conde de Tolosa, no gozó largo tiempo del poder que tan trabajosamente habia adquirido. Aún no habia completado su carrera el año de 1216, cuando ya el jóven Raimundo era dueño de una parte de la Provenza. Tolosa, por otra parte, cansada del yugo de su nuevo conde, llamó al anciano Raimundo, que se habia refugiado en la corte de Inglaterra, y le abrió sus puertas: al primer rumor de este cambio de fortuna, muchos próceres se apresuraron á prestar juramento de fidelidad á su antiguo señor feudal. Pudo entónces comprender el vencedor de Maurel, que para adquirir el prestigio que gobierna á los pueblos, no bastaba ganar batallas ni tomar ciudades por asalto; se habia estrellado, por su desgracia, en aquella fuerza de moralidad depositada en el corazon humano, y que no permite se pueda reinar sobre los hombres cuando no se reina sobre la voluntad. Arrojado de Tolosa, que en vano habia desarmado y aterrado con suplicios, asentó tristemente sus reales delante de sus murallas, donde nunca debia volver á entrar: lo dilatado del sitio, la inseguridad del porvenir, las reconvenciones que

(1) *Hist. general del Langüedoc*, tomo III.

el cardenal Bertrand, legado apostólico, le dirigia sobre su inaccion, y tambien aquel desaliento que causan los reveses, cuando llegan tarde, sumergieron en una melancolía al noble caballero, que le hacia pedir á Dios la muerte. El 25 de junio de 1218, fueron muy de madrugada á decirle, que los enemigos estaban emboscados en los fosos del castillo: pidió sus armas, y revestido de ellas, fué á oír misa. Ya estaba empezada, cuando le avisaron que habian asaltado las máquinas de guerra y que corrían peligro de ser destruidas: «¡Dejadme, dijo, dejadme ver el sacramento de nuestra redencion!» Llegó otro mensajero á anunciarle, que á sus tropas les era ya imposible la resistencia: «No iré, sin haber visto á mi Salvador, respondió el conde (1).» En fin, cuando el sacerdote alzó la hostia, Monfort, hincado de rodillas y levantadas las manos al cielo, pronunció estas palabras: *nunc dimittis*, y salió de la iglesia. Su presencia en el campo de batalla hizo retroceder al enemigo hasta los fosos de la plaza; pero aquella victoria debia ser la última para él. Herido de una piedra en la cabeza, dióse el conde algunos golpes de pecho, se recomendó á Dios y á la bienaventurada Virgen María, y cayó muerto.

La fortuna continuó siendo favorable á los Raimundos. El más jóven de dos hijos que habia dejado el conde de Monfort, fué muerto bajo los muros de Castelnaudary: cuatro años de desastres persuadieron al mayor, de que no era capaz de sostener por más tiempo la herencia de su pa-

(1) Pedro de Vaulx-Cernay, *Hist. de los Albigenses*, capítulo LXXXVI.

dre, y cedió todos sus derechos al rey de Francia. El anciano Raimundo, tranquilo en Tolosa bajo la proteccion de las victorias de su hijo, tuvo tiempo para volver sus ojos á Dios, que le habia castigado y le habia restablecido. El 12 de julio de 1222, volviendo de hacer oracion en la puerta de una iglesia, porque seguia excomulgado, se sintió mal, y envió á llamar con toda premura al abad de San Sernin, para que le reconciliase con la Iglesia. El abad le halló ya sin voz: al verle, el anciano conde alzó los ojos al cielo, y le asió ambas manos, que no soltó hasta su postrer suspiro. Fué llevado su cuerpo á la iglesia de los caballeros de San Juan de Jerusalén, donde habia elegido su sepultura; pero no se atrevieron á enterarle á causa de la excomunion. Dejéronle en un ataúd abierto, y tres siglos despues, todavía se le veia tendido en él, sin que ninguna mano hubiese sido bastante osada para clavar una tabla sobre aquella madera consagrada por la muerte y por el tiempo. La cuestion de su sepultura ventilo-se bajo los pontificados de Gregorio IX y de Inocencio IV, á instancias de su hijo: numerosos testimonios comprobaron que, ántes de morir, habia dado verdaderas señales de arrepentimiento; mas con todo, se temió remover aquellas cenizas con tardíos honores.

Raimundo VII sobrevivió veinte y seis años á su padre: supo defenderse aún contra las armas de la Francia; pero demasiado débil para resistir á esas poderosas fuerzas, ajustó con San Luis, en 1228, el tratado que dió remate á aquella larga guerra. El casamiento de su única hija con el conde de Poitiers, uno de los hermanos del rey,

con la reversion del condado de Tolosa por dote; la cesion de algunos territorios, la promesa de ser fiel á la Iglesia y de servirse de su autoridad contra los herejes, tales fueron las principales condiciones de la paz. Confirmóla la Iglesia, levantando la excomunion al jóven conde, quien en penitencia, se obligó á servir á la cristiandad en Palestina por espacio de cinco años. Veinte años despues, pensó seriamente en cumplir esta obligacion, y partió para la Tierra Santa; pero Dios lo detuvo en el camino: cayó enfermo en Pris, no léjos de Rodez, y de allí se hizo trasladar á Milhaud, donde murió el 27 de setiembre, rodeado de los obispos de Tolosa, de Agen, de Cahors y de Rodez; de los cónsules de Tolosa y de una multitud de señores, que todos acudieron para recibir el último aliento de un príncipe á quien amaban, y en quien se extinguia, en la línea masculina, la rama primogénita de una ilustre raza. Cuando llevaron al conde el sagrado viático, levantóse de la cama y se puso de rodillas en el suelo delante del cuerpo de su Señor, realizando en su muerte, como en su vida, el voto que años ántes habia formado por él Inocencio III, bendiciendo su juventud: «Hijo mio, ¡ojalá que en todas vuestras acciones empezeis bien y acabeis mejor!»

CAPÍTULO VI.

Apostolado de Santo Domingo desde el principio de la guerra de los Albigenses hasta el cuarto concilio de Latrán.—Institucion del Rosario.—Reunion de Santo Domingo y de sus primeros discipulos en una casa de Tolosa.

TODA la virtud y todo el génio de Domingo revelose en el momento en que estalló la guerra de los Albigenses. En dos escollos igualmente temibles podia estrellarse: ó abandonar su mision en un país lleno de sangre y de peligros, ó tomar en la guerra la misma parte que habian tomado los religiosos del Cister: en ambos casos, su destino quedaba malogrado. Huyendo, desertaba el apostolado; juntándose á la cruzada, quitaba á su vida y á su palabra el carácter apostólico: evitó, pues, lo uno y lo otro. En Europa, Tolosa era la capital de la herejia, y en esta ciudad debia permanecerse con preferencia, á imitacion de los primeros apóstoles, quienes, léjos de huir del mal, fueron siempre á buscarlo en el centro de su poderio. San Pedro asentó primeramente su silla en Antioquia, la reina del Oriente, y envió á su discípulo San Marcos á Alejandria, uno de los pueblos más ricos y comerciantes del universo. San Pablo residió mucho tiempo en Corinto, famosa entre las ciudades griegas por el esplendor de su corrupcion: ambos, sin haberse convenido, fueron á morir á Roma. *No está bien, decia Jesucristo, que un profeta perezca fuera de Jerusalén* (1). En Tolosa, foco y faro de todos los

(1) San Lucas, 13, 33.

errores, era, pues, cualquiera que fuese el aspecto de las cosas, donde le convenia á Domingo plantar su bandera. Los hombres de poca fé dicen, que esperan la paz para obrar: el apóstol siembra en la tempestad para recoger en la bonanza, recordando las palabras del Maestro: *oíreis batallas y estruendos de batallas; guardaos de que os conturben* (1). Pero, perseverando en su mision, á pesar de los terrores de la guerra, Domingo comprendió que entónces, ménos que nunca, debia ésta alterar la pacífica y magnánima fisonomía de aquélla. Por más justo que sea desenvainar la espada contra los que oprimen la verdad con violencia, difícil es que la verdad no sufra de resultas de esta proteccion, y que no se la haga cómplice de las demasías inseparables de todo choque sangriento. El acero no se para en el límite justo del derecho; es propio de su naturaleza volver difícilmente á la vaina cuando una vez se ha calentado en la mano del hombre. Seria menester que bajasen ángeles del cielo para pelear á favor de la justicia; y aún así, es tan inconstante y tan rápido en sus giros el entendimiento humano, que los opresores vencidos podrian no perder la esperanza de hallar un asilo en la parcialidad de la compasion. Importaba, pues, soberanamente, que Domingo siguiese fielmente el magnánimo plan de Acevedo, y que al lado de la caballería armada para defender la libertad de la Iglesia, apareciese el hombre evangélico, fiando solo en la fuerza de la gracia y de la persuasion. En Polonia, cuando el sacerdote recitaba el Evangelio en el altar, el

(1) San Mateo, 24, 6.

caballero desenvainaba su espada hasta la mitad, y en esta postura militar escuchaba la dulce palabra de Jesucristo: hé ahí las verdaderas relaciones de la ciudad del mundo y de la ciudad de Dios. La ciudad de Dios, simbolizada por el sacerdote, habla, ora, bendice, y se ofrece en sacrificio: la ciudad del mundo, representada por el caballero, escucha en silencio, júntase á todos los actos del primero, y tiene desenvainada su espada, no para asegurar la libertad de la fé, sinó para imponerla. El sacerdote y el caballero desempeñan dos funciones en el misterio del cristianismo, que jamás deben confundirse, y de las cuales la primera debe ser más visible que la segunda. Miéntras que el sacerdote canta en alta voz el Evangelio á la faz del pueblo y á la luz de los cirios, el caballero retiene en la vaina la mitad de su espada, porque la misericordia le habla á la par que la justicia, y porque el Evangelio mismo, para cuya defensa está pronto, le dice al oído: *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra* (1).

Domingo y Monfort fueron los dos héroes de la guerra de los Albigenses, el uno como caballero, el otro como sacerdote. Ya hemos visto como Monfort desempeñó su mision; veamos ahora como desempeñó la suya Domingo.

El lector habrá observado sin duda, que no se le nombra nunca en los sucesos de esta guerra. No se le vé en los concilios, en las conferencias, en las reconciliaciones, en los sitios, en los triunfos; en ninguna carta procedente de Roma ó diri-

(1) San Mateo, 5, 4.

gida á Roma, se hace mencion de él: una vez solamente le hemos hallado en Maurel, haciendo oracion en una iglesia durante una batalla. Este unánime silencio de los historiadores es tanto más significativo como que todos pertenecen á escuelas diferentes: los hay religiosos, los hay legos, unos favorables á los cruzados, otros amigos de los Raimundos. No es posible creer que todos estos historiadores se hubiesen callado como á porfía, si Domingo hubiera hecho un papel cualquiera en las negociaciones y en las empresas militares de la cruzada. Pues han referido de él acciones de otro orden, ¿por qué habian de haber callado éstas? Ahora bien; veamos los fragmentos que nos han conservado de su vida durante aquella época:

«Despues del regreso á su diócesis del obispo don Diego, dice el bienaventurado Humberto, santo Domingo, que habia quedado solo con algunos compañeros que no le estaban unidos por ningun voto, sostuvo, durante diez años, la fé católica en varios lugares de la provincia de Narbona, particularmente en Carcasona y en Fanjeaux, consagrado exclusivamente al bien de las almas por el ministerio de la predicacion; y sufrió con rara magnanimidad muchas afrentas, ignominias y angustias por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo (1).»

Domingo habia elegido á Fanjeaux por lugar de su residencia porque, desde este pueblo, situado en una altura, se descubria en el llano el monasterio de Nuestra Señora de Prouille: en cuanto á Carcasona, que no estaba tampoco dis-

(1) *Crónica*, n. 2.

lante de aquel amado retiro, él mismo dió otra razon de su preferencia. Preguntado un dia por qué no tenia gusto en residir en Tolosa y en su diócesis, respondió: «Porque en la diócesis de Tolosa encuentro muchas personas que me honran, al paso que en Carcasona todos me son contrarios (1).» En efecto, los enemigos de la fé insultaban de todos los modos posibles al siervo de Dios: le escupian en el rostro, le tiraban lodo, por mofa le cosian pajas á la capa; pero él, superior á todo como el Apóstol, tenia á gran ventura que le juzgaran digno de sufrir oprobios por el nombre de Jesús. Los herejes llevaron el encono contra él hasta el punto de pensar en quitarle la vida; y en una ocasion en que le hicieron esta amenaza, les respondió: «No soy digno de la gloria del martirio; todavia no he merecido esa muerte (2).» Y así fué, que teniendo que pasar por un sitio donde sabia que le tenían preparada una emboscada, no solo se aventuró en él con intrepidez, sinó alegremente y cantando. En otra ocasion los herejes, admirados de su constancia, preguntáronle para tentarle, qué hubiera hecho si hubiese caido en sus manos: «Os hubiera suplicado, les respondió, que no me mataseis de un solo golpe, sinó que me cortaseis los miembros uno á uno, y después de haber puesto los trozos delante de mí, acabarais por sacarme los ojos, dejándome medio muerto bañado en mi sangre, ó quitándome enteramente la vida (3).»

(1) Constantino de Orvieto, *Vida de Santo Domingo*, n. 44.

(2) Constantino de Orvieto, *Vida de Santo Domingo*, n. 12.

(3) Ibid.

Thierry de Apoldia cuenta el hecho siguiente: «Sucedió que debiendo celebrarse una solemne conferencia con los herejes, un obispo se disponia á acudir á ella con gran pompa: entónces le dijo el humilde heraldo de Jesucristo: No es así, padre y señor mio, no es así como se debe proceder con los hijos del orgullo. Es preciso convencer á los adversarios de la verdad con ejemplos de humildad, de paciencia, de religiosidad y de todas las virtudes, y no con el fausto de la grandeza y ostentacion de la gloria del siglo. Armémonos de la oracion, y haciendo brillar en nuestra persona señales de humildad, salgamos descalzos al encuentro de los Goliath. Cedió el obispo á este piadoso consejo, y todos se descalzaron. Ocurrió, pues, que como no estaban seguros de su camino, hallaron á un hereje, á quien creían ortodoxo: éste prometió llevarlos por la vía más corta; pero, por malicia, los metió en un bosque lleno de espinas y de malezas, donde se hirieron los piés; y pronto les corrió la sangre por las piernas. Entónces el atleta de Dios, paciente y gozoso, exhortó á sus compañeros á dar gracias á Dios porque sufrían, diciéndoles: «Confíad en el Señor, amados míos; segura tenemos la victoria, pues con nuestra sangre estamos expiando nuestros pecados.» El hereje, conmovido en vista de aquella admirable paciencia y de las palabras del santo, confesó su malicia y abjuró la herejía (1).»

En las cercanias de Tolosa habia algunas señoras nobles, á quienes habia separado de la fé

(1) *Vida de Santo Domingo*, cap. II, n. 35.

la austeridad de los herejes. Domingo, al principio de una cuaresma, fué á pedirles la hospitalidad con intencion de volverlas al regazo de la Iglesia, y para ello, no entró con ellas en controversia alguna; pero, durante toda la cuaresma, él y su compañero no comieron más que pan ni bebieron más que agua. Cuando, la primera noche, quisieron disponerles camas, pidieron dos tablas para acostarse, y hasta la Pascua no tuvieron otro lecho en que reposar, contentándose todas las noches con un breve sueño que interrumpian para rezar. Esta muda elocuencia fué omnipotente sobre el espíritu de aquellas mujeres, que reconocieron el amor en el sacrificio, y la verdad en el amor.

El lector recordará que en Palencia, Domingo quiso venderse por rescatar de la esclavitud al hermano de una pobre mujer. En el Langüedoc tuvo el mismo impulso de corazon á favor de un hereje, que le confesó que solo la miseria le apega al error: resolvió venderse para darle con que vivir, y lo hubiera hecho á no haber la divina Providencia provisto de otro modo á la existencia de aquel desgraciado.

Un hecho más singular todavía nos prueba los ardides de su bondad: «Varios herejes, dice »Thierry de Apoldia, presos y convictos en el »país de Tolosa, fueron entregados á la justicia »secular, y condenados al suplicio del fuego porque se negaban á volver á la fé. Miró Domingo »á uno de ellos con un corazon iniciado en los »secretos de Dios, y dijo á los ministros del tribunal: Poned á éste aparte y guardaos de quemarle. Luego, volviéndose hácia el hereje con

»mucho mansedumbre: Sé, hijo mio, le dijo, que necesitarás tiempo, pero que al fin llegarás á ser bueno y un santo. ¡Cosa amable no ménos que maravillosa! Aquel hombre siguió todavía otros veinte años en las tinieblas de la herejía, despues de los cuales, con la gracia de Dios, pidió el hábito de Hermano Predicador, bajo el cual vivió bien, y murió en la fé (1).»

Refiriendo el mismo hecho Constantino de Orvieto y el bienaventurado Humberto, añaden á él una circunstancia que exige alguna explicacion: dicen que los herejes, de quienes se trata en este caso, habian sido *convictos* por Domingo ántes de ser entregados al brazo secular: esta es la única expresion de aquella época de la cual se ha creído poder inferir la participacion del santo en causas criminales: pero los historiadores de la guerra de los Albigenses bien claramente nos dicen, qué cosa era aquella conviccion de los herejes. En el Langüedoc los herejes no formaban una sociedad secreta: estaban armados y peleaban por sus errores á la faz del sol. Cuando la suerte de la guerra ponía en poder de los cruzados á algunos de ellos, se les enviaban eclesiásticos para exponerles los dogmas católicos y darles á conocer la extravagancia de los suyos: esto era lo que se llamaba *convencerlos*, no de ser herejes, porque de esto no hacian misterio alguno, sinó de estar en un camino errado, en contradiccion con las Escrituras, con la tradicion y la razon. Suplicábaseles con el más vivo empeño que abjurasen su herejía, prometiéndoles á este

1) *Vida de Santo Domingo*, cap. iv, n. 54.

precio su perdon. Los que accedian á estas instancias lo obtenian en efecto; los que absolutamente resistian, eran entregados al brazo secular. La *conviccion* de los herejes era, pues, un acto de amor, en que la esperanza de libertar de la muerte á unos infelices, animaba á la fuerza de la inteligencia y á la elocuencia de la caridad. Que santo Domingo hizo por lo ménos una vez esta obra de caridad, es cosa indudable, pues lo aseguran dos historiadores sus contemporáneos; pero tomar pié de aquí para acusarle de rigores contra los herejes, es confundir al sacerdote que asiste á un reo, con el juez que lo condena, ó el verdugo que lo mata.

Acaso parecerá extraño, que Domingo tuviese bastante autoridad para arrancar con una mera prediccion á un hereje del suplicio; pero además de la fama de su santidad, que debia granjear á sus palabras una confianza absoluta, los legados de la Santa Sede le habian investido del poder de *reconciliar* á los herejes con la Iglesia. Esto lo prueban dos diplomas, ambos sin fecha, pero que no pueden pertenecer más que á aquella época de su vida.

El uno está concebido en estos términos: «A todos los fieles de Jesucristo que las presentes vieren y entendieren: Fray Domingo, canónigo de Osma, humilde ministro de la predicacion, salud y sincera caridad en el Señor. Hacemos saber á vuestra discrecion, que hemos permitido á Raimundo Guillermo de Hauterive Pelaganire que reciba en su casa de Tolosa, para vivir en ella la vida ordinaria, á Guillermo Huguecion, quien nos ha dicho que llevó en otro

»tiempo el hábito de los herejes. Se lo permiti-
»mos hasta que el señor cardenal nos mande otra
»cosa á él ó á mí, y esta cohabitacion no deberá
»redundar de modo alguno en su perjuicio ó
»deshonra (1).»

El otro diploma dice así: «A todos los fieles de
»Jesucristo que las presentes vieren y entendie-
»ren: Fray Domingo, canónigo de Osma, salud
»en Jesucristo. Por la autoridad del señor abad
»del Cister, *que nos ha trasmitido este oficio*, he-
»mos *reconciliado* con la Iglesia al portador de
»las presentes, Poncio Royer, convertido por la
»gracia de Dios de la herejía á la fé, y en virtud
»del juramento que nos ha prestado, mandamos,
»que durante tres domingos ó dias festivos vaya
»desde la entrada del pueblo hasta la iglesia des-
»nudo hasta la cintura y azotado por el cura. Le
»mandamos tambien, que en todo tiempo se abs-
»tenga de carne, de huevos, de queso y de todo
»lo que proviene de la carne, excepto los dias de
»Pascua, de Pentecostés y de Navidad, en que
»comerá de estos manjares para protestar de sus
»antiguos errores. Guardará tres cuaresmas por
»año, ayunando y absteniéndose de pescado, á
»ménos de que las dolencias del cuerpo ó los ca-
»lores del verano exijan una dispensa: se vestirá
»con hábitos religiosos, tanto en la forma como
»en el color, y se prenderá dos crucecitas en las
»extremidades inferiores de ellos. Todos los dias,
»si puede, oirá misa, é irá á vísperas los dias de
»fiesta: siete veces por dia rezará diez *Padre*

(1) En Echard, *Escritores de la orden de los Predicadores*,
tomo I, pág. 9, en una nota.

»nuestro, y por la noche dirá otros veinte. Ob-
»servará castidad, y una vez al mes, por la
»mañana, presentará este diploma al capellan
»de la aldea de Ceré. Mandamos á este capellan
»que cuide mucho de que su penitente guarde
»una vida regular, y éste observará todo lo que
»queda dicho, hasta que disponga otra cosa el
»señor legado. Y si desatiende con desprecio á
»observarlo, queremos que se le tenga por exco-
»mulgado, como perjuró y hereje, y sea separado
»de la comunidad de los fieles (1).»

A los que juzguen excesivas y extrañas estas prescripciones, les remito á las penitencias canónicas de la Iglesia primitiva, á los usos penitenciales de los claustros, y á las prácticas que muchos cristianos de la Edad Media se imponían voluntaria y públicamente para expiar sus culpas. Nadie ignora, por no citar más que un solo ejemplo, que Enrique II, rey de Inglaterra, se hizo azotar por unos frailes sobre la sepultura de Tomás Becket, arzobispo de Cantorbery, á cuyo asesinato había dado ocasion. Aun en el día, en las grandes basílicas de Roma, el sacerdote, después de haber absuelto al penitente, le dá en las espaldas un golpe con una vara. Santo Domingo se conformaba naturalmente á las costumbres de su siglo, y para cualquiera que las conozca, hay un notable espíritu de bondad en los actos que acabamos de leer.

Su caridad y su mansedumbre no eran mayores que su desinterés. Rehusó los obispados de

(1) En Echard, *Escritores de la orden de los Predicadores*, tomo 1, pág. 8, en una nota,

Beziers, de Conserans y de Com nges, que le ofrecieron; y dijo una vez, que ántes que aceptar el episcopado, ó cualquiera otra dignidad, se escaparía de noche con su baston.

En comprobacion, veamos el retrato que trazó de él Guillermo de Pierre, abad de un monasterio de San Pablo, en Francia, uno de los que lo conocieron particularmente durante los doce años de su apostolado en Langüedoc, y que en Tolosa fué oído como testigo, en el proceso de su canonizacion. «Al bienaventurado Domingo le abrasaba una sed ardiente de la salvacion de las almas, y un celo sin límites para con ellas. Era tan fervoroso predicador, que, de dia, de noche, en las iglesias, en las casas, en los campos, en los caminos, no cesaba de anunciar la palabra de Dios, recomendando á sus hermanos que hiciesen lo mismo y que nunca hablasen más que de Dios. Fué el adversario de los herejes, á quienes se oponia con la predicacion y la controversia y de todas las maneras que podia. Amó la pobreza hasta el punto de renunciar á las haciendas, granjas, castillos y rentas con que en muchos lugares fué enriquecida su Orden. Era de una tan austera frugalidad, que su única comida consistía en pan y potaje, solo dispensándose en muy raras ocasiones, para obsequiar á los hermanos y á las personas que comian en su mesa, pues queria que los demás lo tuvieran todo en abundancia, segun era posible. He oído decir á muchos, que nunca empañó su virginidad. Rehusó el obispado de Conserans, y no quiso gobernar esta iglesia, á pesar de haber sido electo canónicamente. Nunca he visto

»hombre tan humilde, ni que despreciase más
»la gloria del mundo, y cuanto tiene relacion con
»ella. Recibia las injurias, las maldiciones, los
»oprobios con paciencia y contento, como dones
»de gran valía. Las persecuciones no le turbaban;
»muchas veces iba con intrepidez, y ni una sola
»vez le apartó el miedo de su camino: más diré,
»cuando le cogia el sueño, se tendia á lo largo ó
»á la orilla del camino, y dormia. En religiosidad
»sobrepujaba á cuantos he conocido; se despre-
»ciaba grandemente y se tenia por nada. A los
»hermanos enfermos les consolaba con tierna
»bondad, soportando sus flaquezas de un modo
»admirable. Si sabia que alguno de ellos sucum-
»bia bajo el peso de las tribulaciones, le exhor-
»taba á tener paciencia, y le animaba lo mejor
»que podia. Era muy exacto en la regla, y repre-
»dia paternalmente á los que cometian alguna
»falta; en todas las cosas era ejemplo de los her-
»manos, en las palabras, los ademanes, el sus-
»tento, los vestidos y las buenas costumbres. No
»he visto hombre alguno en quien la oracion
»fuese tan habitual, ni que tuviese tanta abun-
»dancia de lágrimas. En la oracion, exhalaba gri-
»tos que se oian á gran distancia, y en ellos decia
»á Dios: Señor, tened piedad del pueblo: ¿qué será
»de los pecadores? Así pasaba las noches sin dor-
»mir, llorando y gimiendo por los pecados del
»prójimo. Era generoso, hospitalario; daba con
»gusto á los pobres cuanto tenia; amaba y hon-
»raba á los religiosos, y á todos los amigos de la
»religion. No he oido decir ni sabido que tuviese
»más cama que la iglesia, cuando hallaba una á
»su alcance: si la iglesia faltaba, se tendia sobre

»un banco ó en el suelo, ó bien se echaba sobre
 »las cuerdas del catre que le habian dispuesto,
 »despues de haber quitado las sábanas y los col-
 »chones. Nunca le he visto más que con una tú-
 »nica, y esa toda remendada. Sus hábitos siem-
 »pre fueron más miserables que los de los demás
 »hermanos. Fué muy dado á los intereses de la
 »fé y de la paz; y en cuanto estuvo en su mano,
 »un fidelísimo promotor de la una y de la
 »otra (1).»

El don de los milagros brillaba en Domingo á la par de sus altas virtudes. Cierta dia, en que pasaba un rio en una lancha, cuando llegaron á la orilla, el barquero le pidió un dinero (2) por su trabajo. «Soy, respondió Domingo, un discipulo y un siervo de Cristo, y no llevo conmigo ni oro ni plata; con el tiempo Dios os pagará el precio de mi travesía.» Enojado el barquero, empezó á tirarle por la capa, diciéndole: «¡O dejareis la capa, ó me dareis mi dinero!» Domingo alzó los ojos al cielo, se abstraio un momento en sí mismo, y mirando luego al suelo, enseñó al barquero una moneda de plata que la Providencia acababa de enviarle, y le dijo: «Hermano, ahí teneis lo que me pedis; tomadlo, y dejadme ir en paz (3)!»

En el tiempo en que los cruzados sitiaban á Tolosa, en el año 1211, unos peregrinos ingleses que iban á Santiago de Compostela y que no querian entrar en la ciudad, á causa de la excomunion fulminada contra ella, formaron un barco

(1) Actos de Tolosa, n. 15.

(2) Moneda de cobre, del valor del maravedis.

(3) El B. Humberto, *Vida de Santo Domingo*, n. 39.

para cruzar el Garona; pero el barco, demasiado cargado (eran cerca de cuarenta), zozobró. Al grito de los peregrinos y del ejército, salió Domingo de una iglesia inmediata, y se echó en el suelo cuan largo era, tendidas las manos en cruz, implorando á Dios á favor de los peregrinos ya sumergidos. Terminada su oracion, se levantó, y vuelto del lado del rio, dijo en alta voz: «Os mando á todos, en nombre de Jesucristo, que vengaís á la orilla (1).» Al punto aparecieron los náufragos sobre las aguas, y agarrándose á unas largas picas que les tendian los soldados, alcanzaron la playa.

El primer prior del convento de Santiago de Paris, llamado por los historiadores Mateo de Francia, á consecuencia de otro milagro de que fué testigo, llegó á ser el cooperador de Domingo. Era prior de una colegiata de canónigos en la ciudad de Castres; Domingo iba con frecuencia á visitar su iglesia, porque contenia las reliquias del mártir San Vicente, y estaba en ella haciendo oracion, regularmente, hasta las doce de la mañana. Un dia dejó pasar esta hora, que era la de comer, y el prior envió á uno de sus clérigos á buscarle, quien vió á Domingo enfrente del altar levantado medio codo del suelo; habiendo corrido á avisar al prior, halló éste á Domingo en aquel estado de éxtasis. Causóle una impresion tan viva aquel espectáculo, que poco tiempo despues se agregó al siervo de Dios, el cual, segun su costumbre con todos aquellos á quienes admitia

(1) Thierry de Apoldia, *Vida de Santo Domingo*, cap. III, n. 48.

á participar de su apostolado, le prometió *el pan de la vida, y el agua del cielo.*

Refieren tambien brevemente los historiadores, que ahuyentó al demonio del cuerpo de un hombre; que deseando orar en una iglesia cuyas puertas estaban cerradas, se halló de repente trasportado á ella; que viajando con un religioso, cuya lengua no entendia, y que por su parte no entendia la de él, conversaron por espacio de tres dias, cual si hubieran hablado el mismo idioma; que habiendo dejado caer en el rio Arieja los libros que llevaba consigo, algun tiempo despues los sacó un pescador, sin que el contacto del agua los hubiese deteriorado en lo más mínimo. Todos estos hechos flotan aislados en la historia, y nosotros los recogemos en la playa como restos de santidad escapados al naufragio de los siglos.

Dios habia tambien comunicado á su siervo el espiritu de profecia. Durante la cuaresma de 1213, que pasó en Carcasona predicando y ejerciendo el cargo de vicario general que le habia confiado el obispo ausente, un religioso del Cister le consultó sobre el resultado de la guerra. «Maestro Domingo, le dijo este religioso, ¿creeis que acabarán esos males?» y como Domingo callaba, instóle de nuevo el religioso, sabiendo que Dios le revelaba muchas cosas. Domingo le dijo al cabo: «Si, acabarán esos males, pero no tan pronto; todavia se derramará mucha sangre, y un rey morirá en una batalla.» Los que oian esta prediccion temieron que aludiese en ella al hijo mayor de Felipe Augusto, que habia hecho voto de cruzarse contra los Albigenes; pero Do-

mingo los tranquilizó, diciéndoles: «No temais por el rey de Francia; otro rey, y muy pronto, será el que sucumba en las vicisitudes de esta guerra (1).» Poco despues el rey de Aragon fué muerto en Maurel.

La guerra, por su duracion y sus varios trances, parecia poner un obstáculo casi invencible al constante designio de Domingo, de fundar una Orden religiosa consagrada al ministerio de la predicacion; así es, que continuamente pedia á Dios el establecimiento de la paz; y solo con el objeto de obtenerla y de acelerar el triunfo de la fé, instituyó, no sin una secreta inspiracion de lo alto, este modo de orar, que luego se ha difundido en la Iglesia universal bajo el nombre de *Rosario*. Cuando Dios envió el arcángel Gabriel á la Virgen María, para anunciarle el misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios en su casto seno, la saludó en estos términos: *Ave María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres* (2). Estas palabras, las más dulces que ninguna criatura haya oído jamás, se repiten de edad en edad en los lábios de los cristianos, y desde el fondo de este valle de lágrimas, no cesan éstos de repetir á la madre de su Salvador: *Ave María*. Las jerarquías del cielo, para dirigir á la humilde hija de David esta gloriosa salutacion, habian diputado uno de sus jefes; y ahora que está sentada sobre los ángeles y de todos los coros celestiales, el linaje humano, que la tuvo por hija y por hermana, le

(1) El B. Humberto, *Vida de Santo Domingo*, n. 48.

(2) San Lucas, I, 28.

envia desde aquí abajo la misma salutacion angélica: *Ave María*. Cuando la Virgen la oyó por primera vez de boca de Gabriel, concibió al punto en sus purísimas entrañas el Verbo de Dios; y ahora cada vez que una boca humana le repite estas palabras, que fueron la señal de su maternidad, su corazon se conmueve al recuerdo de un momento que no tuvo semejante en el cielo ni en la tierra, y toda la eternidad se llena del júbilo que á ella le embarga.

Ahora bien; aunque los cristianos tenian costumbre de levantar de esta suerte su corazon hácia María, nada de regular ni de solemne tenia, sin embargo, el uso inmemorial de esta salutacion. Los fieles para dirigírsela á su bienaventurada protectora no se reunian; cada cual seguia para ella el impulso privado de su amor. Domingo, que no ignoraba el poder de la asociacion en la plegaria, creyó que seria útil aplicarla á la salutacion angélica, y que este clamor comun de todo un pueblo reunido subiria hasta el cielo con grande eficacia. La misma brevedad de las palabras del ángel exigia que se repitiesen cierto número de veces, como aquellas unánimes aclamaciones con que la gratitud de los pueblos victorea á los soberanos. Pero la repeticion podia engendrar la distraccion de la mente, y Domingo obvió este inconveniente distribuyendo en varias séries las salutaciones orales, y á cada una de ellas unió el pensamiento de uno de los misterios de nuestra redencion, que fueron sucesivamente para la bienaventurada Virgen un motivo de júbilo, de dolor y de triunfo. De este modo, la meditacion íntima se unia á la oracion pública, y el pueblo,

saludando á su Madre y á su Reina, la seguia en el fondo de su corazon en cada uno de los principales acontecimientos de su vida. Domingo fundó una cofradia para asegurar mejor la duracion y la solemnidad de esta manera de orar.

Su piadoso pensamiento fué bendecido por el más grande de los triunfos, un triunfo popular: el pueblo cristiano se ha adherido á él de siglo en siglo con increíble fidelidad. Las cofradías del Rosario se han multiplicado hasta el infinito: seguramente no habrá en el mundo un solo cristiano que no tenga su rosario. En las iglesias de los pueblos, ¿quién no ha oido, por la tarde, la voz grave de los aldeanos recitar á dos coros la salutacion angélica? ¿Quién no ha encontrado procesiones de peregrinos repasando con los dedos las cuentas de sus rosarios, y abreviando el largo afan del camino con la repeticion alternativa del nombre de María? Cuando una cosa llega á perpetuarse y á hacerse universal, necesariamente encierra una misteriosa armonia con las necesidades y el destino del hombre. El racionalista sonrie viendo pasar largas hileras de hombres que van diciendo y volviendo á decir una misma palabra; el que está iluminado por una luz mejor, comprende que el amor no tiene más que una palabra, y que diciéndola siempre nunca la repite.

La devocion del Rosario, interrumpida por la terrible peste que asoló la Europa en el siglo XIV, fué renovada en el XV por Alan de la Roche, dominico breton. En 1573, el soberano pontifice Gregorio XIII, en conmemoracion de la famosa batalla de Lepanto, ganada contra los turcos, bajo

el pontificado de un dominico, San Pio V, en el día mismo en que las cofradías del Rosario hacían en Roma y en el mundo cristiano procesiones públicas, instituyó la fiesta que toda la Iglesia celebra cada año, el primer domingo de octubre, con el nombre de fiesta de la Virgen del Rosario (1).

Tales eran las armas de Domingo contra la herejía y los males de la guerra: la predicación, la controversia, la paciencia en las injurias, la pobreza voluntaria; vida dura para sí mismo, caridad sin límites para los demás, don de los milagros; y, en fin, la promoción del culto de la Santísima Virgen por medio de la institución del Rosario. Sobre su cabeza pasaron diez años de esta manera, desde la entrevista de Montpeller hasta el concilio de Latrán, con tal uniformidad, que los historiadores contemporáneos solo han tomado nota de un corto número de hechos en aquella humilde y heroica perseverancia de las mismas virtudes. El temor de la monotonía detuvo sus plumas, y referir algunos días de Domingo era haber escrito su vida entera. Esta ausencia de acontecimientos en la vida de un hombre tan grande, en una época tan turbulenta, es el rasgo que dibuja la figura de Domingo al lado de la del conde de Monfort. Unidos entre sí por una amistad sincera y por una misma causa, su carrera

(1) Véase sobre los *Orígenes del Rosario*, la disertación del P. Mamachi, en los *Anales de la orden de los Hermanos Predicadores*, tomo I, pág. 316 y siguientes. Los Bolandistas habían puesto en duda si realmente Santo Domingo era el autor del Rosario. Mamachi expone los documentos que á más de la tradición constante mantienen al santo Patriarca en posesión de esta gloria.

fué tan desemejante cuanto difiere la armadura de un caballero del sayal de un religioso. El sol de la historia resplandeció sobre el peto del conde de Montfort, é ilumina en él hermosas acciones oscurecidas con sombras; apénas destella un rayo sobre el hábito de Domingo, pero tan puro y tan santo, que la misma escasez de su esplendor es un brillante testimonio. Falta luz, porque el hombre de Dios se ha retirado del estruendo y de la sangre; porque fiel á su mision solo abrió la boca para bendecir, su corazon para orar, su mano para hacer obras de caridad; y porque la virtud, cuando está sola, no tiene otro sol que la ilumine sinó Dios.

Cuando Domingo empezó á recoger el fruto de sus largos méritos, contaba cuarenta y seis años de edad. Los cruzados triunfantes le abrieron en 1215 las puertas de Tolosa; y la Providencia, que reúne á la misma hora los elementos más diversos, le envió dos hombres de que tenia necesidad para echar los primeros cimientos de la Orden de los Hermanos Predicadores. Ambos eran ciudadanos de Tolosa, de ilustre cuna y de notable mérito personal. El uno, que se llamaba Pedro Cellani, reunia á un gran caudal una gran virtud; el otro, á quien no conocemos sinó bajo el nombre de Tomás, era elocuente y de costumbres singularmente amables. Impulsados por una misma inspiracion del Espiritu Santo, agregáronse juntos á Domingo, y Pedro Cellani le hizo presente de su hermosa casa, situada junto al palacio de los condes de Tolosa, que se llamaba el castillo de Narbona. En aquella casa reunió Domingo á los que se le habian juntado; que entre todos

eran seis, contando á los citados Pedro Cellani y Tomás, rebaño harto pequeño y que, sin embargo, habia costado diez años de apostolado y cuarenta y cinco de una vida toda sacrificada á Dios. ¡Cuán poco conocen las condiciones de las cosas duraderas los que se apresuran en sus caminos! ¡Y cuán poco las conocen tambien aquellos á quienes hace desmayar un siglo cargado de tempestades! Desde que Domingo, pasando la primera vez por Tolosa, entrevió en una noche empleada en la conversion de un hereje, el pensamiento de su Órden, el tiempo se habia mostrado inexorable contra él. La prematura muerte de Acevedo, su maestro y amigo, le habia dejado huérfano en un suelo extranjero; el odio de los herejes, contenido ántes por la certidumbre de su dominio, se habia irritado: la atencion de los católicos y su espíritu de sacrificio, tomando una direccion diferente del apostolado, dejaron á Domingo reducido á una horrible soledad. Dios, sin embargo, sopla sobre los nublados: el conde de Tolosa, que debe morir tranquilo y victorioso en su palacio, sucumbe por algun tiempo en una batalla tan decisiva como imprevista. Dios da á su siervo algunos meses de paz, y entre dos tempestades, la Órden de los Hermanos Predicadores se establece en la capital de la herejia.

Vistió Domingo á sus compañeros de hábitos iguales á los que él llevaba, es decir, de una túnica de lana blanca y de un sobrepelliz de lino, de una capa y de una capucha de lana negra, hábito de los canónigos regulares, cuyo uso habia observado desde su entrada en el cabildo de Osma. De este hábito usaron él y los suyos hasta

que ocurrió un suceso memorable de que hablaremos á su debido tiempo, y que fué la causa de una mudanza en aquel traje. Empezar n tambien á observar, bajo cierta regla, una vida uniforme. Fundábase este establecimiento con la cooperacion y por la autoridad de Foulques, obispo de Tolosa, el generoso monge del Cister, á quien hemos visto desde el principio unido á los proyectos de Acevedo y de Domingo. No contento con favorecer su realizacion espiritualmente, dió de su liberalidad para con los Hermanos Predicadores la demostracion insigne que hemos visto, y que la gratitud de éstos debe eternizar en cuanto esté en su mano. «En nombre de Nuestro Señor »Jesucristo, hacemos saber á todos los presentes »y venideros, que nos, Foulques, por la gracia »de Dios, humilde ministro de la silla de Tolosa, »queriendo extirpar la herejía, desterrar los vicios, enseñar á los hombres la regla de la fé, y »formarlos á las buenas costumbres, instituimos »por predicadores de nuestra diócesis á fray Domingo y sus compañeros, quienes se han propuesto caminar en la pobreza evangélica, á pié »y como religiosos, anunciando la verdadera palabra. Y porque el jornalero es digno de su sustento, y porque al buey que trilla el grano no »debe cerrársele la boca, sinó que, al contrario, »el que predica el Evangelio debe vivir del Evangelio, queremos que fray Domingo y sus compañeros, sembrando la verdad en nuestra diócesis, recojan tambien en ella con que sostener »su vida. Por esta razon, con acuerdo del cabildo »de la iglesia de San Estéban y de todo el clero »de nuestra diócesis, igualmente que á todos aque-

»llos á quienes el celo del Señor y la salvacion
 »de las almas se asocien del mismo modo al mi-
 »nisterio de predicacion, les asignamos á perpe-
 »tuidad la sexta parte de los diezmos de que
 »disfrutaban las fábricas de nuestras iglesias par-
 »roquiales, á fin de que puedan proveer á sus
 »necesidades, y para que de cuando en cuando
 »puedan descansar de sus fatigas. Si al fin del
 »año sobra algo, queremos y mandamos que se
 »emplee en el ornato de nuestras iglesias parro-
 »quiales, ó en socorro de los pobres, segun al
 »obispo le parezca conveniente. Porque, pues
 »está arreglado por el derecho, que debe consa-
 »grarse á los pobres una cierta porcion de los
 »diezmos, sin duda estamos obligados á admitir
 »á la participacion á los que abrazan la pobreza
 »por Jesucristo, con el objeto de enriquecer al
 »mundo con su ejemplo y con el don celestial de
 »la doctrina; de tal suerte, que aquellos de quie-
 »nes recibimos las cosas temporales, reciben de
 »nosotros directa ó indirectamente las cosas espi-
 »rituales. Fecha el año 1215 del Verbo encarna-
 »do, reinando sobre los franceses el rey Felipe
 »y ocupando el principado de Tolosa el conde de
 »Monfort (1).»

No fué este acto de munificencia el único con
 que se favoreció á la Orden naciente de los Her-
 manos Predicadores. «En aquellos tiempos, dicen
 »los historiadores, el señor Simon, conde de
 »Monfort, principe ilustre, que hizo la guerra á
 »los herejes con la *espada material*, y el biena-

(1) En Echard, *Escritores de la orden de los Predicadores*
 tomo I, pág. 12, en una nota.

»aventurado Domingo, que se la hizo con la *espada de la palabra de Dios*, se unieron con familiaridad y amistad (1).» Monfort hizo donacion á su amigo del castillo y de las tierras de Cassanel, en la diócesis de Agen; ya anteriormente habia confirmado varias donaciones á favor del monasterio de Prouille, cuyas posesiones habia él aumentado. No se habían limitado á esta especie de manifestaciones el aprecio y cariño que profesaba á Domingo, á quien pidió que bautizase á su hija, desposada un momento con el heredero del reino de Aragon, y que bendijese el casamiento de su hijo primogénito, el conde Amaury, con Beatriz, hija del delfin (príncipe heredero) de Viena.

Algun dia, próximo á volver al seno de Dios, veremos á Domingo arrepentirse de haber aceptado posesiones temporales; verémoslo ántes de bajar al sepulcro, desembarazarse de ellas como de una carga, dejando por patrimonio á sus hijos la Providencia cuotidiana que sostiene á toda criatura laboriosa, y de quien está escrito: *Confía al Señor el cuidado de tu vida, y él te sustentará* (2).

(1) El B. Humberto, *Crónica*, n. 3. — Thierry de Apoldia *Vida de Santo Domingo*, cap. III, n. 45. — Nicolás de Treveth, *Crónica*.

(2) Salmos, 54, 23.

CAPÍTULO VII.

Segundo viaje de Santo Domingo á Roma.—Aprobacion provisional de la Orden de los Hermanos Predicadores por Inocencio III.—Encuentro de Santo Domingo con San Francisco de Asís.

En el punto de realizacion á que el pensamiento de Domingo habia llegado, le era lícito ya esperar la aprobacion de la Sede apostólica para su obra, por lo cual, aprovechando la ocasion de la próxima reunion del concilio de Latrán, en el otoño del año 1215, se puso en camino para Roma con el obispo de Tolosa. Pero, ántes de despedirse de sus discipulos, hizo una cosa notable, que trazó para siempre á su Orden una de las grandes sendas en que debia caminar. Tolosa poseia entónces un doctor célebre, que desempeñaba en ella, con singular aplauso, una cátedra de teología. Alejandro, que este era su nombre, trabajando un dia, muy de madrugada, en su despacho, con el sueño se distrajo poco á poco del estudio, y acabó por dormirse profundamente. Durante aquel descanso, vió siete estrellas, que se le presentaban pequeñas al principio, pero que creciendo en tamaño y en brillo, acababan por iluminar la Francia y el mundo. Despierto de este sueño, al rayar el dia, llamó á los criados que solian llevar sus libros, y pasó á la escuela. En el momento de entrar en ella, ofrecióse á su vista Domingo, acompañado de sus discipulos, todos vestidos con la túnica blanca y la capa negra de los canónigos regulares; dijéronle

que eran hermanos que predicaban el Evangelio en el país de Tolosa á los fieles y á los infieles, y que deseaban oír sus lecciones. Alejandro comprendió, que aquellas eran las siete estrellas que acababa de ver en sueños; y hallándose años despues en la corte del rey de Inglaterra, cuando ya habia adquirido una fama inmensa la Orden de los Hermanos Predicadores, él mismo refirió como habia tenido por alumnos á los primeros hijos de esta nueva religion.

Domingo, despues de haber confiado sus discípulos á la custodia de la oracion y del estudio, se puso en camino para Roma. Once años hacia que don Diego y él la habian visitado juntos por primera vez, peregrinos ambos, y sin saber todavía por qué los habia llevado Dios desde tan lejos á los piés de su Vicario. Sin embargo, Domingo llevaba esta vez el fruto de su bendicion al Padre comun de la cristiandad; y á pesar de que el compañero de su antigua peregrinacion le habia sido arrebatado por la muerte, no volvía solo: era su suerte encontrar á propósito ilustres amistades. Miéntras que la España, su patria de nacimiento, guardaba en la sepultura al protector de su juventud y despues su amigo, la Francia, su patria adoptiva, le habia dado otro protector y amigo en la persona de Foulques. Tuvo tambien la dicha de hallar en la silla de san Pedro á Inocencio III; pero, sin embargo, este gran Pontífice, al principio no se mostró favorable á sus deseos. Habia consentido sin dificultad en tomar bajo la tutela de la Iglesia romana al monasterio de Prouille, y de ello habia hecho extender auto, fechado en 8 de octubre de 1215; mas

no podia decidirse á aprobar una Órden nueva consagrada á edificar á la Iglesia con la predicacion.

De su repugnancia dos razones exponen los historiadores. En primer lugar, siendo la predicacion un cargo trasmitido por los apóstoles á los obispos, hacer de ella la funcion de otra Órden que la Órden episcopal, parecia contrario á la antigüedad. Verdad es, que desde mucho tiempo los obispos se abstendian voluntariamente del honor de anunciar la palabra de Dios, y que el cuarto concilio de Latrán, celebrado recientemente, les habia mandado que colocasen en la cátedra cristiana sacerdotes capaces de representarlos dignamente. Pero una cosa era que cada obispo, eligiendo vicarios revocables, proveyese á la predicacion en su diócesis, y otra confiar á una Órden especial el cargo perpétuo y universal de enseñar el Evangelio. ¿No era esto fundar en la Iglesia una Órden apostólica? ¿Y en la Iglesia podia haber más Órden apostólica que el episcopado? Tal era la cuestion promovida por el celo de Domingo, cuestion capaz de poner en grave perplejidad el grande ingenio de Inocencio III; porque al lado de las razones tomadas del punto de vista tradicional, habia otras sacadas de la experiencia y de la necesidad. Que el apostolado sufria quebrantos en la Iglesia, era visible; y que los progresos cada dia mayores del error se debian á la falta de una hábil y constante enseñanza, era indudable. Los concilios que, durante la guerra de los Albigenses, se reunieron en el Langüedoc, habian estado unánimes en recordar á los obispos esta parte de sus deberes; pero no

los decretos de los concilios, sinó la gracia de Dios es la que hace los apóstoles. Los obispos, al salir de aquellas asambleas y de vuelta á sus palacios, hallaban por disculpa de su inercia evangélica la carga de la administracion diocesana, los negocios de Estado en que tomaban parte, y aquella fuerza de las cosas establecidas que los caracteres más enérgicos vencen con mucha dificultad. Tampoco les era más fácil crear lugar tenientes de su palabra; no se dice de repente á un sacerdote: ¡sé apóstol! Las costumbres apostólicas son el fruto de un género de vida particular. En la Iglesia primitiva eran comunes, porque siendo entónces necesario conquistar el mundo, todas las inteligencias se convertian hácia el único género de accion que podia alcanzar aquel objeto. Pero desde que la Iglesia era la señora de las naciones, el ministerio pastoral habia prevalecido sobre el apostolado, y más se trataba de conservar que de extender el reino de Jesucristo. Ahora bien; en virtud de una ley á la que todas las cosas criadas están sujetas, en el punto donde cesa el progreso, allí empieza á introducirse la muerte. El régimen de conservacion, que al mayor número de las inteligencias le basta, no es suficiente para retener á ciertas almas ardientes, las cuales se escapan de una fidelidad que no las empuja hácia adelante, como los soldados se cansan de estar atrincherados en un campamento de donde nunca los llevan al enemigo. Esas almas, aisladas al principio, se coligan en la sombra; fórmanse á la ventura el movimiento que les falta, hasta que un dia, creyéndose bastante fuertes contra la Iglesia, con una

irrupcion súbita, le manifiestan que, acá en la tierra, la verdad no rige á los espíritus sinó con la condicion de conquistarlos sin descanso. Esta ley de la humanidad harto revelaba el estado de la Europa á Inocencio III.—¿Debia, pues, repeler el socorro que tan á tiempo le llegaba? ¿Debia resistir á la inspiracion de Dios porque, sin dejar de suscitar más de un digno obispo á su Iglesia, les daba por cooperadores un cuerpo de religiosos?

Sin embargo, un decreto promulgado en el seno del concilio de Latrán, ponía en esta cuestion un obstáculo á la libertad de su pensamiento. Habia, en efecto, decidido el concilio, que para evitar el desórden y todos los inconvenientes que nacen de la multiplicacion de las Órdenes monásticas, no se permitiría que se estableciese ninguna nueva. ¿Era posible violar tan pronto una resolucion tan solemne?

Dios, que presta á la Iglesia romana una asistencia, cuya perpetuidad es una de las maravillas visibles de su sabiduría, y que solo habia querido probar con una última tribulacion á su siervo Domingo, puso un término á las irresoluciones de Inocencio III. Una noche, en que este Pontífice dormia en el palacio de San Juan de Latrán, vió en sueños la basílica amenazando ruina, y á Domingo, que con sus hombros sostenia sus muros vacilantes. Advertido por esta inspiracion de la voluntad de Dios, envió á llamar al hombre apostólico, y le mandó que volviese al Langüedoc para que, de acuerdo con sus compañeros, eligiera aquella de entre las reglas antiguas que más propia le pareciese para formar la nueva mi-

licia con que deseaba enriquecer á la Iglesia. Este era un medio de salvar el decreto del concilio de Latrán, y de dar á un pensamiento enteramente nuevo el sello y proteccion de la antigüedad.

Otra satisfaccion mucho más viva tuvo Domingo en Roma. No era él el único á quien la Providencia habia elegido en aquellos críticos tiempos para detener la decadencia de la Iglesia. Miéntas él reavivaba el raudal de la palabra apostólica, en los santos y profundos manantiales de su corazon, otro hombre habia recibido la vocacion de resucitar el deseo y la práctica de la pobreza, en medio de una opulencia corruptora de las almas. Este sublime amador de Jesucristo habia nacido en la falda de las montañas de la Umbria, en la ciudad de Asis, siendo su padre un rico y avaro mercader. La lengua francesa, que habia aprendido en el interés del comercio de su padre, fué causa de que se le diera el nombre de Francisco (1), que no era ni su apellido ni su nombre de bautismo. De vuelta de un viaje á Roma, á la edad de veinticuatro años, el espíritu de Dios, que ya muchas veces le habia solicitado, se apoderó de él enteramente. Conducido por su padre á presencia del obispo de Asis, para que renunciase á todos sus derechos de familia, el héroe mancebo se despojó de sus vestidos, y deponiéndolos á los piés del obispo, dijo: «Ahora »podré decir con más verdad que nunca: *Padre*

(1) Antiguamente *oi* tenía el valor que hoy *dia ai*, de manera que *francés* (ahora *français*) se escribía entonces *François*, que significa Francisco.—N. del F.

»*nuestro que estas en los cielos* (1)!» Asistiendo poco tiempo despues al santo sacrificio de la Misa, oyó leer el Evangelio, en que Jesucristo recomienda á sus apóstoles, que no posean oro ni plata, que no lleven dinero en sus cintos, ni un morral por el camino, ni dos túnicas, ni zapatos, ni una vara. Una indecible alegría inundó su corazon al oir estas palabras: quitóse los zapatos, dejó su baston, tiró con horror el poco dinero que tenia, y en todo lo restante de su vida no tuvo para cubrir y ceñir su desnudez, sinó una túnica y una cuerda. Y áun todavía le asustaba esta riqueza, pues, antes de morir, se hizo poner desnudo sobre las losas delante de sus hermanos, del mismo modo que se habia puesto desnudo delante del obispo de Asís al principio de su perfecta conversion á Dios. Pasaba todo esto miéntras que Domingo, á riesgo de su vida, evangelizaba el Langüedoc, y confundia á la herejía con el espectáculo de su apostolado. Entre aquellos dos hombres habíase establecido, sin saberlo ellos mismos, una maravillosa correspondencia, y la fraternidad de su carrera siguió hasta en sucesos posteriores á la muerte de ambos. Domingo llevaba doce años á Francisco; pero preparado de un modo más sabio á su mision, reuniósele á tiempo su jóven hermano, que no habia tenido necesidad de ir á las universidades para aprender en ellas la ciencia de la pobreza y del amor. Casi en la misma época en que Domingo echaba los cimientos de su Órden en Nuestra Señora de Prouille, al pié de los Pirineos, Francisco echaba los

1 San Buenaventura, *vida de San Francisco*, cap. 11.

cimientos de la suya en Nuestra Señora de los Angeles, al pié de los Apeninos. La humilde y dulce piedra angular del edificio que ambos levantaron respectivamente, fué un antiguo santuario de la bienaventurada Virgen, Madre de Dios. Nuestra Señora de Prouille era el lugar predilecto de Domingo: Nuestra Señora de los Angeles era el rincon de la tierra á que Francisco habia reservado un lugar preferente en la intimidad de su corazon, desprendido de toda cosa visible. Uno y otro habian empezado su vida pública con una peregrinacion á Roma: uno y otro volvieron á ella para solicitar del Soberano Pontífice la aprobacion de sus Ordenes. En un principio, los repelió á entrambos Inocencio III, y la misma vision le obligó á darles á uno y otro una aprobacion verbal y provisional. Domingo, como Francisco, encerró los hombres, las mujeres, y personas del siglo, bajo la austera flexibilidad de su regla, haciendo de tres órdenes una sola potencia, para pelear con todas las armas de la naturaleza y de la gracia á favor de Jesucristo: solo que Domingo empezó por las mujeres, y Francisco por los hombres. Un mismo Soberano Pontífice, Honorio III, por bulas apostólicas, confirmó sus institutos: y Gregorio IX los canonizó. En fin, florecieron juntos sobre sus sepulturas los dos más grandes doctores de todos los siglos, santo Tomás sobre la de santo Domingo, san Buenaventura sobre la de san Francisco.

Sin embargo, estos dos hombres, cuyos destinos ofrecian al cielo y á la tierra tan admirables armonías, no se conocian. En tiempo del cuarto concilio de Latrán ambos se hallaban en

Roma, y no parece que el nombre del uno llegara jamás á oídos del otro. Una noche, estando Domingo en oracion, segun su costumbre, vió á Jesucristo irritado contra el mundo, y á su Madre que le presentaba dos hombres para aplacarle. Reconocióse Domingo en uno de ellos, pero no sabia quién era el otro; y mirándole atentamente, su imágen se le quedó muy impresa en la memoria. Al dia siguiente, en una iglesia, no se sabe en cuál, vió bajo un sayal de mendigo la figura que la noche anterior se le habia aparecido; y llegándose á aquel pobre, lo estrechó en sus brazos con una santa efusion, diciéndole con balbuciente voz: «Sois mi compañero; caminad conmigo; no nos separemos, y ninguno podrá prevalecer contra nosotros (1).» Refirióle en seguida la vision que habia tenido, y sus corazones se confundieron en aquel abrazo y en aquellas protestas.

De generacion en generacion el beso de Domingo y de Francisco se ha trasmitido á los lábios de su posteridad: una amistad juvenil une hoy todavía á los Hermanos Predicadores con los Hermanos Menores. Se han hallado en todos los puntos del globo desempeñando cargos semejantes: han edificado sus conventos en los mismos sitios: han mendigado en las mismas puertas: mil veces se ha mezclado en el mismo sacrificio y la misma gloria su sangre derramada por Jesucristo: han cubierto con sus divisas los hombros de los principes y de las princesas: han poblado á

¹ Gerardo de Frachet, *Vida de los Hermanos*, lib. I, capítulo I.

porfia el cielo con sus santos: sus virtudes, su poderío, su fama, sus necesidades, siempre y donde quiera han estado en contacto, y jamás el menor aliento de envidia ha empañado el limpio cristal de su amistad seis veces secular. Juntos se han extendido por el mundo, como se extienden y se enlazan entre sí los alegres ramos de dos troncos semejantes en edad y en fuerza: se han granjeado y dividido el afecto de los pueblos, como dos hermanos gemelos reposan sobre el seno de su única madre: han ido á Dios por los mismos caminos, como dos preciosos perfumes suben al mismo punto al cielo. En Roma, todos los años, cuando llega la fiesta de Santo Domingo, varios coches salen del convento de Santa María de la Minerva, donde reside el general de los Dominicos, y van á buscar al general de los Franciscanos al convento de *Ara Cæli*, que llega acompañado de un gran número de sus hermanos. Los Dominicos y los Franciscanos, reunidos en dos líneas paralelas, se llegan al altar mayor de la Minerva, y despues de haberse recíprocamente saludado, los primeros van la coro, y los segundos se quedan en el altar para celebrar el oficio del amigo de su padre. Sentados despues á la misma mesa, rompen juntos el pan, que desde hace seis siglos nunca les ha faltado; y terminada la comida, el chantre de los Hermanos Menores y el de los Hermanos Predicadores cantan juntos en medio del refectorio esta antifona: «El seráfico Francisco y el apóstólico Domingo nos han enseñado vuestra ley, ¡oh Señor!» El dia de S. Francisco, se repiten estas mismas ceremonias en el convento de *Ara Cæli*,

y algo semejante sucede en toda la tierra donde quiera que un convento de Dominicos y un convento de Franciscanos se levantan bastante cerca uno de otro para permitir á sus habitantes darse una señal visible del piadoso y hereditario amor que los une.

CAPÍTULO VIII.

Asamblea de santo Domingo y sus discípulos en Nuestra Señora de Prouille.—Regla y constituciones de los Hermanos Predicadores.—Fundacion del convento de San Roman de Tolosa.

Durante la ausencia de Domingo, Dios habia bendecido y multiplicado su rebaño: en vez de seis discípulos que habia dejado en la casa de Pedro Cellani en Tolosa, halló á su vuelta quince ó diez y seis. Despues de las mútuas demostraciones de contento, citólos en Nuestra Señora de Prouille, para deliberar allí, conforme á las órdenes del Papa, sobre la eleccion de una Regla. Hasta entónces, es decir, hasta la primavera del año 1216, habianse únicamente regido por una forma provisional é indeterminada, y á imitacion de Jesucristo, ocupado Domingo más en obrar que en escribir, preparando á sus apóstoles á la mision con la palabra y el ejemplo, no con reglas escritas. Pero ya habia llegado la hora de crear la legislacion de la familia dominica, porque es necesario que, á fin de perpetuar su tradicion, las leyes den su apoyo á las costumbres. Domingo, ya padre, iba á ser legislador. Despues de haber sacado de su seno una genera-

cion de hombres semejantes á él, iba á proveer á la fecundidad de los mismos, y á armarlos, contra el porvenir, de la fuerza misteriosa que dá la duracion. Si la perpetuidad de una raza por la carne y la sangre es una obra maestra de virtudes y de habilidad: si la fundacion de los imperios es el último grado del ingenio humano; ¿qué no debe ser el erigir una sociedad puramente espiritual, que no recibe su vida de los afectos de la naturaleza, ni pone su defensa en la espada y el broquel? Aterrados los antiguos legisladores en vista de la responsabilidad que sobre ellos pesaba, asentaron á las naciones sobre el pedestal de la divinidad, en virtud de una mentira que no era más que aparente. Nacido en el tiempo de Jesucristo, cuando las ruinas y las ficciones habian cedido su lugar á la plenitud de la realidad, Domingo no tuvo necesidad de engañar para ser verdadero. Antes de atreverse á trazar una ley con su mano mortal, habia ido á ponerse á los piés del representante de Dios, y á implorar de la más alta paternidad visible la bendicion que es el gérmen de largas prosperidades. Retirado luego á la soledad, bajo la proteccion de Aquella que fué madre sin dejar de ser vírgen, pedia á Dios ardientemente, que le comunicase una parte de aquel espíritu que ha labrado á la Iglesia católica incontrastables cimientos.

San Agustin y San Benito, dos hombres nacidos con un siglo de intervalo, habian sido en Occidente los patriarcas de la vida religiosa; pero ninguno de los dos se propuso el mismo fin que Domingo. San Agustin, recién convertido, se encerró en una casa de Tagasta, su ciudad natal,

para dedicarse allí con algunos amigos al estudio y á la contemplacion de las cosas divinas. Más adelante, elevado al sacerdocio, hízose en Hipona otro monasterio, que no era, como el primero, más que una reminiscencia de aquellos famosos institutos cenobíticos del Oriente, cuyos arquitectos habian sido san Antonio y san Basilio. Cuando sucedió al anciano Valerio en la silla de Hipona, su punto de vista mudó, sin mudar el ardiente amor que le impulsaba á encadenar su vida con los vínculos de la fraternidad: abrió su casa al clero de Hipona, y á ejemplo de san Anastasio, y de San Eusebio de Vercell, imitadores de los apóstoles, formó de sus cooperadores una sola comunidad. Este monasterio episcopal fué el que sirvió especialmente de modelo y punto de partida á los canónigos regulares, como el de Tagasta, á los religiosos conocidos bajo el nombre de Ermitaños de San Agustin. La obra de S. Benito, era aún más patentemente ajena del objeto de Domingo, puesto que aquél no habia hecho más que resucitar la vida claustral, dividida entre el canto del coro y el trabajo de las manos.

Precisado, sin embargo, Domingo, á elegir antecesor entre aquellos dos grandes hombres, prefirió á san Agustin, por razones fáciles de penetrar. Aunque el ilustre obispo no tuvo la idea de instituir una órden apostólica, habia sido apóstol y doctor, habia empleado su vida en anunciar la palabra de Dios, y en defender su integridad contra todos los herejes de su tiempo. ¿Bajo qué patronato más natural se podia poner la Órden naciente de los Hermanos Predicadores? Además, este patronato no era nuevo para Domingo:

por espacio de largos años habíase acostumbrado á él en el cabildo regular de Osma, y las tradiciones de su carrera pasada se avenían sobremañera con las conveniencias presentes de su vocación. Es preciso también observar, que la regla de San Agustín tenía sobre cualquiera otra la inapreciable ventaja, de no ser más que una mera exposicion de los deberes fundamentales de la vida religiosa. Ninguna forma de gobierno estaba trazada en ella; ninguna observancia prescribía, salvo la comunidad de bienes, la oración, la frugalidad, la vigilancia de los Hermanos sobre sus sentidos, la mútua corrección de sus faltas, la obediencia al superior del monasterio, y, sobre todo, la caridad, cuyo nombre y unción llenan aquellas admirables y demasiado breves páginas. Domingo, sometiéndose á sus prescripciones, no aceptaba, pues, propiamente hablando, más que el yugo de los consejos evangélicos: su pensamiento estaba á sus anchas en aquel cuadro hospitalario delineado, por una mano, que parecía haber querido crear una ciudad más bien que un claustro. Solo faltaba en aquella ciudad comun, construir, bajo la protección de sus antiguos baluartes, el edificio particular de los Hermanos Predicadores.

Pero se ofrecía una duda: una Órden destinada al apostolado, ¿debía adoptar la tradición de las costumbres monásticas, ó bien abandonando la mayor parte de los usos claustrales, acercarse á la existencia más libre del sacerdocio secular? No podían entrar en esta duda los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, sin los cuales no se concibe ninguna sociedad espiri-

tual, así como no se concibe un pueblo sin la pobreza del impuesto, la castidad del matrimonio, y la obediencia á las mismas leyes bajo unos mismos jefes. Pero ¿convenia al objeto del apostolado conservar costumbres tales, como el rezar públicamente el oficio divino, la perpétua abstinencia de carne, mortificarse con largos ayunos, el silencio, el capítulo llamado de la culpa, las penitencias por las infracciones de la regla y el trabajo físico? Todo el rigor de esta disciplina, muy propia para formar el corazón solitario del monje, y para santificar el solaz de sus días, ¿era compatible con la heroica libertad de un apóstol que camina sin direccion, sembrando á derecha é izquierda la semilla de la verdad? Así lo creyó Domingo: creyó que reemplazando el trabajo de las manos con el estudio de la ciencia divina, mitigando ciertas prácticas, usando de dispensas á favor de los religiosos más estrictamente ocupados en la enseñanza y en la predicacion, seria posible conciliar la accion apostólica con la observancia monástica. Acaso no se le ocurrió siquiera la idea de su separacion, porque el apóstol, no es solo un hombre que sabe y que enseña por medio de la palabra, sinó un hombre que predica el cristianismo en todas sus acciones, y cuya presencia sola es ya una aparicion de Jesucristo. Y para imprimirle las sagradas señales de esta semejanza, ¿qué cosa hay más oportuna, que las austeridades del claustro? El mismo Domingo ¿por ventura era otra cosa más que una mezcla íntima del monje y del apóstol? Estudiar, orar, predicar, ayunar, dormir en el suelo, andar descalzo, pasar del acto penitente al acto

de proselitismo, ¿no eran esto sus actos de cada día? ¿Y quién mejor que él podía conocer todas las afinidades del desierto y del apostolado?

Las tradiciones monásticas fueron pues recibidas en Prouille con modificaciones, de las cuales la primera y la más general era esta: «Que cada »prelado tenga en su convento la facultad de dispensar á los Hermanos, cuando lo juzgue útil, »de las obligaciones comunes, sobre todo, en las »cosas que puedan coartar el ejercicio del estudio, ó de la predicacion, ó el bien de las almas, »habiendo sido instituida nuestra Orden especialmente y desde el origen para la predicacion »y la salvacion de las almas, y debiendo dirigirse todos nuestros esfuerzos sin cesar al bien espiritual del prójimo (1).» Por eso se decidió, que para no disminuir la devocion de los Hermanos ni impedir el estudio, el oficio divino se diria en la iglesia breve y sucintamente: que los Hermanos en viaje, estarian eximidos de los ayunos regulares, excepto en Adviento, durante ciertas vigiliass, y todos los viernes: que fuera de los conventos de la Orden podrian comer carne: que el silencio no seria absoluto: que la comunicacion con los forasteros seria lícita, hasta en el interior de los conventos, exceptuadas las mujeres: que se enviaria cierto número de estudiantes á las más famosas universidades: que se recibirian grados científicos: que la Orden abriria escuelas; constituciones todas que sin destruir en el Hermano predicador el hombre monástico,

(1) *Constituciones de la Orden de los hermanos Predicadores*, prólogo, n. 3.

le elevaban á la categoría del hombre apostólico.

La parte administrativa de cada convento debia estar á cargo de un prior conventual: cada provincia, compuesta de cierto número de conventos, al de un prior provincial; y la Órden toda entera al de un jefe único, que luego recibió el nombre de maestro general. La autoridad, emanada de arriba, y enlazándose al mismo trono del Soberano Pontífice, debia consolidar todos los grados de esa gerarquía, al paso que la eleccion, subiendo de abajo arriba, mantendria el espíritu de fraternidad entre la obediencia y el mando. Un doble sello brillaria de esta suerte en la frente de todo depositario del poder: la eleccion de sus Hermanos y la confirmacion del poder superior. Al convento le perteneceria la eleccion de su prior; á la provincia, representada por los priores y un diputado de cada convento, la del provincial: á la Órden entera, representada por los provinciales y dos diputados de cada provincia, la del maestro general; y, por una progression inversa, el maestro general confirmaria al prior de la provincia, y éste al prior del convento. Excepto la suprema, todas estas funciones eran temporales, á fin de que la providencia de la estabilidad se uniese á la emulacion del cambio. Debian equilibrar el poder del maestro general capítulos generales, celebrados con frecuencia, y el del prior provincial capítulos provinciales: al prior conventual estaba anejo un consejo para asistirle en los más importantes deberes de su cargo. La experiencia, que es el mejor juez, ha probado la sabiduría de este sistema

de gobierno: por él ha realizado libremente sus destinos la Orden de los Hermanos predicadores, tan preservada de la licencia como de la opresion. Un respeto sincero á la autoridad se une en ella á cierto carácter de natural franqueza, que, á primera vista, revela al cristiano emancipado del temor por el amor. La mayor parte de las Ordenes religiosas han sufrido reformas, que las han dividido en diversos ramales; la de los Hermanos predicadores ha cruzado, sin variacion alguna, las vicisitudes de seis siglos de existencia. Por todo el universo ha extendido sus frondosas ramas, sin que jamás una sola se haya separado del tronco que las alimenta.

Todavía quedaba en pié la cuestion, no de poca importancia, de saber cómo proveeria la Orden á su subsistencia. Desde el primer dia de su apostolado, Domingo habia abandonado este cuidado á la bondad de Dios: habia vivido de limosnas cotidianas, y cedido al monasterio de Prouille todos los donativos que excedian los limites de sus necesidades del momento. Solo al fin, despues de haber visto crecer su familia espiritual, cuando se añadieron á las suyas otras necesidades, aceptó de Foulques la sexta parte de los diezmos de la diócesis de Tolosa, y del conde de Monfort la hacienda de Cassanel. Pero todos sus recuerdos y todo su corazon estaban por la pobreza. Demasiado presentes tenia las llagas que la opulencia habia abierto á la Iglesia, para desear otra riqueza para su Orden que la de la virtud: sin embargo, la asamblea de Prouille remitió al porvenir el establecimiento del estatuto de la mendicidad. Domingo, sin duda, temia al-

guna oposicion por parte de Roma á un pensamiento tan atrevido, y prefirió reservar su ejecucion para tiempos ménos críticos.

Tales fueron las leyes fundamentales consagradas por los patriarcas del instituto dominico. Cotejándolas con las de los canónigos regulares del Premonstrato, se descubren entre ellas, á pesar de la diversidad del objeto, semejanzas que prueban, que Domingo habia hecho un maduro estudio de la obra de San Norberto. Es probable que habia tenido ocasion para ello en el cabildo de Osma, y que la reforma del Premonstrato habia servido de modelo para la reforma de aquel capitulo.

Entre tanto Foulques, que no se cansaba de abrir su mano á favor de los designios de Domingo, le dió tres iglesias de una sola vez: una en Tolosa, bajo la invocacion de San Roman, mártir; otra en Pamiers; y la tercera, situada entre Sorese y Puy-Laurens, conocida con el nombre de Nuestra Señora de Lescure. Cada una de estas iglesias estaba destinada á recibir un convento de Hermanos predicadores; pero la última nunca lo tuvo; y la de Pamiers no lo poseyó sinó muy tarde, en 1269. Convenia, ya lo hemos dicho, que la grande y hereje Tolosa viese fundar en sus muros el primer convento dominico de la linea masculina. Aunque desde el año anterior los Hermanos estaban reunidos en ella en una misma casa, ésta, en rigor, nada tenia de monasterio, sinó la vida que se observaba en ella, y era necesario poner en armonía la vida con la habitacion. Construyóse pues con premura en el costado de la iglesia de San Roman un modesto

claustro. Un claustro es un patio rodeado de un pórtico: en medio del patio, segun las antiguas tradiciones, debia abrirse un pozo, simbolo de aquella agua manantial de la Escritura, que *vuelve á brotar en la vida eterna*. Abrianse sepulturas bajo las losas del pórtico: á lo largo de los muros se grababan inscripciones fúnebres: en el arco formado por el arranque de las bóvedas, se pintaban los hechos de los santos de la Orden ó del monasterio. Aquel sitio era sagrado; los mismos religiosos no paseaban por él sinó silenciosamente, ocupado el espíritu con el pensamiento de la muerte y la memoria de los que fueron. La sacristía, el refectorio, grandes salas comunes, se extendian al rededor de aquella silenciosa galería que comunicaba tambien con la iglesia por dos puertas, de las cuales la una daba en el coro, y la otra en las naves. Una escalera conducia á los pisos superiores contruidos encima del pórtico, y sobre el mismo plan. Cuatro ventanas abiertas en las cuatro esquinas de los corredores les suministraban una abundante luz; durante la noche cuatro lámparas proyectaban sobre ellos su claridad. A lo largo de aquellos altos y anchos corredores, cuyo único lujo era el aseo, observábase con admiracion una hilera simétrica de puertas exactamente iguales, colocadas á derecha é izquierda: en el espacio que las separaba pendian antiguos cuadros, cartas geográficas, planos de ciudades y de castillos, la tabla de los monasterios de la Orden, mil sencillos recuerdos del cielo y de la tierra. Todas aquellas puertas se abrian con notable suavidad y respeto, al solo tañido de la campana. Ancianos encanecidos

y serenos, hombres de una precoz madurez, mancebos á quienes la penitencia y la juventud daban un matiz de belleza desconocida al mundo, todas las edades de la vida, aparecian al mismo tiempo bajo un mismo hábito. La celda de los cenobitas era pobre, bastante espaciosa para contener una cama de paja ó de cerda, una mesa y dos sillas: todo su ornato consistia en un crucifijo y algunas imágenes piadosas. De esta tumba, donde habitaba durante sus años mortales, pasaba el religioso á la tumba que precede á la inmortalidad; y ni aún allí estaba separado de sus Hermanos vivos y difuntos. Tendíanlo vestido con sus hábitos, bajo el pavimento del coro; su polvo se mezclaba al de sus abuelos, miéntras que las alabanzas del Señor, cantadas por sus contemporáneos y sus descendientes del claustro, hacian palpar lo que aún quedaba de sensible en sus restos. ¡Oh casas amables y santas! Los hombres han levantado augustos palacios sobre la tierra; han erigido lujosas sepulturas; han hecho para Dios moradas casi divinas; pero jamás han ido más léjos que en la creacion del monasterio el arte y el corazon del hombre.

A fines del mes de agosto del año 1216, el convento de San Roman estaba ya en disposicion de habitarse. Era de humilde estructura: las celdas tenian seis piés de ancho y un poco ménos de largo; los tabiques que las separaban no llegaban á la altura de un hombre, á fin de que los Hermanos, sin dejar de hacer sus cosas con libertad, estuviesen siempre en una semipresencia unos de otros. Todos los muebles eran de lo más tosco. Este convento solamente conservó la Orden hasta

el año 1232, época en que los Dominicos de Tolosa se trasladaron á una casa y una iglesia más vastas, de las que los despojó la revolucion francesa, y cuyos magníficos restos sirven hoy de cuartel y almacenes.

CAPITULO IX.

Tercer viaje de Santo Domingo á Roma.—Confirmacion de la Orden por Honorio III.—Enseñanza de santo Domingo en el palacio del Papa.

Miéntas que á la vista de Domingo se edificaba con rapidez el convento de San Roman, vino una imprevista nueva á entristecer el corazon del santo Patriarca. Inocencio III acababa de morir en Perusa, el 16 de julio; y dos dias despues, el cardenal Conti, del antiguo linaje de los Sabelli, habia subido, en virtud de una precipitada eleccion, á la Sede pontificia, tomando el nombre de Honorio III. Esta muerte arrebatava un protector seguro á los intereses dominicos, y los exponia á todos los azares de una corte nueva. Inocencio III era uno de los hombres privilegiados que la Providencia habia dado por apreciadores y por sosténes á Domingo; era de la sangre de Acevedo, de Foulques y de Monfort, generosa constelacion, cuyos astros se iban apagando sucesivamente uno tras otro. Acevedo habia desaparecido el primero, llevándose consigo la cadena de sus heróicos designios; y cuando ya Domingo, con su acostumbrada laboriosidad, habia reunido

todos sus hijos bajo los auspicios de Inocencio III, este gran Papa se eclipsaba tambien, sin haber consumado la obra á la cual habia prometido poner el último sello. Pero fué de corta duracion esta prueba; Domingo pasó por tercera vez los Alpes, y obtuvo pronto del nuevo Pontífice, á pesar de los afanes de una administracion reciente, el premio debido á sus largos trabajos. El 22 de diciembre del año 1216, su Orden fué solemnemente confirmada por dos bulas, cuyo glorioso texto es el siguiente:

«Honorio, obispo, siervo de los siervos de Dios, á sus amados hijos, Domingo, prior de San Roman de Tolosa, y á los Hermanos presentes y venideros que hagan profesion de la vida regular, salud y bendicion apostólica. Conviene poner bajo la salvaguardia apostólica á los que abrazan la vida religiosa, para que ataques temerarios no los desvien de su designio, ó quebranten, lo que Dios no permita, la fuerza sagrada de la religion. Por este motivo, amados hijos en el Señor, accedemos gustosos á vuestras justas solicitudes, y por el presente privilegio, recibimos bajo la proteccion del bienaventurado apóstol Pedro, y bajo la nuestra, la iglesia de San Roman de Tolosa, en la cual os habeis consagrado al servicio divino. Mandamos, en primer lugar, que se observe perpétua é inviolable el Orden canónico establecido en esa iglesia, segun Dios y la regla de san Agustín; y además, que los bienes que esa iglesia ha adquirido justamente, ó que pudieran pertenecerle por concesion de los pontífices, liberalidad de los reyes y príncipes, oblaciones de los fieles, ó de cualquier otro modo legitimo, queden firmes

»é intactos en vuestras manos y en las de vuestros sucesores. Hemos juzgado útil designar nominalmente las posesiones siguientes, á saber: »El solar de la iglesia de San Roman, con todas sus dependencias; la iglesia de Prouille, con todas sus dependencias; la hacienda de Cassanel; la iglesia de Nuestra Señora de Lescure, con todas sus dependencias; el hospital de Tolosa, llamado »*Arnaldo Bérard*, con todas sus dependencias; la iglesia de la Sma. Trinidad de Lobens, con todas sus dependencias; y los diezmos que nuestro »venerable hermano Foulques, obispo de Tolosa, »en su piadosa y previsora liberalidad os ha cedido con el asentimiento de su Cabildo, como »resulta de actas capitulares. Que nadie pretenda »exigir de vosotros diezmos, ya por las tierras »que cultivais con vuestras propias manos, ó á »vuestras expensas, ya sobre el producto de vuestros ganados. Nos os permitimos que recibais »y retengais entre vosotros, sin temor de contradicciones, los clérigos y los legos deseosos de »dejar el siglo, con tal que no los ligen otros »votos. Prohibimos á vuestros Hermanos, después »de su profesion, el contraer otros votos sin licencia de su prior, como no sea para abrazar otra »Orden más austera; y á quien quiera que sea, »que admita á esos tráfugas sin vuestro consentimiento. Proveereis al servicio de las iglesias parroquiales que os pertenecen, eligiendo y presentando al obispo diocesano sacerdotes dignos »de obtener el gobierno de las almas, y que serán »responsables delante de él de las cosas espirituales, y ante vosotros de las cosas temporales. »Prohibimos tambien que se impongan á vuestra

»iglesia cargas nuevas y desusadas, ni que, á
»ménos de mediar causa manifiesta y razonable,
»se fulminen contra ella sentencias de excomu-
»nion y entredicho. Si se fulminase un entredi-
»cho general, podreis, despues de haber hecho
»salir á los excomulgados y entredichos, celebrar
»el oficio divino en voz baja, sin tañer campanas,
»y con las puertas cerradas. Recibireis del obispo
»el crisma, el sagrado óleo, la consagracion de los
»altares ó de las basilicas, la ordenacion de vues-
»tros sacerdotes, miéntras él sea católico, esté en la
»gracia y comunion de la Santa Sede, y consienta
»en dároslo sin condiciones injustas; mas, si no
»estuviere en dicha comunion, os dirigireis á
»cualquier obispo católico, y satisfará á vuestras
»solicitudes en virtud de nuestra autoridad.
»Otorgamos el derecho de sepultura en vuestra
»iglesia, mandando que nadie se oponga á la de-
»vocion y última voluntad de los que quieran ser
»sepultados en ella, á ménos de que estén entre-
»dichos ó excomulgados, y salvo el derecho de las
»iglesias á que pertenece el depósito del cuerpo
»de los difuntos. A vuestra muerte y á la de al-
»guno de vuestros sucesores en el cargo de prior
»del mismo lugar, que nadie aspire al gobierno
»con la astucia ó la violencia, sinó solo por la
»libre eleccion de sus Hermanos, segun Dios y la
»regla de San Agustin. Ratificamos tambien, que-
»riendo que sean perpétuamente inviolables, las
»libertades, inmunidades y costumbres racionales
»de antiguo introducidas en vuestra iglesia y con-
»servadas hasta nuestros dias. Que nadie, pues,
»entre los hombres, sea osado á turbar esta igle-
»sia, á arrebatár ó retener sus bienes, á dismi-

»nuirlos, ó hacer de ellos un tema de vejaciones;
 »sinó que ántes bien queden intactos para uso y
 »sostén de aquellos á quienes han sido concedi-
 »dos, salvo las disposiciones de la autoridad apos-
 »tólica y los derechos canónicos del obispo dio-
 »cesano. Si alguna persona, eclesiástica ó seglar,
 »conociendo esta constitucion que acabamos de
 »establecer, se atreve á infringirla, y avisado por
 »segunda y tercera vez, rehusase dar satisfaccion,
 »quede privada de todo poder y honor, y sepa que
 »ante el juicio divino se ha hecho culpable de
 »una grave iniquidad; quede separada de la co-
 »munion del cuerpo y sangre de nuestro Dios,
 »Señor y Redentor Jesucristo, y en el juicio final
 »sufra un castigo severo. Aquellos, por el con-
 »trario; que conserven á ese lugar sus derechos,
 »que la paz de Nuestro Señor Jesucristo sea con
 »ellos, que reciban aquí en la tierra el fruto de
 »una buena accion, y del juez soberano una re-
 »compensa eterna. Así sea (1).»

La segunda bula, monumento tan breve como profético, está concebida en estos términos:

«Honorio, obispo, siervo de los siervos de Dios,
 »al amado hijo Domingo, prior de San Roman de
 »Tolosa, y á todos los Hermanos que han hecho ó
 »harán profesion de la vida regular, salud y ben-
 »dicion apostólica. Nos, considerando que los
 »hermanos de vuestra Orden, *serán los campeones*
 »*de la fé, y unas verdaderas lumbreras del mundo,*
 »confirmamos vuestra Orden con todas sus tierras
 »y posesiones que posee actualmente, ó poseyere

(1) Bulario de la Orden de los Hermanos Predicadores,
pág. 2.

»en lo futuro; y tomamos bajo nuestro gobierno
»y proteccion á la Orden misma con todos sus
»bienes y todos sus derechos (1).»

Estas dos bulas se expidieron en Santa Sabina en un mismo dia. La primera, además de la firma de Honorio, está suscrita por diez y ocho cardenales. Por muy favorable que fuese el estilo de ambas, todavía no estaban colmados todos los deseos de Domingo, porque deseaba que el nombre mismo de su Orden fuese un testimonio perpétuo del fin que se habia propuesto instituyéndola. Desde el origen de su apostolado, se habia complacido con el nombre de *Predicador*. Se ve, por un acto de homenaje á que asistió el 21 de junio de 1211, que se servia de un sello en que estaban grabadas estas palabras: *Sello de fray Domingo, predicador*. Cuando fué á Roma en tiempo del concilio de Latrán, se proponia, dice el bienaventurado Jordan de Sajonia, obtener del Papa el permiso para formar un instituto de hombres que tuviesen *el oficio y el nombre de Predicadores*. Tambien ocurrió en aquella época un hecho notable; Inocencio III, que acababa de animar á Domingo con una aprobacion verbal, tuvo necesidad de escribirle, y llamando á un secretario, le dijo: «*Escribid sobre tal cosa á fray Domingo y á sus compañeros,*»—pero, recapacitando luego un poco, añadió: «*No escribais así, sinó de este modo: A fray Domingo y á los que predicán con él en el país de Tolosa;*» y corrigiéndose todavía de nuevo, dijo: «*escribid como voy á dictaros. Al*

(1) Bulario de la Orden de los Hermanos Predicadores, pág. 4.

»*Maestro Domingo y á los frailes Predicadores* (1).» Sin embargo, Honorio en sus bulas se habia abstenido de dar ninguna denominacion á la nueva Orden.

Un mes despues, el 26 de enero de 1217, sin duda con el objeto de reparar este silencio, dictó las cartas siguientes: «Honorio, obispo, siervo de los siervos de Dios, á sus amados hijos el prior y los Hermanos de San Roman, *Predicadores* en el país de Tolosa, salud y bendicion apostólica. Demos dignas acciones de gracias al Dispensador de todos los dones por el que os ha hecho, y en el que esperamos perseverareis hasta el fin. Devorados interiormente por el fuego de la caridad, difundís por fuera un perfume célebre, que regocija los corazones sanos, y restablece á los que están enfermos: como hábiles médicos, les presentais mandrágoras espirituales, que les preservan de la esterilidad, es decir, la semilla de la palabra de Dios, abonada por una saludable elocuencia. Siervos fieles, el talento que os ha sido confiado fructifica en vuestras manos, y lo restituís al Señor con superabundancia. Invencibles atletas de Cristo, llevais el escudo de la fé y el yelmo de la salvacion, sin temer á los que pueden matar el cuerpo, empleando con magnanimidad contra los enemigos de la fé la palabra de Dios, que penetra más que el acero más agudo, y aborreciendo vuestras almas en este mundo para hallarlas en la vida eterna. Pero, como no el combate,

(3) Estéban de Salanhac: *De las cuatro cosas en que ha honrado Dios á la Orden de los Hermanos Predicadores.*

»sinó el fin es lo que corona, y como solo la per-
»severancia recoge el fruto de todas las virtudes,
»rogamos y exhortamos sériamente á vuestra cari-
»dad por estas Letras apostólicas, y para la remi-
»sion de vuestros pecados, que os fortifiqueis más
»y más en el Señor, que difundais el Evangelio
»oportuna é importunamente, y que lleneis, en
»fin, plénamente el deber de *evangelistas*. Si por
»esta causa sufrís algunas tribulaciones, no solo
»debeis soportarlas con igualdad de alma, sinó
»regocijaros y triunfar con el Apóstol, de haber
»sido juzgados dignos de sufrir oprobios por el
»nombre de Jesús: porque esas leves y pasajeras
»aflicciones han de engendrar algun dia un peso
»inmenso de gloria, con la que no pueden ser
»comparados los males de este tiempo. Nos, que
»os llevamos sobre nuestro pecho como á hijos
»muy particularmente amados, os rogamos que
»en el sacrificio intercedais por Nos cerca de
»Dios, á fin de que conceda á vuestras ora-
»ciones lo que acaso no obtendríamos por nues-
»tros propios méritos (1).»

De este modo fueron atribuidos pontifical-
mente *el oficio y el nombre* de Hermanos Predica-
dores á los religiosos dominicos. La gradacion
que se observa en los tres hechos que acabamos
de citar, es muy notable. En la primera bula,
deliberada y firmada en consistorio por los car-
denales, no se hace ningun mérito del objeto de
la Orden, á la que simplemente se designa como
una *Orden canónica bajo la regla de San Agustin*.

(1) Bulario de la Orden de los Hermanos Predicadores,
pág. 2.

La segunda bula, aunque breve, es más clara: llama á los hijos de Domingo *campeones de la fé y verdaderas lumbreras del mundo*. En fin, el tercer diploma los califica decididamente de *Predicadores*, los alaba por sus pasados trabajos apostólicos y los estimula para los venideros. El misterio de estos diplomas ha ejercitado la penetracion de los historiadores, quienes, sobre todo, se han afanado en indagar porque razones el Soberano Pontífice habia expedido dos bulas en un mismo dia sobre el mismo objeto, conjeturando, que la primera estaba destinada á que la archivase la Órden, y la segunda á servirle como de una especie de pasaporte cotidiano. Pero ¿necesita acaso presentar una bula á cuantos se lo pidieren una Órden solemne aprobada por la Santa Sede? ¿No lleva en sí misma su autenticidad? Y en caso de contradiccion, ¿no es evidente, que el auto necesario es el que contiene sus libertades y sus privilegios, y no un auto de algunas líneas que deja indeterminada su situacion canónica? En el reconocimiento progresivo de los Hermanos Predicadores hay además una singularidad, de donde puede darse otra explicacion. Parécenos que la causa del silencio absoluto de la bula principal sobre el objeto de la nueva religion que autorizaba, fué la oposicion que probablemente existia en la corte pontificia, y que todos sus afanes se dirigian á que no se estableciera una *Orden apostólica*: pero rogado por Domingo, é inspirado por Dios, el Soberano Pontífice firmó el mismo dia una declaracion del motivo especial que lo habia dirigido; y un mes despues, creyó conveniente no guardar ya miramiento alguno

en la expresion de su pensamiento y de su voluntad.

El 7 de febrero siguiente, Honorio confirmó, por un breve expreso, una disposicion de su primera bula, en la que prohibia á los Hermanos Predicadores abandonar su religion por otra, á ménos de que ésta fuese más austera.

Era natural que Domingo estuviese impaciente por volverse con los suyos, habiendo ya obtenido de Roma todo lo que esperaba: pero la Cuaresma, que iba á empezar le detuvo, de lo cual tomó ocasion para ejercer en la capital del mundo cristiano el ministerio apostólico que acababa de confiársele, y en el que obtuvo singular aplauso. Explicó las Epistolas de S. Pablo en el palacio mismo del Papa y en presencia de considerable auditorio; hecho que nos enseña, que, salvo la controversia con los herejes, seguia en su predicacion el método de los Padres de la Iglesia, explicando al pueblo las Santas Escrituras, no por frases sueltas tomadas de aquí y de allá, sinó con órden, de suerte, que la historia, el dogma y la moral se sostuviesen reciprocamente, y que la enseñanza fuese el fondo de la elocuencia. El púlpito es, en efecto, una escuela en donde se enseña la teología popular, y de los lábios del sacerdote que lo ocupa, y que está iniciado en todos los misterios de la ciencia divina, fluyen sobre el mundo, con la tradicion de lo pasado y las esperanzas del porvenir, raudales de la doctrina eterna. Segun decrece ó mengua este rio, la fé decrece ó mengua sobre la tierra. Domingo, elegido por Dios para reanimar el apostolado en la Iglesia, habia sin duda reflexio-

nado sobre las condiciones de la palabra evangélica, y á juzgar por el primer ensayo que hizo en Roma, en toda la fuerza de su madurez, debemos creer, que daba grande importancia á la exposicion seguida de las letras sagradas. Una creacion memorable atestiguó el fruto de su enseñanza. Deseoso el Papa de que esta enseñanza no fuese un beneficio pasajero para el pueblo romano, y, sobre todo, para las personas de su corte, á quienes principalmente se habia destinado, la erigió en un oficio perpétuo, cuyo titular debia llevar el que lo ejerciese: *Maestro del sacro palacio*. Domingo fué el primero á quien se dió este cargo, que sus descendientes han desempeñado con honor hasta el dia: sus derechos y sus deberes han aumentado mucho con el tiempo. De predicador y de doctor regentando en el Vaticano una escuela espiritual, el Maestro del sacro palacio ha venido á ser el teólogo del Papa, el censor universal de los libros que se imprimen ó se introducen en Roma, el único en la universidad romana que tiene facultad para conferir el doctorado, el que elige á los que en las solemnidades han de predicar en presencia del Santo Padre; funciones que realzan todavía otros muchos honrosos privilegios, y cuya herencia se ha trasmitido justa é inviolablemente de uno en otro á los hijos de Domingo.

En la misma época en que el santo patriarca se daba á conocer en Roma por sus predicaciones, frecuentaba la casa del cardenal Ugolino, obispo de Ostia. Ugolino, de la noble familia de los Conti, era un anciano venerable decorado con veinte años de púrpura y setenta y tres de vida:

era el amigo de san Francisco de Asís, quien varias veces le habia vaticinado la tiara, escribiéndole en estos términos: *Al reverendísimo Padre y Señor Ugolino, futuro obispo de todo el mundo y Padre de las naciones*. A pesar del peso de su edad, se sintió atraído hácia Domingo, como ántes lo habia sido hácia Francisco; y su corazon, jóven todavía, se halló capaz de amar á entrambos con igual amistad; privilegio exclusivamente de ciertas almas es el ser fecundas en vehementos afectos hasta su último dia, así como el de Domingo era el de no perder unos amigos sinó para ganar otros. El anciano cardenal Ugolino, destinado á morir casi centenario en el trono pontificio, habia sido por Dios deparado á Domingo, para ser su introductor en la tumba y el protector de su memoria, para celebrar sus exequias con la piedad del amigo, y grabar su nombre en el libro de los santos con la infalibilidad del Pontífice. De tan ilustres relaciones no fué este el único fruto.

En la casa del cardenal se hospedaba un jóven italiano, llamado Guillermo de Monferrato, que habia ido á Roma á celebrar las Pascuas. El trato y la conversacion de Domingo, que conmovian singularmente á aquel mancebo, acabaron por inspirarle resoluciones que él mismo nos refiere en estos términos: «Habrá sobre unos diez y seis años que vine á Roma á pasar el tiempo de cuaresma, y me recibió en su casa el que actualmente es Papa, y que á la sazón era obispo de Ostia. Por entónces fray Domingo, fundador y primer maestro de la Orden de los Predicadores, se hallaba en la corte romana, y visitaba con frecuencia al señor obispo de Ostia, lo cual me

»dió ocasion de conocerle: su conversacion me
»agradó, y empecé á cobrarle cariño. Muchas ve-
»ces hablábamos de las cosas que interesaban á
»nuestra salvacion y á la del prójimo, y me pare-
»cia que nunca habia visto hombre más religio-
»so que él, aunque durante el curso de mi vida
»habia hablado á muchos que lo eran: pero nin-
»guno me habia parecido animado de tanto celo
»por el bien del género humano. El mismo año
»fuí á estudiar teología á París, porque habia
»convenido con él en que, despues de dos años de
»estudio, y cuando él por su parte hubiera ter-
»minado el establecimiento de su Orden, iriamos
»juntos á trabajar por la conversion de los paga-
»nos de la Persia y de las tierras del Septen-
»trion (1).» De este modo cautivaba juntamente
Domingo el corazon del anciano y el corazon del
jóven; y apénas confirmada su Orden, cuando ya
pensaba en abrirle en persona las puertas del
Norte y del Oriente. No cabiendo su alma grande
en la civilizada Europa, se lanzaba hácia los pue-
blos que aún no habia iluminado el cristianismo;
deseaba terminar su carrera en ellos y señalar
su apostolado con el sello del martirio.

Una vision le alentó en sus ardientes desig-
nios. Cierta dia, en que estaba implorando á san
Pedro por la conservacion y la propagacion de
su Orden, cayó en un profundo arrobamiento:
apareciéronsele los dos apóstoles Pedro y Pablo,
el primero, presentándole un baston, y el segun-
do un libro, y oyó una voz que le decia: «Anda y
»predica, porque á esta mision has sido llama-

(1) *Actas de Bolonia*, segunda deposición.

»do (1);» y al mismo tiempo veia á sus discípulos dispersándose de dos en dos por el mundo para evangelizarlo. Desde este dia llevó constantemente consigo las Epístolas de San Pablo y el Evangelio de San Mateo, y siempre caminaba con un baston en la mano, ya viajase, ya recorriese las calles de la ciudad.

CAPÍTULO X.

Nueva asamblea de los Hermanos Predicadores en Nuestra Señora de Prouille, y su dispersion por Europa.

Salió Domingo de Roma el año 1217, despues de las fiestas de Pascua, y no tardó en reunirse á sus Hermanos, que eran entónces en número de diez y seis,—á saber, ocho franceses, siete españoles y un inglés.

Los franceses eran: Guillermo Claret, Mateo de Francia, Beltran de Garrigue, Tomás, Pedro Cellani, Estéban de Metz, Noel de Prouille y Oderico de Normandia. La historia nos ha conservado con sus nombres algunos rasgos que caracterizan la fisonomía de la mayor parte de ellos.

Guillermo Claret era oriundo de Pamiers y uno de los más antiguos compañeros de Domingo: al salir de Francia, el obispo de Osma le propuso para el gobierno temporal de la mision del Langüedoc. Es fama que despues de haber consagrado más de veinte años de su vida á la Or-

(1) El B. Humberto, *Vida de Santo Domingo*, n. 26.

den, contrajo nuevos votos en la abadía de Bolbona, de la orden del Cister, y aún quiso trasferirle el monasterio de Prouille.

Mateo de Francia habia pasado su juventud en las escuelas de París. El conde de Monfort le estableció en San Vicente de Castres de prior de una colegiata de canónigos: allí fué donde Mateo conoció á Domingo, y donde, habiéndole visto un dia levantado del suelo durante un éxtasis, se dió plenamente á él. Fué el fundador del famoso convento de Santiago de París, donde yacia su cuerpo, en el coro, al pié de la silla que habia ocupado como prior del monasterio.

Beltran de Garrigue, que tomó su apellido del nombre del lugar de su nacimiento, pequeña aldea del Langüedoc, cerca de Alais, era hombre de admirable austeridad: tanto, que un dia le aconsejó Domingo que llorase poco por sus pecados, y mucho por los de los demás. Durante su último viaje á Roma, que queda referido, le confió el gobierno de San Roman. Murió Beltran en 1250, y fué enterrado en Orange, en una casa de religiosas, donde sus restos obraron milagros. En 1427, fueron trasladados, de orden del papa Martin V, al convento de los Hermanos Predicadores de la misma ciudad.

Tomás era un vecino principal de Tolosa: Jordan de Sajonia le titula *un hombre lleno de gracia y elocuencia* (1). En 1215 se hizo discípulo de Domingo, al mismo tiempo que Pedro Cellani su conciudadano.

Jóven, rico, honrado, con más nobleza de co-

(1) *Vida de Santo Domingo*, cap. I.

razon que de cuna, Pedro Cellani dió en el mismo dia á Domingo su persona y su casa. Fué el fundador del convento de Limoges. Una gran veneracion le acompañó hasta su última morada, á la que bajó el año 1257, despues de haber desempeñado en los tiempos mas árduos el difícil cargo de inquisidor que le impuso Gregorio IX.

Estéban de Metz residia en Carcasona con Domingo, ya desde el año de 1213. Fué el fundador del convento de Metz, de donde le viene el apellido con que se lo designa en la historia.

Nada de particular se sabe sobre Noel de Prouille.

Oderico de Normandía no era sacerdote: fué el primer hermano lego de la Orden.

Tales eran, en aquella época, los elementos franceses, que casi formaban la mayoría de la familia dominicana. La España, por su parte, tampoco fué infiel al grande hombre que habia criado á sus pechos; y aunque perdiéndolo todo de vista, para seguir exclusivamente ocupada en su obstinada y gloriosa lucha contra los antiguos dominadores de su territorio, envió mas de un soldado al ejército espiritual de su Guzman.

Estos fueron los enviados: Domingo de Segovia, Suero Gomez, el bienaventurado Manes, Miguel de Fabra, Miguel de Uzero, Pedro de Madrid y Juan de Navarra.

Domingo de Segovia era uno de los compañeros más antiguos del apóstol del Langüedoc: Jordan de Sajonia lo llama *hombre de una perfecta humildad, pequeño en la ciencia, pero grande*

por la virtud (1). Se cuenta de él, que intentando una mujer impúdica poner á prueba su castidad, valiéndose para ello de todos los medios de seducción, se acostó en su aposento sobre tizones ardientes, y dijo á la tentadora: «Si es cierto que me amas, hé aquí el lugar y la hora (2).

Suero Gomez era uno de los principales señores de la corte de Sancho V, rey de Portugal. La fama de la cruzada contra los Albigenses le llevó al Langüedoc, donde sirvió la causa católica como caballero; pero, con la gracia de Dios, conoció que habia una milicia mejor que la de las armas, y abandonó todas las cosas para predicar á Jesucristo con la pobreza y la palabra. Fué el fundador del convento de Santaren, á pocas leguas de Lisboa, junto al Tajo: el rey Alfonso II le dió grandes mnestras de confianza. Murió en 1235, honrado por varios historiadores con el título de santo.

El bienaventurado Manes era hermano de santo Domingo. Se ignora en que época y cómo tomó el hábito de la Orden. Murió por los años de 1230, y fué enterrado en Gamiel de Izan en la sepultura de sus mayores.

Miguel de Fabra fué el primer lector ó profesor en teología que tuvo la Orden. Dió lecciones en el convento de París, fué confesor y predicador de Jaime, rey de Aragon, y fundó los conventos españoles de Mallorca y Valencia. Varios escritores antiguos encarecen su celo apostólico, sus servicios en la guerra contra los moros, su asi-

(1) *Vida de Santo Domingo. cap. i.*

(2) *Ibid.*

duidad en la plegaria y la contemplacion, y sus milagros. Primeramente, sus despojos mortales se depositaron en la sepultura comun de los Hermanos de Valencia; pero el prior, advertido por un prodigio, de que debia trasladarlos á un lugar más preeminente, los trasladó con gran pompa á una capilla del convento dedicado á San Pedro Mártir.

Nada notable ha llegado tradicionalmente hasta nosotros con referencia á Miguel Uzero y á Pedro de Madrid.

Juan de Navarra era natural de San Juan de Pié de Puerto. Recibió el hábito de la Orden el 28 de agosto de 1216, dia de San Agustin. Es el único de los primeros compañeros de Domingo que fué testigo en el proceso de su canonizacion, y por su deposicion misma sabemos que habitó y viajó con él muchas veces.

Tambien la Inglaterra mezcló una gota de su sangre á la sangre francesa y española de aquella primera generacion de la dinastia dominicana, como si todos los pueblos marítimos de Europa hubiesen debido llevarle su tributo. El inglés que se unió á Domingo se llamaba Lorenzo.

Grande fué el júbilo de los hijos con la llegada de su padre, y no menor la sorpresa cuando se supo su resolucion de dispersar inmedatamente su rebaño, pues todos estaban persuadidos de que por mucho tiempo lo guardaria en la santa y estudiosa oscuridad del claustro. ¿Cómo habian de presumir que pensase en romper la unidad de tan flaca corporacion? ¿Y qué podia esperarse de un escaso número de hombres derramados por los caminos de Europa, aún ántes de que los hu-

biese precedido la fama de la nueva Orden? El arzobispo de Narbona, el obispo de Tolosa, el conde de Monfort, y cuantos se interesaban por la naciente Orden, conjuraban á Domingo á que no arriesgase su triunfo con una prematura ambición del bien; pero él, con serenidad é incontrastable resolucion en su designio, les respondia: «Señores y Padres míos, no me contradigais, porque yo sé muy bien lo que hago (1).» Acordábase de la vision de la basilica de San Pedro, y oia resonar en sus oídos las palabras de los dos apóstoles: *Anda y predica*. Otro aviso le habia dado el cielo sobre la próxima ruina del conde de Monfort. Vió en sueños un árbol inmenso que cubria la tierra con sus ramos, y daba abrigo del viento á las aves, cuando derribándolo un imprevisto huracan, dispó todo lo que se habia confiado al asilo de su sombra. Cuando Dios es quien envia estos misteriosos presagios, los alumbra con cierta luz que explica su sentido. Domingo comprendió, que el árbol cuya caida iba á echar por tierra las esperanzas de los católicos era Monfort, y que no fuera prudente edificar sobre una tumba. A estas revelaciones se unia un superior conocimiento del hombre para desviarle del consejo de sus amigos: creia que el apóstol se forma más bien que en la contemplacion en la accion, y que el medio más seguro de acrecentar su Orden era plantarla valerosamente en el centro de las agitaciones del espíritu humano. Él mismo dió á sus discípulos esta razon memorable, bajo una figura tan ingeniosa como sólida: «La semilla, les dijo,

(1) *Actas de Bolonia*, deposicion de Juan de Navarra, n. 2.

»fructifica cuando se siembra, y se corrompe cuando se tiene hacinada (1) »

Tres ciudades gobernaban entonces la Europa: Roma, París y Bolonia: Roma por su Pontífice, París y Bolonia por sus universidades, que eran el punto de reunion de la juventud de todas las naciones. Domingo eligió estas tres ciudades para capitales de su Orden, y para enviar á ellas al instante hombres que la representaran; pero tampoco podia olvidar á su patria, aunque no habia entrado todavia en el movimiento general de la Europa, ni abandonar al Langüedoc, cuna de sus trabajos apostólicos. Es cosa que pasma el considerar todo lo que se proponia hacer á la vez, y con tan pocos elementos: le parecian bastantes diez y seis hombres para conservar á Prouille y á Tolosa, y para ocupar á Roma, París, Bolonia y la España. No se limitaban á esto sus proyectos: aspiraba tambien, como hemos visto, á evangelizar á los infieles de ultramar, y á propósito se dejaba ya crecer la barba al uso de los orientales, á fin de estar pronto al primer viento favorable. Por un efecto de la misma prevision, deseaba que se eligiese canónicamente á uno de sus Hermanos, para ocupar su puesto cuando él se ausentase. Arreglado todo de esta suerte en su pensamiento, y despues de haber disfrutado la dicha de vivir en comunidad con todos los suyos por algun tiempo, los convocó en el monasterio de Prouille para el próximo dia de la Asuncion.

Muchísima gente se agolpaba aquel dia á las puertas de la iglesia de Prouille, unos atraidos

(1) Constantino de Orvieto, n. 2; el B. Humberte, n. 26.

por la antigua devocion del sitio, y otros por la curiosidad: el interés y el afecto habian conducido allí á varios obispos y caballeros, y al conde de Monfort. En aquel altar, tantas veces testigo de sus secretas lágrimas, ofreció Domingo el santo-Sacrificio; recibió los votos solemnes de sus hijos, que hasta entónces solo le estaban sujetos por la constancia de su corazon, ó que á lo ménos solo le habian prometido votos simples; y al fin del discurso que les dirigió, volviéndose hácia el pueblo, le habló en estos términos: «Muchos años hace que inútilmente os exhorto con blandura, predicándoos, suplicando y llorando; pero, como dice el refran de mi país, donde no alcanza la bendicion, algo puede hacer el palo. Tendremos que excitar contra vosotros á los príncipes y á los prelados, que armarán ¡ay! contra esta tierra á las naciones y á los reinos, y muchos perecerán al filo de la espada: los campos serán talados, los muros derribados, y vosotros todos ¡oh dolor! reducidos á dura servidumbre. Así conseguirá algo el palo donde nada han conseguido la bendicion y la blandura (1).» Esta despedida que dió Domingo al ingrato suelo, que doce años consecutivos habia regado con sus sudores, parecen un testamento expreso contra los que debian algun dia profanar su memoria; y fija perpetuamente el carácter de su apostolado, cuyo poder habia estribado en la *blandura, la predicacion, las súplicas y las lágrimas*. La amenaza profética que ella contiene, recuerda por su asunto

(1) Manuscrito de Prulla en los monumentos del convento de Tolosa, por el P. Percin, p. 20, n. 47.

aquella célebre lamentacion de Jesucristo sobre Jerusalén: *¡Ah! si tú reconocieres siquiera en este tu día lo que puede atraerte la paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos. Porque vendrán días contra tí, en que tus enemigos te cercarán de trincheras, y te asediarán, y te estrecharán por todas partes, y te derribarán en tierra, y á tus hijos que están dentro de tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitacion* (1). Domingo no dijo que personalmente excitaria á los príncipes y á los prelados, sinó ántes bien, no separando su persona de la cristiandad entera, dijo, bajo una forma que no envuelve más que una solidaridad general: *Tendremos que excitar contra vosotros á los príncipes y á los prelados*. Él, por su parte, ajeno á todo lo que se habia hecho en el órden de la guerra y de la justicia, y gimiendo sobre las desventuras venideras, se marcha puro de sangre, deja la Francia, y con ella el teatro de los negocios y de las batallas, para ir á fundar conventos en Italia, en Francia, en España, con el báculo del viajero en la mano, y las alforjas al hombro, y á consumir en estas creaciones pacíficas los restos de una vida que ya habia devorado el sacrificio.

Terminada la ceremonia pública, declaró Domingo á sus hijos sus intenciones acerca de cada uno de ellos. Guillermo Claret y Noel de Prouille debian permanecer en el monasterio de nuestra Señora de Prouille: Tomás y Pedro Cellani en San Roman de Tolosa. Destinó para España á Domingo de Segovia, Suero Gomez, Miguel de Ucero y Pe-

(1) San Lucas, XIX, 42, 43, 44. (Traduccion del P. Scio.)

dro de Madrid. Paris reunía tres franceses, Mateo de Francia, Beltran de Garrigue y Oderico de Normandía, tres españoles, el bienaventurado Manes, Miguel de Fabra y Juan de Navarra, y el inglés Lorenzo. Domingo se reservó únicamente á Estéban de Metz para la fundacion de los conventos de Roma y de Bolonia. Los Hermanos, antes de separarse, eligieron á Mateo de Francia por abad, es decir, por superior general de la Órden, bajo la autoridad suprema de Domingo. Este título, que á causa del estado á que se habian elevado los jefes de Órden de las antiguas religiones, llevaba en sí algo de magnífico, solo fué en aquella ocasion, y se extinguió para siempre en la persona de Mateo de Francia. Convínose en dar al que fuera llamado al gobierno general de los Hermanos Predicadores el nombre más humilde de *Maestro*.

Esta reparticion del mundo entre unos cuantos hombres era ya en sí misma un espectáculo extraordinario, pero todavía lo fué más por sus circunstancias. Pusiéronse en camino los nuevos apóstoles á pié, sin dinero, privados de todo recurso humano, con la mision, no solo de predicar, sinó tambien de fundar conventos. Uno solo entre ellos, Juan de Navarra, rehusó ponerse en camino con aquellas condiciones, y pidió dinero. Domingo, viendo á un hermano Predicador que, para vivir, no confiaba en la Providencia, prorumpió en llanto y se echó á los piés de aquel hijo de poca fé; pero no pudiendo vencer su obstinacion, mandó que le entregasen doce dineros.

Arregladas todas estas cosas, el 13 de setiembre de 1217, cuatro años cabales despues de la

batalla de Maurel, el anciano conde Raimundo volvió á Tolosa: la obra del abad del Cister estaba destruida y consumada la de Dios.

CAPÍTULO XI.

Cuarto viaje de Santo Domingo á Roma.—Fundacion de los conventos de San Sixto y de Santa Sabina.—Milagros que acompañan estas dos fundaciones.

Despues de la dispersion de los Hermanos, permaneció aún Domingo en el Langüedoc: de ello tenemos una prueba en un tratado que ajustó el 14 de setiembre siguiente, con motivo de los diezmos que ántes le habia concedido Foulques. Tratábase de saber hasta dónde se extendia este derecho; se convino en que no se exigiria de las parroquias cuya poblacion no llegase á diez familias, y se eligieron árbitros para zanjar todas las dificultades que pudieran sobrevenir en lo sucesivo. Terminado este asunto, atravesó Domingo á pié, segun su costumbre, y acompañado solamente de Estéban de Metz, los senderos de los Alpes. La historia le pierde de vista hasta Milán, donde le halla á las puertas de la colegiata de San Nazario, pidiendo la hospitalidad á los canónigos, quienes lo recibieron como á uno de los suyos, á causa del hábito canonical que le cubria.

Al llegar á Roma su primer cuidado fué, buscar un lugar á propósito para la fundacion de un convento. Al pié meridional del monte Celio, á

lo largo de la Via Apia, y enfrente de las gigantescas ruinas de las termas de Caracalla, se alzaba una antigua iglesia dedicada á San Sixto II, Papa y mártir: otros cinco Papas, mártires tambien, reposaban á sus dos lados en aquella sepultura. A uno de los costados de la iglesia, reedificada nuevamente, estaba pegado un claustro casi concluido. La profunda soledad de la iglesia y del claustro contrastaba singularmente, con los recientes trabajos de que por todas partes se veian vestigios. Conociase que un súbito acontecimiento habia interrumpido en aquel punto la realizacion de un gran plan; y, con efecto, la muerte de Inocencio III era lo que habia suspendido aquella renovacion de un lugar antiguo y célebre. Este Papa habia destinado el claustro para reunir bajo unas mismas reglas diferentes religiosos, que vivian en Roma con harta libertad. Domingo, que ignoraba esta circunstancia, se apresuró á pedir al soberano Pontífice la iglesia y el monasterio, y Honorio III se lo concedió verbalmente.

Tres ó cuatro meses le bastaron á Domingo para reunir en San Sixto hasta cien religiosos; una rápida y prodigiosa fecundidad sucedia en él á la lentitud que habia sido siempre el carácter de su destino. Este hombre, que verdaderamente no habia empezado su carrera hasta los treinta y cinco años, y que habia empleado doce en formarse diez y seis discípulos, los veia ahora caer á sus piés como caen las mieses en verano bajo la hoz del segador. No hay que admirarse de ello; es una ley de la gracia y de la naturaleza, que una fuerza por largo tiempo comprimida obre

con mayor ímpetu cuando llega á romper las ataduras que la sujetan ó sus diques: hay, por otra parte, en todas las cosas un punto de madurez, que hace su éxito tan pronto como inevitable. Colocado San Sixto en la senda que antiguamente seguian para subir al Capitolio los triunfadores romanos, fué testigo, durante un año, de escenas más maravillosas que los espectáculos á que los generales de Roma tenian acostumbrada á la via Apia. En ningun lugar y en ningun tiempo manifestó mejor Domingo la autoridad que le habia dado Dios sobre las almas, y nunca como entonces la naturaleza le obedeció con más respetuosa presteza. Aquel fué el momento triunfal de su vida.

Ante todas cosas fué preciso acabar el monasterio. Miéntras esto se hacia, Domingo emprendió nuevamente sus predicaciones en las iglesias y su enseñanza en el palacio del Papa. Cada dia poblaba la parte habitable del convento con algun nuevo discípulo que se rendia al influjo de su elocuente palabra: saliendo por la mañana con su baston, volvía á la tarde con su presa; y el edificio espiritual de San Sixto adelantaba al mismo tiempo que el edificio material. El demonio, envidioso de tan feliz progreso, quiso turbar la alegría que causaba éste á todos los buenos. Un dia en que los Hermanos habian llevado á un arquitecto debajo de una bóveda que se trataba de demoler ó de reparar, desmoronóse de repente el techo, sepultando á aquel facultativo bajo sus escombros. La más profunda desolacion se apodera de los Hermanos reunidos alrededor de las ruinas que cubren el cuerpo del desgraciado; llo-

ran sobre el estado incierto en que su alma habrá sido sorprendida, sobre los rumores desfavorables que van á circular por el pueblo, y la consternacion los deja por largo rato en la imposibilidad de resolver cosa alguna. En esto llega Domingo, hace sacar el cuerpo de entre el monton de piedras que le tenian oprimido y quebrantado, y llevado delante de él, implora al que prometió no rehusar nada á la fé; y la vida, obedeciendo á su oracion, reanima los ensangrentados restos tendidos á su presencia.

En otra ocasion, el procurador del convento, Santiago de Mella, cayó tan gravemente enfermo, que se le administraron los últimos sacramentos. Estaban los Hermanos al rededor de su lecho, protegiendo con sus oraciones la salida de su alma, y contristados con la pérdida de un hombre que les era entónces de todo punto necesario, porque ninguno de ellos en Roma, era tan conocido como él. Domingo, que veia el dolor de sus hijos, manda que todos salgan de la habitacion; cierra la puerta, y á solas con el enfermo, exhala su corazon en una plegaria tan fervorosa, que detuvo la vida en los lábios del moribundo. Llama en seguida á los Hermanos, y se lo devuelve sano y salvo.

El oficio de procurador que ejercia Santiago de Mella, consistia en proveer, con ayuda de la Providencia, á las necesidades extremas de San Sixto; pues el convento no tenia renta propia alguna, y solo se vivia en él de las limosnas cotidianas que los Hermanos recogian por las calles. Una mañana, Santiago de Mella fué á avisar á Domingo, que en la casa no habia nada para la comida,

excepto dos ó tres panes, noticia que pareció llenar de alegría al Santo, quien mandó al procurador que repartiese en cuarenta porciones lo poco que existia, número igual al de los religiosos, y que á la hora acostumbrada hiciese tocar la campana para comer. Al entrar en el refectorio, cada Hermano halló en su puesto un bocado de pan; recitáronse las oraciones de la bendicion áun con más alegría que de costumbre, y todos se sentaron: Domingo estaba en la mesa prioral, alzados á Dios los ojos del corazon. Despues de un momento de espera, entraron en el refectorio dos mancebos vestidos de blanco, y llegándose á la mesa en que estaba Domingo, depusieron en ella los panes que traian cubiertos con manteles.

Más adelante se renovó el mismo milagro, con circunstancias que es preciso oir de la boca misma de la antigüedad. «Cuando los Hermanos habitaban todavia en número de ciento, junto á la iglesia de San Sixto, cierto dia, mandó el bienaventurado Domingo á fray Juan de Calabria y á fray Alberto el romano, que fueran por el pueblo á pedir limosna: pero se emplearon en ello inútilmente, desde por la mañana hasta las tres de la tarde. Retirábanse ya, é iban á llegar á la iglesia de Santa Atanasia, cuando los encontró una mujer muy devota de la Orden, y viendo que nada llevaban, les dió un pan: No quiero, les dijo, que volvais con las manos enteramente vacias. Un poco más adelante, llegóseles un hombre que, con muchas instancias, les pidió limosna: ellos se excusaron de dársela porque nada tenían para si; pero como el hombre insistiese cada vez con más empeño, dijéronse uno á otro:

»¿Qué haremos de un solo pan? Vale más darlo
»por amor de Dios. Con efecto, diéronle el pan, y
»al instante lo perdieron de vista. Aconteció,
»pues, que cuando llegaron al convento, salióles
»á recibir el piadoso padre á quien el Espíritu
»Santo habia revelado lo que acababa de ocurrir,
»y con tono jovial les dijo: ¿Nada traeis, hijos?—
»No, padre, le respondieron, y le contaron lo que
»habia pasado con el pobre. Domingo les dijo: El
»mendigo era un ángel del Señor: el Señor sabrá
»sustentar á los suyos: vamos á orar. Dicho esto,
»entró en la iglesia; de la que saliendo al cabo de
»un breve rato, dijo á los Hermanos, que llama-
»sen la comunidad al refectorio. Estos le respon-
»dieron: Pero, padre santo, ¿cómo quereis que
»llamemos, si no hay nada que darles?—Y de in-
»tento tardaban en cumplir la órden que habian
»recibido; por lo cual el bienaventurado padre
»llamó á fray Roger, el dispensero, y le mandó
»que reuniese á los Hermanos para la comida,
»porque el Señor proveeria á sus necesidades.
»Cubriéronse pues las mesas, se pusieron las co-
»pas, y todo el convento entró en el refectorio á
»una señal dada. Pronunció el bienaventurado
»padre la bendicion, y fray Enrique el romano,
»empezó la lectura despues de sentados todos.
»Entre tanto el bienaventurado Domingo con las
»manos cruzadas sobre la mesa estaba orando,
»cuando hé aquí que de repente, segun lo habia
»prometido por inspiracion del Espíritu Santo,
»dos hermosos mancebos, enviados de la divina
»Providencia, aparecieron en medio del refecto-
»rio, llevando panes en unas alforjas blancas que
»les pendian de los hombros. Empezaron la dis-

»tribucion por las hileras inferiores, el uno por
»la derecha, el otro por la izquierda, y pusieron
»delante de cada hermano un pan entero de ad-
»mirable blancura. Luego, cuando llegaron al
»bienaventurado Domingo, pusieron igualmente
»delante de él un pan entero, inclinaron la cabe-
»za, y desaparecieron, sin que jamás hasta ahora
»se haya sabido de dónde venian, ni á dónde iban.
»El bienaventurado Domingo dijo á los Herma-
»nos: Hijos mios, comed el pan que os ha envia-
»do el Señor. Dijo en seguida á los Hermanos
»legos que echasen vino; pero éstos respon-
»dieron: padre santo, no lo hay. Entónces el bien-
»aventurado Domingo, lleno del espíritu de pro-
»fecia, les dijo: Tomad el barril y echad á los
»Hermanos el vino que el Señor les ha enviado.
»Fueron en efecto, y hallaron lleno el barril has-
»ta los bordes de un vino excelente, que llevaron
»inmediatamente al refectorio, y el bienaventu-
»rado Domingo dijo: Bebed, hermanos mios, del
»vino que os ha enviado el Señor. Todo aquel dia,
»el siguiente y el otro, comieron y bebieron quan-
»to quisieron. Pero despues de la comida del ter-
»cer dia, hizo dar á los pobres todo lo que que-
»daba del pan y del vino, y no quiso que se con-
»servase más en la casa. Nadie habia ido á pedir
»limosna durante aquellos tres dias, porque el
»Señor habia enviado en abundancia pan y vino.
»El bienaventurado padre dirigió en seguida á
»los Hermanos un sermón bellissimo, para adver-
»tirles de que nunca desconfiasen de la divina
»Providencia, aún en la mayor penuria. Fray
»Tancredo, prior del convento, fray Odon el ro-
»mano, fray Enrique del mismo país, fray Loren

»zo de Inglaterra, fray Gaudion y fray Juan el
»romano, y otros muchos, presenciaron este mi-
»lagro, que contaron á sor Cecilia y á las otras
»Hermanas que residian aún en el monasterio de
»Santa María, á la otra parte del Tiber: hasta les
»llevaron de aquel pan y de aquel vino, que ellas
»conservaron mucho tiempo como reliquias. Fray
»Alberto, á quien el bienaventurado Domingo ha-
»bia enviado á pedir limosna con un compañero,
»fué uno de los dos Hermanos cuya muerte vati-
»cinó en Roma el bienaventurado Domingo. El
»otro era el Hermano Gregorio, hombre de gran
»belleza y de una gracia perfecta. Fray Gre-
»gorio fué el primero que volvió al seno del Se-
»ñor, despues de haber recibido piadosamente
»los sacramentos. Tres dias despues, fray Alberto,
»habiendo tambien recibido piadosamente los sa-
»cramentos, pasó de esta cárcel tenebrosa al alcá-
»zar del cielo (1).»

Esta ingénua relacion nos hace penetrar en el interior de la familia de San Sixto, y mejor que todas las descripciones, nos trasporta á los tiempos primitivos de la Orden. Por ella vemos como sin oro ni plata se levantaban populosos monasterios; cómo la fé suplía al caudal, y de cuán delicada sencillez estaban dotados aquellos hombres, algunos de los cuales habian habitado suntuosos palacios. El prior de San Sixto, fray Tancredo, era un caballero de alta cuna, de la corte del emperador Federico II. Hallábase en Bolonia, á principios del año 1218, cuando Domingo envió algunos Hermanos á aquella ciudad, como veremos

(1) *Relacion de Sor Cecilia*, n. 3.

á su tiempo, y un dia, sin saber por qué, se puso á considerar el peligro que corria su salvacion eterna. Agitado por este pensamiento repentino, dirigió una oracion á la Santísima Virgen, que á la noche siguiente se le apareció en sueños, y le dijo: «Entra en mi Orden.» Despertóse y se durmió otra vez. En este segundo sueño, vió dos hombres en hábito de fraile Predicador; y uno de ellos, que era anciano, le decia: «Pides á la Sma. Virgen que te encamine en la senda de la salvacion: vén, pues, á nosotros, y te salvarás (1).» Tancredo creyó que aquello era una ilusion, pues no conocia todavia el hábito de la Orden. Levantóse por la mañana, y pidió á su huésped que le llevase á una iglesia á oír misa: el patron le llevó á una iglesia llamada Santa María de Mascarella, que acababa de ser entregada á los dominicos. No bien hubo entrado en ella cuando se encontró con dos religiosos, en uno de los cuales inmediatamente reconoció al anciano á quien habia visto en sueños. Luego, pues, que hubo arreglado sus asuntos, tomó el hábito, y fué á reunirse con Domingo en Roma.

Fray Enrique, de quien tambien se habla en la relacion de sor Cecilia, era un jóven y noble romano. Indignados sus padres porque se habia consagrado á la Orden, determinaron arrebatárselo. Domingo, prevenido de su intento, hizo huir por la vía Nomentana al jóven con algunos compañeros; pero los padres le persiguieron, y llegaron á la orilla del Anio, cuando acababa Enrique

(1) Gerardo de Frachet, *Vida de los Hermanos*, lib. VI, cap. xvi.

de pasarlo. Temiendo caer en sus manos, levantó el jóven su corazon á Dios, y encomendóse á su proteccion por los méritos de su siervo Domingo: al punto se hincharon prodigiosamente las aguas del torrente, y fueron vanos todos los esfuerzos que hicieron para pasarlo los ginetes que estaban en la opuesta orilla. Luego que se retiraron, Enrique volvió muy tranquilo á San Sixto.

Fray Lorenzo de Inglaterra, otro testigo del milagro de los panes, era el mismo que Domingo envió á París cuando la dispersion de los religiosos, de donde habia vuelto recientemente con Juan de Navarra. Otros dos religiosos, Domingo de Segovia y Miguel de Uzero habian vuelto tambien de España sin haber alcanzado su objeto.

Entre tanto, Honorio III, adoptando el pensamiento de su predecesor, quiso reunir en un solo monasterio y bajo una misma regla, á todas las religiosas esparramadas en varios conventos de Roma, y se lo comunicó á Domingo, como el hombre más á propósito para llevar á cabo aquella árdua empresa. Domingo aceptó con tanto más gusto la proposicion del Papa, cuanto le ofrecia el medio de restituir el edificio de San Sixto á su primitivo destino, fundando en él, sobre el modelo de Ntra. Sra. de Prouille, una comunidad de religiosas dominicas: solo pidió que, para cubrir su debilidad con el prestigio de su autoridad, se le agregasen algunos cardenales. Tres le designó el Papa: Ugolino, obispo de Ostia, Estéban de Fossanueva, del título de los santos Apóstoles, y Nicolás, obispo de Túsculo. Y en cambio de la habitacion de San Sixto, le dió la iglesia y el monasterio de Santa Sabina en el monte Aventino, jun-

to á su propio palacio. A un mismo tiempo se estaban haciendo, pues, preparativos en Santa Sabina y en San Sixto; en el primero, para recibir á las religiosas; y en el segundo, para trasladar á él los religiosos.

Domingo, ocupado con este doble cargo, no dejaba de continuar en sus predicaciones. Un dia en que debia predicar en San Márcos, una mujer, que tenia á su hijo enfermo, lo dejó todo por ir á oírle: al salir del sermón, se halló á su hijo sin vida. Su esperanza fué tan pronta como su dolor: sin tomarse tiempo para derramar ni una lágrima, toma consigo una criada para llevar el niño, y vuela desalada á San Sixto. Al entrar en el patio de San Sixto por la Via Apia, vió enfrente, á la izquierda de la iglesia del monasterio, la puerta de un aposento bajo y aislado que se llamaba el capítulo. Cuando llegó al patio la desventurada madre, Domingo estaba de pié en esta puerta. Váse la infeliz madre derecha á él, coge el niño, le pone á los piés del santo, y con los ojos y la voz le pide que le devuelva su hijo. Domingo se retira un momento en el interior del capítulo, vuelve al dintel, hace sobre el niño la señal de la cruz, se inclina para cogerle la mano, le levanta vivo, y se lo devuelve á su madre, mandando á ésta que lo que acababa de pasar lo ocultase á todo el mundo; pero al punto se extendió por Roma la fama de este suceso. El Papa queria que desde el púlpito se publicase en todas las iglesias el milagro; pero Domingo se opuso á ello, amenazando con pasar á los países infieles y dejar á Roma para siempre. Por eso, sin embargo, no fué menor la fama de aquel milagro, con lo que llegó á su col-

mo la veneracion que profesaba el pueblo al santo predicador; do quiera que se mostraba seguianle los grandes y la plebe como á un ángel del Señor; todos querian tocarle: cortaban pedazos de su capa para reliquias, de modo, que apenas le llegaba á las rodillas. A veces los Hermanos se oponian á que le cortasen los vestidos de aquella suerte, pero él les decia: «Dejadlos, puesto que lo hacen por devocion (1).» Fray Tancredo, fray Odon, fray Enrique, fray Gregorio, fray Alberto y otros muchos, presenciaron el susodicho milagro.

Aunque fuese muy brillante la santidad de Domingo, no podia allanar todas las dificultades que se oponian á la reunion de las religiosas romanas en San Sixto. Muchas de ellas se negaban á sacrificar la libertad que hasta entónces habian disfrutado de salir del claustro y visitar á sus familias; pero Dios acudió en ayuda de su siervo. Habia en Roma un monasterio de religiosas, titulado por su situacion, Santa Maria allende el Tiber: en él se conservaba una de las imágenes de la Sma. Virgen, que la tradicion atribuye al pincel de S. Lucas. Esta imagen era célebre y venerada del pueblo, porque el Papa S. Gregorio el Grande, paseándola en procesion por la ciudad, habia ahuyentado una peste. Se creia tambien, que colocada por el Papa Sergio III en la basilica de S. Juan de Latran, ella se habia restituido por si misma á su antigua morada. La abadesa de este monasterio y todas las religiosas, ménos una, se ofrecieron voluntariamente á Domingo, é hicieron en sus ma-

(1) *Relacion de Sor Cecilia*, n. 1.

nos profesion de obediencia, con la condicion, de que se llevarian consigo la imágen de la santísima Virgen; y que si ésta dejaba por sí misma á San Sixto, para volver á su primitiva Iglesia, quedarían anulados sus votos de obediencia. Aceptó Domingo la condicion, y les prohibió, en virtud de la autoridad que acababan de reconocerle, volver á pisar los umbrales de su convento. Como estas religiosas pertenecian á la primera nobleza de Roma, cuando sus padres supieron los compromisos que nuevamente habian contraído, y los nuevos planes de reforma, fueron á Santa María á disuadirlas de cumplir sus promesas: cegados por la pasion, trataron á Domingo de desconocido y de aventurero. Estas palabras hicieron vacilar el valor de las religiosas, muchas de las cuales llegaron á arrepentirse del voto que habian hecho. Advertido Domingo de ello interiormente, fué una mañana á verlas, y despues de haber celebrado la misa y pronunciado un sermon, les dijo: «Hijas mias, sé que os arrepentís de la resolucion que tomasteis, y que quereis poner el pié fuera de la senda del Señor: por lo tanto, hagan de nuevo profesion en mis manos (1) las que continúen fieles.» Entónces todas juntas, con la abadesa á su frente, renovaron el acto que las despojaba de su libertad. Domingo llevóse consigo las llaves del convento, y apostó á sus puertas algunos religiosos legos para guardarlas dia y noche, prohibiendo á las religiosas que en lo sucesivo hablasen en el locutorio sin estar acompañadas de otra religiosa.

(1) *Relacion de Sor Cecilia*, n. 13.

Las cosas en este punto, reuniéronse en San Sixto los cardenales Ugolino, Estéban de Fossanova y Nicolás, el miércoles de ceniza del año 1218, es decir, el 28 de Febrero, por haber caído la Pascua en aquel año el 15 de Abril. La abadesa de Santa María del Tiber asistió por su parte acompañada de sus religiosas, para abdicar solemnemente su oficio, y ceder á Domingo y á sus religiosos todos los derechos del convento. «Estar»ba pues el bienaventurado Domingo sentado con los cardenales, y hallábanse presentes la abadesa y sus hijas, cuando hé aquí que entra un hombre mesándose los cabellos y lanzando agudos gritos. Pregúntanle qué tiene; y responde: «¡Acaba de caer muerto de un caballo el sobrino de monseñor Estéban! Este mancebo se llamaba Napoleon; su tío, al oírlo nombrar, se reclinó desfallecido sobre el pecho del bienaventurado Domingo. Fué preciso sostenerle: el bienaventurado Domingo se puso en pié, le roció con agua bendita, y dejándole en los brazos de los circunstantes, voló al sitio donde yacía tendido el cuerpo del mancebo, horriblemente maltratado. Mandó que le llevasen á un cuarto separado y le encerrasen en él: luego dijo á Fray Tancredo y á los religiosos, que lo dispusiesen todo para la misa que queria celebrar al instante. El bienaventurado Domingo, los cardenales, los religiosos, la abadesa y las religiosas fueron, pues, al sitio donde estaba el altar, y el bienaventurado Domingo celebró con grande abundancia de lágrimas el santo sacrificio: pero cuando llegó á la elevacion del cuerpo del Señor, y segun la costumbre, lo tenia elevado en

»sus manos, él mismo fué tambien levantado del
»suelo á la altura de un codo, á la vista y con
»asombro de todos. Acabada la misa, seguido de
»los cardenales, de la abadesa, de las religiosas
»y de cuantos se hallaban presentes, volvió junto
»al cuerpo del difunto, y cuando llegó junto á él,
»con su santa mano le acomodó los miembros
»uno despues de otro: luego se posternó en el sue-
»lo rezando y llorando. Tres veces tocó el rostro
»y los miembros del difunto para colocarlos en
»su sitio, y otras tantas se posternó. Cuando se
»hubo levantado por tercera vez, hizo la señal de
»la cruz sobre el difunto, y de pié, junto á la ca-
»beza del cadáver, con las manos extendidas hácia
»el cielo, levantado su cuerpo del suelo más de
»un codo, exclamó en alta voz: ¡Oh jóven Napo-
»leon! en nombre de nuestro Señor Jesucristo te
»mando que te levantes. Al punto, á la vista de
»todos los que habia atraído un espectáculo tan
»admirable, levantóse el mancebo sano y salvo,
»y dijo al bienaventurado Domingo: Padre, dad-
»me de comer. El bienaventurado Domingo le dió
»de comer y de beber, y lo entregó al cardenal su
»tio, alegre y sin huella alguna de sus heri-
»das (1).»

Cuatro dias despues, el primer domingo de
cuaresma, las religiosas de Santa Maria de allen-
de el Tiber, otras religiosas del monasterio de
Santa Bibiana y de varios conventos, y muchas
mujeres del siglo, entraron en San Sixto, donde
Santo Domingo les dió el hábito de la Orden:
eran, entre todas, en número de cuarenta y cua-

(1) *Relacion de Sor Cecilia*, n. 2.

tro, entre las cuales habia una religiosa de Santa María de allende el Tiber, llamada Cécilia, y de edad de diez y siete años. A esta religiosa debemos el conocimiento de los principales hechos de la vida del Santo patriarca en aquel periodo, que nos ha conservado una memoria dictada por ella, que es un modelo de sencilla y veraz narracion.

La imágen de Santa María allende el Tiber, fué trasladada á San Sixto en la noche del dia mismo en que entraron las religiosas en él: la operacion se hizo de noche, porque los Romanos se oponian á la traslacion. Acompañado Domingo de los cardenales Estéban y Nicolás, precedido y seguido de muchas personas seglares á pié descalzo, y con hachas encendidas, llevaba la imágen sobre sus hombros. Las religiosas orando, y tambien con piés descalzos, aguardaban la imágen en San Sixto, en cuya glesia fué inaugurada felizmente.

Todos estos hechos, incluyendo en ellos el viaje de Francia á Roma, se efectuaron en el espacio de cinco ó seis meses, desde el 11 de Setiembre de 1217 hasta principios de Marzo del siguiente año; y sin embargo, á pesar de tantas ocupaciones y deberes, Domingo hallaba tiempo para dedicarse á obras particulares de caridad. Muchas veces iba á visitar á las *reclusas*, es decir, á unas mujeres que, voluntariamente, se habian encerrado en los huecos de algunos muros para no salir nunca de allí: de esta especie de nichos habia bastantes en distintos puntos de la ciudad, en las desiertas faldas del monte Palatino, en el fondo de los antiguos torreones, en los machones rotos de los acueductos, centinelas de la eter-

nidad colocadas sobre ruinas. Al ponerse el sol, Domingo las visitaba, y las llevaba en su corazón el resto de fuerzas que habia para ellas reservado; iba á hablar á la soledad, despues de haber hablado á la multitud. Una de estas reclusas, llamada Lucía, que habitaba detrás de la iglesia de San Atanasio, en el camino de San Sixto, tenia un brazo roído hasta el hueso por un cáncer cruel y devorador: y Domingo la curó con una simple bendición. Otra, que tenia su nicho en una torre inmediata á San Juan de Latrán, y cuyo pecho era comido de gusanos, Domingo la confesaba y le llevaba de cuando en cuando la santa Eucaristia. Una vez pidióle Domingo que le mostrase uno de los gusanos que la atormentaban, y que ella guardaba con amor en su seno, como huéspedes enviados por la Providencia. Bona, este era su nombre, accedió al deseo de Domingo, pero el gusano se trasformó en una piedra preciosa en la mano del taumaturgo, y el pecho de Bona fué hallado puro como el de un niño.

Hallábase entónces Domingo en todo el esplendor de su edad madura. Su cuerpo, así como su alma, habia llegado á aquel término de la vida en que la ancianidad no es todavia más que una perfeccion y una gracia del vigor. «Su estatura era mediana, delgado su talle, su rostro hermoso y un tanto colorado por la sangre; sus cabellos y su barba de un rubio subido, sus ojos expresivos. Vagábale por la frente y las pestañas cierta luz radiante, que inspiraba el respeto y el amor: siempre se le veia alegre y afable, excepto cuando le movia á compasion alguna

»desgracia del prójimo. Tenia las manos largas
»y bellas, y una voz muy noble y sonora. Nunca
»fué calvo, y su corona religiosa se designaba en-
»tera, sembrada de algunos cabellos canos (1).»

Así le pinta sor Cecilia, que le conoció en aquellos heroicos tiempos de San Sixto y de Santa Sabina.

CAPITULO XII.

Residencia de Santo Domingo en Santa Sabina. —San Jacinto y el bienaventurado Ceslas entran en la Orden.—Uncion del bienaventurado Reginaldo por la Santísima Virgen.

LA iglesia de Santa Sabina, junto á la cual habitaban los religiosos desde que salieron de San Sixto, estaba edificada sobre el monte Aventino. Segun una antigua inscripcion, fué fundada por un sacerdote de Iliria, llamado Pedro, y bajo el pontificado de Celestino I, á principios del siglo v. Se alzaban sus muros en el sitio más alto y quebrado del monte, encima de la estrecha orilla donde murmura el Tiber huyendo de Roma, y rompiendo sus olas en las ruinas del puente que Horacio Cocles defendió contra Porcena. Dividian la iglesia en tres naves, terminadas cada una por un altar, dos hileras de antiguas columnas, sosteniendo un tejado: era esta la primitiva basílica en toda la gloria de su sencillez. Reposaban debajo del altar principal las reliquias de Santa Sabina, que sufrió la muerte

(1) *Relacion de Sor Cecilia.*

por Jesucristo en tiempo de Adriano, y estaban colocadas tan cerca del lugar de su martirio, cuanto habia podido permitirlo la tradicion: otros huesos preciosos brillaban al lado de los suyos. La iglesia lindaba con el palacio de los Sabelli, ocupado entonces por Honorio III, en donde se habia datado la bula que aprobaba la Orden de los Hermanos Predicadores. Desde las ventanas de esta habitacion, una parte de la cual acababa de ser cedida á Domingo, penetraba la vista en lo interior de Roma, y se detenia en las colinas del Vaticano. Dos cuestas sinuosas conducian á la ciudad: la una remataba en el Tiber, y la otra en uno de los ángulos del monte Palatino, junto á la iglesia de San Atanasio: este camino era el que seguia Domingo para ir de Santa Sabina á San Sixto. No hay otra senda en la tierra, que más conserve las huellas de sus pasos: casi todos los dias, por espacio de seis meses, subió ó bajó aquella cuesta, llevando el ardor de su caridad de uno á otro convento.

Cuando el viajero entra en Santa Sabina, que es aún hoy una de las obras maestras de Roma, y visita con atencion sus piadosas naves, observa en una capilla lateral antiguas pinturas al fresco. Una de ellas representa á Domingo revistiendo el hábito de hermano Predicador á un jóven arrodillado delante de él, mientras que otro jóven está tendido en el suelo: los rostros de ambos están escondidos al espectador, y, sin embargo, los dos le conmueven. Aquellos dos jóvenes son dos polacos, Jacinto y Ceslas Odrowaz: ambos habian acompañado á Roma á su tio Ivo Odrowaz, electo obispo de Cracovia; y conducidos á San

Sixto, probablemente por el cardenal Ugolino, antiguo condiscípulo de Ivo en la universidad de París, asistieron á la resurreccion del jóven Napoleon. El obispo rogó al instante á Domingo, que le diese algunos religiosos Predicadores para llevárselos consigo á Polonia. Objetóle el Santo, que no tenia ninguno que estuviese iniciado en la lengua y costumbres polacas; y que si alguien de su comitiva queria tomar el hábito, seria este el mejor medio de propagar la Orden en Polonia y en los países del Norte. Entónces Jacinto y Ceslas, que si no eran hermanos, indudablemente pertenecerian á una misma familia, se ofrecieron espontáneamente á ello, pues que tanto como su sangre se parecia su corazon. Consagrados ambos á Jesucristo por el sacerdocio, habian honrado á su maestro en su pátria, y la juventud no parecia en ellos sinó una virtud más. Jacinto era canónigo de la iglesia de Cracovia, y Ceslas prefecto ó paborde de la iglesia de Sandomir. Tomaron juntos el hábito en Santa Sabina, de acuerdo con otros dos compañeros de su viaje, que la historia dominica conoce bajo el nombre de Enrique de Moravia y Herman el Teutónico. Los únicos países de Europa que aún no habian dado hijos á la Orden de los Hermanos Predicadores, la Polonia y la Alemania, le llevaron aquel dia su tributo sobre aquella misteriosa colina, que los Romanos no habian comprendido en su recinto sagrado, y cuyo nombre significa *morada de aves* (1).

(1) *Dirarum nidis domus opportuna volucrum.*

VIRG. *Encida*, lib. VIII.

¡Cuán grandes, cuán llanos son los caminos de Dios! Ugolino Conti de Italia, é Ivo Odrowaz de Polonia, se encuentran en la universidad de París, en cuya escuela pasan juntos algunos dias de su juventud: luego el tiempo, que confirma ó que rompe la amistad, como todas las cosas, pone entre sus corazones el abismo de más de cuarenta años. Ivo, promovido al episcopado, tiene que pasar á Roma, y allí encuentra bajo la púrpura al amigo de sus primeros años. El cardenal lleva un dia á la iglesia de San Sixto á su huésped para darle á conocer un religioso, cuyo nombre nunca habia llegado á sus oidos, y cabalmente, la virtud de aquel religioso se manifiesta de improviso aquel dia por el acto más elevado del poder, por un acto de soberanía sobre la vida y sobre la muerte. Ivo, subyugado, pide á Domingo algunos de sus religiosos, no pensando que habia ido un tiempo á París, y se hallaba á la sazón en Roma, sinó para llevar á su condiscipulo Domingo cuatro nobles hijos del septentrion, predestinados por Dios para sembrar conventos de Hermanos Predicadores en Alemania, en Polonia, en Prusia, y hasta en el corazon de la Rusia.

Jacinto y sus compañeros permanecieron muy poco tiempo en Santa Sabina; apenas estuvieron suficientemente instruidos de las reglas de la Orden, se pusieron en camino con el obispo de Cracovia. Al pasar por Friesach, ciudad de la antigua Norica, entre la Drave y el Murch, el Espíritu Santo los impulsó á anunciar allí la palabra de Dios: su predicacion dió maravillosos resultados. Animados por el éxito de sus primeros pasos, ocurrióseles la idea de erigir en aquel

país un convento, como lo consiguieron en seis meses, al cabo de los cuales lo dejaron poblado ya de un número considerable de moradores, bajo la direccion de Herman el Teutónico. De vuelta á Cracovia, el obispo les dió una casa de madera que dependia del obispado, para que la convirtieran en convento. Tales fueron las primicias de la Orden en los países septentrionales. Ceslas fundó los conventos de Praga y de Breslau, y Jacinto, ántes de morir, plantó hasta en Kioy las tiendas dominicanas á la vista de los cismáticos griegos y entre el estruendo de las invasiones tártaras.

El Mediodía y el Norte parecian estar en lucha á quien enviaria más cooperadores á Domingo. Habia en Francia un doctor célebre, llamado Reginaldo, que por espacio de cinco años estuvo enseñando el derecho canónico en París, y que era dean del cabildo de San Aignan de Orleans. En 1218 fué á Roma á visitar el sepulcro de los Santos Apóstoles, proponiéndose pasar en seguida á Jerusalén á venerar el sepulcro del Señor; pero esta doble peregrinacion solo era en su idea el preludio de un nuevo género de vida que habia resuelto abrazar. «Dios le habia inspirado el
»deseo de abandonarlo todo por la predicacion
»del Evangelio, y con este objeto se estaba pre-
»parando, sin saber todavía de que modo desem-
»peñarlo, puesto que ignoraba que se hubiese
»instituido una Orden de Predicadores. Como en
»una confidencia particular con un cardenal, le
»abriese su corazon, dijole, que por predicar la
»doctrina de Jesucristo por todas partes pensa-
»ba dejar todas las cosas, y vivir en estado de

»pobreza voluntaria. Entónces le dijo el cardenal: Ahora cabalmente acaba de instituirse una »Orden, que tiene por objeto unir la práctica de »la pobreza al ministerio de la predicacion, y en »la ciudad tenemos al maestro de ella, que está »anunciando por sí mismo la palabra de Dios. »Habiendo oído esto el maestro Reginaldo, se »apresuró á buscar al bienaventurado Domingo, »y á revelarle el secreto de su alma. Cautivado »por la vista del Santo y la gracia de sus palabras, al punto mismo resolvió entrar en la Orden; pero la adversidad, que es la piedra de toque de todos los santos proyectos, no tardó en »poner el suyo á prueba. Cayó tan peligrosamente enfermo, que la naturaleza parecia sucumbir »á los ataques de la muerte, y los médicos desesperaban de salvarle. Afligido el bienaventurado Domingo, de perder un hijo, de quien ni aún »habia gozado, se dirigió con importunidad hácia la divina misericordia, suplicándola, como »él mismo se lo dijo á los religiosos, que no le »arrebataste un hijo, que si bien concebido, no »nacido aún, y que le concediese su vida, á lo »ménos por un poco de tiempo. Miéntras de esta suerte oraba, la bienaventurada Virgen María, »madre de Dios y Señora del mundo, se apareció »al maestro Reginaldo, acompañada de dos doncellas de incomparable hermosura: estaba él »despierto y consumido por el ardor de la fiebre; »pero oyó á aquella Reina del cielo que le decia: »Pídeme cuanto quieras y te lo concederé. Miéntras estaba deliberando consigo mismo, una de »las doncellas, que acompañaban á la bienaventurada Virgen, le sugirió el pensamiento de que

»nada pidiese, sinó que se remitiese á la voluntad
 »de la Reina de las misericordias, cosa á que ac-
 »cedió Reginaldo con gusto. Entónces la Santísi-
 »ma Virgen, extendiendo su mano virginal, le
 »hizo una uncion sobre los ojos, los oídos, las
 »narices, la boca, las manos, los riñones y los
 »piés, y al mismo tiempo pronunció ciertas pala-
 »bras adecuadas á cada uncion; palabras de las
 »cuales solo he podido saber las relativas á la
 »uncion de los riñones y de los piés. Decia, to-
 »cando los riñones: Cíñe tus riñones con el cin-
 »gulo de la castidad; y tocando los piés: Unjo tus
 »piés para la predicacion del Evangelio de paz.
 »En seguida le señaló el hábito de los Hermanos
 »Predicadores, diciéndole: Este es el hábito de tu
 »Orden, y desapareció de su presencia. Al ins-
 »tante, como que habia sido ungido por la Madre
 »del que tiene el secreto de toda salud, se halló
 »sano Reginaldo. Cuando á la mañana siguiente
 »Domingo fué á verle, y le preguntó familiar-
 »mente cómo se hallaba, respondió que estaba
 »del todo bueno, y le contó la vision que habia
 »tenido. Ambos, á lo que creo, tributaron por
 »ello juntos y devotamente acciones de gracias
 »al Dios que hiere y sana; y los médicos, no sa-
 »biendo la mano que habia dado el remedio, ad-
 »miraron un restablecimiento tan súbito é ines-
 »perado (1).»

Tres dias despues, hallándose Reginaldo, sen-
 tado con Domingo y un religioso de la Orden de
 los Hospitalarios, renovóse en él la milagrosa un-
 cion en presencia de todos, como si la augusta

(1) El B. Humberto, *Vida de Santo Domingo*, n. 27.

Madre de Dios hubiese dado á este acto una importancia tan considerable, que creyera deberlo obrar delante de testigos. En efecto, Reginaldo no era en esto más que el representante de la Orden de los Hermanos Predicadores, y la Reina del cielo y de la tierra contractaba alianza en su persona con la Orden entera. El Rosario fué la primera señal de esta alianza, como la joya de la Orden en su bautismo: la unción de Reginaldo, indicio de virilidad y de confirmacion, debia tambien tener un signo duradero y confirmativo. Esta es la razon por qué la bienaventurada Virgen, al presentar el hábito de la Orden al nuevo Hermano, no se lo hizo tal como lo vestian entónces, sinó con una mudanza notable que es preciso explicar

Hemos dicho, que Domingo, mucho tiempo canónigo de Osma, habiendo continuado en Francia usando aquel hábito, lo habia adoptado por vestido de su Orden. Consistia aquel traje en una túnica de lana blanca cubierta de un sobrepelliz de lino, y sobre la una y el otro una capa y capucha de lana negra. Ahora bien; en el vestido que mostró á Reginaldo la bienaventurada Virgen, estaba reemplazada con un escapulario de lana blanca el sobrepelliz de lino, es decir, con una simple tira de paño, destinada á cubrir los hombros y el pecho, bajando por los dos lados hasta las rodillas. No era nuevo este vestido, pues de él se habla en la Vida de los religiosos del Oriente, que lo habian adoptado sin duda para complemento de la túnica, cuando el trabajo ó el calor les obligaban á quitarse la capa. Nacido en el desierto de un sentimiento de

pudor, cayendo como un velo sobre el corazón del hombre, el escapulario había llegado á ser en la tradición cristiana el símbolo de la pureza, y, por consiguiente, el vestido de María, la Reina de las vírgenes. Al mismo tiempo, pues, que María ceñía en la persona de Reginaldo, los riñones de la Orden con el *cíngulo de la castidad*, y preparaba sus piés á la *predicación del Evangelio de paz*, le daba en el escapulario la prenda exterior de aquella virtud de los ángeles, sin la cual no es posible sentir ni anunciar las cosas celestiales.

Después de este gran suceso, uno de los más famosos de la antigüedad dominicana, partió Reginaldo para la Tierra Santa, de donde le veremos volver algún día, y la Orden trocó el sobrepelliz de lino por el escapulario de lana, parte principal y característica de su traje. Cuando hace profesión un religioso Predicador, solo su escapulario es bendecido por el prior que recibe sus votos, y en ningún caso puede salir de su celda sin llevarlo, ni aún para bajar á la sepultura.

La Santísima Virgen manifestó todavía de otro modo, en la misma época, la ternura maternal que profesaba á la Orden. «Una noche en que Domingo se quedó en la iglesia á orar, salió de ella á la hora de las doce, y entró en el corredor en donde los religiosos tenían sus celdas y dormían. Concluido lo que había ido á hacer allí, se puso de nuevo á orar en una de las extremidades del corredor, y mirando por casualidad á la del lado opuesto, vió adelantarse tres mujeres, una de las cuales, la que iba en medio,

»parecia la más bella y la más venerable. Sus
»compañeras llevaban, la una un vaso magnífi-
»co, y la otra un hisopo que presentaba á su se-
»ñora, y ésta iba rociando á los religiosos, y ha-
»ciendo sobre ellos la señal de la cruz; pero
»cuando llegó delante de cierto religioso, pasó
»adelante sin bendecirle. Despues de haber ob-
»servado Domingo, cual era aquel religioso, salió
»al encuentro de la mujer que bendecia, y que
»estaba ya en medio del corredor, junto á la lám-
»para suspendida en aquel sitio: prosternóse á
»sus piés, y la suplicó que le dijese quién era,
»aunque ya la habia conocido. En aquellos tiem-
»pos, no se cantaba en el convento de los reli-
»giosos y de las religiosas de Roma la hermosa y
»devota antífona *Salve Regina*; no se hacia más
»que recitarla de rodillas despues de completas.
»La mujer que bendecia respondió, pues, al bien-
»aventurado Domingo: Yo soy aquella á quien
»todas las noches invocais, y cuando decís: *Eia*
»*ergo advocata nostra*, me prosterno delante de
»mi Hijo por la conservacion de esta Orden. En-
»tonces se informó el bienaventurado Domingo
»de quienes eran aquellas dos doncellas que la
»acompañaban, á lo que respondió la santísima
»Virgen: La una es Cecilia, la otra Catalina. Pre-
»guntó además el bienaventurado Domingo, por
»qué habia dejado á uno de los religiosos sin
»bendecir, á lo cual le fué respondido: Porque
»no estaba en una postura conveniente. Y ha-
»biendo dado la vuelta entera, rociado y bende-
»cido á los demás religiosos, desapareció. El
»bienaventurado Domingo volvió al instante á
»orar en el mismo sitio donde estaba ántes, y no

»bien hubo comenzado, cuando fué arrebatado
»en espíritu hasta la presencia de Dios. Vió á la
»derecha del Señor á la bienaventurada Virgen,
»y le pareció que Nuestra Señora estaba vestida
»con una capa de color zafiro; y mirando en der-
»redor de sí, veía religiosos de todas las Órde-
»nes que estaban delante de Dios, pero no veía
»ninguno de la suya: echóse, pues, á llorar amar-
»gamente, y no se atrevia á acercarse al Señor
»ni á su Madre. Nuestra Señora le hizo señal con
»la mano de que se llegara á ella; pero él no se
»atrevió á hacerlo, hasta que á su vez, le hizo el
»Señor la misma señal: llegóse entonces, y llo-
»rando amargamente se prosternó delante de
»ellos. Mandóle el Señor que se levantara, y
»cuando se hubo levantado, le dijo: ¿Por qué
»lloras tan amargamente? Él respondió: lloro
»porque veo aquí religiosos de todas las Órdenes,
»y á ninguno de la mia. Y el Señor le dijo: ¿Quie-
»res ver á tu Orden? El respondió temblando: Sí,
»Señor. Puso el Señor la mano sobre la espalda
»de la Santísima Virgen, y dijo al bienventu-
»rado Domingo: Tu Orden la he confiado á mi
»Madre. Luego dijo; ¿Quieres absolutamente ver
»á tu Orden? El respondió: Sí, Señor. En aquel
»momento abrió la bienaventurada Virgen la
»capa de que al parecer iba revestida, y exten-
»dióla ante los ojos del bienaventurado Domín-
»go, de tal suerte, que con su inmensidad cubría
»toda la patria celestial, y vió bajo de ella una
»multitud de sus religiosos. Prosternóse el biena-
»venturado Domingo para dar gracias á Dios y á
»la bienaventurada María, su Madre; y desvanecida la vision, volvió luego en sí, y tocó la cam-

»pana de maitines; terminados los cuales, convocó á los Hermanos en el capítulo, donde les dirigió un excelente discurso sobre el amor que debían profesar á la bienaventurada Virgen, y entre otras cosas, refirióles esta vision. A la salida del capítulo, llamó reservadamente al religioso á quien la bienaventurada Virgen no habia bendecido, y le preguntó con blandura si le habia ocultado algun pecado secreto, porque este mismo religioso habia hecho una confesion general al bienaventurado Domingo. El religioso respondió: Padre, nada tengo sobre la conciencia sinó que esta mañana, al despertarme, me hallé en la cama sin ningun vestido. El bienaventurado Domingo contó esta vision á sor Cecilia y á otras religiosas de San Sixto, como si hubiera sucedido á otro; pero los religiosos que se hallaban presentes hacian señal á las religiosas, de que á quien le habia pasado era á él. Con esta ocasion mandó el bienaventurado Domingo que los religiosos, en cualquiera parte donde se acostasen, lo hiciesen vestidos y con los piés calzados (1)».

El segundo domingo de cuaresma, que siguió á la traslacion de las religiosas á San Sixto, á presencia de un gran concurso de pueblo, predicóles Domingo un solemne sermon en la iglesia, y ahuyentó al demonio del cuerpo de una mujer que turbaba á la asamblea con sus gritos. En otra ocasion, presentóse en el torno del monasterio sin ser esperado, preguntó á la tornera cómo estaban las religiosas Teodora, Tedrana y

(1) *Relacion de Sor Cecilia*, n. 8.

Nimfa; y como le fuese respondido que tenían calentura, dijo: «Id á decirles de mi parte que les mando que no tengan calentura (1)». Fué la tornera en efecto, y apenas les hubo intimado la orden del santo, se hallaron curadas.

«El venerable Padre tenía por costumbre emplear todo el día en ganar almas, ya por medio de asiduas predicaciones, ya confesando, ya haciendo otras obras de caridad. Por la tarde, iba á ver á las religiosas, y en presencia de los religiosos les dirigía un discurso ó una conferencia sobre los deberes de la Orden, porque es de saber, que no tuvieron otro maestro que las instruyese de estas cosas. Sucedió, pues, que una tarde, tardó en ir mas de lo acostumbrado, y las religiosas, creyendo que ya no iria, dejaron la oracion y se retiraron á sus celdas; cuando hé aquí que de repente los religiosos tocan la campanilla que daba la señal á las religiosas cuando iba á verlas el bienaventurado Padre. Apresuráronse todas á ir á la iglesia, y abierta la reja, le hallaron que estaba ya esperándolas sentado con los religiosos. El bienaventurado Domingo, les dijo: Hijas mías, vengo de la pesca, y el Señor me ha favorecido con un pez muy gordo: —decia esto de fray Gaudion, á quien habia recibido en la Orden, y que era hijo único de un cierto señor Alejandro, ciudadano romano y hombre acaudalado. En seguida dirigióles una importante plática, que les causó mucho consuelo, despues de lo cual les dijo: Hijas mías, bueno será que bebamos un poco. Y llamando

(1) *Relacion de Sor Cecilia, n. 9.*

»á fray Roger, el cillerero, le mandó que fuese á
»traer vino y una copa, despues de lo cual el
»bienaventurado Domingo le mandó que llenase
»la copa hasta los bordes: luego la bendijo, bebió
»en ella el primero, y en seguida todos los reli-
»giosos que estaban presentes: eran éstos en nú-
»mero de veinte y cinco, así clérigos como legos,
»y bebieron cuanto quisieron, sin que la copa
»mermase. Cuando todos hubieron bebido, dijo
»el bienaventurado Domingo: Quiero que beban
»tambien todas mis hijas. Y llamando á sor Nu-
»bia, le dijo: Tomad la copa, venid al torno, y
»dad de beber á todas las religiosas. Fué ella con
»una compañera, y tomó la copa llena hasta el
»borde, sin que se derramase ni una gota. La
»priora bebió la primera, luego todas la religio-
»sas, cuanto quisieron, y el bienaventurado Pa-
»dre les repetia con frecuencia:—Bebed á vues-
»tra satisfaccion, hijas mias. Eran en número de
»ciento cuatro, las cuales bebieron todas cuanto
»quisieron, y sin embargo, la copa quedó tan
»llena como si acabasen de echar en ella el vino;
»y cuando se la llevaron, todavia lo estaba hasta
»el borde. Hecho esto, el bienaventurado Domin-
»go, dijo: El Señor quiere que vaya á Santa Sa-
»bina. Pero, fray Tancredo, prior de los religio-
»sos, y fray Odon, prior de las religiosas, y todos
»los religiosos y la priora con las religiosas, pug-
»naban por detenerle diciéndole: Padre santo, la
»hora está ya muy adelantada, pues es cerca me-
»dia noche y no es conveniente que os retireis. El
»por su parte rehusaba acceder á sus reiteradas
»súplicas, y decia: El Señor quiere absolutamente
»que me vaya; sin duda enviará su ángel conmi-

»go. Tomó, pues, por compañeros á fray Tancredo, prior de los Hermanos, y á fray Odon, prior de las religiosas, y púsose en camino. Llegado que hubieron á la puerta de la iglesia, y así que se disponia á salir, sucedió que, segun la promesa del bienaventurado Domingo, ofrecióse á su vista un mancebo de rara hermosura, con un baston en la mano y como pronto á echar á andar. Entonces el bienaventurado Domingo hizo que sus compañeros pasasen delante de él: el mancebo iba delante de todos, y él el último: así llegaron á la puerta de la iglesia de Santa Sabina, que estaba cerrada. El mancebo que los precedia se apoyó sobre un lado de las puertas, y abriéronse al punto: él entró el primero, luego los religiosos, y detras de ellos el bienaventurado Domingo: luego salió el jóven y se cerraron las puertas. Fray Tancredo dijo al bienaventurado Domingo: Padre santo, ese mancebo que ha venido con nosotros ¿quién es? El santo respondió: Hijo mio, es un ángel del Señor, que ha enviado para acompañarnos. En esto tocaron á maitines, y los religiosos bajaron al coro: sorprendidos quedaron de ver en él al bienaventurado Domingo con sus compañeros, é inquietos por saber como habian entrado estando cerradas las puertas.»

«Habia en el convento un jóven novicio. ciudadano romano, llamado fray Santiago, que movido por una violenta tentacion, habia resuelto dejar la Orden despues de maitines, al abrirse las puertas de la iglesia. Domingo, que lo supo por revelacion, á la salida de maitines llamó al novicio, y le advirtió cariñosamente, que no cedie-

»se á los ardides del enemigo, sinó que ántes bien
 »persistiese con valor en el servicio de Jesucristo.
 »Insensible á sus consejos y á sus ruegos, levan-
 »tóse el mancebo, se quitó los hábitos, y le dijo
 »que estaba firmemente resuelto á irse. El mise-
 »cordioso Padre, movido á compasion, replicó:
 »Aguarda un poco, hijo mio, y luego harás lo que
 »quieras. Y prosternado en tierra se puso á orar.
 »Entónces se vió cuales eran á los ojos de Dios,
 »los méritos del bienaventurado Domingo, y cuan-
 »fácilmente podia obtener todo lo que deseaba.
 »En efecto, no habia aún acabado su oracion,
 »cuando el mancebo se echó á sus piés. suplicán-
 »dole que le volviese el hábito que se habia qui-
 »tado él mismo en la violencia de la tentacion,
 »y prometiéndole que nunca abandonaria la Ór-
 »den. Volvióle, pues, el hábito el venerable Padre,
 »no sin aconsejarle de nuevo, que persistiese fir-
 »me en el servicio de Jesucristo; lo que en efecto
 »sucedió, porque aquel religioso vivió mucho
 »tiempo en la Órden con edificacion. A la maña-
 »na siguiente, volvieron á San Sixto el bienaven-
 »turado Domingo y sus compañeros: éstos conta-
 »ron en su presencia á sor Cecilia y á las otras re-
 »ligiosas lo que habia sucedido, y el bienaventu-
 »rado Domingo confirmó sus palabras, dicen-
 »do: Hijas mias, el enemigo de Dios queria arre-
 »batar una oveja del Señor, pero el Señor la ha
 »libertado de sus manos (1).

En el año de 1575, bajo el pontificado de Gre-
 gorio XIII, ahuyentadas de su retiro las religio-
 sas de San Sixto por el aire pestilente de la cam-

(1) *Relacion de Sor Cecilia*, n. 6.

piña romana, fueron á establecerse junto al Quirinal, en el nuevo monasterio de Santo Domingo y de San Sixto, llevándose consigo en esta emigracion la imágen de la santísima Virgen. San Sixto, despojado y abandonado, quedó solo, bajo la custodia de sus recuerdos. Ni preciosos mármoles, ni bronce cincelado, ni columnas arrebatadas por el cristianismo á la antigüedad profana, ni cuadros pintados sobre lienzos inmortales, nada, en fin, de lo que cautiva la vista, atrae allí á nadie. Cuando el extranjero, de vuelta del sepulcro de Cecilia Metela y del bosque de la ninfa Egeria, entra en Roma por la via Apia, descubre delante de sí, á su derecha, un edificio ruinoso, grande y triste, coronado por uno de aquellos agudos campanarios, tan raros en los puntos de vista romanos, y pasa por delante de él sin preguntar siquiera su nombre. ¿Qué le importa *San Sixto el antiguo*? Aún los mismos que buscan con ardor las huellas de los santos, no conocen el tesoro escondido en aquellos muros, á los que el tiempo ha conservado su humildad, y pasan por allí sin que nada les revele ser aquel el sitio que habitó uno de los más grandes hombres del cristianismo y donde obró tantas maravillas. Subsisten todavía el patio exterior, la iglesia, las alas del monasterio y la cerca; y hasta la época de la revolucion francesa los maestros generales de la Orden conservaron allí una habitacion. En el siglo pasado, el papa Benedicto XIII solia pasar en ella algunos dias de la primavera y del otoño, y restauró la iglesia que se estaba arruinando. En el dia, ocupa el cuerpo del monasterio una fábrica del Estado, reservando solamente á la pública veneracion la

famosa sola del capitulo donde Domingo resucitó tres muertos, y donde se ha erigido un altar, en el mismo sitio en que ofreció el santo sacrificio por el jóven Napoleon. La iglesia continúa siendo una de las estaciones del clero romano, que va á ella á celebrar el solemne oficio del dia, el miércoles de la tercera semana de cuaresma.

A Santa Sabina le ha cabido mayor fortuna. Verdad es, que desde el año 1273, bajo el pontificado de Gregorio X, dejó de ser la residencia del maestro general, que se ha trasladado al convento de Santa María de la Minerva en el centro de Roma. El Aventino está tan solitario como la vía Apia, y ni aún sus primeros huéspedes, las avecillas, lo habitan ya; pero una colonia de hijos de Domingo no ha cesado de vivir á la sombra de los muros de Santa Sabina, protegida tambien por la belleza de su arquitectura. En la iglesia, sobre un fragamento de columna, vése una gran piedra negra, que la tradicion asegura haber sido echada á Domingo por el demonio, para interrumpir sus nocturnas meditaciones. El convento posee tambien la estrecha celda á donde, algunas veces, se retiraba el Patriarca, la estancia en donde dió el hábito á San Jacinto y al bienaventurado Ceslas; y en un rincon del huerto un naranjo, plantado por él, convida con sus manzanas de oro á la piadosa mano del ciudadano y del viajero.

CAPÍTULO XIII.

Fundacion de los conventos de Santiago de París y de San Nicolás de Bolonia.

Despues de la asamblea de Prouille, los religiosos que Domingo enviára á París se dividieron en dos secciones; la primera, compuesta de Manés, Miguel de Fabra y Odérico, llegó á su destino el 12 de setiembre: la segunda, llegó tres semanas despues, compuesta de Mateo de Francia, Beltran de Garrigue, Juan de Navarra y Lorenzo de Inglaterra. Hospedáronse en el centro de la ciudad en una casa que habian alquilado junto al hospital de Nuestra Señora y á las puertas de la morada episcopal. Ninguno de ellos era conocido en París, excepto Mateo de Francia, que habia pasado una parte de su juventud en las aulas de la universidad, por lo cual pasaron diez meses en la mayor miseria; pero les sostuvo el recuerdo de Domingo, y una revelacion que tuvo Lorenzo de Inglaterra sobre el lugar futuro de su establecimiento.

Juan de Barastro, dean de San Quintin, capellan del rey y profesor en la universidad de París, habia fundado por este mismo tiempo, en una de las puertas de la ciudad, llamada la puerta de Narbona ó de Orleans, un hospicio para hospedar á los pobres extranjeros. La capilla del hospicio estaba dedicada al tan célebre en España apóstol Santiago, cuyo sepulcro es uno de las grandes peregrinaciones del mundo cristiano. Fuese que los religiosos españoles se presentasen

en aquella capilla por devoción, ó de cualquier otro modo, lo cierto es, que Juan de Barastro llegó á saber, que habia en París unos religiosos nuevos, que predicaban el Evangelio á la manera de los Apóstoles: les conoció, les admiró, les amó, y sin duda comprendió la importancia de su instituto, pues que el 6 de agosto de 1218, los puso en posesion de aquella casa hospitalaria de Santiago, que habia consagrado á Jesucristo en la persona de los extranjeros. Agradecido Jesucristo, le envió huéspedes más ilustres que los que él esperaba tener, y el modesto asilo de la puerta de Orleans llegó á ser una mansion de apóstoles, una escuela de sábios, y el mausoleo de les reyes. El 3 de mayo de 1221, Juan de Barastro confirmó por una escritura auténtica la donacion que habia hecho á los religiosos, y la universidad de París, á peticion de Honorio III, abandonó los derechos que tenia sobre aquel lugar, estipulando, no obstante, que cuando muriesen sus doctores, serian honrados en él á título de confraternidad con los mismos sufragios espirituales que los miembros de la Orden.

Provistos ya de una habitacion estable y pública, los religiosos empezaron á ser más conocidos; los fieles iban á oirlos, y su saber y su virtud hacian conquistas entre los innumerables estudiantes, que de todos los puntos de Europa llevaban á París el ardor comun de su juventud y el genio diverso de sus naciones. En el verano de 1219, contenia ya treinta religiosos el convento de Santiago: entre los que en esta época tomaron el hábito, el único de quien se conserva memoria, es Enrique de Marbourg,

que muchos años ántes habia sido enviado á París por un tío suyo, piadoso caballero, que habitaba la ciudad de Marbourg. Muerto aquel tío, apareciósele en sueños, y le dijo: «En expiación de mis culpas, toma la cruz y pasa el mar. Cuando estés de vuelta de Jerusalén, hallarás en París una nueva Orden de Predicadores, á la cual te consagrarás. No te desaliente su pobreza, ni desprecies su corto número, porque llegarán á ser un pueblo, y adquirirán grandes fuerzas para el bien de muchos hombres (1).» Enrique pasó en efecto el mar, y vuelto á París en la época en que los religiosos empezaban á establecerse en esta ciudad, abrazó sin titubear su instituto, y fué uno de los primeros y más célebres predicadores del convento de Santiago. El rey S. Luis le cobró efecto, y en 1254 se lo llevó consigo á Palestina: murió á la vuelta, siguiendo la comitiva del rey.

Hé aquí un hecho que él contaba sobre los principios que tuvieron en París los Hermanos Predicadores. «Aconteció que dos religiosos, yendo de camino, á las tres de la tarde, aún no habian desayunado, y se preguntaban uno á otro, cómo podrían satisfacer el hambre en un pobre y desconocido país como el que iban atravesando. Miéstras así departían, se les presentó un hombre en traje de viajero, y les dijo: Hombres de poca fé ¿de qué habláis? Buscad ánte todas las cosas el reino de Dios, y lo demás os será dado superabundantemente. ¡Habeis tenido bastante fé

(1) Gerardo de Erachet, *Vidas de los Hermanos*, lib. IV, cap. xii.

»para sacrificarlo todo á Dios, y ahora temeis
»que os deje sin sustento! Cruzad estas tierras,
»y cuando llegueis al valle que está allá abajo,
»hallareis una aldea: entrareis en la iglesia, y
»el sacerdote de la iglesia os convidará, y ven-
»drá un caballero que querrá hospedaros en su
»casa, casi por fuerza, y poniéndose de por medio
»el patrono de la iglesia, os llevará á su casa, al
»sacerdote, al caballero y á vosotros, donde os
»tratará magníficamente. Tened, pues, confianza
»en el Señor, y excitad á vuestros hermanos á la
»confianza en él. Dicho esto, desapareció, y todo
»sucedió como lo habia anunciado. Los herma-
»nos, de vuelta á Paris, contaron á fray Enrique
»y al corto número de pobrisimos religiosos que
»habia entonces en esta ciudad, lo que les habia
»sucedido (1).»

Esta suma miseria de los religiosos fué, proba-
blemente, la causa de que dos de ellos, Juan de
Navarra y Lorenzo de Inglaterra, marcharan á
Roma á reunirse con Domingo. Desde el mo-
mento de su llegada, en el mes de enero de
1218, el Santo habia mandado á Juan de Navarra
que pasase á Bolonia, acompañado de otro herma-
no, á quien los historiadores llaman *un tal Ber-*
trand, para distinguirlo de Bertrand de Garrigue.
Poco despues, les envió á Miguel de Uzero y á
Domingo de Segovia, que ya habian regresado de
España, y otros tres hermanos, Ricardo, Cristian
y Pedro; este último era lego. Esta pequeña co-
lonia obtuvo en aque pais, no se sabe cómo, una

(1) Gerardo de Frachet, *Vidas de los Hermanos*, lib. I,
cap. v.

casa y una iglesia, llamada Santa María de Mascarella. Pero, por lo demás, estos religiosos vivían allí en la mayor miseria, sin poder remover los obstáculos que naturalmente debía ofrecerles una gran ciudad, donde la religion, los negocios y los placeres siguen su curso regulado, y que la novedad no altera sino muy difícilmente. Con la llegada de un solo hombre todo cambió de aspecto. De vuelta de la Tierra Santa, Reginaldo se presentó en Bolonia; era el 21 de Diciembre de 1218. Pronto la ciudad se agitó hasta en sus cimientos, como si el Verbo eterno hubiera descendido de lo alto. Aquel triunfo de la elocuencia divina no admite comparacion: en solos ocho dias, Reginaldo se hizo dueño de Bolonia. Eclesiásticos, jurisconsultos, estudiantes y profesores de la universidad entraban á porfia en una Orden, que, en la víspera, era todavía desconocida ó despreciada: hombres hubo de grande inteligencia, que llegaron á temer oír al orador, recelando ser seducidos por su palabra. «Cuando el antiguo dean de Orleans, fray Reginaldo, de santa memoria, dice un historiador, predicaba en Bolonia, y atraía á la Orden eclesiásticos y doctores de fama, el maestro Moneta, que enseñaba entónces las artes, y era célebre en toda la Lombardía, viendo la conversion de un número tan considerable de hombres, empezó á temer por sí mismo; y por esta razon evitaba con cuidado ver á fray Reginaldo, y desviaba de él á sus discipulos. Pero el dia de San Esteban, sus estudiantes le llevaron al sermon; y como no podia excusarse, ya fuese por consideracion á sus instancias, ya por otros motivos, les dijo: Vamos pri-

»mero á San Prócuro á oír misa. Fueron en efec-
»to, y oyeron, no una misa, sino tres. Moneta po-
»nia de intento estas dilaciones para no asistir á
»la predicacion; pero como sus discípulos le estre-
»chaban, acabó por decirles: Vamos, pues. Toda-
»via no se habia acabado el sermon cuando lle-
»garon á la iglesia, y era tal el gentío, que Mone-
»ta tuvo que quedarse á la puerta. Apenas hubo
»prestado atencion fué vencido. El orador ex-
»clamaba en aquel momento: *¡Veo los cielos*
»*abiertos!* Sí, los cielos están abiertos para quien
»quiera ver, y para quien desee entrar: las
»puertas están abiertas para quien quiera fran-
»quearlas. No cerreis vuestro corazon y vuestra
»boca, y vuestras manos, ó temed que los cie-
»los no se cierren tambien. *¡Qué! ¿tardais toda-*
»*via?* Abiertos están los cielos. Apenas Reginal-
»do bajó del púlpito, Moneta, impulsado por la
»gracia de Dios, fué á buscarle, le expuso su
»estado y sus ocupaciones, y en sus manos
»hizo voto y obediencia; pero como muchos
»compromisos le quitaban su libertad, conservó
»todavía el hábito del mundo durante un año,
»con el consentimiento de fray Reginaldo, y al
»mismo tiempo trabajaba con todas sus fuerzas
»por llevarle oyentes y discípulos. Ya llevaba
»uno, ya otro, y cada vez que hacia una conquis-
»ta, parecia tomar el hábito con el que entraba
»en la Orden (1).»

El convento de Santa María de Mascarella no les bastaba ya á los religiosos. Reginaldo obtu-

(1) Gerardo de Frachet, *Vidas de los Hermanos*, lib. IV. cap. x.

vo del obispo de Bolonia, por mediacion del cardenal Ugolino, á la sazón legado apostólico en aquel país, la iglesia de San Nicolás de las Viñas, situada junto á las murallas y en medio del campo. El capellan de la iglesia, llamado Rodolfo, hombre bueno y que vivia en temor de Dios, léjos de oponerse á la generosidad que el obispo usaba con los religiosos, tomó el hábito de la Orden. Referia algunas veces, que ántes de la llegada de los religiosos á Bolonia, una pobre mujer, despreciada de los hombres, pero amada de Dios, muchas veces se ponía de rodillas y en oracion cerca de cierta viña, donde más adelante se estableció el convento de Santa María; y cuando se mofaban de ella viéndola así orar, vuelta de cara hácia aquella viña, respondia: «¡Oh desdichados é insensatos! si supiérais »qué hombres habitarán este lugar y que cosas »pasarán aquí, os postrariais en adoracion delante de Dios, porque el mundo entero será iluminado por los que ocuparán este sitio (1).»

Otro religioso, Juan de Bolonia, referia, que los jornaleros que trabajaban en la viña de San Nicolás habian visto en ella muchas veces aparecer luces y resplandores. Fray Clarin recordaba que, en su infancia, pasando un dia junto á esta viña, su padre, á quien iba acompañando, le dijo: «Hijo mio, en este lugar se han oído muchas veces cantos de ángeles, lo que es un gran presagio para »el porvenir.» Y como el niño observase, que quizás serian de hombres las voces que se habian

(1) Gerardo de Frachet *Vidas de los Hermanos*, lib. I. cap. III.

«Hijo mio, muy distinta es la voz de los hombres de la de los ángeles, y no es posible confundirlas (1).»

Los religiosos, trasladados á San Nicolás en la primavera del año 1219, continuaron multiplicándose en aquel convento, merced á las predicciones de Reginaldo, al buen olor de sus virtudes, y á una proteccion de Dios, que, por maravillosos medios, se manifestaba de cuando en cuando. Un estudiante de la universidad fué llamado á la Orden del modo siguiente. Una noche, durante su sueño, creyóse solo en un campo; y sorprendido por una tempestad, corre á la primera casa que se le ofrece á la vista, llama, y pide la hospitalidad; pero una voz le responde: «Yo soy la Justicia, y porque no eres justo, no entrarás en mi casa.» Llama á otra puerta, y otra voz le responde: «Yo soy la Verdad, y no te recibo, porque la verdad solo libra á los que la aman.» Dirigióse á otra puerta, y tambien lo rechazaron diciéndole: «Yo soy la Paz, y para el impío no hay paz, sinó solamente para el hombre de buena voluntad.» Llama en fin á la última puerta, ábrele una persona, y le dice: «Yo soy la Misericordia. Si quieres librarte de la tempestad, vete al convento de San Nicolás que habitan los Hermanos Predicadores, donde hallarás el establo de la penitencia, el pesebre de la continencia, la yerba de la doctrina, el jumento de la sencillez, el buey de la discrecion; á María, que te iluminará, á José, que te ayudará, y á Jesús que te sal-

(1) Gerardo de Frachet, *Vidas de los Hermanos*, lib. I. cap. III.

»vará (1).» El estudiante tomó este sueño por un aviso del Cielo, y se conformó á él.

Ningun atractivo humano cooperaba á estas conversiones de mancebos y de hombres ya avanzados en la carrera de los empleos públicos; como que nada habia de más duro que la vida de los religiosos. La pobreza de una Orden naciente se hacia sentir para ellos con todo linaje de privaciones. Fatigados del trabajo de la propagacion evangélica, sus cuerpos y su espíritu solo se confortaban en el ayuno y en la abstinencia: un breve descanso sobre una austera tarima sucedia á las largas horas del dia; y las menores faltas contra la regla eran severamente castigadas. Habiendo un religioso lego aceptado no sé qué tela grosera, sin previa licencia, Reginaldo le mandó que se descubriese las espaldas, segun la costumbre, para recibir la disciplina en presencia de los demás religiosos; y como él rehusaba hacerlo, Reginaldo le hizo desnudar, y alzando al cielo sus ojos arrasados de lágrimas; dijo: «¡Oh Señor Jesucristo, que á vuestro siervo Benito le disteis el poder de arrojar el demonio del cuerpo de sus monjes con el látigo de la disciplina, concededme la gracia de vencer por el mismo medio la tentacion de este pobre hermano! (2)» En seguida le azotó con tal fuerza, que los religiosos allí presentes se enternecieron hasta llorar.

Bien se concibe que la naturaleza quedaria vencida en hombres capaces de someterse á semejantes tratamientos; y esta victoria que sobre

(1) Gerardo de Frachet, *Vidas de los Hermanos*, lib. I, cap. III.

(2) Ibid. lib. IV, cap. II.

si propios obtenian por la sangrienta represion del orgullo y de los sentidos, la convertian en seguida gloriosamente contra el mundo. Porque, sobre corazones á tal punto fortificados contra la vergüenza y el dolor, ¿qué podia ya el mundo? ¡Cosa admirable! la Religion, para elevar al hombre, se sirve de los mismos medios de que se vale el mundo para envilecerle: por medio de las prácticas de la servidumbre, le da la libertad: crucificándole, le hace rey. Así es, que la más árdua prueba de los jóvenes ó de los ilustres novicios que se agolpaban á las puertas de San Nicolás de Bolonia, no eran las penitencias del claustro: la principal tentacion de las religiones nacieses estriba en su novedad misma, en aquel oscuro horizonte en que flotan las cosas que todavía no tienen ni antigüedad ni tradicion alguna. Cuando un establecimiento tiene los siglos á su favor, exhala de sus muros un perfume de estabilidad que tranquiliza al hombre contra las dudas del corazon, se duerme en él como el niño sobre las viejas rodillas de su abuelo: se mece en su confianza como el grumete en un buque que cien veces cruzó el Océano. Pero las obras nuevas tienen una triste armonía con los lados débiles del corazon humano, y se conturban reciprocamente. San Nicolás de Bolonia no estuvo á cubierto de aquellas sordas tempestades que, segun una ley de la Providencia, deben purificar todas las obras divinas de que el hombre es cooperador.

«En el tiempo, dice un historiador, en que la Orden de Predicadores era como un pequeño rebaño y un nuevo plantio, en el convento de

»Bolonia se levantó entre los religiosos una ten-
»tacion tal de abatimiento, que muchos de ellos
»conferenciaban entre sí sobre la Orden á que
»debían pasarse, persuadidos de que tan recien-
»te y tan débil la suya, no podía tener duracion.
»Hasta dos de los religiosos más dignos de con-
»sideracion, habían ya obtenido de un legado
»apostólico el permiso de entrar en la Orden del
»Cister, y habían presentado sus cartas á fray
»Reginaldo, antiguo dean de San Aignan de Or-
»leans, y á la sazón vicario del bienaventurado
»Domingo. Convocado el capitulo por fray Regi-
»naldo, y expuesto por él con sumo dolor lo que
»motivaba la convocatoria, los religiosos prorum-
»pieron en sollozos, y una gran turbacion se apo-
»deró de los ánimos. Fray Reginaldo, mudo y al-
»zados los ojos al cielo, no hablaba sinó á Dios, en
»quien tenía toda su confianza. Fray Claro, de
»Toscana, se levantó para exhortar á los religio-
»sos:—era un hombre bueno y de grande autori-
»dad, que antiguamente había enseñado las artes
»y el derecho canónico, y que luego fué prior de
»la provincia romana, penitenciario y capellan
»del Papa.—Apénas acababa su discurso, cuando
»entró el maestro Roland de Cremona, doctor ex-
»celente que enseñaba la filosofía en Bolonia, y
»el primero de los religiosos que luego profesó
»la teología en Paris. Entró solo, henchido del
»espíritu de Dios, y sin decir otra palabra, pide
»tomar el hábito. Fray Reginaldo, fuera de sí, se
»quita su propio escapulario y se lo pone al cue-
»llo. El sacristan tañe la campana, los religiosos
»entonan el *Veni Creator Spiritus*, y mientras lo
»cantan con balbuciente voz por la abundancia

»de sus lágrimas y de su júbilo, acude el pueblo: inunda la iglesia una multitud de hombres, de mujeres y de estudiantes; la ciudad entera se conmueve al rumor de lo que pasa. Toda tentacion se disipa, renuévase la devocion á los religiosos, y los dos que habian resuelto dejar la Orden, se precipitan en medio del capitulo, renuncian á la licencia apostólica que habian obtenido, y prometen perseverar hasta la muerte (1).»

Tales fueron los principios de las dos piedras angulares del edificio dominicano, esto es, de San Nicolás de Bolonia, y de Santiago de París. Allí, en el centro de las universidades más sábias de Europa, se formaba un admirable plantel de predicadores y de doctores: allí se reunian alternativamente cada año, segun al texto primitivo de las constituciones, los diputados de todas las provincias de la Orden: allí vivieron de siglo en siglo hombres á quienes no sobrepujaba ninguno de sus contemporáneos, y que entre los pueblos perpetuaban el respeto á la institucion que los habia formado. San Nicolás de Bolonia tuvo la gloria de poseer los últimos años de Domingo y de ser su sepulcro. Santiago de París, bajo otro concepto, llegó á ser un panteon famoso: tiernameamente querido del rey San Luis, recibió bajo sus mármoles el corazon y las entrañas de una multitud de príncipes de la sangre francesa. Roberto, sexto hijo del santo rey, y de la casa de Borbon, habia sido sacado de pila en su iglesia

(1) Gerardo de Frachet, *Vidas de los Hermanos* lib. 1, cap. v.

por el bienaventurado Humberto, quinto maestro general de la Orden; y allí también fué enterrado. Se reunieron allí con él su hijo, su nieto y su biznieto, y los restos de todos no formaron más que un solo sepulcro, en el cual estaba grabado este epitafio: «Aquí descansa la estirpe de los Borbones: aquí está encerrado el primer príncipe de su apellido: este sepulcro es la cuna de los reyes (1).» ¡Destino singular! el convento de Santiago, donde en la persona de su fundador había sido bautizada la casa de Borbon, y donde yacian sus cuatro primeras generaciones, fué el lugar de do partieron los tiros que la derribaron del trono de Francia (2). Los más implacables destructores de la monarquía se reunían en su desolado claustro, y el nombre que habían llevado los dominicos franceses, no salió ya de la boca de las naciones sinó manchado de sangre. En el día, Santiago ni siquiera es una ruina: cubre su suelo con su ignoble sombra un monton de casas y de barracas; y á juzgar por la completa indiferencia de que ha sido objeto aquel sitio, es probable que ni aún la misma casa de Borbon sepa que fué el sepulcro de sus primeros abuelos.

(1) *Hic stirps Barbonidum, Hic primus de nomine princeps conditur. Hic tumuli velut incunabula regum.* Esta inscripcion de Santeuil.

(2) No era propiamente en el convento de Santiago en donde se reuna el club de los Jacobinos, sino en otro de dominicos situado en el centro de la calle *Saint-Honoré*.

CAPÍTULO XIV.

Viaje de Santo Domingo á España y á Francia.—Sus vigilias en la gruta de Segovia.—Cómo viajaba y vivía.

Luego que Domingo, despues de un año de afa-
nes, hubo fundado los conventos de San Sixto y
de Santa Sabina, volvió los ojos hácia los remotos
países donde habia diseminado sus primeros hi-
jos: vino le un vivo deseo de volverlos á ver, de
fortificarlos con su presencia, y dar gracias á
Dios con ellos por los males y los bienes que les
habia enviado. Partió, pues, en el otoño de 1218,
acompañado de algunos religiosos de su Orden, y
de un religioso menor llamado Alberto, que se
les agregó en el camino. Llegados que hubieron
á un pueblo de Lombardía, cuyo nombre se igno-
ra, detuviéronse en una posada, y se sentaron á
la mesa con todos los viajeros que allí estaban.
Sirvieron carnes, pero Domingo y los suyos rehu-
saron comerlas. Viendo la posadera que se con-
tentaban con tomar pan y beber un poco de vino,
se enfureció terriblemente contra el Santo y le lle-
nó de injurias. En vano Domingo procuró apaci-
guarla con su paciencia y sus buenas palabras: no
eran poderosos á detener el torrente de sus mal-
diciones ni él ni los otros circunstantes. Al fin,
Domingo le dijo con blandura: «Hija mia, para
»que aprendais á recibir caritativamente á los
»siervos de Dios, y por consideracion al Señor á
»quien sirven, ruego á N. S. Jesucristo que os im-

»ponga silencio (1).» Apenas Domingo hubo pronunciado estas palabras, la posadera se quedó muda. Ocho meses despues, cuando de vuelta á España volvió á pasar por el mismo lugar, reconocióle aquella mujer, y echándose á sus piés, le pidió perdon con sus lágrimas: Domingo le hizo sobre la boca la señal de la cruz, y al instante se le desató la lengua. Fray Alberto, por quien sabemos esta historia, referia tambien, que habiéndole un perro rasgado la túnica, el Santo juntó los pedazos con un poco de barro, y de esta suerte reparó el accidente.

Pasados los Alpes, hallose Domingo en aquellos caminos del Langüedoc que tan conocidos le eran; pero todo habia cambiado: ni siquiera el consuelo tuvo de orar sobre la tumba de su magnánimo amigo el conde de Monfort. Sus restos habian sido trasladados á la abadía de Fontevrault, léjos de aquella tierra de la que habia sido coronado duque y conde, y donde su temible espada, muerta con él, no podia proteger su sepultura. Despues de un rápido y amoroso ósculo dado á San Roman de Tolosa y á Ntra. Sra. de Prouille, Domingo se encaminó á su pátria, cuyo suelo no habia pisado hacia quince años. Simple canónigo de Osma cuando lo dejó, volvía allí siendo apóstol, taumaturgo, fundador de Orden, legislador, patriarca, el martillo de las herejías de su tiempo, y uno de los más poderosos servidores de la Iglesia y de la verdad. Pero esta gloria era su solo equipaje y su única carga. Quien le hubiese encontrado en las gargantas de los Pi-

(1) Pedro Cali, *Vida de Santo Domingo*, n. 20.

rineos, vuelto el rostro hacía la España, le hubiera tomado por algun mendigo extranjero, yendo á gozar del sol vivificador que enriquece la Iberia. ¿Dónde dirigió primeramente sus pasos? ¿Por ventura hacía el valle del Duero? ¿Le esperaban en el palacio de donde la muerte habia arrojado á su padre y á su madre? ¿Fué á rezar sobre su tumba en Gumiel de Izan, ó sobre la de Acevedo en Osma? ¿La abadia de Santo Domingo de Silos le vió de rodillas sobre las losas donde habian consolado á su madre enigmáticos presagios? Nada nos dice la historia sobre esto, ni tenia necesidad de decirnos lo que el corazon del Santo nos refiere por sí mismo. Domingo habia aprendido de Jesucristo á elevar todos los sentimientos naturales, sin destruir ninguno; y es una prueba de la ternura que le enlazaba á su país natal, el primer lugar cierto en que le hallamos en España: este lugar es Segovia, pueblo inmediato á Osma, y uno de los principales de Castilla la Vieja. Allí se hospedó en casa de una pobre mujer, que pronto supo el tesoro que poseía. Domingo tenia la costumbre, desde el tiempo de su residencia en el Langüedoc, de usar á raíz de carne un áspero cilicio, ya de lana, ya de cerda; estando, pues, en Segovia, en casa de aquella pobre mujer, quitóse la camisa de lana que llevaba interiormente, para ponerse otra de un tejido más áspero. Advirtiéndolo su huéspeda, y movida por un sentimiento de veneracion, guardó en una arca la túnica que se habia quitado el Santo: poco tiempo despues, estando ella ausente, se prendió fuego al aposento, y todos los muebles se abrasaron, ménos al arca que contenia,

juntamente con la reliquia, sus efectos más preciosos.

Otro milagro excitó la gratitud pública de los vecinos de Segovia. Acercábanse las fiestas de la Navidad del año 1218, y una continua sequía había hasta entónces impedido sembrar las tierras. Estaba reunido todo el pueblo fuera de la ciudad para pedir en una comun plegaria á Dios, el término del azote. Levantóse Domingo en medio de la muchedumbre, y despues de algunas palabras que no disipaban la inquietud general, exclamó: «Cesad de temblar, hermanos míos, y confiad en »la misericordia de Dios, porque hoy mismo os »enviará una abundante lluvia, y trocará vuestra »tristeza en alegría (1).» Aunque ninguna señal de mudanza había precedido, al instante empezó el cielo á anublarse, y fué interrumpido el discurso del Santo por una abundante lluvia, que disipó la asamblea. Los vecinos de Segovia consagraron el recuerdo de este milagro con una capilla erigida en el sitio mismo en que aconteció.

En otra ocasion, Domingo se presentó á un concejo en que los principales habitantes del pueblo estaban reunidos; y luego que se hubieron leído las cartas del rey, tomó la palabra en estos términos: «Hermanos míos, acabais de oír la voluntad »del rey terrestre y mortal; oid ahora los mandamientos del Rey celeste é inmortal.» Oyendo esto un caballero, dijo colérico y en alta voz: «¿Piensa ese charlatan tenernos aquí todo el día

(1) Gerardo de Frachet, *Vidas de los Hermanos*, lib. II, cap. vi.

»é impedirnos el ir á comer?» Y al instante volvió riendas á su caballo, para irse á su casa. El siervo de Dios le dijo: «Ahora os retirais, pero no acabará el año sin que en el mismo sitio en que estais, vuestro caballo esté sin su ginete, y para escapar de vuestros enemigos, en vano huiréis hácia la torre que habeis construido en vuestra casa (1).» Puntualmente se cumplió la profecía; antes de acabar el año, aquel señor fué muerto con su hijo y uno de sus deudos, en el mismo lugar en que se hallaba cuando le dirigió Domingo la palabra.

Segovia está construida entre dos cerros que separa un rio. Sobre el cerro del norte, adonde no llegaban los muros de la ciudad, Domingo descubrió una cueva solitaria, muy propia para los misterios de la penitencia y de la contemplacion. En esta cueva fué donde echó los cimientos de un convento, al que dió el nombre de Santa Cruz. Miéntras sus muros se alzaban con arreglo á aquellas humildes proporciones que le gustaban al Santo, de la gruta inmediata hizo su oratorio nocturno; porque es de advertir, que tenia costumbre de consagrar á la oracion y á toda especie de ejercicios misteriosos, una no pequeña parte de la noche. El dia lo dedicaba á los hombres, á la predicacion, á los viajes, á los negocios; y cuando el sol, retirándose, preparaba el reposo de todos, él, retirándose tambien del mundo, buscaba en Dios la reparacion de que su alma y su cuerpo tenian necesidad. Al salir de

(1) Gerardo de Frachet, *Vidas de los Hermanos*, lib. II, cap. VII.

completas, quedábase en el coro despues de cuidar de que ninguno de los religiosos le imitase, ora no quisiese imponerles un ejemplo superior á sus fuerzas, ora tambien un santo pudor le hiciese temer que se descubriesen los secretos de su comercio con Dios. Pero la curiosidad más de una vez frustró sue precauciones: algunos religiosos se ocultaban en la oscuridad de la iglesia para espiar sus vigiliass, y así hemos podido conocer interesantes particularidades. Sucedia, pues, que cuando él creia estar solo, protegido en su amor por la sombra y el silencio, entraba en inefables expansiones con Dios. El templo, simbolo de la ciudad permanente de los ángeles y de los santos, convertíase para él en un sér vivo, al que enternecia con sus lágrimas, sus gemidos y sus gritos: daba la vuelta por él, deteniéndose á cada altar para orar, ya inclinado profundamente, ya prosternado, ya de rodillas. Generalmente, empezaba por reverenciar á Jesucristo, inclinándose profundamente, como si el altar, signo y memoria de su sacrificio, hubiera sido su persona misma. En seguida prosternábase pegado el rostro contra el suelo, y se le oia decir en alta voz estas palabras del Evangelio: *Señor, tened compasion de mí que soy un pecador*; y estas de David: *Mi alma está pegada al suelo, dadme la vida segun vuestra promesa*; y otras semejantes. Luego, cuando se levantaba, miraba fijamente el crucifijo, y en seguida doblaba la rodilla cierto número de veces, mirando y adorando sucesivamente. De cuando en cuando interrumpian esta muda contemplacion algunos arranques de su voz, en que decia: *Señor, he gritado hacia vos, no*

os aparteis de mí, responded á mis gemidos, y otras expresiones de la Escritura. A veces se prolongaba su genuflexion: las palabras no llegaban de su corazon á los lábios: parecia entrever el cielo por la inteligencia, y enjugaba las lágrimas en sus mejillas; su pecho, como el del viajero que se acerca á su pátria, estaba muy anheloso. Otras veces se quedaba de pié, con las manos abiertas delante de sí como un libro, y parecia que leia atentamente; ó bien las levantaba por ambos lados hasta los hombros, como un hombre que escucha; ó se tapaba los ojos con ellas, para meditar más profundamente. Veíasele tambien sostenerse sobre las puntas de los piés, mirando al cielo, con las manos cruzadas sobre la cabeza en forma de flecha: luego, separándolas como para pedir, y volviéndolas á cruzar como si hubiera recibido; y en este estado, en que parecia que ya habia dejado todo contacto con la tierra, solia decir: *Señor, escuchadme mientras os imploro, mientras levanto mis manos hácia vuestra sngrada mansion*. Tenia un modo de orar que rara vez empleaba, y esto cuando queria obtener de Dios alguna merced extraordinaria: consistia en estarse derecho, con los brazos fuertemente extendidos en cruz, á imitacion de Jesucristo muriendo, y enviando á su Padre aquellos clamores que salvaron al mundo. Entónces decia con un metal de voz grave y claro: *Señor, he gritado hácia vos, he extendido mis manos hácia vos todo el dia, mi alma está delante de vos como una tierra sin agua; escuchadme prontamente*. De esta suerte oró cuando resucitó al jóven sobrino de monseñor Estéban; pero los que estaban presentes, no oyeron las pa-

labras que pronunciaba, y nunca se atrevieron á preguntarle qué habia dicho.

Además de las súplicas particulares que las necesidades y los sucesos de cada dia inspiraban á Domingo, tenia siempre presente en su espíritu la causa de la Iglesia. Oraba por la propagacion de la fé en el corazon de los cristianos, por los pueblos esclavizados todavía por el error, por las almas que padecian en el Purgatorio las reliquias de sus pecados aún no expiados. «Tenia »una caridad tan grande por las almas, dice en »el proceso de su canonizacion uno de los testi- »gos, que se extendia, no solo á todos los fieles, »sinó á los infieles, y hasta por aquellos que gi- »men en los dolores del infierno, y derramaba »por todos muchas lágrimas (1).» Y estas lágrimas no le bastaban todavía; tres veces cada noche mezclaba su sangre con sus oraciones, satisfaciendo de esta suerte, en cuanto podia, aquella sed de inmolucion, que es la generosa mitad del amor. Oíasele azotar las espaldas con nudos de hierro, y la gruta de Segovia, testigo de todos los extremos de su penitencia, por espacio de siglos ha conservado el rastro de la sangre que derramó en ella. En su corazon dividia aquella sangre en tres partes: la primera era por sus pecados; la segunda, por los pecados de los vivos; y la tercera, por los pecados de los difuntos. Aún más de una vez obligó á alguno de sus religiosos que le azotase, para aumentar la humillacion y el dolor de su sacrificio. Dia llegará en que los ángeles, á presencia del cielo y de la tierra, lleven

(1) *Actas de Bolonia*, deposicion de fray Ventura, n. 9.

al altar del juicio dos copas llenas; una mano irrecusable las pesará entrambas, y se conocerá, para eterna gloria de los santos, que cada gota de sangre dada por el amor ha ahorrado torrentes de ella.

Cuando Domingo habia por largo tiempo velado, orado, llorado, ofrecido su alma y su cuerpo en sacrificio, si la campana de maitines no le anunciaba que se habian ya despertado los religiosos, subia á visitarles, como si una ausencia harto larga le hubiera separado de ellos. Entraba en sus celdas con mucho tiento, hacia sobre ellos la señal de la cruz, y cubría á aquellos que se habian destapado durmiendo: luego iba á esperarles al coro. A veces el sueño le sorprendia en los piadosos misterios de la noche, y entónces se le hallaba apoyado en un altar ó bien tendido sobre las losas. Llegada la hora de maitines, se reunia con los religiosos, y pasando de uno á otro lado del coro, los exhortaba á salmodiar con todas sus fuerzas y alegremente. Despues del oficio, para dormir se retiraba á un rincon de la casa, porque no tenia celda propia como los otros religiosos, y se echaba vestido en cualquier lugar, sobre un banco, sobre un monton de paja, sobre el suelo, y á veces en la camilla de los muertos. Era tan breve su sueño por la noche, que muchas veces se dormia á la mesa miéntras estaba comiendo.

Cuando salió de Segovia, dejando por prior á fray Corbalan, Domingo pasó á Madrid, donde halló un convento ya principiado por Pedro de Madrid, á lo que se cree, uno de los religiosos que Domingo habia enviado á España, cuando la

dispersion de los religiosos. El convento estaba situado fuera de los muros de la villa; y aunque Domingo cambió su destino, estableciendo en él religiosas en vez de religiosos, y lo dedicó á santo Domingo de Silos, con el tiempo desapareció el nombre de Silos, y el convento quedó dedicado á su fundador, por una trasformacion insensible de que todos fueron cómplices. Es digno de observarse, que así en España, como en Francia y en Italia, el santo patriarca ponía tanto celo en crear casas de religiosas como casas de religiosos, acordándose siempre, de que Nuestra Señora de Prouille había sido las primicias de su instituto. Un monumento nos ha quedado de su desvelo por las religiosas de Madrid: la carta que poco después de su fundacion les escribió, concebida en estos términos:

«Fray Domingo, maestro de los frailes Predicadores, á nuestra amada Priora y á todo el convento de las hermanas de Madrid, salud y acrecentamiento de virtud. Mucho nos alegramos y damos gracias á Dios por el fervor de vuestras santas conferencias espirituales, y porque el Señor os sacó del cieno de este mundo. Pelead, hijas, contra vuestro enemigo con oraciones y ayunos sin cesar; porque no será coronado sino quien hubiese legitimamente combatido. Hasta ahora os faltaba una casa acomodada para seguir las reglas de vuestra santa religion; mas ya no podeis pretender excusa, pues, por la gracia de Dios, teneis muy bastantes edificios donde puede haber toda la observancia. Y así quiero que, de aquí adelante, se guarde mucho silencio en los lugares señalados por las constituciones de la Ór-

»den, á saber: en el coro, refectorio; dormitorio, y
 »en todas las otras cosas se viva conforme á vues-
 »tras reglas. Ninguna pase de la puerta, ni per-
 »sona seglar entre dentro, sinó fuere obispo ó al-
 »gun prelado para predicar, ó para alguna visita
 »pública. No omitais las disciplinas ni las vigili-
 »as, y sed obedientes á vuestra Priora. No os ocupeis
 »en hablar unas con otras, ni perdais el tiempo
 »en pláticas excusadas. Y porque nos es imposi-
 »ble socorrer á vuestras necesidades temporales,
 »no queriendo en cambio agravarlas, prohibimos
 »á cualquier religioso que sea, el recibir novi-
 »cias á expensas vuestras; esta facultad solo per-
 »tenecerá á la Priora con el consejo de su con-
 »vento. Tambien mandamos á nuestro carísimo
 »Hermano (1), que tanto ha trabajado por vues-
 »tra casa, y os ha establecido en vuestro santísi-
 »mo estado, que lo disponga, concierte y ordene
 »las cosas como mejor le parezca, para que vi-
 »vais santísima y religiosamente. Y dámosle po-
 »der y facultad para visitaros y corregiros, y
 »hasta de deponer á la Priora (si fuese neces-
 »ario), con el consentimiento, empero, de la ma-
 »yor parte de las monjas; y para dispensar en al-
 »gunas cosas si le pareciese. *Valete in Christo* (2).»

Otros muchos conventos de España reclaman el honor de haber sido fundados ó preparados por Domingo; mas como los historiadores primitivos nada dicen sobre ellos, no creemos conve-

(1) Mannés.

(2) Como esta carta la tradujo del texto latino el maestro fray Hernando de Castillo, preferimos ponerla tal como éste la escribió, que no traducirla del original francés, evi-
tando así el hacer la traduccion de una traduccion. N. del T.

niente citar esas pretensiones que no confirma bastante la brevedad de la residencia de Domingo en España. Solo mencionaremos á Palencia, donde el Santo pasó diez años de su juventud, y donde parece cierto que estableció una cofradia del Rosario y un convento, bajo el nombre de San Pablo.

En Guadalajara, no léjos de Madrid, en el camino de Francia, abandonaron á Domingo los religiosos que llevaba consigo: tres solamente le fueron fieles, fray Adam y dos legos. Volvióse el Santo á uno de ellos, y le preguntó si queria tambien dejarle: «No quiera Dios, respondió el religioso, que yo deje la cabeza por seguir á los piés (1).» Esta desercion habia sido anunciada á Domingo en un éxtasis: sin alterarse oró por las ovejas extraviadas, y tuvo el consuelo de verlas volver al aprisco á casi todas. Probablemente en su favor hizo, en las cercanías de Tolosa, el milagro de multiplicar una copa de vino, que era lo único que tenían para comer ocho que eran; «movido á compasion, dicen los historiadores, hácia algunos de los religiosos que en el siglo habían sido alimentados con delicadeza (2).»

Domingo encontró en Tolosa á uno de sus primeros discípulos, Bertrand de Garrigue; juntos tomaron el camino de París, y visitaron, de paso, la célebre romería de Roc Amadour, antiguo santuario dedicado á la bienaventurada Virgen en una agreste y escarpada soledad del Quercy. «Al dia despues de la noche que consagraron á esta

(1) Vicente de Beauvais, *Espejo histor.*, lib. XXX, capítulo, LXXVII.

(2) Gerardo de Frachet, *Vidas de los Hermanos*, lib. VI, cap. v.

»devocion, se les agregaron en el camino unos
»peregrinos alemanes, que habiéndolos oido re-
»zar salmos y letanías, les siguieron piadosamen-
»te. En la próxima aldea, sus nuevos compañe-
»ros les convidaron á comer, y por espacio de
»cuatro dias consecutivos hicieron lo mismo. El
»quinto dia, el bienaventurado Domingo dijo gi-
»miendo á Bertrand de Garrigue: Hermano Ber-
»trand, tengo á cargo de conciencia que esquil-
»memos lo temporal de esos peregrinos sin poder
»sembrar en ellos lo espiritual. Por lo tanto, si
»os parece, arrodillémonos, y pidamos á Dios la
»gracia de entender y hablar su lengua, á fin de
»que les anunciemos el Señor Jesucristo. Y ha-
»biéndolo hecho así, con gran sorpresa de los
»peregrinos, empezaron á expresarse en aleman,
»y durante otros cuatro dias que pasaron juntos
»hasta Orleans, hablaron del Señor Jesucristo.
»En Orleans, los peregrinos siguieron el camino
»de Chartres, y dejaron á Domingo y á Bertrand
»en el de París, despues de haberse despedido de
»ellos y de haberse recomendado á sus oraciones.
»Al dia siguiente, el bienaventurado padre dijo
»á Bertrand: Hermano, pronto vamos á llegar á
»París; si los religiosos saben el milagro que ha
»obrado el Señor nos mirarán como á santos,
»siendo así que no somos más que pecadores, y
»nuestra humildad correrá gran riesgo si llega á
»oídos de la gente del siglo, por lo cual os pro-
»hibo que hableis de él á nadie ántes de mi
»muerte (1).»

(1) Gerardo de Frachet, *Vidas de los Hermanos*, lib. II, cap. x.

Al entrar en París por la puerta de Orleans, una de las primeras cosas que llamaron la atención de Domingo fué el convento de Santiago, que contenia ya treinta religiosos. El santo patriarca no pasó en él mas que algunos dias, durante los cuales dió el hábito á aquel jóven Guillermo de Monferrato, á quien habia conocido en Roma en casa del cardenal Ugolino, y que le habia prometido que se haria Hermano predicador luego que hubiera estudiado dos años de teologia en la universidad de París: entónces cumplió su palabra. Otro hallazgo hizo Domingo en la persona de un bachiller sajón, llamado Jordan, mozo ingenioso, elocuente, amable y temeroso de Dios. Habia nacido en la diócesis de Paderborn, de la noble familia de los condes de Eberstein, y habia ido á París á beber en las fuentes de la ciencia divina. Impulsado ya por Dios, que le destinaba á ser el primer sucesor de Domingo en el gobierno general de los Hermanos Predicadores, sintióse atraído hácia el grande hombre de quien debia ser el heredero, y le descubrió las ardientes impresiones de Jesucristo sobre su corazon. Domingo, cuyo ascendiente era de ordinario tan decisivo, no quiso acelerar el movimiento de aquella alma predestinada; solo aconsejó al jóven sajón, que se ensayase al yugo de Dios recibiendo el Órden del diaconato, y lo dejó pugnar contra el viento del cielo, esperando la mano que debia cogerlo en su madurez.

Nada manifiesta la osadía y la rapidez del genio de Domingo, como la accion que ejerció su breve permanencia en el convento de Santiago. El obstinado afan de muchos hombres de mérito,

en cerca de un año, no habia reunido en él más que treinta religiosos, y todo el esfuerzo de aquella comunidad naciente era, por medio de una laboriosa multiplicacion, aumentarse en el interior. Llegó Domingo, cuenta las ovejas del reducido rebaño francés, y las juzga en número suficiente para poblar la Francia de Hermanos Predicadores. A su voz, Pedro Cellani parte para Limoges, Felipe para Reims, Guerric para Metz, Guillermo para Poitiers, y algunos otros Hermanos para Orleans, con la mision de predicar en estas ciudades y de fundar conventos en ellas. Pedro Cellani opone su ignorancia y la escasez de libros en que se encuentra; pero Domingo, con una intrépida confianza en Dios, le responde: «Vé, hijo mio, vé sin temor; dos veces cada día pensaré en tí delante de Dios; no lo dudes. Ganarás muchas almas, producirás frutos, crecerás y te multiplicarás, y el Señor estará contigo (1)» Pedro Cellani, más adelante, contaba en el seno de la intimidad, que siempre que se habia sentido conturbado, se habia acordado de esta promesa, y que todo le habia salido bien invocando á Dios y á Domingo.

Domingo salió de París por la puerta de Borgoña. En Chatillon, junto al Sena, estaba hospedado en casa de un eclesiástico, y volvió á la vida al sobrino de éste: este muchacho habia caído de un piso superior, y le habian levantado medio muerto. En honor del Santo, su tío dió una gran comida. Viendo Domingo, que la ma-

(1) Bernardo de Guidonis, *Catálogo de los Maestros de la Orden*.

dre del niño no comia, abrasada de calentura, le presentó un plato de anguila que bendijo, diciéndole, que comiese por la virtud de Dios; y este remedio la sanó al punto.

«Despues de esto, el glorioso Padre volvió á Italia, acompañado de un religioso lego, llamado Juan. Este religioso se sintió de repente indispuesto en medio de los Alpes Lombardos, á causa del hambre, y no podia andar, ní aún levantarse del suelo. El piadoso Padre le dijo: ¿Qué teneis, hijo mio, que no andais? El respondió: Padre santo, desfallezco de necesidad. El Santo le dijo: Animo, hijo mio; andad un poco más, y llegaremos á un sitio donde hallaremos con qué restaurar nuestras fuerzas. Pero como el religioso replicaba, que le era imposible dar un paso más, el Santo, con la bondad y la conmisericordia de que estaba lleno, recurrió á su refugio acostumbrado, que era la oracion. Dirigió una breve súplica al Señor, y volviéndose hácia el religioso, le dijo: Levantaos, hijo mio, id á ese sitio que teneis delante, y traed lo que hallaréis en él. El religioso se levantó con suma dificultad, y arrastróse hasta el sitio que le indicaba el Santo, á distancia como de unas cien varas. Vió allí un pan de admirable blancura envuelto en un lienzo muy blanco tambien; lo trajo, y por orden del Santo comió de él hasta que recuperó sus fuerzas. Cuando hubo acabado, el hombre de Dios preguntóle si podia andar, ya que habia calmado su hambre, y él respondió que sí. Levantaos, pues, le dijo, y volved el resto del pan, envuelto en el lienzo, á donde lo habeis hallado. El religioso obedeció, y prosiguió

»ron su camino. Un poco más adelante, el religioso, recapacitando, se dijo á sí mismo: ¡Dios mío! ¿quién puso allí aquel pan y de dónde lo habían traído? ¿No he sido un insensato en no haber pensado en esto todavía? Y dijo al santo: Padre santo, ¿de dónde habia sido traído este pan, y quién lo habia puesto allí? Entónces aquel verdadero amador y observador de la humildad, le dijo: Hijo mío, ¿no habeis comido como deseabais? El respondió: Sí.—Una vez que, dijo el Santo, habeis comido tanto como deseabais, dad gracias á Dios, y no os cureis de lo demás (1).»

Detengámonos aqui, en aquel sendero de los Alpes Lombardos, donde le faltó el valor al compañero de Domingo, y viajeros tambien nosotros en pos de tan piadosas huellas, no nos privemos de la dicha de considerarlas más de cerca.

Viajaba Domingo á pié, con un baston en la mano, y un lio de ropa sobre la espalda. Cuando salia de los sitios habitados, se quitaba los zapatos é iba descalzo; y si en el camino le heria alguna piedra, decia riendo: «Esa es nuestra penitencia (2).» Una vez, yendo acompañado por fray Bonvisi, y pasando por un sitio sembrado de agudos guijarros, le dijo: «¡Ah! desdichado de mí, que tuve un dia que calzarme en este sitio.» Y preguntándole el hermano por qué, respondió: «Porque habia llovido mucho (3).» Cuando se acercaba á una ciudad ó á una aldea,

(1) Gerardo de Frachet, *Vidas de los Hermanos*, lib. II, cap. vi.

(2) *Actas de Bolonia*, deposicion de Juan de Navarra, n. 2.

(3) Id., deposicion de Bonvisi de Placencia, n. 2.

se calzaba hasta que salia á despoblado. Cuando se presentaba á su paso un rio ó un torrente, hacia la señal de la cruz sobre las aguas, y dando el ejemplo á sus compañeros, entraba en ellas animosamente el primero. Si llovía, cantaba himnos en alta voz, el *Ave maris stella*, ó el *Veni Creator Spiritus*. No llevaba ni oro, ni plata, ni moneda alguna, deseoso de estar en todo á merced de los hombres y de la Providencia. Hospedábase con preferencia en los monasterios, no deteniéndose nunca por capricho, sinó segun el cansancio y el deseo de los religiosos que iban con él. Comia lo que sus huéspedes le ponian en la mesa, excepto toda clase de carnes, porque, aún yendo de viaje, observaba rigurosamente la abstinencia y los ayunos de la Orden, aunque dispensaba á sus compañeros de ayunar. Cuanto peor le trataban, más contento estaba; estando enfermo, comia raíces y frutas: nunca tocaba á manjares delicados. Cuando tenia que hospedar-se en casa de algun rico particular, primero apagaba su sed en alguna fuente, por temor de que en la bebida la necesidad le hiciese olvidar la sobriedad propia de un religioso, y escandalizase á los circunstantes. A veces iba de puerta en puerta á mendigar su pan, y siempre daba gracias con humildad á los caritativos, hasta el punto de arrodillarse en algunas ocasiones. Dormía siempre vestido, sobre paja ó sobre una tabla.

Los viajes no interrumpian ninguna de sus prácticas piadosas. Todos los dias, á ménos de que le faltase una iglesia, con grande abundancia de lágrimas ofrecia á Dios el santo sacrificio,

porque le era imposible celebrar los divinos misterios sin enternecerse. Cuando la série de las ceremonias le anunciaba la cercanía de aquel que desde sus juveniles años habia amado con preferencia, se conocia por la agitacion de todo su sér; las lágrimas se sucedian sin interrupcion sobre su rostro pálido y radiante. Pronunciaba la oracion dominical con un acento seráfico que hacia sensible la presencia del *Padre que está en los cielos*. Por la mañana, hasta las nueve, guardaba y hacia guardar silencio á sus compañeros; y por la tarde, despues de completas: en el intervalo, hablaba de Dios, ya en forma de conversacion, ya á modo de controversia teológica, y de todas las maneras que él podia discurrir. A veces, sobre todo en los sitios solitarios, suplicaba á sus compañeros que se quedasen á cierta distancia de él, diciéndoles afablemente con el profeta Oseas: *Lo llevaré á la soledad, y le hablaré al corazón*. Entónces les precedia ó les seguia meditando algunos pasajes de las Escrituras. Los religiosos observaban que, en tales ocasiones, se pasaba muy aprisa y con mucha frecuencia la mano por el rostro, como para sacudirse insectos importunos, y atribuian á aquella meditacion familiar de los textos santos la maravillosa inteligencia que de ellos habia adquirido. Casi nunca levantaba los ojos del suelo, tan poderosa era su costumbre de estar con Dios; jamás entraba en la casa donde le habia sido concedida la hospitalidad, sin haber ido antes á orar en la iglesia, si habia una en aquel sitio. Despues de la comida, se retiraba en un aposento para leer el Evangelio de San Mateo, ó las Epístolas de San Pablo,

que siempre llevaba consigo; pero pronto la palabra divina le ponía fuera de sí. Hacia ademanes como si hablara con alguno; parecía que escuchaba, que disputaba, que porfiaba; casi al mismo tiempo sonreía y lloraba; miraba fijamente, luego bajaba los ojos, después hablaba en voz baja y en seguida se golpeaba el pecho. Pasaba continuamente de la lectura á la oracion, de la meditacion á la contemplacion; de cuando en cuando, besaba el libro con amor, como para darle gracias por la dicha, que le proporcionaba; y engolfándose más y más en aquellas sagradas delicias, se cubría el rostro con las manos ó con la capucha. Cuando llegaba la noche, iba á la iglesia á practicar sus acostumbradas vigiliass y penitencias, ó bien, si no tenia ninguna iglesia á su disposicion, se acostaba en algun aposento retirado, de donde, á pesar suyo, sus gemidos iban á despertar á sus compañeros. Despertábalos á la hora de maitines para rezar juntos el oficio; y cuando estaba hospedado en algun convento, aunque no fuera de su Órden, iba á llamar á la puerta de los religiosos, excitándolos á levantarse y bajar al coro.

En los caminos predicaba á cuantas personas encontraba: y lo mismo practicaba en las ciudades, en las aldeas, en los castillos, y hasta en los monasterios. Su palabra era muy vehemente. Sus largos estudios de Palencia y de Osma, le habian iniciado en todos los misterios de la teología cristiana, y brotaban éstos de su corazon con raudales de amor, que revelaban su verdad aún á los más empedernidos. Un mancebo, prendado de su elocuencia, le preguntó en qué libros habia

estudiado: «Hijo mio, respondió, más que en otro alguno, en el libro de la Caridad, porque éste lo enseña todo (1).» Así es, que en el púlpito lloraba muchas veces, y, generalmente, estaba lleno de aquella melancolía sobrenatural que da el sentimiento profundo de las cosas invisibles. Cuando desde lejos veía los tejados de una ciudad ó de una aldea, la idea de las miserias de los hombres y de sus pecados le sumergía en una triste cavilacion, que al punto se manifestaba en su semblante: así pasaba rápidamente á las expresiones mas diversas del amor y la alegría. Sucediéndose sin tregua en las arrugas de su frente la turbacion y la serenidad, elevaban en él la majestad del hombre á una increíble fuerza de seducccion. «Haciase amable á todos, dice en el proceso de su canonizacion uno de los testigos, á los ricos, á los pobres, á los judíos y á los infieles, que son numerosos en España, y era querido de todos, excepto de los herejes y de los enemigos de la Iglesia, á quienes convencia con sus controversias y sus predicaciones (2).»

CAPÍTULO XV.

Quinto viaje de Santo Domingo á Roma.—Muerte del bienaventurado Reginaldo.—Entra en la Orden el bienaventurado Jordan de Sajonia,

EN lo más caluroso del verano del año 1219, bajando por última vez las escarpadas vertientes

(1) Gerardo de Frachet, *Vidas de los Hermanos*, lib. II, cap. xxv.

(2) *Actas de Bolonia*, deposicion de Juan de Navarro, n. 3.

de los Alpes, volvió á ver Domingo la rica y dilatada llanura destinada á ser el teatro de una de las partes más principales de su vida. Castilla la Vieja habia sustentado su infancia y su juventud; el Langüedoc habia devorado los mejores años de su madurez; Roma era el centro á donde sin cesar le habia llevado el ardor de su fé; la Lombardía debia ser su sepulcro. Se ignora el camino por donde entró allí; nada dicen los historiadores primitivos acerca de su itinerario hasta Bolonia. Fué recibido en el convento de San Nicolás con inmenso júbilo por la multitud de religiosos que vivian en aquel convento, bajo el gobierno de Reginaldo; su primer acto fué un acto de desinterés. Oderico Gallicani, ciudadano de Bolonia, habia recientemente donado á los Hermanos, en forma auténtica, tierras de cuantioso valor: Domingo, en presencia del obispo, rasgó el contrato, declarando, que absolutamente queria, que sus religiosos mendigasen su pan de cada dia, y que jamás les permitiría acumular posesiones. Ninguna virtud, en efecto, le era mas cara que la pobreza. En todas las estaciones, solo iba cubierto con una túnica de tejido grosero, con la cual no se avergonzaba de presentarse á los más grandes señores. Quería que los religiosos vistiesen como él, que habitasen casas pequeñas, que no se sirviesen de seda ni de púrpura ni aún en el altar, y que, aparte de los cálices, no tuviesen ningun vaso de oro ó de plata. El mismo espíritu de parsimonia y de penitencia observaba en la mesa. Dos platos se servian á los religiosos; pero él no comia más que de uno. Rodulfo de Faenza, procurador del convento de Bolonia,

contaba, que habiendo aumentado algunas veces la comida ordinaria de los religiosos durante la residencia de Domingo, el Santo le habia llamado y le habia dicho al oido: «¿Por qué matais á los religiosos con esas pitanzas (1)?»

Cuando faltaba el pan ó el vino en el convento de San Nicolás, lo que sucedia de cuando en cuando, fray Rodulfo iba á buscar á Domingo. El santo le mandaba orar, y aún le seguia á la iglesia para orar con él, y la Providencia le era tan propicia, que siempre disponia la comida de sus hijos. Un dia de ayuno, estando ya sentada en el refectorio toda la comunidad, fray Bonvisi vino á decir á Domingo, que nada habia absolutamente que comer: el Santo alzó los ojos y las manos al cielo con ademan alegre, y dió gracias á Dios de ser tan pobre; pero bien pronto dos desconocidos mancebos entraron en el refectorio, llevando el uno pan y el otro higos secos, que distribuyeron á los religiosos. Otro dia, en que no habia más que dos panes en el convento, mandó Domingo que los partiesen en muchos pedacitos, bendijo la cesta, y dijo al lego que diese la vuelta por el refectorio, dando dos ó tres de aquellos pedacitos á cada religioso. Luego que hubo acabado, mandóle Domingo que diese segunda vuelta, y que continuase hasta que todos los religiosos estuviesen saciados. Estos, ordinariamente, no bebian más que agua; pero siempre se procuraba tener un poco de vino para los enfermos. Un dia el enfermero fué á quejarse á Domingo,

(1) *Actas de Bolonia*, deposicion de Rodulfo de Faenza, número 2.

de que se habia acabado el vino, y le llevó el cántaro vacío: el siervo de Dios, según su costumbre, se puso á orar, exhortando á los otros por humildad á que hiciesen lo mismo, y cuando el enfermero levantó el cántaro, ya estaba lleno.

Los historiadores pasan muy de ligero sobre el júbilo de los Hermanos de Bolonia con ocasion de la llegada de Domingo; pero se concibe fácilmente el efecto de su presencia en medio de todos aquellos hombres que no le conocian aún, á pesar de que eran sus hijos. Veian con sus propios ojos al español, que por la boca de un francés les habia convertido á Dios, y que resucitando las primitivas maravillas de la Iglesia, habia reunido á cristianos de todas las naciones en una comunidad de apóstoles. Veíanlo, y sus virtudes, sus milagros, su palabra, su fisonomía componian un espectáculo que ni aún su imaginacion habia podido figurarse. En el poco tiempo que pasó entre ellos, Domingo, con el ascendiente que ejercia tanto fuera como dentro del convento, acrecentó aún su santa y numerosa familia. Oigamos cómo cuenta Estéban de España su modo singular de tomar el hábito: «Estaba yo estudiando en Bolonia, cuando Domingo llegó á este pueblo, donde predicaba á los estudiantes lo mismo que á otras personas; fuí á confesarme con él, y creí advertir que me amaba. Una noche, en que me estaba en mi posada disponiéndome á cenar con mis compañeros, envió dos religiosos á decirme: Fray Domingo pide por vos, y desea que vayais al instante. Respondí que iria luego de haber cenado; pero me replicaron que me aguardaba al instante. Levanté-

»me, pues, dejando á mis compañeros y llegué á
»San Nicolás, donde hallé al maestro Domingo en
»medio de muchos religiosos, á quienes dijo: En-
»señadle como se hace la postracion. Cuando me
»lo hubieron enseñado, me prosterné en efecto
»con docilidad, y él me dió el hábito de Herma-
»no Predicador, diciéndome: Quiero proveeros de
»armas con las que combatireis al demonio todo
»el tiempo que dure vuestra vida. Admiré mu-
»cho entónces, y es cosa en la que nunca he pen-
»sado sin asombro, por qué instinto fray Domin-
»go me habia llamado así, y revestídomelo el há-
»bito de religioso Predicador, puesto que nunca
»le habia yo hablado de entrar en religion, y sin
»duda obró de aquella suerte por algun aviso ó
»revelacion de Dios (1).»

En Bolonia hizo Domingo lo que anteriormen-
te habia hecho en París, esto es, envió religiosos
á las principales ciudades de la alta Italia para
predicar y fundar conventos en ellas, con arreglo
á su máxima favorita: *Es preciso sembrar el grano,
y no almacenarlo*. Milán y Florencia recibieron
entónces colonias de religiosos Predicadores. Tam-
bien creyó conveniente que Reginaldo dejase á
Bolonia por Paris, esperando mucho de su elo-
cuencia y de su fama para acabar de plantear la
Orden en Francia. Con amargo dolor le vieron
alejarse los religiosos de Bolonia, llorando por
separarse tan pronto *de los pechos de su madre*.
Tales son las expresiones del bienaventurado
Jordan de Sajonia; quien añade inmediatamente:

(1) *Actas de Bolonia*, deposicion de Estéban de España,
número 3.

«Pero todas estas cosas sucedian por la voluntad
»de Dios. Habia un no sé qué de maravilloso en
»el modo con que el bienaventurado siervo de
»Dios, Domingo, diseminaba á los religiosos aquí
»y allá por todas las regiones de la Iglesia de
»Dios, á pesar de las representaciones que algu-
»nas veces se le dirigian, y sin que jamás anu-
»blase su confianza la sombra de una indecision:
»no parecia sinó que de antemano conocia el éxi-
»to, y que el Espíritu Santo se lo habia revelado.
»En efecto, ¿quién se atreveria á dudarlo? En el
»principio no tenia consigo más que un corto
»número de religiosos, sencillos é iliteratos casi
»todos ellos, que habia enviado en pequeños gru-
»pos por toda la Iglesia; de manera, que los hijos
»de este siglo, que juzgan segun su prudencia,
»le acusaban de querer destruir lo que estaba
»empezado, mejor que de levantar un grande edi-
»ficio. Pero á los que de aquella suerte enviaba,
»él les acompañaba con sus oraciones, y la virtud
»del Señor se prestaba á multiplicarles (1).»

Domingo partió de Bolonia hácia fines del mes de octubre. Atravesó el Apenino en la direccion de Florencia, y se detuvo algun tiempo en las orillas del Arno, donde su Orden debia erigir los célebres conventos de Santa María Novella y de San Márcos. En aquella época gozaban ya allí los religiosos de una iglesia, junto á la cual habitaba una mujer llamada Bené, conocida por los desórdenes de su vida, y á quien Dios habia castigado abandonándola á los sensibles ataques del espíritu maligno. Esta mujer, habiendo oido predicar

(1) *Vida de Santo Domingo*, cap. II, n. 45.

á Domingo, se convirtió, y las oraciones del Santo la libertaron de las obsesiones que la atormentaban. Pero la misma paz fué para ella ocasion de reincidencia; y cuando un año despues Domingo volvió á Florencia, le confesó el mal efecto que habia producido en su alma la libertad. Domingo la preguntó con bondad si queria volver á su antiguo estado, y como ella respondiese que se abandonaba á Dios y á él, el Santo suplicó al Señor que hiciese lo que más conviniese á su salvacion. Al cabo de algunos dias el maligno espíritu la atormentó de nuevo, y el mismo castigo de sus antiguas culpas fué para ella un manantial de méritos y perfeccion. Andando el tiempo, Bené tomó el velo religioso, y se llamó sor Benita. Léese tambien de ella, que cuando la vuelta de Domingo á Florencia se quejó á él vivamente, de que un eclesiástico la perseguia á causa de su afecto á los religiosos: aquel eclesiástico estaba irritado contra ellos porque les habian dado la iglesia de que él era antes capellan. Domingo respondió á Bené; «Hija mia, tened paciencia, el »que ahora os persigue será pronto de los nuestros, y soportará en la Orden grandes y largos »trabajos (1).» Predicción que el tiempo confirmó.

Domingo encontró al soberano Pontifice en Viterbo. Honorio III le otorgó cartas fechadas en 15 de noviembre de 1219, en las cuales recomendaba los Hermanos Predicadores á los obispos y preladados de España. En 8 de diciembre siguiente extendió esta recomendacion á los arzobispos, obis-

(1) Constantino de Orvieto, *Vida de Santo Domingo*, n. 87.

pos, abades y prelados de toda la cristiandad. En 17 del mismo mes, hallándose en Civita Castellana, hizo á Domingo y á sus religiosos la donacion auténtica del convento de San Sixto en el monte Celio, pues hasta entónces la Órden no habia poseído á San Sixto sinó en virtud de una concesion verbal. En el acto de donacion no se hace mencion de las religiosas, en duda porque no formaban con los religiosos sinó una sola Órden, cuya administracion temporal y espiritual pertenecia al maestro general.

No era aquella la vez primera que el santo Patriarca veia á Viterbo: tres años ántes, cuando volvía á Francia despues de la confirmacion de la Órden, fué á aquel pueblo con el cardenal Capocci, que le cedió sobre un cerro cercano una capilla y un monasterio que llevaba el nombre de Santa Cruz, y una iglesia que se edificaba á su lado por órden suya. El cardenal habia recibido en sueños la inspiracion de erigir aquella iglesia á la Santísima Virgen, y la amistad que le unia á Domingo le movió á ofrecérsela ántes de concluirla, temeroso de que el tiempo frustrase su buena voluntad. En efecto, no tuvo la satisfaccion de verla concluida; pero ántes de su muerte aseguró su posesion á la Órden, y bajo el nombre de Nuestra Señora de Gradi, ha llegado á ser uno de los más ilustres conventos de la provincia romana. En ella se ven todavía restos de la antigua capilla de Santa Cruz, en la que Domingo habia pasado noches enteras, y que hasta el siglo último estuvo adornada con las huellas de su sangre.

Domingo celebró en Roma los principios del

año 1220. Una frase de un historiador nos dice, que á las religiosas de San Sixto les distribuyó cucharas de ébano, que les habia traído de España. ¡Sencillez de este grande hombre! En el seno de los afanes y de los cuidados de un largo viaje, le habia ocupado la idea de complacer á unas pobres religiosas durante un camino de seis ó de setecientas leguas, y les habia traído sobre sus espaldas un recuerdo de su país. Digo sobre sus espaldas, porque nunca permitia que nadie sino él cargase con su bagaje.

Entretanto, Reginaldo llegó á París, donde anunciaba el evangelio con toda la autoridad de su elocuencia y de su fé. Despues de Domingo, él era entónces el astro mas brillante de la nueva religion. Todos los Hermanos, sin prever la muerte harto cercana de su fundador, tenian fijos los ojos en Reginaldo, y veian con júbilo que no era Domingo el único capaz de llevar la carga de su obra:—pero Dios frustró en breve aquellos sentimientos de amor y de admiracion, enviando á Reginaldo una enfermedad mortal en el momento en que más esperanzas se fundaban en él.

Mateo de Francia, prior de Santiago, fué á prevenirle, de que se acercaba la hora del último combate, y le preguntó si queria permitir que sobre su cuerpo se hiciesen las últimas unciones: «Léjos de temer el combate, respondió »Reginaldo, lo espero con alegría. Espero tambien á la Madre de Misericordia que me ungió en Roma con sus propias manos, y á la »que me entrego con absoluta confianza; pero »para que no parezca que desprecio la uncion

»eclesiástica, pláceme tambien recibirla, y la »pido (1).»

Los religiosos no sabian entónces, á lo ménos generalmente, el modo misterioso con que Reginaldo habia sido llamado á la Orden, pues que habia rogado á Domingo lo ocultase miéntras viviese. Pero como en el momento de su muerte se presentase á su mente el recuerdo de aquel insigne favor, no pudo ménos de aludir á él, y la gratitud le arrancó un secreto que su humildad habia ocultado hasta entónces. Antes habia dicho á Mateo de Francia otras palabras que la historia ha conservado. Como éste, que le habia conocido en el siglo, viviendo con todas las comodidades de la celebridad y de la delicadeza, le manifestase su asombro de que hubiera abrazado un instituto tan severo: «En ello no hay mérito alguno de mi parte, respondió, porque siempre »me ha gustado mucho (2).» Se ignora exactamente el dia de su muerte; se sabe tan solo, que ocurrió á fines de enero ó principios de febrero de 1220. Los religiosos que todavia no tenian el derecho de sepultura en su iglesia, le enterraron en la iglesia de Nuestra Señora de los Campos, cerca de la de Santiago: sus despojos, depositados bajo un monumento, obraron milagros, y por espacio de cuatrocientos años fueron el objeto de un culto cuya tradicion parecia deber ser indeleble. Pero, en 1614, habiendo sido dada la iglesia de Nuestra Señora de los Campos á las

(1) Gerardo de Frachet, *Vidas de los Hermanos*, lib. V, capítulo II.

(2) El B. Jordan de Sajonia, *Vida de Santo Domingo*, capítulo III.

Carmelitas de la reforma de Santa Teresa, las religiosas trasladaron el cuerpo de Reginaldo á lo interior de su claustro, y á pesar de su veneracion hereditaria que le dispensaban, su memoria poco á poco cesó de ser popular, hasta que, como su sepultura, acabó por ser el secreto de los que conocen y habitan en espiritu la antigüedad. En el dia, ni aún la sepultura existe: ha desaparecido con la iglesia y el claustro de Nuestra Señora de los Campos; y el fundador del convento de Bolonia, aquel á quien los religiosos llamaban *su báculo*, á quien la Santísima Virgen habia llamado con sus mismos lábios á la religion, que habia recibido de ella una uncion milagrosa en sus miembros, que dió á nuestro hábito su última y sagrada forma, el bienaventurado Reginaldo, en fin, no goza de ningun culto en parte alguna, ni aún en la misma Orden de los Hermanos Predicadores, de la que fué uno de los más preciosos ornamentos por la santidad de su vida, la eficacia de su palabra, y el gran número de ilustres hijos que le diera. Esta fecundidad no se agotó en él sinó con su muerte: aún en la vispera de su última y breve enfermedad, brotaban todavía su tronco hermosos retoños.

El lector se acordará de aquel estudiante sajón á quien Domingo conoció en París, y cuya vocacion, á pesar de que ya era tan visible, no habia querido acelerar. Reginaldo estaba destinado á coger aquella preciosa flor que, por una especie de delicado presentimiento, la mano de Domingo habia respetado, para honrar y consolar el prematuro fin de uno de sus más

dignos hijos. Veamos como Jordan de Sajonia cuenta su entrada en la Órden y la de su amigo, Enrique de Colonia.

«La noche misma en que el alma del santo
»hombre Reginaldo voló hácia el Señor, yo, que
»todavía no vestía el hábito de religioso, pero que
»en sus manos habia hecho voto de serlo, ví en
»sueños á los religiosos en una nave. De repen-
»te se sumergió éste; pero los religiosos no pere-
»cieron en el naufragio. Creo que aquella nave
»era fray Reginaldo, considerado entónces por los
»religiosos como su báculo. Otra noche ví, tam-
»bien en sueños, una fuente clara que repentina-
»mente cesaba de manar agua, y á la que reem-
»plazaban dos manantiales á manera de surtido-
»res: suponiendo que esta vision representase al-
»guna cosa real, conozco demasiado mi propia
»esterilidad para atreverme á dar su interpreta-
»cion; sé únicamente, que Reginaldo no recibió
»en París más que la profesion de dos religiosos,
»la mia y la de fray Enrique, quien luego fué
»prior de Colonia, hombre á quien he amado en
»Jesucristo con un cariño, que nunca he profes-
»do otro igual á hombre alguno; vaso de honor y
»de perfeccion tal, que no recuerdo haber visto
»en esta vida una criatura más privilegiada. El
»Señor se apresuró á llamarlo á sí, por lo cual no
»estará de más que digamos aquí algo de sus vir-
»tudes.

«Enrique tuvo en el siglo un nacimiento ilus-
»tre, y le nombraron canónigo de Utrech, muy jó-
»ven todavía. Otro canónigo de la misma iglesia,
»hombre de bien y muy religioso, desde su niñez
»le habia criado en el temor á Dios. Con su ejem-

»plo le enseñó á vencer el siglo crucificando su
»carne y practicando buenas obras; hacíale lavar
»los piés á los pobres, frecuentar la iglesia, huir
»del mal, despreciar el lujo, amar la castidad; y
»como el mancebo era de un natural excelente,
»se mostró dócil al yugo de la virtud. Las buenas
»costumbres crecieron tan rápidamente en él
»como la edad: al verle, cualquiera le hubiera
»tomado por un ángel, en quien eran una misma
»cosa el nacimiento y la bondad. Fué á París,
»donde presto el estudio de la teología lo arre-
»bató á toda otra ciencia: estaba dotado de un in-
»genio natural muy vivo, y de una razon per-
»fectamente organizada. Nos encontramos en la
»casa que yo habitaba, y bien pronto una dulce y
»estrecha amistad unió nuestras almas. Fray Re-
»ginaldo, de feliz recuerdo, habiendo ido tam-
»bien por la misma época á París, donde predi-
»caba con singular vehemencia, sentí en mí el
»influjo de la gracia divina, y en mi corazon hice
»voto de entrar en su Órden: porque creia haber
»hallado en ella un camino seguro de salvacion,
»cual muchas veces me lo habia representado án-
»tes de conocer á los Hermanos Predicadores. To-
»mada esta resolucion, empecé á desear ligar al
»mismo voto al compañero y amigo de mi alma,
»en quien veia todas las disposiciones de la na-
»turaleza y de la gracia requeridas en un predi-
»cador. Él se resistia, y yo no cesaba de instarle.
»Obtuve que fuese á confesarse con fray Reginal-
»do; y cuando volvió, abriendo á manera de con-
»sulta el profeta Isaías, me encontré con el pasa-
»je siguiente: *El Señor me ha dado una lengua sa-*
»*bia para que sostenga al que cae con la palabra:*

»por la mañana me despierta para que oiga su voz,
»y yo no le resisto ni voy atrás (1). Miétras le es-
»taba yo interpretando este pasaje, que respon-
»dia tambien al estado de su corazon, y, presen-
»tándoselo como un aviso del cielo, le exhortaba
»á someter su juventud al yugo de la obediencia,
»algunas líneas más adelante observamos estas
»dos palabras: *vivamos unidos*, que nos aconse-
»jaban no separarnos el uno del otro, y consa-
»grar nuestra vida al mismo sacrificio. Aludien-
»do á esta circunstancia, me escribió un dia es-
»tando él en Alemania y yo en Italia: ¿Dónde
»está ahora el *vivamos unidos*? ¡Tú estás en Bolo-
»nia y yo en Colonia!—Yo le decia: ¿Qué mayor
»mérito, qué corona más gloriosa, que hacernos
»participantes de la pobreza de Cristo y de sus
»apóstoles, y abandonar el siglo por amor suyo?
»Pero aunque su razon estaba de acuerdo con la
»mia, su voluntad le movia á resistirme.

«En la misma noche en que teníamos estas
»pláticas, asistió á los maitines en la iglesia de
»la bienaventurada Virgen, donde se quedó hasta
»la aurora, pidiendo á la Madre del Señor que
»venciese lo que sentia en sí de rebelde; y como
»no advirtiese que su plegaria ablandase la du-
»reza de su corazon, empezó á decir entre sí:
»Ahora, ¡oh bienaventurada Virgen! conozco que
»no teneis compasion de mí, y que no tengo un
»puesto señalado en el colegio de los pobres de Je-
»sucristo! Decia esto con dolor, porque habia en
»él un deseo de la pobreza voluntaria, y porque
»el Señor le habia una vez mostrado su ventaja en

(1) L. 4, 5.

»el dia del juicio. Esto ocurrió del modo siguien-
»te: En sueños vió á Jesucristo en su tribunal, y
»dos innumerables muchedumbres, la una ya juz-
»gada, y la otra juzgando con Jesucristo. Mién-
»tras que seguro de su conciencia, miraba tran-
»quilamente aquel espectáculo, uno de los que
»estaban al lado del juez, alargó de repente la
»mano hácia él, y le gritó: Tú, que estás ahí bajo,
»¿qué has abandonado por el Señor? Esta pre-
»gunta le consternó, porque nada tenia que res-
»ponder á ella; y por esto deseaba la pobreza,
»aunque para abrazarla espontáneamente no te-
»nia el valor necesario: así es, que salió contrista-
»do de la iglesia de Nuestra Señora por no haber
»obtenido la fuerza que habia implorado. Pero en
»aquel momento, el que mira á los humildes
»desde la altura, trocó los fundamentos de su co-
»razon: sus ojos se inundaron de lágrimas: su
»alma se abrió y se dilató delante del Señor:
»fué quebrantada toda la dureza que la oprimia;
»y el yugo de Jesucristo, ántes tan árduo á su
»imaginacion, le pareció lo que es realmente,
»suave y ligero. En el primer impulso de su rap-
»to, levantóse y fué á buscar á fray Reginaldo, en
»cuyas manos pronunció sus votos. En seguida
»vinó á verme, y mientras yo consideraba el mo-
»tivo de sus lágrimas en su angélico semblante,
»y le preguntaba á dónde habia ido, me respon-
»dió: Hice un voto al Señor y lo cumpliré. Dife-
»rimos, sin embargo, vestir el hábito hasta el
»tiempo de cuaresma, y ganamos en el intervalo
»á uno de nuestros compañeros, fray Leon, que
»luego sucedió á fray Enrique en el cargo de
»prior.

«Llegado que hubo el día en que la Iglesia,
 »con la imposición de las cenizas, recuerda á
 »los fieles lo que son y lo que han de ser, nos
 »dispusimos á cumplir nuestro voto. Nuestros
 »compañeros no tenían noticia alguna de nues-
 »tro proyecto, y uno de ellos viendo á fray En-
 »rique salir de la posada, le dijo: Señor Enri-
 »que, ¿donde vais? Voy, le respondió, á Betania,
 »aludiendo al sentido hebraico de esta palabra,
 »que significa *casa de obediencia*. En efecto, fui-
 »mos los tres á Santiago, y entramos en el mo-
 »mento en que los religiosos cantaban *immute-*
 »*mur habitu*. No esperaban nuestra visita, pero
 »no dejaba de ser oportuna aunque imprevista,
 »y nos despojamos del hombre viejo para vestir-
 »nos del nuevo, mientras que los religiosos can-
 »taban lo mismo que nosotros hacíamos (1).»

Reginaldo no vió tomar el hábito á Jordan de Sajonia y á Enrique de Colonia; habia regresado á Dios ántes de haber consumado esta última obra, semejante al aloes, que muere en flor y no ve sazonados sus frutos.

CAPÍTULO XVI.

Primer capítulo general de la Órden.—Residencia de Santo Domingo en Lombardía.—Institución de la Órden Tercera.

No habian aún trascurrido tres años desde la dispersion de los religiosos en Nuestra Señora de

(1) *Vida de Santo Domingo*, cap. III, n. 47 y siguientes.

Prouille, y ya poseian conventos en Francia, Italia, España, Alemania, y hasta en Polonia: la bendicion de Dios les habia comunicado en todas partes gracia para multiplicarse y establecerse. Domingo, que con sus propios ojos habia visto sus progresos, y que con su presencia los habia acelerado, creyó que habia llegado ya la hora de hacerlos gozar del espectáculo de su fuerza, no para excitar en ellos una vana satisfaccion, sinó para estimularles á mayores trabajos, asegurando su unidad, y dando á la legislacion que los regia la última mano. Convocó, pues, en Bolonia el capítulo general de su Órden: el dia de la Pentecostés del año 1220, fué el señalado para su convocacion. Domingo salió de Roma á fines de febrero ó principios de marzo, pasó algunos dias en Viterbo al lado del Soberano Pontífice, que le dió nuevas muestras de su constante afecto en tres cartas que escribió, una tras otra, á los pueblos de Madrid, Segovia y Bolonia, para darles gracias por la caridad que habian manifestado con los Hermanos Predicadores, exhortándolos á perseverar en los mismos sentimientos. Estas cartas están fechadas en 20, 23 y 24 de marzo; y en 26 de febrero habia ya escrito á los religiosos de Nuestra Señora de los Campos de París, para felicitarles por haber concedido en su iglesia derecho de sepultura á los Hermanos. El 6 de mayo siguiente, los recomendó al arzobispo de Tarragona, en términos muy lisonjeros; y el 12 permitió á muchos religiosos de varias Órdenes reunirse á Domingo para ejercitarse con él en el ministerio de la predicacion.

En el dia de la Pentecostés, Domingo estaba en

Bolonia, rodeado de los Hermanos de San Nicolás y de los representantes de toda la Orden. Se ignoran los nombres de los que acudieron: sólo se sabe que, pocas semanas despues de haber tomado el hábito, Jordan de Sajonia fué enviado de París con otros tres religiosos. Domingo se levantó en medio de aquella asamblea, no ya simple prior de algunos religiosos, sinó maestro general de una Orden difundida por toda Europa; no ya en una simple iglesia de aldea como Prouille, sinó en el seno de una grande y célebre ciudad, centro de la juventud culta de las naciones; no ya en lucha con las dudas de sus amigos, sinó despues de cimentada su obra, y viendo á su lado para defenderla hombres, cuya voz echaban de ménos las cátedras de las universidades. Domingo contaba entónces cincuenta años.

Lo primero que propuso al capítulo general fué la renuncia de todos los bienes que poseia la Orden, á fin de no vivir más que de limosnas cuotidianas, resolucion antigua ya en su mente, y adoptada como principio por los Hermanos, cuando las deliberaciones que se tomaron en Prouille en 1216, pero cuya ejecucion se remitió á más adelante. En cuanto á Domingo personalmente, desde aquella famosa entrevista de Montpellier, que señalaba el principio de su apostolado, siempre habia vivido de la caridad pública, pues estaba firmemente convencido, de que la pobreza voluntaria era la única arma capaz de vencer á la herejía. Pero no era lo mismo que algunos misioneros viviesen mendigando su sustento, que fundar una Orden estable sobre las inseguridades cuotidianas de la mendicidad. Todas las

tradiciones parecian contrariar una tan atrevida construccion; desde que la Iglesia pudo gozar del derecho de propiedad, hizo uso de él, á fin de ser libre con respecto á sus enemigos, liberal con los pobres, y magnífica con Dios. Hasta los solitarios del Oriente vendian y compraban, teniendo á mucha honra vivir del trabajo de sus manos. ¿Por qué se habia hecho un abuso de la riqueza, se habia de abusar tambien de la pobreza? Si el siglo tenia necesidad de un grande ejemplo, ¿era prudente encargar al porvenir una respuesta destinada á tiempos de excepcion? Sea por estas razones ó por otras análogas, el hecho es, que Domingo habia aceptado posesiones territoriales para su Orden, aunque siempre con el proyecto tácito de abandonarlas algun dia. Se ha dicho que sus relaciones con San Francisco de Asis le habian inspirado la idea de este renunciamento, y cierto es que San Francisco habia recibido de Dios más particularmente la mision de reanimar el espíritu de pobreza en la Iglesia; pero, aún ántes de que por seguir á Jesucristo hubiese renunciado á todo, ya Domingo recorria el Langüedoc descalzo, cubierto de un cilicio y de una túnica remendada, y pidiendo á la Providencia el pan de cada dia. Los dos santos se vieron por vez primera en Roma, en tiempo del cuarto concilio de Latrán, cuando solicitaban de Inocencio III la aprobacion de sus Ordenes respectivas, y cuando los dos habian ya dado al mundo, sin conocerse, el espectáculo de las mismas virtudes. San Francisco de Asis tuvo la gloria de no titubear nunca en hacer de la mendicidad el patrimonio de su religion; Domingo, no ménos austero consigo

mismo, pero no tan atrevido con respecto á los demás, esperó la confirmacion de sus planes de pobreza de la experiencia, y tuvo la gloria de abdicar bienes ya adquiridos. Cediólos á religiosas de diferentes Órdenes, con el consentimiento del capítulo general; y en virtud de un decreto perpétuo se estableció, que, en lo sucesivo, los Hermanos no poseyesen en este mundo otra propiedad que sus virtudes. Domingo queria ir aún más léjos; queria que toda la administracion doméstica estuviese á cargo de los religiosos legos, para que los otros pudiesen dedicarse exclusivamente á la oracion, al estudio y á la predicacion. Pero los padres del capítulo se opusieron á ello, alegando el reciente ejemplo de los religiosos de Grandmont, á quienes un reglamento semejante habia puesto á merced de los legos, y reducido á un estado de degradante servidumbre. Domingo adhirió á su dictámen.

El capítulo general decretó todavía otras constituciones, luego vigentes; pero la historia no se explica sobre este punto, y tampoco han llegado hasta nosotros las actas del capítulo. Domingo suplicó á los padres que le descargasen del peso del gobierno. «Merezco, les dijo, ser depuesto, porque soy estéril y tibio (1).» Además del sentimiento de humildad que le hacia hablar de esta suerte, no habia perdido el deseo de acabar su vida entre los infieles, y de obtener, llevándoles la verdad, aquella palma del martirio de que su corazon habia tenido siempre una ardiente sed.

(1) *Actas de Bolonia*, deposicion de Rodulfo de Faenza, n. 4.

Mas de una vez habia dicho, que deseaba ser azotado y descuartizado por Jesucristo. Abriendo su corazon á fray Pablo de Venecia, le decia: «Cuando háyamos arreglado y formado nuestra Orden, irémos al país de los Cumanos: les predicaremos la fé de Jesucristo y los ganaremos al Señor (1).»

Este momento le parecia llegado ya. ¿No habia reglamentado y formado su Orden? ¿No la veian sus ojos como una cepa madura? ¿Qué le quedaba más que ofrecer en sacrificio sinó los restos de su alma y de su cuerpo? Pero los padres no quisieron absolutamente oír hablar de su dimision, y léjos de consentir en ella, le confirmaron á porfia en el cargo de maestro general, añadiendo el lustre de una libre y unánime eleccion, á la autoridad de la Sede apostólica, de quien lo habia recibido. Domingo obtuvo que, á lo ménos, limitasen su poder unos magistrados llamados *definidores*, los cuales, cuando se reuniesen los capitulos generales, tendrian el derecho de examinar y de arreglar los negocios de la Orden, y aún de deponer al maestro general, en caso de que llegase á prevaricar. Más adelante, Inocencio IV aprobó este notable estatuto. El capítulo se separó despues de haber decretado que se reuniria todos los años, ya en Bolonia, ya en París, alternativamente: sin embargo, por una excepcion inmediata, se designó á Bolonia para la próxima asamblea.

Uno de los puntos de Europa más trabajados

(1) *Actas de Bolonia*, deposicion de Pablo de Venecia, número 3.

por la herejia era la alta Italia. Expuesta á los contactos del Oriente y á las influencias cismáticas de los emperadores de Alemania, habia padecido una notable alteracion en su fidelidad á la Iglesia. Domingo creyó útil, pues, evangelizarla, y en el verano de 1220 la recorrió casi toda; pero este hecho no lo confirman con ningun detalle los historiadores contemporáneos que nos lo refieren. Las más de las ciudades de la Lombardia reclaman el honor de haber poseido y oido al santo Patriarca; y sus anales, escritos mucho tiempo despues, contienen acerca de su residencia en ellas algunas anécdotas, cuya autenticidad no está probada suficientemente. Es seguro que visitó á Milán y que allí cayó enfermo; fray Bonvisi, que le acompañaba en este viaje, habla de su constancia en padecer en estos términos: «Cuando yo estaba en Milán con fray Domingo, »tuvo algunos ataques de calentura; yo le cuidaba entónces y nunca le oí quejarse. Siempre »estaba orando y en contemplacion, de lo que yo »podia juzgar por ciertas señales que se manifestaban en su rostro y que yo conocia muy »bien, porque las habia observado en él siempre »que oraba y contemplaba. Apénas se le pasaba »la calentura, empezaba á hablar de Dios á los »religiosos, leia ó hacia que le leyeran, alababa »al Señor, y se regocijaba de su enfermedad, cosa »que le era ordinaria en las tribulaciones mucho »más que en la prosperidad (1).»

En Cremona se encontró Domingo con San Francisco de Asis. Miéntras estaban conversando,

(1) *Actas de Bolonia*, deposicion de fray Bonvisi, n. 3.

se acercaron algunos religiosos de San Francisco y dijeron: «En el convento carecemos de agua »pura, por lo que os rogamos á vosotros, que sois »nuestros padres y siervos de Dios, que intercedais con el Señor á fin de que bendiga nuestro »pozo, cuya agua está turbia y corrompida.» Los dos patriarcas se miraron, escitándose mutuamente con la vista á responder: entónces Domingo dijo á los religiosos: «Sacad agua y traédnosla.» Fueron á buscarla en un jarro y la trajeron. Domingo, dirigiéndose á Francisco: «Padre, dijo, bendecid esta agua en nombre del Señor.» Francisco respondió: «Padre, bendecidla vos, porque sois el mayor (1).» Este piadoso altercado duró algun tiempo, hasta que Domingo, vencido por Francisco, hizo sobre el jarro la señal de la cruz, y mandó que echasen el agua en el pozo, cuyo manantial quedó purificado para siempre.

En Módena, un canónigo francés que iba á Roma, fué á buscarle al bajar del púlpito, y le confesó, que desesperaba de la salvacion de su alma á causa de una tentacion contra la castidad, que nunca habia podido vencer. «Animo, le respondió el Santo; tened confianza en la misericordia de Dios; yo os obtendré de él el don de »continencia (2).» El conónigo se retiró curado.

Tenia costumbre Domingo de visitar cuantos monasterios hallaba á su paso. Detúvose, entre otros, en el de Colomba, en el Parmesano, y se

(1) Pedro Cali, *Vida de Santo Domingo*, n. 21

(2) El B. Humberto, *Vida de Santo Domingo*, n. 51.

cree que á allí se refiere un rasgo de bondad que un historiador refiere en estos términos: «Una noche llegó Domingo á la entrada de un convento cuyos religiosos estaban ya todos acostados. Temiendo incomodarles, tendióse delante de la puerta con su compañero, y pidió al Señor que sin despertar á los frailes proveyese á su necesidad. En el mismo instante ambos se hallaron en el interior (1).» Colomba era un célebre monasterio de la órden del Cister, que fundó el mismo San Bernardo: en 1248 fué arruinado por el emperador Federico II.

El día de la Asuncion, Domingo se hallaba de vuelta en Bolonia, y este mismo día tomó el hábito Conrado el Teutónico. Conrado era un doctor de la universidad de Bolonia, tan famoso en aquellos tiempos por su sabiduría y su virtud, que los Hermanos Predicadores deseaban ardientemente contarle entre los hombres notables que habian abrazado su religion. La víspera de la Asuncion de la bienaventurada Virgen, Domingo estaba conversando reservadamente con un religioso de la órden del Cister, que luego fué obispo de Alatri, y que era entónces prior del monasterio de Casemare. Domingo le habia conocido en Roma, y le habia cobrado gran cariño; así fué, que hablando con él en toda confianza, en el calor de la conversacion, le dijo: «Os confieso, prior, una cosa que á nadie he dicho todavía, y que os ruego guardéis secreta hasta mi muerte; y es, que nunca en esta vida Dios me ha negado cosa alguna de lo que le he pedido.» Admiróse mucho

(1) Rodrigo de Cerra, *Vida de Santo Domingo*, n. 31.

el prior al oír esto; y sabiendo el deseo que tenían los religiosos Predicadores, de ver entre ellos á Conrado el Teutónico, le dijo: «Si eso es así, padre, ¿por qué no pedís á Dios que os dé al maestro Conrado, cuya posesion tanto anhelan los religiosos? Domingo le respondió: Amado hermano, me habláis ahora de cosa muy difícil de obtener; pero si esta noche quereis orar conmigo, confio en el Señor que nos concederá la gracia que deseais (1).» Despues de completas, el siervo de Dios se quedó en la iglesia, segun su costumbre, y el prior de Casemare con él. En seguida asistieron á los maitines de la Asuncion; y luego que hubo amanecido, á la hora de prima, miéntras el chantre entonaba el *Jam lucis orto sidere*, se vió entrar en el coro al maestro Conrado, quien, echándose á los piés de Domingo, le pidió el hábito al instante. El prior de Casemare, fiel al secreto que habia prometido, no refirió esta anécdota hasta despues de la muerte de Domingo, á quien sobrevivió mas de veinte años. Mucho tiempo temió morir el primero, y así se lo dijo al Santo, pero este le aseguró que no seria así.

Entre los sujetos que recibió Domingo en la Orden por aquella época se cuenta á Tomás de Apulia, mozo de tan grande inocencia y de tal sencillez de costumbres que el Santo lo amó tiernamente, y le llamaba su hijo. Algunos de los antiguos compañeros del nuevo religioso, indignados de haberle perdido, le sacaron astutamente del convento, y empezaron á arrancarle los há-

(1) El B. Humberto, *Vida de Santo Domingo*.

bitos de la Órden. Avisaron en seguida á Domingo, quien al punto entró en la iglesia para orar; y cuando los raptos, habiendo quitado hasta la camisa de lana á fray Tomás, forcejeaban por ponerle una de lienzo, su víctima prorumpió en lamentables gritos, diciendo que se sentia arder, y no pudo sosegar hasta que le llevaron otra vez al aprisco, vestido con los ásperos y amados hábitos de que le habian despojado. Con un juriconsulto de Bolonia ocurrió un hecho muy parecido. Sus amigos entraron á mano armada para arrebatarlo en el claustro de San Nicolás; los religiosos, para oponer la fuerza á la fuerza, querian llamar, á algunos caballeros amigos de la Órden; pero Domingo les dijo: «Veo al rededor de la iglesia mas de doscientos ángeles que el Señor ha destinado á la defensa de los religiosos (1).»

El siervo de Dios predicaba frecuentemente en Bolonia, y tal era la veneracion que le tenia aquel pueblo, que la gente, en vez de esperarle en la iglesia donde estaba anunciado el sermón, iba á buscarle á San Nicolás y le acompañaba hasta ella. Un dia en que el pueblo habia ido á buscarle, llegaron á él dos estudiantes, y uno de ellos le dijo: Ruégoos que pidais á Dios la remision de mis pecados, porque, si no me engaño, me arrepiento de ellos, y los he confesado todos.» Domingo, que todavía estaba en la iglesia, se acercó á un altar, oró allí un breve rato, y volviendo al mancebo, le dijo: «Tened confianza y perseve-

(1) Thierry de Apoldia, *Vida de Santo Domingo*, cap. XVII núm. 209.

»rad en el amor de Dios, que os ha perdonado todas vuestras culpas.» El otro estudiante que oyó esto, acercóse tambien al Santo y le dijo: «Padre, »orad tambien por mí, porque he confesado todos »mis pecados.» Domingo de nuevo se arrodilló en el altar é hizo oracion; pero volviendo en seguida á donde estaba el mancebo, le dijo: «Hijo »mio, no trateis de engañar á Dios, vuestra confesion no ha sido entera: hay un pecado que habeis ocultado á sabiendas por vergüenza.» Y llamándole aparte, preguntóle cuál era aquel pecado que se habia avergonzado de confesar. El estudiante respondió: «Así es, padre, perdonadme (1).» Domingo siguió un rato hablando con él, y luego se fué con el pueblo que le esperaba.

Era habitual en él este espiritu de profecía. Una vez se encontró con un religioso que iba de misionero; detúvole, y despues de algunos momentos de conversacion, interiormente advertido de que aquel religioso habia cometido una falta, le preguntó si llevaba dinero consigo, lo cual afirmó hnmildemente el religioso. Domingo le mandó que al instante lo arrojase, y le impuso una penitencia, porque jamás dejaba impune una falta. «Era, dice Thierry de Apoldia, el primero »en observar los estatutos de la Orden; y á fin de »que todos los observasen religiosa y puntualmente, nada perdonaba. Si alguna vez, de resultas de la fragilidad humana, faltaba á su »deber alguno de los religiosos, no le eximia de »la correccion; pero templaba tambien la severidad con la blandura, que sin conturbar al hom-

(1) Pedro Cali, *Vida de santo Domingo*, n. 18.

»bre se castigaba al culpado. No siempre repre-
 »dia inmediatamente al que caia; pasaba la falta
 »sin darse por entendido; y cuando se presentaba
 »una ocasion oportuna, decia al delincuente:
 »Hermano mio, no habeis hecho bien tal cosa;
 »load á Dios y confesad vuestro pecado. Y así
 »como por la correccion se mostraba padre, así
 »abria entrañas de madre á los que estaban afli-
 »gidos. No habia palabra mas dulce y calmante
 »que la suya; y los que iban á buscar en él re-
 »medio para sus largas tribulaciones, nunca se re-
 »tiraban sin ir consolados. Guardaba el alma de
 »los Hermanos como si fuera la suya propia, con-
 »servándoles en la práctica de toda honradez y de
 »toda religion. Por lo cual, como está escrito, que
 »*el continente y el modo de andar del hombre, y la*
 »*risa de sus labios y el vestido de su cuerpo hablan*
 »*de él*, si veia á alguno de los Hermanos faltar en
 »su hábito á la forma ó á la pobreza religiosa, no
 »lo sufría. Todos los dias, á ménos de un grande
 »obstáculo, consagraba un sermon ó una confe-
 »rencia á los religiosos; y les hablaba con tanta fé
 »y tantas lágrimas, que excitaba en ellos la gra-
 »cia de la compuncion. Nadie supo conmover el
 »corazon de los Hermanos como él (1).»

Segun el mismo historiador, tres cosas habia
 que Domingo recomendaba á sus hijos sobre to-
 das las demás, cuales eran: hablar siempre de
 Dios ó con Dios, en viaje no llevar nunca dinero,
 y no recibir posesiones temporales. Exhortábales
 continuamente á estudiar y anunciar la palabra
 de Dios: conocia á los que tenian disposicion para

(1) *Vida de Santo Domingo*, cap. XVI, n. 186 y 187.

el púlpito, y no podia sufrir que se dedicasen á otros trabajos.

Domingo, como todos los santos, ejercia un gran dominio sobre el espíritu de las tinieblas. Muchas veces lo ahuyentó del cuerpo de los religiosos. Veíalo, bajo diversas formas, presentarse á él, ya para separarle de su meditacion, ya para turbarle miéntras estaba predicando. Thierry de Apoldia refiere el hecho siguiente: «Cierta dia, en »que el Santo, centinela vigilante, daba la vuelta »por la ciudad de Dios, halló al demonio, que, »como una fiera devoradora, rondaba por el convento; detúvole, y le dijo: ¿Por qué giras de esa »suerte? El demonio respondió: Por el beneficio »que de ello me resulta. El Santo le dijo: ¿Qué »ganas en el dormitorio? A lo que él respondió: »Desvelo á los Hermanos, les persuado que no se »levanten para los maitines; y cuando puedo, les »perturbo con sueños é ilusiones. Le condujo el »Santo al coro y le dijo: ¿En este santo lugar qué »ganas? Respondió: Les hago venir tarde, salir »pronto, y no pensar en lo que hacen. Preguntado »en punto al refectorio, respondió: Que coman »más ó ménos de lo necesario. Llevado al locutorio, dijo riéndose: Este lugar es mio; es el lugar »de las risas, de las murmuraciones, de las palabras inútiles. Pero cuando estuvo en el capítulo, »quiso huir, diciendo: Ese sitio me es odioso, porque en él pierdo cuanto gano en otras partes: ahí »es donde se les advierten sus culpas á los religiosos, donde se confiesan, hacen penitencia y »obtienen la absolucion (1).»

(1) *Vida de Santo Domingo*, cap. XV, pág. 174 y 175.

Recorriendo la Lombardía, Domingo habia visto tristísimas señales de la decadencia de la fé. Los seglares se habian apoderado en muchos lugares del patrimonio de la Iglesia, y todo el mundo la robaba só pretesto de que era demasiado rica. Reducido el clero á una degradante pobreza, no podia ya proveer á las magnificencias del culto, ni ejercer con los pobres el deber de la caridad; y la herejía, que habia engendrado el despojo, á su vez, nacia de él como medio de justificarlo. Para la Iglesia no hay peorsituacion que ésta. Los bienes que ha perdido le convierten á los nuevos poseedores en enemigos implacables: el error se trasmite como una condicion de la propiedad, y el tiempo, que todo lo borra, parece impotente contra esta alianza de los intereses de la tierra con la obcecacion del entendimiento. Fundador de un Orden mendicante, Domingo tenia más derechos que nadie á oponerse á una tan espantosa combinacion del mal; y para resistir á ella, instituyó una asociacion, á la que dió el nombre de *Milicia de Jesucristo* (1).

Componíase de personas seglares deambos sexos,

(1) Los historiadores no están de acuerdo sobre la época en que se instituyó la *Milicia de Jesucristo*. Los unos buscan su origen en los tiempos de la residencia de Santo Domingo en el Langüedoc; otros la colocan en el tiempo de su residencia en Lombardía, dictámen que adoptamos por estar apoyado en el más antiguo texto que sobre esto poseemos. Dice así: «Esta iniquidad reinaba en muchos puntos de Italia, lo cual visto con dolor por el Santo Padre Domingo, que habia elegido por sí y por los suyos la suma pobreza, empezó á trabajar por recuperar los bienes de la Iglesia.» Y más adelante: «Despues que el bienaventurado Domingo hubo así arreglado esta asociacion, fué á reunirse con el Señor.» (El B. Raimundo de Capua, *Vida de Santa Catalina de Sena*, parte I, cap. VIII.)

que se obligaban á defender los bienes y la libertad la Iglesia por cuantos medios estuviesen á su alcance. Usaban el mismo vestido del siglo, distinguiéndose únicamente por los colores dominicos, el blanco, símbolo de la inocencia, y el negro, símbolo de la penitencia. Sin estar ligados por los tres votos de pobreza, de castidad y de obediencia, participaban, en lo posible, de la vida religiosa: observaban abstinencias, ayunos, vigili-
lias, y reemplazaban el rezo del oficio divino, con cierto número de *Padre nuestros* y *Ave Marías*. Tenian un prior de su eleccion, bajo la autoridad de la Orden: en dias fijos se reunian en una iglesia de Hermanos Predicadores para oir en ella la misa y el sermon.

Cuando Domingo fué elevado á la categoria de los Santos, los Hermanos y las Hermanas de la asociacion tomaron el titulo de *Milicia de Jesu-Cristo y del bienaventurado Domingo*. Más adelante, lo que habia de militante en aquella denominacion, desapareció con las causas públicas del combate; y quedó consagrada la asociacion á los progresos del hombre interior, bajo el título de *Hermanos y Hermanas de la Penitencia de Santo Domingo*. Bajo este nombre, la confirmó y modificó sus reglamentos, Munio de Zamora, séptimo maestro general de los Hermanos Predicadores. Los papas Gregorio IX, Honorio IV, Juan XXII y Bonifacio IX le concedieron privilegios en diferentes épocas; y el papa Inocencio VII aprobó su regla, cual la habia escrito Munio de Zamora. Su bula es del año 1405, y Eugenio IV la promulgó en 1439.

La Milicia de Jesucristo fué la tercera Orden

instituida por Domingo, ó más bien, la tercera rama de una sola Orden, que abrazaba en su plenitud á hombres, á mujeres y á gentes del siglo. Con la creacion de los Hermanos Predicadores, Domingo habia sacado las falanges monásticas del desierto, y las armó con la espada del apostolado; con la creacion de la tercera Orden introdujo la vida religiosa hasta en el seno del hogar doméstico y en la cabecera del lecho nupcial. El mundo se pobló de doncellas, de viudas, de personas casadas, de hombres de todos estados, que públicamente ostentaban las insignias de una Orden religiosa, y se sometian á sus prácticas en el secreto de sus casas. El espíritu de asociacion que reinaba en la Edad media, y que es el del cristianismo, favoreció este movimiento. Así como se pertenecia por la sangre á una familia, á una corporacion por el servicio á que uno se habia alistado, á un pueblo por el territorio, á la Iglesia por el bautismo, se queria tambien pertenecer por un sacrificio voluntario á una de las gloriosas milicias, que en los afanes de la palabra y de la penitencia servian á Jesucristo. Los hombres se vestian con las libreas de Santo Domingo ó de San Francisco: injertábanse en uno de estos dos troncos, para vivir de su sávia, sin dejar por eso de conservar su naturaleza propia: frecuentaban sus iglesias, tomaban parte en sus oraciones, los asistian con su amistad, seguian las huellas de sus virtudes lo más de cerca que podian. No se creia ya, que para elevarse á la imitacion de los santos, fuese preciso huir del mundo: cualquier aposento podia ser una celda, y una Tebaida cualquiera casa. A medida que la edad

y los sucesos de la vida aligeraban de la pesada carga de la carne al cristiano, éste sacrificaba al claustro una mayor porcion de sí mismo. Si le sepultaba en luto y amargura la muerte de una esposa ó de un hijo: si una revolucion le precipitaba desde los honores al destierro y desamparo; tenia otra familia pronta á recibirle en sus brazos, otra ciudad en la que tenia adquirido el derecho de ciudadanía; pasaba de la Orden tercera á la Orden completa, como se pasa de la juventud á la edad viril. Una de las cosas más bellas que se pueden leer, es la historia de esta institucion; en todos los grados de la vida humana, desde el trono hasta el escabel, ha producido santos, con tal abundancia, que el desierto y el claustro podian envidiarla. Las mujeres, sobre todo, han enriquecido las Órdenes terceras con el tesoro de sus virtudes. Encadenadas con harta frecuencia desde la infancia á un yugo involuntario, merced al hábito de Santo Domingo, ó de San Francisco, se sustraian á la tirania de su posicion. El monasterio iba á ellas, ya que no podian ellas ir á buscar el monasterio. En algun oscuro rincon de la casa paterna ó conyugal, formábanse un misterioso santuario, consagrado al invisible Esposo, á quien únicamente amaban. ¿Quién no ha oido hablar de Santa Catalina de Sena y de Santa Rosa de Lima, de estas dos estrellas dominicas, que han iluminado á entrambos mundos con los brillantes rayos de su fé? ¿Quién no ha leido la vida de la franciscana santa Isabel de Hungría? Así el espíritu de Dios desenvuelve su obra con el tiempo: proporciona los milagros á las miserias; y despues de haber florecido en las soledades, ex-

tiende pomposas y verdes ramas en los caminos mas frecuentados.

CAPÍTULO XVII.

Sexto y último Viaje de santo Domingo á Roma.—Segundo capítulo general.—Enfermedad y muerte del santo Patriarca.

Con la creacion de la Órden tercera quedaba terminada la mision de Domingo: ya no le quedaba sinó dar el último adios á cuanto habia amado en la tierra, y Roma ocupaba, sin duda, el primer lugar en su corazon. Allí fué con su primer amigo Acevedo, cuando aún no habia empezado su vida pública; allí volvió para obtener la aprobacion y la confirmacion de su Órden; allí habia edificado los monasterios de San Sixto y de Santa Sabina, plantado el centro de su instituto, ejercido el cargo de maestro del sacro palacio, obtenido la confianza de dos grandes Papas, resucitado tres muertos, y visto elevarse hasta el triunfo la veneracion que le profesaba el pueblo. Allí residia con infalible majestad el Vicario de Aquel, á quien habia amado y servido todos los dias de su vida. ¿Podia morir sin haber recibido de él la última bendicion? ¿Podia cerrar los ojos sin haberlos tendido por una vez aún sobre las colinas de la ciudad santa? ¿Podia cruzar sus manos para siempre, ántes de haber ofrecido un sacrificio supremo en los altares de los apóstoles Pedro y Pablo? ¿Podia entregar sus piés á la inmovilidad, ántes de haber pisado para nunca más

volver á ellos, los senderos del Aventino y del Celio? Roma, pues, por sexta vez abrió sus entrañas de madre al grande hombre que habia parido en su ancianidad, y que debia suscitarle hijos y fieles hasta en mundos, cuyos nombres no le eran todavía conocidos. Honorio III le dió en muchos diplomas nuevas muestras de su solicitud y de su soberana paternidad; por el primero, de fecha 8 de diciembre de 1220, absolvía á algunos Hermanos de la irregularidad en que habian incurrido, con una recepcion poco canónica de los sagrados órdenes; por otros tres, de 18 de enero, 4 de febrero, y 29 de marzo del año siguiente, recomendaba los Hermanos Predicadores á todos los prelados de la cristiandad. En otro, de 6 de mayo, les permitia, en caso de necesidad, ofrecer el santo sacrificio en un altar portátil. Esta fué la última página que Honorio firmó á favor de la Orden, viviendo su fundador; pontífice que tuvo la gloria singular de ver florecer durante su pontificado á Santo Domingo y á San Francisco, y de no mostrarse indigno con sus actos de esta merced del cielo.

Mientras Domingo dirigia á Roma su último adios, la Providencia le envió en la persona de Foulques, obispo de Tolosa, el amigo mas antiguo que le quedaba. Foulques representaba en su sola persona aquellos ya tan remotos tiempos del Langüedoc, la ereccion de Nuestra Señora de Prouille y de San Roman de Tolosa, todos los beneficios y todos los recuerdos que rodeaban la cuna de los Hermanos Predicadores. ¡Cuán dulce debió ser la conversacion de estos dos hombres! Dios habia coronado con un triunfo inaudito

tantos votos secretos como antiguamente habian formado juntos: veian el ministerio de la predicacion restaurado en la Iglesia, por una Órden religiosa, extendida ya de uno á otro confin de Europa; ellos, que tantas veces habian hablado de la necesidad de restablecer el apostolado. La parte que les habia cabido en esta grande obra, no les inspiraba orgullo; pero se asociaban con más alborozo á la gloria de la Iglesia, como que habian sentido sus males con más profundo dolor. Foulques, por no haber sido el principal instrumento de los designios de Dios, desde un principio, fué superior al secreto aguijon de la envidia, y su alma episcopal despreció los recelos, harto naturales, en quien ve hechas las grandes cosas por extrañas manos. Habia dejado hacer el bien, y habia prestado su ayuda para obrar, cosa más difícil todavía que obrarlo uno por sí mismo: su corona era pura, su corazon quedaba satisfecho. Por lo que hace á Domingo ¿qué más podia desear? ¡Oh felices momentos en que el cristiano, al fin de su carrera, está interiormente convencido de que ha dado cumplimiento á la voluntad de Dios, y en que derrama la paz que en su servicio ha ganado en el corazon de otro cristiano, su compañero y su amigo! Nos ha quedado un testimonio de aquella reunion de Domingo y de Foulques, especie de testamento, cuya lectura nos consolará de no poder oir más circunstanciadamente sus últimas conferencias.

«En nombre del Señor, sea notorio á cuantos
»vieren las presentes letras, que Nos, Foulques,
»obispo de Tolosa, por la gracia de Dios, os damos
»en nuestro nombre y en el de nuestros sucesores

»res, para la remision de nuestros pecados, la
 »defensa de la fé católica, y la utilidad de toda la
 »diócesis de Tolosa, á vos, amado Domingo, MAES-
 »TRO DE LA PREDICACION, igualmente que á vues-
 »tros sucesores y á los Hermanos de vuestra Ór-
 »den, la iglesia de Nuestra Señora de Fanjeaux,
 »con todos los diezmos y derechos á ella anejos,
 »así los que pertenecen á nuestra persona, como
 »los de fábrica y del capellan de la iglesia: salvo
 »para Nos y sucesores el derecho catedrático, el
 »de procuracion, y la cura de almas, que confia-
 »remos al sacerdote que nos será presentado por
 »el maestro de la Orden, ó por el prior establecido
 »en esta iglesia. Y nos, Domingo, MAESTRO DE LA
 »PREDICACION, por nos, nuestros sucesores y los
 »Hermanos de la Orden, á vos, Foulques, obispo,
 »y á vuestros sucesores, cedemos la sexta parte
 »de los diezmos de todas las iglesias parroquia-
 »les de la diócesis de Tolosa, que en otro tiempo
 »nos concedísteis con el consentimiento de los
 »canónigos de San Estéban, renunciando perpé-
 »tuamente el derecho concedido por las leyes y
 »los cánones de reclamar esta donacion (1),»

Este documento está fechado en Roma, á 17 de abril de 1221: lleva tres sellos, el de la catedral de San Estéban, el de Foulques y el de Domingo. El sello de Domingo le representa de pié en hábito de Hermano Predicador, y con un baston en la mano: al rededor están grabadas entas palabras: *Sello de Domingo, ministro de las Predicaciones*; por donde se colige, que el magnífico título

(1) En Machachi, *Anales de la orden de los Hermanos Predicadores*, tomo I, apéndice, pág. 70.

de *Maestro de la Predicacion* que en el cuerpo del documento se le atribuye, no fué elegido por él, sino un homenaje de Foulques, quien no podia expresar más vivamente lo que opinaba de su amigo. El Soberano Pontífice, en sus bulas y cartas, solo habia llamado á Domingo *el prior de San Roman*, y despues *el prior de la Orden de los Hermanos Predicadores*.

Foulques sobrevivió diez años á Domingo: murió el 25 de diciembre de 1231, y se le dió sepultura en una capilla de la abadía de Grand-Selve, no léjos de Tolosa. Su última morada ha desaparecido debajo de un monton de ruinas que se ven todavia: pero nada pueden contra su memoria las revoluciones del tiempo y de los imperios, porque ella está íntimamente enlazada á un hombre y á una obra cuya cuna protegió, y que ahora le cobijan con su inmortalidad.

Domingo salió de Roma por el camino de Toscana, algunos dias despues del de la fecha del documento de que acabamos de hacer mérito. En Bolsena, en este camino, habia una casa cuyo dueño tenia costumbre de darle la hospitalidad, y que ántes de la muerte del Santo fué recompensado de ello de un modo milagroso. Cierta dia en que el granizo azotaba las viñas que rodean á Bolsena, apareció Domingo en el horizonte, extendiendo la capa sobre la viña de su huésped, y preservóla del azote. Todo el pueblo fué testigo de esta aparicion; y si hemos de creer á Thierry de Apoldia, á fines del siglo trece, estaba todavia en la viña la casita en pié, donde habitaba Domingo cuando pasaba por Bolsena. Los descendientes de su antiguo dueño la conservaban con

particular esmero, y por expresa recomendacion de su antecesor, hospedaban en ella con bondad á los Hermanos Predicadores siempre que se les presentaba ocasion de hacerlo.

La Pentecostés del año 1221, que cayó en 30 de mayo, fué el señalado para la celebracion del segundo capítulo general en Bolonia. Al entrar Domingo en San Nicolás, observó que estaban trabajando en levantar una de las alas del convento para dar más ensanche á las celdas: lloró mucho al ver aquella obra, y dijo á fray Rodolfo, procurador del convento, y á los otros religiosos: «¡Cómo! tan pronto quereis abandonar la pobreza y levantaros palacios! (1).» Mandó en seguida suspender los trabajos, que no continuaron hasta despues de su muerte.

Las actas del segundo capítulo general no han llegado hasta nosotros: lo único que de él sabemos es, la division que se hizo de la Orden en ocho provincias, á saber: la España, la Provenza, la Francia, la Lombardía, Roma, la Alemania, la Hungría y la Inglaterra. A España diósele la primacia de honor, no por derecho de antigüedad, sinó por veneracion á la persona del santo Patriarca en donde habia nacido. España tuvo por prior provincial á Suero Gomez; la Provenza á Bertrand de Garrigue; Francia á Mateo de Francia; la Lombardía á Jordan de Sajonia; Roma á Juan de Plasencia; la Alemania á Conrado el Teutónico; la Hungría á Pablo de Hungría; la Inglaterra á Gilberto de Frassinét. Las seis prime-

(1) *Actas de Bolonia*, deposicion de Estéban de España, n. 4.

ras provincias contenian aproximadamente sobre sesenta conventos, fundados en ménos de cuatro años; las dos últimas, la Hungría y la Inglaterra, no habian recibido todavia religiosos. Domingo se los envió del seno mismo del capitulo general.

Pablo, recién entrado en el claustro despues de haber sido profesor de derecho canónico en la universidad de Bolonia, fué destinado entónces á la Hungría; partió con tres compañeros, uno de los cuales era el famoso fray Sodoc, célebre por la eminencia de su virtud. Vesprin y Albo Royal fueron las primeras ciudades donde fundaron conventos. Más adelante, se internaron hasta aquella nacion de los Cumanos que tanto habia excitado los desvelos de Domingo, y donde él hubiera querido acabar sus dias. Una sola anécdota contaré sobre el establecimiento de los Hermanos Predicadores en Hungría, porque ella nos iniciará más y más en el modo de verificar aquellas santas expediciones. «Por entónces, dos
»Hermanos de la provincia de Hungría fueron á
»cierta aldea, á la hora en que acostumbra reunirse el pueblo cristiano para oír misa. Acabada
»ésta, cuando los vecinos se volvian á sus respectivas casas, el sacristan cerró la puerta de la
»iglesia, y los Hermanos quedaron fuera, sin que
»nadie les abriera las entrañas de su caridad.
»Viólo un pobre pescador, y movido á compasion,
»aunque no se atrevió á convidarles á ir á su
»casa porque nada tenia para recibirlos dignamente, fué á ella y dijo á su mujer: ¡Oh, si tuviéramos qué dar de comer á estos dos religiosos! Me aflige ver á estos pobres hombres que

«están ahí á la puerta de la iglesia, sin que nadie
«les ofrezca hospedaje. La mujer respondió: No
«tenemos más que un poco de mijo por único
«sustento. Sin embargo, habiéndole mandado su
«marido que sacudiese el bolsillo para ver si
«dentro habia algo, cayeron de ella, contra su
«esperanza, dos monedas. El pescador lleno de
«alegría, le dijo: Vé corriendo á comprar pan y
«vino; haz cocer tambien el mijo y pescado; en
«seguida fué él á la iglesia, donde todavia estaban
«los religiosos de pié á la puerta, y les convidó
«con humildad á que fueran á su casa. Los reli-
«giosos se sentaron pues á aquella mesa, servida
«por una inmensa caridad: satisfacieron su ham-
«bre; y despues de haber dado gracias á su hués-
«ped, se retiraron, pidiendo á Dios que se lo pre-
«miase. El Señor oyó su súplica, y en adelante,
«el bolsillo del pescador nunca estuvo vacío:
«siempre habia en él dos monedas: compró con
«ellas una casa, tierras de labor, ovejas, bueyes,
«y, además, el Señor le dió un hijo: pero cuan-
«do estuvo proveido suficientemente, cesó la
«gracia de las dos monedas (1).»

La mision de Inglaterra no fué ménos feliz
que la de Hungría. Gilberto de Frassinét se pre-
sentó al arzobispo de Cantorbery con doce com-
pañeros, el cual habiendo oido que eran Hermanos
Predicadores, mandó al instante á Gilberto,
que predicase delante de él en una iglesia donde
se proponia él predicar aquel dia. Quedó tan sa-
tisfecho, que otorgó su amistad á los Hermanos

(1) Thierry de Apoldia, *Vida de Santo Domingo*, capítu-
lo XXII, n. 219 y 220.

y los protegió toda su vida. Su primer establecimiento fué en Oxford, donde erigieron una capilla á la santísima Virgen, y abrieron escuelas que se llamaron las escuelas de San Eduardo, tomando el nombre de la parroquia en que estaban situadas.

Con estas dos misiones de Inglaterra y de Hungría, acabó Domingo de tomar posesion de toda la Europa. No tardó en recibir un aviso del cielo que le anunciaba su fin: un dia que estaba en oracion, y que suspiraba ardientemente por la disolucion de su cuerpo, apareciósele un mancebo de belleza extraordinaria, y le dijo: «Vén amado mio, vén al seno de la felicidad, vén (1)». Al mismo tiempo conoció la época exacta de la cita que se le daba; y habiendo ido á ver á algunos estudiantes de la universidad de Bolonia, á quienes amaba con predileccion, despues de varias pláticas, se levantó para retirarse, exhortándolos al menosprecio del mundo y á pensar en la muerte. «Amigos mios, les dijo, ahora me veis en cabal salud, pero seré arrebalado á esta vida mortal ántes de que llegue la Asuncion de Nuestra Señora (2).» En seguida salió para Venecia, donde en calidad de legado apostólico se hallaba el cardenal Ugolino; queria recomendarle por última vez las cosas de la Orden y despedirse de tan buen amigo. En los dias más calurosos de aquel verano, en una tarde del mes de Julio, entró Domingo en el convento de San Nicolás. Aunque muy fatigado del viaje, tuvo

(1) Bartolomé de Trento, *Vida de santo Domingo*, n. 13.

(2) Gerardo de Frachet, *Vidas de los Hermanos*, lib. II, capítulo xxvii.

una larga conferencia sobre asuntos de la Orden con fray Ventura y fray Rodolfo, prior el uno, y el otro procurador del convento. A eso de media noche, fray Rodolfo, que tenia necesidad de descanso, instó á Domingo para que fuera á acostar se y no se levantase para los maitines, pero el Santo no quiso consentir en ello. Entró, y estuvo orando en la iglesia hasta la hora del oficio nocturno, que celebró en seguida con los religiosos. Despues del oficio, dijo á fray Ventura, que se sentia con dolor de cabeza, y bien pronto se declaró una violenta disenteria, acompañada de calentura. A pesar de lo que sufría, el enfermo rehusó acostarse en la cama; á lo más, consiguieron que se tendiera, sin desnudarse, sobre un saco de lana. El progreso del mal no le arrancaba ninguna demostracion de impaciencia, ninguna queja, ningun gemido: parecia tan alegre como de costumbre. Pero, como la enfermedad se agravaba por momentos, mandó reunir á los novicios, y con la dulzura de sus palabras, que animaba la sonrisa da su semblante, los consoló, exhortándolos á la virtud. En seguida llamó á doce de los más ancianos y de los más graves de entre los Hermanos, y delante de ellos hizo en alta voz la confesion general de su vida á fray Ventura. Cuando hubo terminado les dijo: «La misericordia de Dios me ha conservado hasta hoy una carne pura y una virginidad sin mancha; si deseais veros favorecidos con la misma gracia, evitad todo comercio sospechoso. La custodia de esta virtud es la que hace al siervo de Dios agradable á Jesú-Cristo, y la que le dá gloria y crédito delante del pueblo. Persistid en

»servir al Señor en el fervor del espíritu; dedi-
 »caos á sostener y á extender esta Órden, que
 »aún está en su cuna; perseverad en la santi-
 »dad, en la observancia regular, y creced en
 »virtud (1).» Añadió, para excitarlos más á velar
 sobre sí mismos: «Aunque la bondad divina me
 »ha preservado hasta esta hora de toda mancilla,
 »os confieso, no obstante, que no he podido evi-
 »tar la imperfeccion de complacerme más en la
 »conversacion de las jóvenes que en la de las
 »viejas (2).» Luego, como turbado y arrepentido
 de su amable y santa ingenuidad, dijo á fray Ven-
 tura en voz baja: «Padre, creo que he pecado ha-
 »blando públicamente á los Hermanos de mi vir-
 »ginidad; hubiera debido no hablar de ella (3).»
 En seguida se volvió de nuevo á ellos, y em-
 pleando la forma sagrada del testamento, les dijo:
 «Hé aquí, hermanos míos carísimos, la herencia
 »que os dejo como á mis hijos; sed caritativos,
 »sed humildes, y poseed la pobreza voluntaria (4).»
 Y á fin de dar á la cláusula de este tes-
 tamento, relativa á la pobreza, una sancion más
 solemne, amenazó con la maldicion de Dios y con
 la suya á cualquiera que osase corromper su Or-
 den, introduciendo en ella la posesion de los
 bienes de este mundo.

Los Hermanos no desesperaban todavía de la
 vida de su Padre, no pudiendo creer que Dios lo

(1) Thierry de Apoldia, *Vida de Santa Domingo*, cap. XX, número 234.

(2) El B. Jordan de Sajonia, *Vida de Santo Domingo*, capítulo IV, n. 68.

(3) *Actas de Bolonia*, deposicion de Ventura, n. 4.

(4) El B. Humberto, *Vida de Santo Domingo*, n. 53.

arreatase tan pronto á la Iglesia y á ellos. Con el consejo de los médicos, y con la idea de que el cambio de aires le seria provechosa, le trasladaron á Santa María del Monte, iglesia dedicada á la santísima Virgen en una altura inmediata á Bolonia. Pero la enfermedad, rebelde á todos los remedios, no hizo más que empeorar. Creyéndose Domingo próximo á morir, llamó de nuevo á su lado á los religiosos: acudieron éstos en número de veinte con su prior Ventura, y se colocaron alrededor del enfermo, que estaba tendido en medio de ellos. Dirigióles Domingo un discurso, del cual no se sabe otra cosa sinó que nunca salieron palabras más tiernas de su corazon. Recibió el sacramento de la Extrema Uncion; y habiendo sabido por fray Ventura, que el religioso administrador de la iglesia de Santa María del Monte se proponia conservar y enterrar su cuerpo en ella, le dijo: «¡No quiera Dios que se me sepulte en otra parte que no sea bajo los piés de mis Hermanos! Sacadme fuera, á esta viña, á fin de que muriendo en ella, podais sepultarme en nuestra iglesia (1).» Lleváronlo, pues, los Hermanos á Bolonia, temiendo á cada paso verle espirar en sus brazos. Como en el convento no tenia celda propia, le llevaron á la del fray Moneta. Se queria mudarle de vestidos, pero no tenia otros, y Moneta dió una de sus túnicas para cubrirle. Fray Rodulfo sostenia la cabeza del Santo, y enjugaba con un lienzo el sudor de su rostro; los demás Hermanos asistian llorando á aquel espectáculo. Domingo, para consolarlos, les dijo: «No lloreis;

(1) *Actas de Bolonia*, deposicion de fray Ventura, n. 7.

más útil os seré en el lugar adonde voy de lo que os lo puedo ser aquí (1).» Uno de los Hermanos le preguntó, dónde queria que enterrasen su cuerpo, y él respondió: «Bajo los piés de mis Hermanos (2).» Desde que habian llegado á Bolonia habia trascurrido una hora: y viendo Domingo, que los Hermanos, turbados por su dolor, olvidaban la recomendacion de su alma, hizo llamar á fray Ventura y le dijo: «Preparaos (3).» Preparáronse ellos al punto, y se colocaron solemnemente alrededor del moribundo. Domingo les dijo: «Aguardad un poco (4).» Aprovechándose Ventura de aquel momento extremo, dijo al santo: «Bien sabeis, Padre, en qué tristeza y desolacion nos dejais: acordaos de nosotros en la presencia del Señor (5).» Levantando los ojos y las manos al cielo, Domingo pronunció esta oracion: «Padre Santo, he cumplido vuestra voluntad, conservando y guardando á los que Vos me disteis: ahora os los recomiendo: conservadlos y guardadlos (6).» Un momento despues, dijo: «Empezad (7).» Empezaron, pues, la solemne recomendacion del alma, y Domingo la hacia con ellos; á lo ménos se le veía mover los labios; pero cuando llegaron á estas palabras: *Venid en su ayuda, Santos de Dios, venid por él, Angeles del Señor, tomad su alma y llevadla á la presenciu del*

(1) *Actas de Bolonia*, deposicion de fray Rodulfo, n. 1.

(2) *Id.*

(3) *Id.*, deposicion de fray Ventura, n. 72.

(4) *Id.*

(5) *Id.*

(6) *Id.*

(7) *Id.*

Altísimo, sus lábios hicieron la postrera contracción, sus manos se levantaron al cielo, y Dios recibió su espíritu. Aconteció esto en 6 de agosto de 1224, en viernes, á la hora de mediodía.

El mismo día, y á la misma hora, fray Guala, prior del convento de Brescia, y luego obispo de esta ciudad, habiéndose apoyado un instante contra la torre en que estaban las campanas del convento, se adormeció ligeramente. En este estado, vió con los ojos del alma una abertura que se hacia en el Cielo, y por la cual dos escaleras bajaban hasta la tierra. En la extremidad de la una estaba Jesucristo: en la extremidad de la otra la bienaventurada Virgen, su Madre. Ocupaba la parte inferior, entre las dos escaleras una silla, y en ella sentado alguien que parecia Hermano Predicador; pero no podia discernirse quién fuese éste, porque cubriale la cabeza la capucha, á la manera de los difuntos. Una porcion de ángeles subian y bajaban por las escaleras, entonando cánticos; y por fin, estas escaleras se levantaron hácia el Cielo, tirando de ellas Jesucristo y su santísima Madre, y con ellas la silla y el que estaba sentado en ella. Cuando llegaron enteramente á lo alto, cerróse el Cielo, y desapareció la vision. Fray Guala, aunque muy débil todavía de resultas de una enfermedad reciente, se volvió en seguida á Bolonia, y supo que Domingo habia muerto el mismo día y á la misma hora en que tuvo esta vision.

En el mismo día tambien, dos Hermanos de Roma, Tancredo y Raon, iban de la ciudad á Tivoli. Llegaron allí un poco ántes de mediodía, y Tancredo mandó á Raon que fuese á celebrar la

santa Misa: éste se confesó ántes de subir al altar, y Tancredo le impuso por penitencia, que en el santo sacrificio se acordase de su padre Domingo, enfermo en Bolonia. Cuando Raon llegó al paso de la Misa en que se hace conmemoracion de los vivos, y miéntras contraia su mente al pensamiento que por penitencia le habia sido impuesto, fué arebatado en éxtasis, y vió á Domingo salir de Bolonia, ceñida la frente de una corona de oro, rodeado de una brillante y hermosa luz, y llevando á derecha é izquierda dos hombres venerables que le acompañaban. Al mismo tiempo un aviso interior le dió la certidumbre, de que el siervo de Dios acababa de morir y de entrar gloriosamente en la pátria santa.

No es difícil entender lo que significaban las dos escaleras del sueño de Guala, y los dos ancianos del éxtasis de Raon. Representaban sin duda la accion y la contemplacion que tan maravillosamente Domingo habia unido en su persona y en su Orden.

Por una disposicion de la Providencia, el cardenal Ugolino llegó á Bolonia, poco despues que Domingo hubo exhalado el último suspiro. Quiso él mismo celebrar el oficio de sus exequias, y á este objeto fué á San Nicolás, donde se hallaron tambien el patriarca de Aquilea, obispos, abades, señores y todo un pueblo. Fué expuesto á la vista de aquella muchedumbre el cuerpo del Santo, despojado del único tesoro que le quedaba: era una cadena de hierro que llevaba á raíz de carne, y que al amortajarle le quitó fray Rodulfo, regalándola despues al bienaventurado Jordan de Sajonia. Todas las miradas y todos los corazones

estaban fijos en aquel cuerpo sin vida. El oficio empezó por cánticos que se resentían de la tristeza universal, y que, como lágrimas, caían de los labios; pero el pensamiento de los Hermanos, poco á poco, abandonó este mundo para elevarse á mayor altura: ya no vieron á su Padre vencido por la muerte, y no dejándoles más que restos inanimados: se les apareció su gloria como una cosa de que estaban seguros. A los lamentos fúnebres sucedió un cántico de triunfo, y una inefable alegría descendió del Cielo á sus corazones. El prior de santa Catalina de Bolonia, llamado Alberto, particular amigo de Domingo, entró en aquel momento en la iglesia, y la alegría de los religiosos, cayendo de improviso en el seno de su dolor personal, le sacó fuera de sí.—Échase sobre el cuerpo del Santo, le besa, le llama y le abraza estrechamente, como queriendo obligarle á revivir y á responderle. Las reliquias de su amigo se muestran sensibles al exceso de su piedad: Alberto se levanta, y dice á Ventura: «¡Albricias, padre!» «Prior, buenas nuevas! El maestro Domingo me ha abrazado y me ha dicho, que este mismo año iría yo á reunirme con él en Jesucristo (1).» Murió, en efecto, en aquel mismo año.

Terminado el oficio, enmudecidas las lenguas del dolor y de la alegría, depositaron los Hermanos el cuerpo de su padre en un cofre de madera cerrado con gruesos clavos: depositáronlo en él, cual estaba en la hora de su muerte, sin otros aromas que el perfume de sus virtudes. En el inte-

(1) Gerardo de Frachet, *Vidas de los Hermanos*, lib. II, capítulo XIII.

rrior de la iglesia habían abierto un hoyo, bajo el pavimento, y cubierto con una bóveda de sillares, adonde bajaron el ataúd; cubriéronla con una gran piedra de mármol sin pulimentar, que fijaron con argamasa, para que ninguna mano temeraria osase tocar los santos restos. Ni la más pequeña inscripcion se grabó en aquella piedra: ningun monumento se elevó sobre ella: Domingo estaba literalmente como lo habia deseado bajo los piés de sus Hermanos. La noche del dia en que su cuerpo fué colocado en aquella bóveda, un estudiante de Bolonia, que no habia podido asistir á sus exequias, le vió en sueños sentado en un trono y coronado de gloria en la iglesia de San Nicolás. Asombrado de este espectáculo, le dijo: «Maestro Domingo, ¿no sois vos, el que ha muerto?—El santo respondió: No he muerto, hijo mio, porque tengo un buen Señor con quien vivo (1).» Al rayar el alba fué el estudiante á la iglesia de San Nicolás, y halló el sepulcro de Domingo en el mismo sitio en que lo habia visto sentado en un trono.

Tal fué, en vida y muerte, Domingo de Guzman, fundador de la Órden de los Hermanos Predicadores, uno de los hombres, aún considerándole humanamente, de génio más levantado y de corazon más tierno que hayan nunca existido. Poseyó en una fusion perfecta aquellas dos cualidades que casi nadie posee juntas en el mismo grado. Expresó la una con una prodigiosa actividad en la vida exterior; y la otra, con una vida interior, de la cual puede decirse, que cada alien-

(1) Gerardo de Frachet, *Vidas de los Hermanos*, lib. II.

to era un acto de amor á Dios y á los hombres. Su siglo nos ha dejado de él monumentos cortos, pero numerosos, que he leído con admiracion, á causa del sencillo y sublime talento de que están llenos; y con asombro, á causa del carácter que atribuyen á su héroe; porque, aún cuando en mí no cabia duda, de que santo Domingo ha sido calumniado por los escritores modernos, era imposible imaginarme que para estas calumnias su historia se prestase á ello; pero, he tenido que desengañarme, y adquirir una prueba de lo mucho que le cuesta á la providencia de Dios, y cuantos afanes y virtudes á los hombres, conservar acá abajo algunos vestigios de la verdad. He referido con fidelidad lo que he encontrado; pero no ha sido posible conservar el amor que rebosa en aquellos antiguos escritos á la persona de Santo Domingo, ni los inagotables pleonasmos con que hombres del siglo XIII hablan de su mansedumbre, de su bondad, de su misericordia, de su compasion, y de todas las formas que tomaba la caridad en él: su testimonio no puede ser sospechoso; y seguramente que ninguno de ellos pensaba en escribir bajo el punto de vista de nuestra época. Si copiando de ellos á Santo Domingo, no he podido igualar la ternura de su pluma, me han hecho á lo ménos avergonzar de la idea de transformar su historia en apología; porque ésta es una injuria de que aquel grande hombre no tiene necesidad. Termino, pues, su vida sin defenderla; imito en esto á sus hijos, que no pusieron ningun epitafio en su tumba, persuadidos de que hablaria por sí sola y en voz muy alta, pues ya que sus primeros historiadores han reunido pia-

dosamente los principales rasgos de su fisonomía antes de separarse de él, séame lícito imitarles también, y reconociéndome incapaz de igualar la fuerza y la gracia de su pincel, tomar del más antiguo y del mas ilustre de ellos el venerado retrato de mi Padre.

«Había en él, dice el bienaventurado Jordan »de Sajonia, tanta bondad de costumbres, y un »movimiento tan ardiente de divino fervor, que, »á primera vista, se observaba que era un vaso de »honor y de gracia, y que no carecia de ningun »ornato de valor y estima. La igualdad de su alma »no era turbada sinó por la compasion y la mise- »ricordia; y porque un corazon satisfecho regoci- »ja el semblante del hombre, fácilmente se adivi- »naba en la bondad y en la alegría de sus faccio- »nes su serenidad interior, que el menor raptó de »cólera jamás anublaba. Era firme en sus propó- »sitos, y rara vez le sucedia desdecirse de una »palabra pronunciada despues de haberla refle- »xionado maduramente delante de Dios. Por esto, »aunque en su rostro brillaba una amable luz, »esta luz no era estéril, pues, cautivaba fácil- »mente el corazon de todos; y apénas uno lo »miraba, cuando se sentia arrastrado hácia él. »Donde quiera que se hallase, ya en viaje con »sus compañeros, ya con un huésped y su fami- »lia en una casa particular, ya en medio de los »grandes, de los príncipes y de los prelados, »abundaba en palabras y ejemplos que excitaba »al menosprecio del siglo y al amor de Dios. Por »todas partes se mostraba el hombre evangélico »por su palabra y por sus obras. Durante el dia, »nadie tenia mas fácil y agradable conversacion

»con sus religiosos ó sus compañeros; de noche,
»nadie le igualaba en la vigilia y en la oracion.
»Guardaba las lágrimas para la noche, y la ale-
»gria para la mañana. Daba el dia al prójimo, y la
»noche á Dios, sabiendo que Dios ha consagrado
»el dia á la misericordia, y la noche á la accion
»de gracias. Lloraba copiosamente y á menudo:
»sus lágrimas eran su pan de dia y de noche; de
»dia, cuando ofrecia el santo sacrificio: de no-
»che, cuando velaba. Tenia la costumbre de pasar
»en la iglesia el tiempo de descanso, y solo muy
»rara vez se acostaba en cama. Oraba y velaba en
»la oscuridad, tanto como se lo permitia la fragi-
»lidad de su cuerpo; y cuando en fin el cansan-
»cio le forzaba al sueño, dormia un poco delante
»de un altar ó en cualquier otro sitio, la cabeza
»apoyada sobre una piedra, como el patriarca Ja-
»cob, y despues volvía á la vida y al fervor del
»espíritu. Abrazaba á todos los hombres en el
»seno de una inmensa caridad; y como á todos los
»amaba, de todos era amado. Nada le era más na-
»tural que regocijarse con los que estaban ale-
»gres, llorar con los que lloraban, y entregarse
»del todo al prójimo y á los desgraciados. Habia
»además una circunstancia que lo hacia amable
»á todos, y era el cañdor de su conducta: nunca se
»traslucieron en él ni aún asomos de disimulo ó
»de fingimiento. Amante de la pobreza, vestía so-
»lamente pobres hábitos; dueño siempre de su
»cuerpo, en el beber y en el comer observaba
»una circunspeccion suma, contentándose con al-
»gun manjar algo sencillo; y usando tan modera-
»damente del vino, que sin entorpecer la sutil y
»delicada punta de su ingenio, satisfacía á la ne-

»cesidad de la naturaleza. ¿Quién alcanzará jamás
 »la virtud de este hombre? Bien podemos ad-
 »mirarle, y, con su ejemplo, comprender la iner-
 »cia de nuestros tiempos; pero poder lo que él ha
 »podido, no pertenece sinó á una gracia singular,
 »si acaso Dios la tiene destinada para dar algun
 »dia á algun otro hombre, á quien quiera elevar
 »á la cúspide de la santidad. Sin embargo, Her-
 »manos míos, imitemos con arreglo á nuestras
 »débiles fuerzas los ejemplos de nuestro Padre,
 »y demos gracias al Redentor, quien en esta mis-
 »ma senda en que caminamos, ha dado tal jefe á
 »sus siervos. Imploramos al Padre de las miseri-
 »cordias, para que, ayudados por aquel espíritu
 »que gobierna á los hijos de Dios, y caminando
 »sobre las huellas de nuestros antecesores, lle-
 »guemos por camino recto á la pátria eterna, en
 »la que el bienaventurado Domingo nos ha pre-
 »cedido (1).»

CAPÍTULO XVIII.

Traslacion del cuerpo de Santo Domingo y su canonizacion.

Doce años solamente habian transcurrido desde la muerte de Santo Domingo, y Dios había ya manifestado la santidad de su siervo por una multitud de milagros obrados en su sepulcro ó debidos á la invocacion de su nombre. Veíase continuamente muchos enfermos rodear la piedra que cubria sus dospojos, y volverse tribu-

(1) *Vida de Santo Domingo*, cap. IV, n. 75 y siguientes.

tándole gracias por su curacion. Otros, en conmemoracion de los beneficios que habian recibido de él, suspendian imágenes en los vecinos muros, y las muestras de la veneracion popular no se desmentian con el tiempo. Entretanto, una nube oscurecia los ojos de los Hermanos, y miéntras el pueblo exaltaba á su fundador, ellos, sus Hijos, en vez de cuidar de su memoria, parecia que trabajaban en oscurecer su brillo. No solo dejaban su sepulcro sin ornato, sinó que arrancaban de los muros los simulacros que pendian de ellas, temerosos de que los acusasen de buscar una ocasion de lucro en el culto que ya se le tributaba. Algunos se afligian al ver esta conducta, sin atreverse á contradecirla. Y como si todo esto no bastara, sucedió, que aumentando continuamente el número de los Hermanos, fué preciso destruir la antigua iglesia de San Nicolás para levantar otra nueva, y la sepultura del santo Patriarca quedó á cielo raso, expuesta á la lluvia y á toda clase de intempéries. Este espectáculo conmovió á muchos de los Hermanos, quienes deliberaron entre sí sobre el modo de trasladar aquellas preciosas reliquias á una sepultura más decorosa, no creyendo poder hacerlo sin la autoridad del Pontífice Romano. «Los hijos tenían »sin duda el derecho de sepultar á su Padre, dice »el bienaventurado Jordan de Sajonia, pero para »cumplir este oficio de piedad, Dios queria que »solicitasen el apoyo de uno más poderoso que »ellos, para que la traslacion del glorioso Domingo tomase un carácter de canonizacion (1).»

(1) *Carta enciclica á los Hermanos, en los Hechos de los Santos de Bolando, tom. I. de Agosto, p. 524.*

Los Hermanos prepararon pues un nuevo sepulcro más digno de su Padre, y enviaron al Soberano Pontífice para consultarle, una diputacion compuesta de varios de ellos. El anciano Ugolino Conti ocupaba entónces el sólio pontificio, bajo el nombre de Gregorio IX. Este recibió á los Hermanos con mucha dureza, echándoles en cara el haber por tanto tiempo desatendido las honras debidas á su patriarca. «Yo conocí, añadió, á este »hombre verdaderamente apostólico, y no dudo »que en el Cielo está asociado á la gloria de los »santos apóstoles (1).» Hasta hubiera deseado asistir en persona á su traslacion; pero retenido por los deberes de su alta dignidad, escribió al arzobispo de Ravena, que con sus sufragáneos pasase á Bolonia para asistir á la ceremonia.

Era el día de Pentecostés del año 1233. El capítulo general de la Orden estaba reunido en Bolonia, bajo la presidencia de Jordan de Sajonia, sucesor inmediato de santo Domingo en el generalato. Estaban tambien presentes en la ciudad, obedeciendo las órdenes del Papa, el arzobispo de Ravena, los obispos de Bolonia, de Brescia, de Módena y de Tournay; y más de trescientos Hermanos habian acudido á ella de todos países. Llenaban las posadas gran número de señores y de principales ciudadanos de los pueblos inmediatos: el pueblo entero estaba en la mayor expectativa. «Entretanto, dice el bienaventurado Jordan »de Sajonia, los Hermanos pasan grandes angus- »tias: oran, palidecen, tiemblan; temen que el »cuerpo de Santo Domingo, en una vil sepultura

(1) Carta enciclica á los Hermanos.

»expuesto largo tiempo á la lluvia y al calor,
»aparezca carcomido de gusanos y exhale un olor
»que disminuya la opinion de su santidad (1).»
Esta idea, causa de su tormento, les indujo á
abrir secretamente la sepultura del Santo; pero
Dios no permitió que tal hicieran: ya fuese por-
que se sospechase su designio, ya para probar
más la autenticidad de las reliquias, el podestá
de Bolonia hizo que caballeros armados custodia-
sen el sepulcro noche y dia; y para tener mayor
libertad para el reconocimiento del cuerpo, y
evitar en el primer momento la confusion del
inmenso gentío que llenaba á Bolonia, convínose
en que la abertura del sepulcro se haria de noche.
El 24 de Mayo, dos dias despues de Pentecostés,
antes de la aurora, el arzobispo de Rayena y los
otros obispos, el maestro general de la Orden, con
los definidores del capitulo, el podestá de Bolonia,
los principales señores y ciudadanos, así de Bo-
lonia como de los pueblos vecinos, á la luz de
antorchas, se reunieron alrededor de la humil-
de piedra que por espacio de doce años cubrió los
restos de Santo Domingo. En presencia de todos,
fray Estéban, prior provincial de Lombardia, y
fray Rodulfo, ayudados por otros muchos Herman-
nos, empezaron á quitar la argamasa que suje-
taba la piedra al suelo: era sumamente dura, y
cedió á los esfuerzos del hierro con mucha difi-
cultad. Despues que la hubieron separado, y que
los muros exteriores de la bóveda quedaron visi-
bles, fray Rodulfo derribó la obra de cal y canto
con un martillo de hierro, y luego levantaron con

(1) Carta encíclica á los Hermanos.

mucho trabajo y con ayuda de azadones, la losa superior del monumento. Miéntras la levantaban, exhalóse del sepulcro entreabierto un inefable perfume; era una fragancia que no recordaba á ninguno nada de cuanto habia olido hasta entón-ces, y que excedia á toda imaginacion.

El arzobispo, los obispos y cuantos estaban presentes, cayeron de rodillas llorando y alaban-do á Dios, llenos de estupefaccion y de alegría. Acabaron de quitar la piedra, que dejó ver en el fondo de la bóveda el cofre de madera en que es-taban encerradas las reliquias del Santo. Habia en la tabla superior una pequeña raja por donde salia con abundancia el perfume que habia em-bargado suavemente á todos los circunstantes, y que fué mas penetrante cuando el ataúd estuvo fuera de la huesa. Todos se inclinaron para ve-nerar aquella preciosa madera, inundada en bre-ve de llanto y de besos. Abriéronla, en fin, arran-cando los clavos de la parte superior, y apareció á sus Hermanos y á sus amigos lo que quedaba de Santo Domingo: no quedaban ya más que hues-os, pero huesos llenos de gloria y de vida por el celestial aroma que de ellos se exhalaba. Solo Dios sabe la alegría que entónces rebosó de todos los corazones, y ningun pincel seria bastante há-bil para pintar aquella noche embalsamada, aquel silencio elocuente, aquellos obispos, aquellos ca-balleros, aquellos religiosos, todos aquellos sem-blantes inundados de lágrimas é inclinados sobre un ataúd, buscando en él, al resplandor de las antorchas, al grande y santo hombre que los veia desde lo alto cerca de Dios, y respondia á su pie-dad con aquellos invisibles abrazos que hacen

sucumbir el alma bajo el peso de inefables delicias. Los obispos no juzgaron bastante filiales sus manos para tocar los huesos del Santo; dejaron este consuelo y este honor á sus hijos. Jordan de Sajonia se inclinó hácia aquellos sagrados despojos con respetuosa devocion, y los trasladó á un nuevo ataúd hecho de cedro, madera que, segun Plinio, resiste á la accion del tiempo. Cerróse el ataúd con tres llaves, de las cuáles se entregó una al podestá de Bolonia, la otra á Jordan de Sajonia, y la tercera al prior provincial de Lombardia. Fué en seguida trasladado á la capilla donde se elevaba el monumento destinado á guardar tan precioso depósito. El monumento era de mármol, pero sin ningun ornato de escultura.

Luego que amaneció, los obispos, el clero, los Hermanos, los magistrados y los señores pasaron de nuevo á la iglesia de San Nicolás, inundada ya por un innumerable gentio de todas naciones. La misa del dia, que era la del martes de Pentecostés, la cantó el arzobispo de Ravena, y cosa notable y patética, las primeras palabras del coro fueron éstas: *Accipite jucunditatem gloriæ vestræ*, recibid el gozo de vuestra gloria. Estaba abierto el ataúd y difundia en la iglesia sublimes aromas, que apenas llegaban á corromper las suaves ondulaciones del incienso; de cuando en cuando el sonido de las trompetas se mezclaba al canto del clero y de los religiosos: una infinita multitud de cirios encendidos brillaba en las manos del pueblo: ningun corazon, por ingrato que fuese, estaba al abrigo de los castos transportes de aquel triunfo de la santidad. Terminada la ceremonia,

los obispos depositaron bajo el mármol el ataúd cerrado, para esperar allí en paz y en gloria la señal de la resurreccion. Pero ocho dias despues se abrió el monumento, á ruego de muchas personas ilustres que no habian podido asistir á la traslacion. Jordan de Sajonia tomó en sus manos la venerable cabeza del santo patriarca, y la presentó á mas de trescientos Hermanos, que tuvieron el consuelo de tocarla con sus lábios y conservar en ellos largo tiempo el inefable perfume de aquel ósculo, porque todo cuanto habia tocado los huesos del Santo quedaba impregnado de la virtud que ellos poseian. «Hemos percibido, »dice el bienaventurado Jordan de Sajonia, aquel »precioso aroma, y damos fe de lo que hemos »visto y percibido. Aunque permanecemos largas »horas junto al cuerpo de Santo Domingo, no podíamos saciarnos de abrir nuestros sentidos á la »delicia que su aspiracion nos causaba: nunca »cansaba, al contrario, excitaba el corazon á la »piedad obrando milagros. Si se tocaba el cuerpo »con la mano, con un ceñidor, ó con cualquier »otro objeto, al punto despedian el mismo »olor (1).»

Thierry de Apoldia observa con esta ocasion, que, aún ántes de la muerte del Santo, Dios le habia comunicado ya esta prenda exterior de la pureza de su alma. Con motivo de una solemne festividad, en que estaba celebrando la Misa en Bolonia, en el momento del ofertorio, llegóse á él un estudiante y le besó la mano. Este mancebo era victima de una grande incontinencia, cuya cu-

(1) *Carta enciclica á los Hermanos.*

racion probablemente buscaba, y al besar la mano de santo Domingo, percibió un perfume que le reveló de una vez el honor y la alegría de los corazones castos, y, con la gracia de Dios, desde aquel momento, venció la corrupcion de sus inclinaciones.

Los brillantes milagros que acompañaron la traslacion del cuerpo de Santo Domingo, determinaron á Gregorio IX, á no dilatar más el proceso de su canonizacion. En virtud de una carta de 11 de julio de 1233, cometi6 á tres eclesiásticos eminentes la informacion de su vida, á saber: Tancredo, arcediano de Bolonia; Tomás, prior de Santa María del Rhin; y Palmeri, canónigo de la Santísima Trinidad. Evacu6se la informacion desde el 6 al 30 de agosto. En este intervalo, los comisarios apostólicos oyeron, bajo la fé del juramento, la deposicion de nueve Hermanos Predicadores, elegidos entre los que habian tenido con santo Domingo relaciones más íntimas. Fueron estos: Ventura de Verona, Guillermo de Monferato, Amison de Milán, Bonvisi de Plasencia, Juan de Navarra, Rodulfo de Faenza, Estéban de España, Pablo de Venecia y Frugeri de Penna. Como todos estos testigos, excepto Juan de Navarra, no habian podido conocer á santo Domingo en los primeros tiempos de su apostolado, los comisarios de la Santa Sede creyeron necesario establecer un segundo centro de informacion en el Langüedoc, y delegaron para este efecto al abad de San Saturnino de Tolosa, al arcediano de la misma iglesia y al de San Estéban. Oyeron éstos á veinte y seis testigos, y además, más de trescientas personas principales confirmaron con

su juramento y su firma todo lo que aquellos testigos habian dicho de las virtudes de santo Domingo y de los milagros obtenidos por su intercesion. No se sabe la fecha puntual del acta, solo sí, que es de fines de 1233, ó principios de 1234.

Remitidas á Roma las deposiciones de Bolonia y de Tolosa, Gregorio IX deliberó sobre ellas con el Sacro Colegio. Refiere un autor contemporáneo, que en esta ocasion, hablando de santo Domingo, dijo el Pontífice: «No dudo ménos de su santidad »que de la de los apóstoles Pedro y Pablo (1).» La bula de la canonizacion está concebida en los términos siguientes:

«Gregorio, obispo, siervo de los siervos de Dios,
»á nuestros venerables Hermanos los arzobispos
»y obispos, y á nuestros amados hijos los abades,
»priors, arcedianos, arciprestes, deanes, pre-
»bostes y demás prelados de la Iglesia, á quienes
»llegaren las presentes, salud y bendicion apos-
»tólica.

»La fuente de la sabiduría, el Verbo del Padre,
»cuya naturaleza es bondad, cuya obra es mise-
»ricordia, que redime y regenera á los que ha
»criado, y vela, hasta la consumacion de los si-
»glos, sobre la viña que sacó de Egipto, nuestro
»Señor Jesucristo, á causa de la inestabilidad de
»los ánimos, saca de él nuevas señales, y cambia
»los milagros á causa de las sospechas de la in-
»credulidad. A la muerte de Moisés, es decir, al
»expirar la ley, sube en el carro tirado por los
»cuatro caballos del Evangelio, cumpliendo el

(1) Estéban de Salanach. *De las cuatro cosas en que Dios ha honrado á la Orden de los Hermanos Predicadores.*

»juramento que habia hecho á nuestros padres, y
»teniendo en su mano el arco de la palabra santa,
»que habia conservado tendido durante el reina-
»do de los Judíos; se adelanta en medio de las
»olas del mar, en aquella vasta extension de las
»naciones, cuya salvacion estaba figurada por
»Rahab; huella el orgullo de Jericó, la gloria del
»mundo, y es, al fin, el que con asombro de los
»pueblos, vence ya con el primer estampido de
»su predicacion. El profeta Zacarías (1) habia
»visto este carro con cuatro caballos, salir cuatro
»veces de entre dos montañas de cobre. El pri-
»mer carro era tirado por dos caballos bermejos,
»y en ellos estábamos representados los señores
»de las naciones, los fuertes de la tierra, los que
»sometiéndose por la fé al Dios de Abraham, pa-
»dre de los creyentes, á ejemplo de su jefe, y
»para asegurar los cimientos de la fé, han teñido
»sus vestidos en Bosra, es decir, en las aguas de
»la tribulacion, y enrojecido con su sangre todos
»los trofeos de su milicia: todos aquellos á quie-
»nes la dicha de la gloria futura, ha hecho me-
»nospreciar la espada temporal, y que siendo
»mártires, es decir, testigos, han firmado con su
»confesion el libro de la nueva ley, aumentado
»así el peso de los milagros, consagrado el libro
»y el tabernáculo, obra de Dios y no del hombre,
»y todos los vasos del ministerio evangélico, con
»la sangre de hostias racionales; sustituida á la
»sangre de los animales, y tendiendo, en fin, las
»redes de la predicacion sobre la vasta extension
»de los mares, han formado la Iglesia de Dios de

(1) Cap. VI.

»todas las naciones que existen debajo del Cielo.
»Pero como la multitud ha engendrado la pre-
»suncion, y como la malicia ha nacido de la li-
»bertad, el segundo carro apareció con caballos
»de color negro, símbolo de duelo y de peniten-
»cia, y en ellos nos estaba representado aquel
»batallon conducido por el espíritu al desierto,
»bajo la direccion del santísimo Benito, nuevo
»Eliseo del nuevo Israel, batallon que devolvió á
»los hijos de los profetas el bien perdido de la
»vida en comunidad, restableció la rota trama de
»la unidad, y se extendió por las buenas obras
»hasta la tierra del aquilon, de donde viene todo
»el mal, é hizo descansar en los corazones contri-
»tos á Aquel, que no habita en los cuerpos some-
»tidos al pecado. Despues de esto, y como para re-
»crear á las tropas fatigadas y hacer suceder el
»júbilo á los lamentos, vino el tercer carro con
»caballos blancos, es decir, con los Hermanos de
»las Órdenes del Cister y Flora, que, semejantes á
»ovejas esquiladas y cargadas de la leche de la
»caridad, han salido del baño de la penitencia,
»llevando á su frente á San Bernardo, á este car-
»nero, animado desde el Cielo por el espíritu de
»Dios, que los ha guiado á la abundancia de los
»valles, para que los que pasen, libertados por
»ellos, clamen con fuerza al Señor, canten him-
»nos, y asienten sobre las olas el campamento del
»Dios de las batallas. Con estos tres ejércitos se
»defendió el nuevo Israel contra un número
»igual de ejércitos de Filisteos; pero á las once
»del dia, cuando la mañana declinaba ya hácia
»la tarde, y la caridad se habia enfriado en la
»iniquidad, declinaba tambien hácia su ocaso el

»sol de justicia, el Padre de familia ha querido
»reunir una milicia más propia todavía para pro-
»teger la viña que habia plantado con sus manos,
»y cultivado por diferentes obreros en diferentes
»tiempos, la cual, sin embargo, no solo estaba
»atestanda de malezas y de espinas, sinó casi de-
»molida por una enemiga multitud de zorras
»enemigas. Y esta es la razon porque, como lo
»vemos ahora, despues de los tres primeros car-
»ros diferentes por sus símbolos, ha suscitado
»Dios, bajo la figura del cuarto carro tirado por
»caballos fuertes y de vario color, las legiones de
»los Hermanos Predicadores y Menores, con sus
»caudillos elegidos para el combate. Uno de estos
»caudillos fué santo Domingo, hombre á quien
»Dios diera la fuerza y el ardor de la fé, y de
»cuya boca salia como del caballo de su gloria, el
»relincho de la divina predicacion. Desde la in-
»fancia tuvo un corazon de anciano, practicó la
»mortificacion de la carne, y buscó al Autor de la
»vida. Consagrado á Dios, bajo la regla de S. Agus-
»tin, imitó á Samuel en el asiduo servicio del tem-
»plo, y reprodujo á Daniel en el fervor de sus re-
»ligiosos deseos. Atleta valeroso, seguia los sen-
»deros de la justicia y el camino de los santos;
»apénas descansaba de la custodia del taberná-
»culo y de los oficios de la Iglesia militante; so-
»metia la carne á la voluntad, los sentidos á la
»razon; y trasformado en un solo espíritu con
»Dios, se esforzaba á abismarse en Él por el ex-
»ceso de la contemplacion, sin disminuir en su
»corazon y en sus obras el amor al prójimo.
»Mientras subyugaba las delicias de la carne, y
»con luminosas centellas la obcecada intelligen-

»cia de los impíos, tembló la secta de los herejes,
»dando saltos de júbilo la Iglesia de los fieles.
»La gracia, sin embargo, crecía en él con la edad;
»y embriagándole el celo de la salvación de las
»almas con una inefable alegría, no satisfecho
»con haberse dado todo entero á la palabra de
»Dios, convirtió al ministerio evangélico un nú-
»mero tan considerable de hombres, que mereció
»en la tierra llevar un nombre, y suscitar una
»raza de patriarcas; tener un nombre y una fun-
»dacion en la tierra de los patriarcas. Pastor y
»príncipe en el pueblo de Dios, instituyó por sus
»méritos una nueva Orden de Predicadores, le
»dió reglas con sus ejemplos, y no cesó de con-
»firmarla con evidentes y auténticos milagros.
»Porque, entre otros señales que, durante el curso
»de su vida mortal, manifestaron su poder y su
»santidad, dió la palabra á los mudos, vista á los
»ciegos, oído á los sordos, movimiento á los pa-
»ralíticos, salud á una multitud de enfermos; y
»manifestó claramente en todos estos prodigios,
»cuál era el espíritu que animaba el barro de su
»santo cuerpo. Nos, pues, que le conocimos fa-
»miliarmente en el tiempo en que ocupábamos
»un puesto ménos elevado en la Iglesia, y que
»con el espectáculo mismo de su vida obtuvimos
»una insigne prueba de su santidad, ahora, que
»testigos fidedignos han atestiguado la verdad
»de sus milagros, creemos juntamente con el re-
»baño del Señor, confiado á nuestros desvelos,
»que, merced á la misericordia divina, podrá
»sernos útil con sus sufragios; y que despues de
»habernos consolado en la tierra con su amable
»amistad, nos favorecerá en el Cielo con su pode-

»roso patrocínio. Por esto, con el consejo y asentimiento de nuestros Hermanos y demás preladados asistentes al Sólío pontificio, firmemente establecemos y ordenamos á todos por las presentes, que celebren y hagan celebrar su fiesta con solemnidad en las nonas de agosto, la víspera del día en que dejó la carga de su carne (1), y penetró rico de méritos en la ciudad de los santos, para que el Dios á quien honró en vida, inclinado por sus oraciones, nos conceda la gracia en este siglo y la gloria en el futuro. Deseando, además, que el sepulcro de este gran confesor, que ilustra á la Iglesia católica con brillantes milagros, sea dignamente frecuentado y venerado por los cristianos, á todos los fieles penitentes y confesados que vayan á visitarle cada año con devoción y respeto, en el día de la fiesta del Santo, concedemos la absolución de un año de penitencia, confiados en la misericordia de Dios Todopoderoso y en la autoridad de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo. Dado en Rieti, á 5 de las nonas de julio, año octavo de nuestro pontificado (2).»

A excepcion de San Jacinto, Gregorio IX fué el último que sobrevivió de los grandes hombres

(1) El día de la fiesta de Santo Domingo estaba ocupado por la fiesta de San Sixto, Papa y mártir. El día precedente 5 de agosto, fué consagrado á la fiesta de Nuestra Señora de las Nieves por el Papa Clemente VIII, y Santo Domingo se halló trasladado al 4 de agosto, que ocupa actualmente en el Calendario.

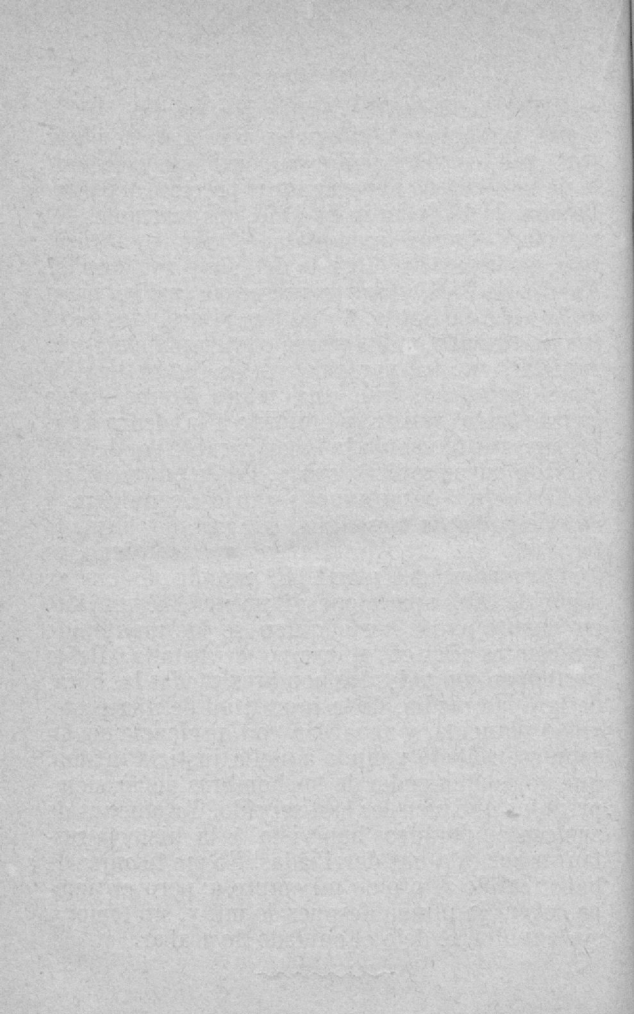
(2) *Bulario de la órden de los Hermanos Predicadores*, tomo I. pág. 67. Véase en los Bolandistas, tomo I, de agosto, *Comentario preliminar de los hechos de Santo Domingo*, 5, 47, una disertación sobre la fecha de esta bula, fecha que ha sufrido algunas controversias.

que habian amado á Santo Domingo y contribuido al cumplimiento de sus designios. Murió en 21 de Agosto de 1244, á la edad de noventa y siete años, despues de treinta años de cardenalato y catorce de pontificado, sin que la majestad de la edad, ni el brillo de las dignidades hubiesen podido en él eclipsar el esplendor del mérito personal. Jurisconsulto, literato, diplomático, unia á todos los dones del cuerpo y del espiritu un alma magnánima, en la cual pudieron caber holgadamente Santo Domingo y S. Francisco, ambos canonizados por él. Probablemente nunca se volverán á ver al rededor de un hombre solo, á hombres como Acevedo, Monfort, Foulques, Reginaldo, Jordan de Sajonia, S. Jacinto, Inocencio III, Honorio III, Gregorio IX; ni tantas virtudes, naciones y sucesos concurriendo á un objeto tan grande en un espacio de tiempo tan breve.

El culto de santo Domingo, con la bula que lo canonizaba, no tardó en difundirse por Europa: en muchos puntos se le erigieron altares; pero los habitantes de Bolonia se distinguieron siempre por su veneracion al gran ciudadano que la muerte les habia dado. En 1267, trasladaron su cuerpo de la tumba sin escultura en que descansaba, á una sepultura más rica y adornada. Hizo esta segunda traslacion el arzobispo de Ravena, en presencia de otros muchos obispos, del capitulo general de los Hermanos Predicadores, del podestá, y de los más notables ciudadanos de Bolonia. Abierto el ataúd, la cabeza del santo, despues de haber recibido los besos de los obispos y de los Hermanos, fué presentada á todo el pueblo desde un púlpito elevado fuera de la Iglesia de

San Nicolás. En 1383. abrióse por tercera vez el ataúd, y se colocó la cabeza en una urna de plata, para que los fieles pudiesen gozar más fácilmente de la dicha de venerar aquel precioso depósito. Por fin, el 16 de Julio de 1473, los mármoles del sarcófago fueron reemplazados por esculturas más acabadas en el gusto del siglo xv, obra de Nicolás de Bari, y que representan varios pasos de la vida del Santo. No las describiré; dos veces las he visitado, y dos veces, contemplándolas de rodillas, me ha parecido ver en la belleza de aquel sepulcro, que una mano divina habia guiado la del artista, y obligado á la piedra á expresar sensiblemente la incomparable bondad del corazon cuyas cenizas cubre. Desde entónces, no se ha vuelto á tocar aquella gloriosa sepultura; y en el espacio de tres siglos ningun ojo humano ha visto los sagrados huesos que contiene, ni aún la madera del ataúd. El mundo no era ya digno de tales apariciones; Domingo fué vencido, en cuanto puede serlo quien se ha mantenido trescientos años en el campo de batalla. Debia participar con todos los hombres y todas las obras de la Edad media, de la ingratitud de una posteridad seducida, y aguardar con paciencia en su sepulcro sellado y mudo aquella justicia íntima, que no está en poder de los hombres negar siempre á los que bien les han servido. Ya muchos de sus contemporáneos han visto á la historia restaurar sus estatuas derribadas. No me lisonjeo de haber salido airoso en mi empresa; pero el tiempo cogerá la pluma despues de mí, y, sin temor y sin envidia, le dejo el cuidado de acabar.





NOTICIA

SOBRE LOS MONUMENTOS PRIMITIVOS

DE LA VIDA DE SANTO DOMINGO.

I. *Del principio de la Orden de los Hermanos Predicadores, por el bienaventurado Jordan de Sajonia, segundo maestro general de la Orden.* Esta leyenda de Santo Domingo es la más antigua de todas; fué escrita ántes de su traslacion y de su canonizacion, segun resulta del silencio que guarda el autor sobre ambos hechos: es, por consiguiente, anterior al 1233. La publicó, con notas, el dominico Jacobo Echard, en la obra titulada: *Escritores de la Orden de los Hermanos Predicadores*, París, 1719. Los Bolandistas la publicaron de nuevo en 1733, en los *Hechos de los Santos*, primer tomo del mes de agosto. La edicion de éstos es la que citamos en el cuerpo de la obra.

II. *Carta encíclica á los Hermanos sobre la traslacion del bienaventurado Domingo, por el B. Jordan de Sajonia.* Esta carta, cuya fecha puntual se ignora, pero que debe colocarse entre la traslacion y la canonizacion de Santo Domingo, es decir, entre el 24 de mayo de 1233 y el 3 de julio de 1234, es el complemento de la leyenda prece-

dente. La publicaron los Bolandistas en el comentario preliminar á los hechos de Santo Domingo.

III. *Actas de Bolonia.* Estas actas contienen los testimonios de nueve discípulos de Santo Domingo sobre las virtudes y los milagros del santo patriarca: su fecha es del 6 al 30 de agosto de 1233, intervalo durante el cual se prolongó la informacion. Publicáronlas Jacobo Echard en la obra arriba citada, los Bolandistas en los *Hechos de los Santos*, y el dominico Mamachi en el *Apéndice* del tomo primero de los *Anales de la Orden de los Hermanos Predicadores*, impreso en 1756. Esta última edicion es la que citamos constantemente.

IV. *Actas de Tolosa.* Estas actas, cuya fecha puntual se ignora, pero que son necesariamente anteriores á la canonizacion de Santo Domingo, contienen los testimonios de veinte y seis personas, así eclesiásticas como seglares, sobre las virtudes y los milagros del Santo, durante su residencia de doce años en el Langüedoc. Se publicaron con las de Bolonia en las tres obras arriba mencionadas. Las hemos citado siempre siguiendo el texto de Mamachi.

V. *Vida del B. Domingo, primer fundador de la Orden de los Hermanos Predicadores, por Constantino Medicis, obispo de Orvieto, de la misma Orden.* Esta segunda leyenda, que salió á luz entre el año 1242 y el 1247, tuvo por objeto completar la que habia escrito el B. Jordan de Sajonia. Con-

tiene, en efecto, algunos pormenores nuevos; pero en cuanto al estilo y al interés se quedó muy inferior á la primera. La publicó Jacobo Echard.

VI. *Vida del B. Domingo, por el B. Humberto, quinto maestro general de la Orden de los Hermanos Predicadores.* Salió á luz ántes de su elevacion al generalato, que sucedió en 1254, y fué llamada la tercera leyenda. Es mucho más completa que las otras dos, y muy superior en cuanto á orden y estilo á la de Constantino de Medicis. Los contemporáneos de Santo Domingo empezaban á envejecer y á disminuir: se conoce que el B. Humberto quiso reunir todo lo que habia sabido por ellos, á fin de que nada pereziese de tan grande memoria. Mamachi la publicó en los Anales precitados.

VII. *Crónica de la Orden de los Hermanos Predicadores, por el B. Humberto.* Esta crónica, breve, pero muy interesante por la clasificacion de los hechos, alcanza desde 1202 hasta 1254. Se halla igualmente en Mamachi.

VIII. *Vida de Santo Domingo, por Bartolomé de Trento, de la Orden de los Hermanos Predicadores.* Este documento es muy corto; colócase por la fecha entre 1234 y 1254; pero no figuró entre las tres grandes leyendas escritas en el intervalo de 1233 á 1254. Los Bolandistas la publicaron en el primer tomo de agosto de su coleccion.

IX. *Vidas de los Hermanos de la Orden de los Predicadores, por Gerardo de Frachet, de la misma*

Orden. Esta obra se escribió por orden del capítulo general reunido en París, en 1256. Queriendo salvar del olvido cierto número de hechos heroicos, que habian ilustrado los primeros tiempos de la Orden, y que duraban todavía en la memoria de los ancianos, el B. Humberto, maestro general á la sazón, encomendó esta empresa á fray Gerardo de Frachet, francés de nacimiento y célebre predicador, quien correspondió á los deseos de su Orden con una obra de una exquisita sencillez, á la que es imposible tocar sin echarla á perder. Titulóla: *Vidas de los Hermanos*, y la dividió en cuatro partes. La segunda es relativa á Santo Domingo; pero no contiene más que algunos hechos aislados que faltan en las leyendas anteriores. La obra entera se imprimió en Douai, en 1619.

X. *Relacion de sor Cecilia.* La Hermana Cecilia, de la familia de los Cesarini, era una de las religiosas que santo Domingo trasladó del convento de Santa Maria allende el Tiber, al convento de San Sixto: tenia entónces diez y siete años. A los veinte y dos fué enviada en calidad de priora al convento de Santa Inés de Bolonia, donde vivió hasta el 1290 en gran reputacion de santidad. Entre las religiosas del mismo convento de Santa Inés, habia una llamada sor Angélica, á la cual confió sor Cecilia más particularmente, todo lo que habia visto de Santo Domingo, en los tiempos en que habitó en San Sixto y en Santa Sabina. Sor Angélica escribió esta relacion á la vista de sor Cecilia, relacion admirable por el candor del talento, y que mejor que ninguna otra historia hace penetrar en la intimidad de la vida del

Santo. Acaba así: «La Hermana Cecilia ha referido todo lo que queda dicho del bienaventurado Domingo, y asegura que todo es tan verdadero, que está pronta, si es preciso, á asegurarlo bajo juramento. Pero esta precaucion es inútil, porque es tan santa y religiosa, que nadie duda de lo que dice, y por esto la Hermana Angélica del convento de Santa Inés, ha escrito lo que habia oido decir, á fin de que sirva á la gloria de Nuestro Señor Jesucristo, de nuestro bienaventurado Padre Domingo, y para consuelo de los Hermanos. Vosotros los que leéis, perdonad su estilo, porque ignora la gramática.» Esta relacion forma, con las leyendas del B. Jordan de Sajonia, de Constantino Medicis y del B. Humberto los cuatro principales monumentos primitivos de la vida de santo Domingo. Fija su fecha la época en que sor Angélica florecia en Bolonia, en el convento de Santa Inés, es decir, hácia el 1240: pero no se difundió hasta más adelante, en el último tercio del siglo XIII. La publicó Mamachi.

XI. *Crónica vaticana.* Esta Crónica es anónima: alcanza desde los principios de santo Domingo hasta el 1263. Se halla en Mamachi.

XII. *De los Siete Dones del Espíritu Santo, por Estéban de Borbon, de la Orden de los Hermanos Predicadores.* Estéban de Borbon entró en la Orden en 1219, y murió en 1261. Su libro de los *Siete Dones del Espíritu Santo* contiene un número considerable de sucesos de la vida de Santo Domingo, sacados de las leyendas conocidas entónces.

XIII. *El bien universal de las Abejas, por Tomás de Cantimpré, de la Orden de los Hermanos Predicadores.* Este libro, publicado por los años de 1261, trata en varios pasajes de santo Domingo y de su Orden.

XIV. *Espéjo histórico, por Vicente de Beauvais, de la Orden de los Hermanos Predicadores.* Varios capítulos de esta obra están consagrados á santo Domingo. Es de la misma época, poco más ó menos, que el anterior.

XV. *Vida del B. Domingo, por Rodrigo de Cerrat, de la Orden de los Hermanos Predicadores.* Rodrigo de Cerrat nació en España, en el valle de Cerrat, cerca de Palencia, y floreció en el último tercio del siglo XIII. Su leyenda es una compilación imperfecta de las precedentes. No se sabe su fecha puntual; pero es posterior al año 1266, pues que habla del convento establecido en Calaruega, en la casa en que nació Santo Domingo, por el rey D. Alfonso el Sabio. Está impresa en las obras de Mamachi.

XVI. *Vida de santo Domingo por Thierry de Apoldia, de la Orden de los Hermanos Predicadores.* El siglo XIII declinaba á su ocaso. Munio de Zamora, séptimo maestro general de la Orden de los Hermanos Predicadores, creyó conveniente reunir en un cuadro más espacioso todos los trabajos anteriores sobre la vida de santo Domingo, y agregar á ellos los menores fragmentos que habían podido escaparse á la piadosa atención de los cronistas: encomendó la empresa á Thierry de

Apoldia, dominico aleman, natural de la aldea de Apoldia entre Iena y Veimar. Este, con arreglo á las órdenes de su general, dió á luz en 1288 una nueva Vida de santo Domingo, mucho más extensa que todas las otras, y donde por primera vez se ponía á contribucion la relacion de sor Cecilia, sepultada hasta entonces en la sombra del convento de Santa Inés, en Bolonia. Esta historia está escrita con amor, pero con poco orden, y en un estilo que se aparta demasiado de la sencillez de los primeros historiadores, aunque no carece de fuerza y de uncion. Thierry de Apoldia cierra evidentemente la lista de los escritores que comunicaron con el mismo santo Domingo, ó con aquellos de sus discípulos que le sobrevivieron. Supo todo lo que era posible saber acerca de su héroe: recogió las últimas espigas de la cosecha; y á pesar del tiempo que ha trascurrido, á pesar de la enorme distancia que separa su estilo del B. Jordan de Sajonia, todavía se halla en su escrito el carácter de santo Domingo sin ninguna alteracion. Se debe á los Bolandistas la impresion de esta larga y última leyenda.

XVII. *Crónica de la Orden de los Hermanos Predicadores, por Galvani de la Flamma.* Galvani de la Flamma nació en 1283; entró en la Orden en 1298. Su crónica, útil por algunos pormenores, no se ha impreso nunca. Existe manuscrita en la biblioteca *Casanatense*, en el convento de la Minerva, en Roma.

XVIII. *De las cuatro cosas en que Dios ha honrado á la Orden de los Hermanos Predicadores, por*

Estéban de Salanhac de la misma Orden. Si se considera el tiempo en que vivió Estéban de Salanhac y en que escribió, debemos colocarlo entre los cronistas del siglo XIII, inmediatamente ántes de Thierry de Apoldia, pues nació en 1210, tomó el hábito de Hermano Predicador en 1230, de manos de Pedro Cellani, y terminó su tratado hácia el 1278. Desgraciadamente, no tenemos este tratado tal cual salió de su pluma: hé aquí como nos ha llegado. En 1304, fray Aimeric de Plasencia, habiendo sido elegido maestro general de la Orden, en el capítulo general reunido en Tolosa, mandó á Bernardo Guidonis, dominico ya conocido por su celo y su sabiduría, que reuniese en un solo cuerpo cuanto pudiese hallar inédito sobre la historia de la Orden. Bernardo Guidonis le dió cuenta del resultado de sus investigaciones, en una carta fecha en el mismo año de 1304: en ella menciona, en primer lugar, el tratado de Salanhac, tratado, dice, que él descubrió, y al que añadió varias cosas olvidadas por el autor. Tuvo cuidado de repetir esta observacion al principio y al fin del tratado, diciendo, que las más de las veces habia anotado sus adiciones al márgen, pero no siempre. Aún cuando tuviéramos hoy, pues, el tratado de Salanhac, tal cual lo publicó Bernardo Guidonis, no tendríamos más que una obra interpolada, en la que seria imposible discernir la primera mano de la segunda; pero la negligencia de los copistas ha aumentado mucho esta confusion, porque en los manuscritos de Salanhac que subsisten, las notas marginales, destinadas á indicar la mayor parte de las adiciones han desaparecido completamente. El tratado de

Salanhac carece pues de su valor original, y no tiene mas autoridad que la del tiempo en que Bernardo Guidonis lo coordinaba y reducía á cuerpo de obra: así es, que se observa en él, en muchas cosas, una contradicción manifiesta con los monumentos del siglo XIII. Nunca se ha impreso: tenemos un ejemplar manuscrito de esta obra en la biblioteca *Casanatense* del convento de la Minerva, en Roma.

XIX. *Vida de santo Domingo, por Pedro Cali.* Esta leyenda es una especie de rapsodia. Sus doce primeros números ó párrafos están sacados del tratado de Estéban de Salanhac, y lo restante no es más que un conjunto de anécdotas sin orden. En la parte copiada de Estéban de Salanhac, el autor ha exagerado todavía las novedades que ya habian corrompido la obra de éste. Fedro Cali escribia en 1324, más de un siglo despues de la muerte de santo Domingo: así resulta del párrafo doce de su leyenda, donde habla de la promoción de Bernardo Guidonis al obispado de Lodeva, promoción que data del año 1324, bajo el pontificado de Juan XXII.

Hasta fines del siglo XV no tuvo nuevos historiadores, sinó en muy corto número, y éstos se limitaron á copiar las leyendas del siglo XIII: es menester exceptuar al dominico Breton Alain de la Roche, que corrompió todas las tradiciones fielmente respetadas hasta entónces, y pretendió escribir la vida de santo Domingo con ayuda de revelaciones particulares, citando á autores de quienes nadie habia oido hablar, y de quienes no

se ha podido hallar rastro alguno. San Antonio, arzobispo de Florencia, que falleció en 1458. es como el antípoda de Alain de la Roche, por su respeto ejemplar á los monumentos primitivos.

XX Existe un gran número de retratos de santo Domingo, cuya autenticidad es difícil establecer. Hemos preferido el que va al frente de esta obra, debido al pincel del B. Angélico de Fiesole, célebre dominico, que florecia á principios del siglo xv. Fray Angélico profesaba al patriarca de su Orden una veneración de que dan testimonio todas sus obras, y parece indudable que, para reproducir su imagen, se atuvo á los monumentos mas fidedignos que existían en su tiempo. Confirma esta creencia la perfecta unidad que reina entre todos los retratos de santo Domingo que salieron de su pincel. El que damos al público está sacado de la *Coronación de la Virgen*, cuadro que pertenece á Francia, y que puede verse en el museo de Luvre (en París) en una de las salas consagradas á las colecciones de los antiguos maestros.

ÍNDICE.

	<u>PÁG.</u>
APROBACION DE LA ÓRDEN.	5
EL TRADUCTOR.	7
CAPÍTULO I. Situacion de la Iglesia á fines del siglo XII.	11
CAP. II. Génesis de Santo Domingo.	23
CAP. III. Llegada de Santo Domingo á Francia. Su primer viaje á Roma. Entrevista de Montpellier.	37
CAP. IV. Apostolado de Santo Domingo desde la entrevista de Montpellier hasta el principio de la guerra de los Albigenes. Fundacion del convento de Nuestra Señora de Prouille.	47
CAP. V. Guerra de los Albigenes.	62
CAP. VI. Apostolado de Santo Domingo, desde el principio de la guerra de los Albigenes, hasta el cuarto concilio de Letran. Institucion del Rosario. Reunion de Santo Domingo y de sus primeros discipulos en una casa de Tolosa.	92
CAP. VII. Segundo viaje de Santo Domingo á Roma. Aprobacion provisional de la Órden de los Hermanos predicadores por Inocencio III. Encuentro de Santo Domingo con San Francisco de Asis.	117
CAP. VIII. Asamblea de Santo Domingo y sus discipulos en Nuestra Señora de Prouille. Regla y constituciones de los Hermanos Predicadores. Fundacion del convento de San Roman, en Tolosa.	127
CAP. IX. Tercer viaje de Santo Domingo á Roma. Confirmacion de la Órden por Honorio III. Enseñanza de Santo Domingo en el palacio del Papa.	138
CAP. X. Nueva asamblea de los Hermanos Predicadores en nuestra Señora de Prouille, y su diseminacion por Europa.	151

CAP. XI. Cuarto viaje de Santo Domingo á Roma. Fundacion de los conventos de San Sixto y de Santa Sabina. Milagros que acompañan á estas fundaciones.	161
CAP. XII. Residencia de Santo Domingo en Santa Sabina. San Jacinto y el bienaventurado Ceslas entran en la Orden. Uncion del bienaventurado Reginaldo por la Santa Virgen.. . . .	178
CAP. XIII. Fundacion de los conventos de Santia- go, de París, y de San Nicolás, de Bolonia. . . .	196
CAP. XIV. Viaje de Santo Domingo á España y á Francia. Sus vigilias en la gruta de Segovia. Co- mo viajaba y vivia.	209
CAP. XV. Quinto viaje de Santo Domingo á Roma. Muerte del bienaventurado Reginaldo. Entra en la Orden el bienaventurado Jordan de Sajonia. .	229
CAP. XVI. Primer capitulo general de la Orden. Residencia de Santo Domingo en Lombardia. Institucion de la Orden Tercera.	244
CAP. XVII. Sexto y último viaje de Santo Domingo á Roma. Segundo capitulo general. Enfermedad y muerte del santo Patriarca.	262
CAP. XVIII. Traslacion del cuerpo de Santo Do- mingo y su canonizacion.. . . .	282
NOTICIA sobre los monumentos primitivos de la vida de Santo Domingo.	299

PUBLICACIONES

DE LA CASA EDITORA PONS Y C.^a

Santa María Magdalena, por el Rdo. P. Fr. E. D. Lacordaire, traducida por D. Juan Thompson.
Un tomo en 8.º á 6 rs. en rústica y 8 en tafilete.

EDICIONES NOTABLES.

De la imitacion de Cristo y menosprecio del mundo (Kempis). Novisima edicion reducida á la fidelidad del original latino, por el Ilre. Sr. Dr. José Palau, dignidad de Chantre de esta Santa Iglesia, etc., añadida al fin una tabla de materias con cuyo auxilio pueden hallar fácilmente los fieles la lectura más acomodada al estado y situacion de cada uno, como igualmente prácticas y oraciones propias para ejercicios devotos, formando un Devocionario completísimo para asistir al Santo Sacrificio de la Misa, para Confesar y Comulgar, etc.

Un tomo en 16.º adornado con 5 primerosas láminas finisimas, grabadas sobre acero, á 5 y medio rs. en rústica y 7 en pasta.

LA MISMA EDICION en papel superior, á 8 rs. en rústica y 30 rs. en tafilete fino y corte dorado. Pedido anticipadamente se sirven con la encuadernacion á la Lavalierre y broches.

LA MISMA OBRA, bajo el título de KEMPIS; edicion económica, adornada con una lámina en acero, á 4 y medio rs. en rústica y 6 rs. en pasta.

Composiciones poéticas de B. Pablo Piferrer, D. Juan Francisco Carbó, y D. José Semis y Mensa, poetas católicos. Edicion de lujo con dos retratos al acero.

Un tomo en 4.º inglés, ó pequeño fólío, de impresion monumental, á 16 rs. con cubiertas de color.

Emociones. Coleccion de poesias de D. Francisco Camprodon, poeta católico.

Un tomo en 4.º inglés, ó pequeño fóllo, de impresion monumental, á 24 rs. con cubiertas de color.

El consolador de los afligidos, ó Lecturas piadosas para los atributados y enfermos, por el P. Lambillote, de la Compañía de Jesús, traduccion censurada y corregida por el P. Ramon Buldú, provincial franciscano.

Están discretamente mezclados en este precioso libro los más sólidos principios de la doctrina católica sobre las penas y el deber de la resignacion en ellas con los más hermosos y consoladores ejemplos entresacados de las Escrituras sagradas y de las Vidas de los Santos.

Un tomo en 8.º mayor á 8 rs. vn. en rústica y 10 en pasta.

¡En nombre de Dios! drama de la reconquista española en tiempo de los árabes, por M. A. B.

Un tomo en 4.º á 6 rs. en rústica y 10 en pasta.

Anita, ó la Condesita en la casa de Caridad, novela histórica aprobada por el Sr. Arzobispo de Lyon.

Un tomo en 8.º con lámina, á 4 rs. en rústica y 6 rs. en pasta.

Rosa y Josefina, novela histórica aprobada por el Sr. Arzobispo de Tours.

Un tomo en 8.º con lámina, á 5 rs. en rústica y 7 rs. en pasta.

La huérfana de Mascou, por Mme. Voillez, novela histórica aprobada por el Sr. Arzobispo de Tours.

Un tomo en 8.º con lámina, á 5 rs. vn. en rústica y 7 en pasta.

Honorina, ó el triunfo de la humildad sobre el orgullo, novela aprobada por el Arzobispo de Tours.

Un tomo en 8.º con lámina, á 3 rs. en rústica y 5 en tafílete ó percalina dorada.

El huérfano de los Alpes, por Mme. Celarier, directora de colegio, novela histórica aprobada por el Sr. Arzobispo de Tours.

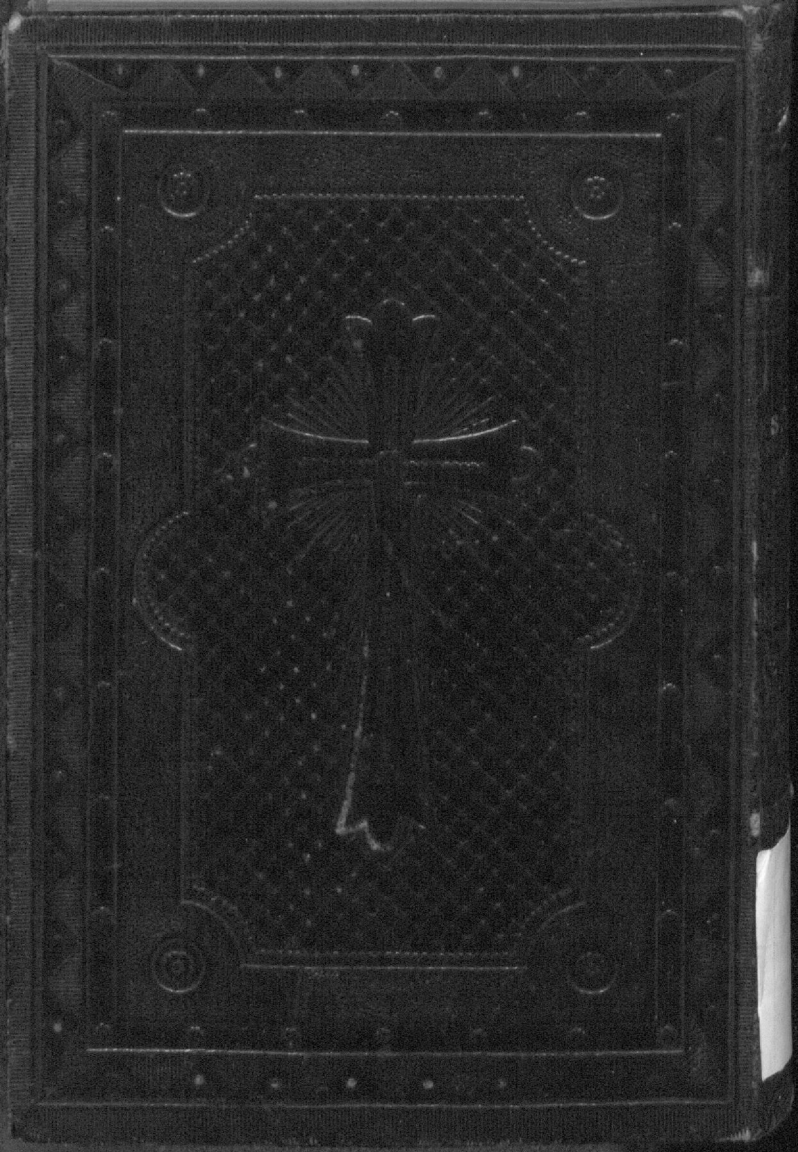
Un tomo en 8.º con lámina, á 3 rs. en rústica y 5 rs. en tafílete y relieve ó percalina dorada.

La cruz de Madera, ó la resignacion, por el canónigo Schmitt, novela histórica aprobada por el Arzobispo de Forns.

Un tomo en 8.º con lámina, á 3 rs. rústica y 5 rs. en tafílete ó percalina dorada.







VIDA

DE

S. DOMINGO.

JT 632